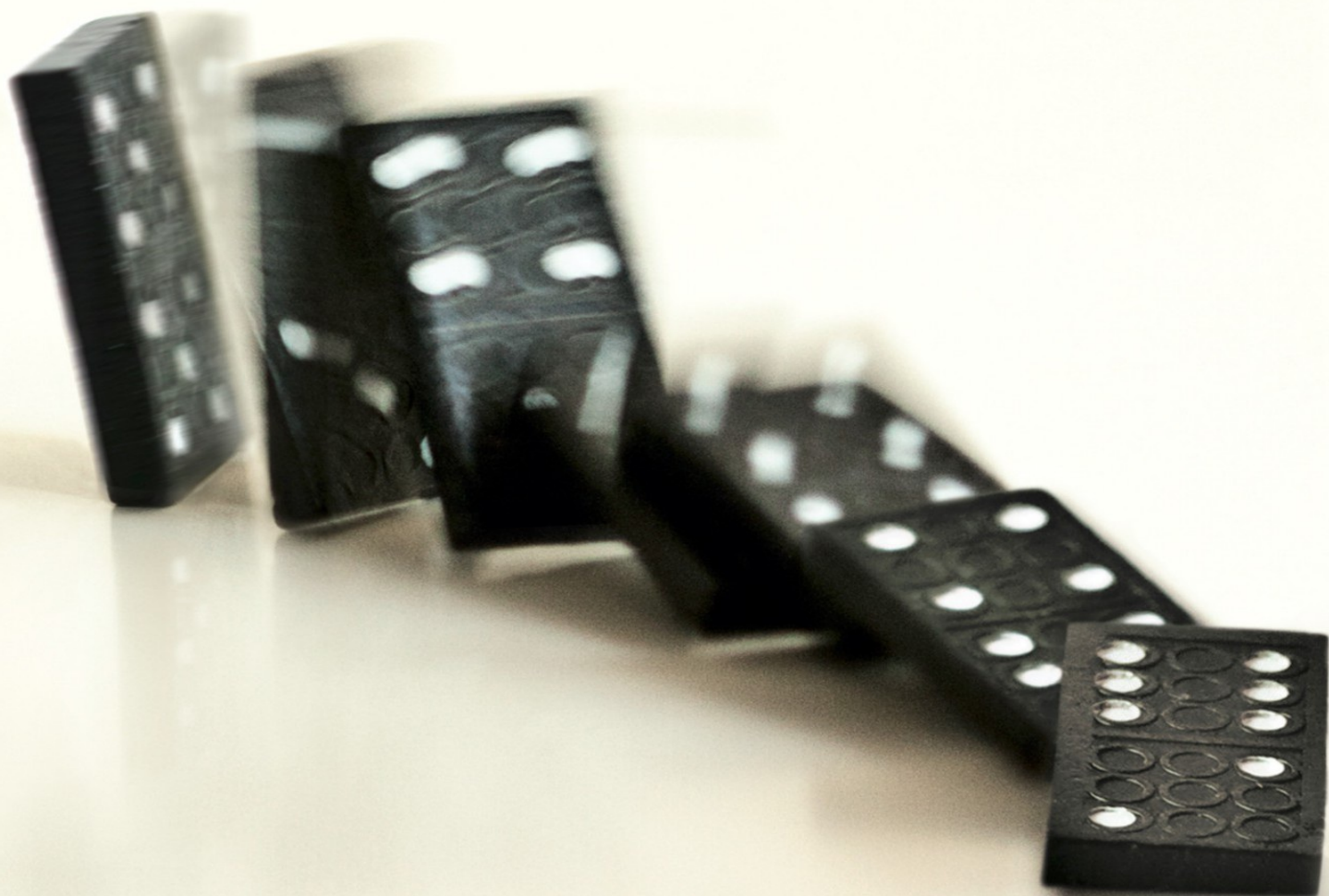


EL PRECIO DEL SILENCIO

JUAN INFANTE



erein

EL PRECIO DEL SILENCIO

JUAN INFANTE



erein

El precio del silencio

JUAN INFANTE



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1ª edición: mayo de 2019

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Juan Infante

©EREIN. Donostia 2019

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

ISBN de versión digital:

978-84-9109-476-0

Digitalizado por Adimedia, S.L.

www.adimedia.net

JUAN INFANTE

EL PRECIO DEL SILENCIO

SERIE GARRINCHA II



1. MIÉRCOLES 17 DE MAYO

TOMÁS GARRINCHA

A lo largo de mi vida he llevado muy pocas veces corbata; pero el respeto que merecía Gorostiola me obligaba a ponérmela en su funeral.

Estaba en mi casa de Olabeaga, situada a la entrada del barrio; era antigua pero bien conservada y colmaba todos mis deseos. Cuando vi, hace varios años, el anuncio de «Se vende» en el tercer y cuarto piso, no tardé ni cuarenta y ocho horas en comprarlos. Los uní por una escalera interna de caracol, tipo barco, y me quedó un dúplex fantástico. En un par de meses estaba ya instalado.

Teresa y yo no tenemos hijos, nos sobra sitio, pero nos lo podemos permitir. En cambio, tengo cinco sobrinos de mis hermanos Pablo y María, que pasan cada vez más tiempo en casa.

En el piso de arriba tengo mi *estudio*, donde suelo encerrarme para ver películas de Tarantino, los hermanos Cohen, Coppola y numerosas series *negras*, a las que estoy bastante enganchado. También allí suelo leer novelas policiacas, quizás para recordar con una sonrisa una vida ya olvidada, bueno, mejor decir casi olvidada. En ambos pisos los ventanales son grandes y puedo disfrutar de unas vistas inmejorables. Enfrente la península de Zorrozaurre, al fondo el monte Banderas y Artxanda, pero sobre todo la ría, siempre la ría, tanto si el día está despejado y disfrutas de cómo circula poderosa hacia su desembocadura en el Abra, como si una neblina te la esconde y te traslada a un recodo del Támesis.

Han transcurrido tres años desde el secuestro de Lucía, la hija de Gorostiola,^[1] y hoy nos toca despedirlo. El gran capo ha muerto, lo ha hecho de forma vulgar, un infarto, pero ha muerto. Se va uno de los nuestros y esto siempre duele.

Lucía es la mujer, aunque apenas tiene veintidós años, más enigmática que he conocido y, quizás, la más peligrosa. Me despedí de ella cuando se fue a estudiar a Madrid y desde entonces no la he vuelto a ver. Ella y su padre sabían que, si no hubiera sido por mí, estaría cumpliendo una larga condena de cárcel, y eso en el mejor de los casos. Salió bien, demasiado bien, y tenía ganas de verla, de enterarme de su vida. Estaría finalizando la carrera de Derecho y, como uno se entera de algunas cosas, tampoco acabó en los negocios de su padre. En eso también tenía yo gran parte de culpa.

Mi nombre es Tomás Garrincha, como el genio del *dribbling*, el jugador de fútbol más querido de Brasil, y llevo en esto del delito desde los veinte años. Tengo cuarenta y tres, oficialmente estoy jubilado y ya no debo hacer nada fuera de la ley, pero esto no siempre es así.

El gran arquitecto brasileño Oscar Niemeyer decía que la belleza en el mundo no está basada en la línea recta sino en las curvas, como prueban los árboles de El Cerrado –el emblemático bosque del Mato Grosso– y las piernas de Garrincha. Mis piernas no son curvas como las de mi tocayo brasileño ni tampoco juego al fútbol, pero eso sí, mido cerca de uno noventa, soy desgarbado y dicen que cuando me enfado se me dibuja un cuchillo en la mirada. Tampoco será

para tanto y, además, no me enfado mucho; eso sí, estoy gastadito por la vida, como mis vaqueros.

Cuando cumplí los cuarenta decidí dejarlo todo. Avisé a mis colegas. Mis acólitos y esbirros lo supieron con tiempo suficiente; como eran eficientes, todos se colocaron, e incluso dos de ellos, los más emprendedores, siguieron con el negocio de narcóticos ya por su cuenta. A través de mi abogado informé a los distintos cuerpos policiales que operan en el País Vasco y también a la Fiscalía Antidroga de Vizcaya. Se alegraron de ello pero, a decir verdad, se mostraron bastante escépticos. Aunque estuve muy formal durante un año, mi ayuda desinteresada para resolver el secuestro de Lucía produjo importantes daños colaterales, que estuvieron muy cerca de enviarme a la cárcel o, peor, a una cuneta en disposición de criar malvas. Aunque la Ertzaintza no se iba a olvidar fácilmente de mí, sobre todo los inspectores Sara Cohen y Miguel Fabretti, en estos tres años no podían tener ninguna queja.

Mi pasión es la pesca, soy un forofo desde que, con diez años, acompañaba a mi padre hasta el Puente Colgante de Portugalete a pasar horas mirando a la ría; ningún pez se dignaba a picar y siempre pensé que era una excusa del jefe para no estar en casa. Aun así, siempre me fascinó esa quietud, esa especie de paralización del tiempo, tan decisiva para triunfar con los años en mi faceta delictiva. Me armó de paciencia y consiguió alejarme de los problemas innecesarios. Lejos del gánster inconsciente y pasional, carne de presidio, mi tranquilidad me permitió sortear bien los obstáculos de todo tipo que se interponían en mi carrera.

Con la pesca acabé disfrutando, sobre todo devolviendo los peces a la ría, río o mar de donde provenían. Era una forma de reconciliarme con la vida, devolvérsela a los peces, como si pudiera compensar aquellas con las que había acabado. Bueno, tampoco eran tantas. Mi cinturón tenía trece muescas y todas menos un par de ellas eran justas y necesarias.

Me gustaba Olabeaga. Además de para poder pescar al lado de casa y seguir estando en Bilbao, sobre todo por ese carácter de barrio cercano, húmedo, donde la bruma te lo esconde y lo hace invisible. La gente era amable y mantenía esa solera que da la continuidad y la ausencia de cambios. Aunque yo debía de ser el único rentista —es un barrio de trabajadores—, tampoco desentonaba tanto. Encajonado entre la ría y las vías del tren, Noruega, como también se lo conocía, creció junto a los Astilleros de Euskalduna y los barcos bacaladeros llegados precisamente de Noruega. Mi padre había sido trabajador de Altos Hornos, a unos pocos kilómetros de allí, y vivíamos en Portugalete, junto a la ría. Era como volver a la infancia.

El funeral se celebraba a las siete y media en la iglesia de San Vicente, en el céntrico barrio de Abando.

Teresa Astigarraga, mi mujer, no me iba a acompañar, no le apetecía. Me parecía bien. Lo pasó muy mal durante toda la historia del secuestro y pensó, no sin razón, que de esa no salía. Ella solo conocía de nombre, y no a todos, a los antiguos colegas que iban a despedir al *padrino*; además, tampoco estaba por la labor de mostrar sus respetos. Entendía mi presencia; enterrar bien a los muertos era de bien nacidos, pero nada más. Cuando me preguntó por Lucía, le dije la verdad. Debía de seguir en Madrid y, al parecer, al margen de todo. Lucía era un enigma, y aunque Teresa nunca estuvo al corriente de todas sus “andanzas”, conocía lo suficiente para saber de su capacidad para delinquir, complicar y liar las cosas.

Teresa estaba contenta y nuestra relación funcionaba. Aunque no me controlaba, se notaba mi nueva vida y eso le daba tranquilidad. Además, era guapa, tenía piernas de cabaretera y esa capacidad de las mujeres inteligentes de mandar sin parecerlo; a mí me gustaba. Era propietaria de una tienda de ropa de mujer en la calle Ercilla, Coco Palmer, y marchaba bien. El hecho de contar con mi soporte económico le permitía afrontar con tranquilidad todos los vaivenes que sufría la tienda y mantener las mejores marcas con una política muy agresiva de compras.

Últimamente la estaba ayudando con su negocio y eso me hacía sentir útil.

Cuando me retiré de la profesión delictiva, los *ahorros* eran suficientes para no preocuparme por la pasta el resto de mis días. Andaba muy bien y solo me generaba alguna dificultad disponer del dinero guardado en un banco de las Islas del Gran Caimán. Pero un sistema de cuentas intermedias en Singapur y Andorra me permitía repatriar el dinero por internet. Cuando recalaba en un banco de la plaza de Bilbao ya venía muy lavado.

Teresa quería abrir otra Coco Palmer en San Sebastián para poder ser autosuficiente, viviendo exclusivamente de un negocio limpio. Con la tienda donostiarra, si todo marchaba bien, podía conseguirse. A mí me daba igual, pero Teresa cada vez daba más importancia al origen del dinero. Este afán emprendedor me gustaba, me entretenía y me hacía estar ocupado. La pesca y las novelas negras no me absorbían tanto, y esforzarme en sacar un negocio legal adelante, además de hacerme sentir útil, me alejaba de una vida sedentaria un tanto aburrida.

Gorostiola quedó muy tocado por el *affaire* del secuestro de su hija y, aunque su alegría por recuperarla fue inmensa, no levantó cabeza. A pesar de ser muy terco, le sirvió para hacer algo sensato: dejó el negocio de la droga en manos de su lugarteniente Aitor, a cambio de una renta razonable. Pero no era el mismo, y su soledad, era viudo, se acentuó con la marcha de su única hija a Madrid.

La policía lo respetó y, aunque a su organización seguían dándole palos, él se dedicó a jugar al golf y salir con sus amigos. Un ataque se lo llevó cuando aún no había cumplido los sesenta y cinco años.

2. FUNERAL EN LA IGLESIA DE SAN VICENTE

Cuando llegué a la iglesia de San Vicente aún no habían dado las siete y media de la tarde, pero ya estaba llena. Según me acercaba empecé a ver caras conocidas que se dirigían a la parroquia de Abando, una de las más importantes de Bilbao.

San Vicente Mártir databa de los siglos XVI y XVII y, como me comentó Teresa, pertenecía a la arquitectura religiosa típica del Renacimiento español. Con tres naves, capiteles dóricos y bóvedas de crucería, contenía buenas obras, como una talla de la Dolorosa, retablos barrocos y neoclásicos, imágenes de la Inmaculada y una entrada antigua a la iglesia, gótica tardía, de buen nivel. De allí salía todos los Domingos de Ramos la procesión del borriquito, que transcurría por los Jardines de Albia, situados justo al lado. En su pila bautismal fue bautizado Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco, que vivió en una casa pegada al templo y jugó de niño con su hermano Luis en aquellos jardines. Hoy en ese lugar tiene su sede el Partido Nacionalista Vasco.

Tenía curiosidad por ver quiénes asistirían y saludar a muchos colegas a los que ya había perdido de vista. La iglesia lucía sus mejores galas: bien iluminada, con música de su propio órgano y muchas flores. Conté más de una docena de coronas agolpadas junto al altar. Me acercaría al finalizar el funeral; empecé a reírme solo de pensar en una banda rodeando la corona con una leyenda que podría decir algo así como «Tus colegas de Cambados» o «Recuerdo de tus esbirros», porque familia apenas tenía.

Me situé hacia la mitad de la nave central, desde donde veía perfectamente en primera fila a

Lucía, de luto riguroso con su traje negro, y a su prima Nerea, algo más discreta. Varios hombres y mujeres desconocidos para mí –probablemente hermanos y primos del finado, con sus cónyuges y sus hijos– ocupaban las dos primeras filas. Los hombres vestían de traje oscuro y corbata, y las mujeres también de oscuro y con vestido; todos estaban elegantes, como exigía un funeral de primera. A partir de la segunda fila comenzaban a aparecer otros familiares, amigos, vecinos y sobre todo colegas de distinta procedencia.

Empezó el funeral. Miré para atrás y el lleno era completo, el templo estaba abarrotado. Fuera, en la calle, la gente seguiría siendo numerosa. En la fila de delante estaba Bujanda, con su mujer y sus hijos, todos bien vestidos, como si fueran de la familia. Me saludó haciendo un gesto con la cabeza; estaba afectado y se le notaba.

Bujanda –sin relación alguna con los bodegueros riojanos, como siempre, sin saber por qué, se encargaba de aclarar– había sido el gran competidor de Gorostiola. Su rivalidad nada pacífica acabó a tiros en más de una ocasión. Siempre se llevaron mal y nunca lo disimularon. Incluso cuando secuestraron a Lucía, su padre le endosó la autoría y me llamó con intención de utilizar mis buenos oficios, dada mi relación y amistad. Así empecé a meterme en aquel infierno, del que salí ileso de milagro; Bujanda, por supuesto, nada tuvo que ver. Mi relación con él fue cercana e incluso en una época hicimos buenos negocios juntos pero, desde mi retiro, ya no teníamos trato.

Justo a mi izquierda, al otro lado del pasillo, estaba el Innombrable, apodo del escurridizo Buendía, un hombre delgado y larguirucho, de mente afilada y muy preocupado en esconder su nombre. Lo conocí en la cárcel de Nanclares de Oca y me asocié con él, comenzando mi etapa más brillante en aquellos negocios. Al final nos separamos y él continuó con Gorostiola. Nunca llegó a tener relevancia y siempre ejerció de acólito de algún capo.

También vi un poco más adelante a Urrutia el abogado, con un traje impecable, como siempre, con su mujer y su hija. Urrutia, además de defensor, era su consejero y su hombre de confianza. Le hacía caso y era el único que podía templanle. Si no hubiera sido por él, Gorostiola habría entrado en la cárcel más de una vez. Mucha gente se preguntaba cómo nunca pisaba la trepa ni era detenido; incluso hubo quien hizo correr infundios sin fundamento. Pero la verdad era más sencilla: el capo nunca tocaba la droga ni se relacionaba con los que sí lo hacían. Una red de *murallas chinas* perfectamente diseñadas y vigiladas por Urrutia lo hizo posible. Por supuesto, la policía conocía perfectamente su dedicación.

El grupo emergente más importante de los últimos años se encontraba justo detrás de mí: los Gandarias. Se les conocía por ese nombre, que no era el suyo, debido a la pasta que manejaban. Los había visto una vez en el Rimbombín y había oído hablar mucho de ellos, pero cuando me retiré ellos estaban iniciando su carrera. No nos saludamos, aunque ellos también sabían perfectamente quién era yo. Ahora, sin Gorostiola y con Bujanda en plena decadencia, darían un salto y asentarían su liderazgo. Ya eran los más fuertes en cocaína y productos de laboratorio: *speed*, pastillas, MDA, metanfetamina, pero también en armas, prostitución y porteros de bares y discotecas. En esta última actividad tenían prácticamente el monopolio.

Pero la gran incógnita era el negocio de Gorostiola. Desde el secuestro de su hija Lucía lo llevaba su lugarteniente Aitor y lo hacía bien. Aunque llevaba muchos años y lo conocía al dedillo, sin el patrón no iba a ser lo mismo. Gorostiola infundía respeto, era conocido y apreciado en Galicia, Colombia y en los laboratorios de Ámsterdam, pero Aitor era otra cosa, hasta ahora un mandado. Lo lógico era que el negocio lo heredara Aitor, pero ahí entraba Lucía y esas cosas no se ponían en los testamentos. La chica iba a estar forrada: hija única, sin madre, y con un padre podrido de dinero y propiedades; un entramado bien montado de sociedades protegería el patrimonio y le permitirían ponerse al frente del mismo sin demasiada dificultad. Aunque el jefe

era previsor, Lucía era una mujer imprevisible, con una tendencia fuera de lo normal a complicarse la vida.

El funeral continuaba brillante, con el oficiante empeñado en resaltar las bondades del difunto tras su paso por la vida, este valle de lágrimas, para hacer el bien a los demás. Nos mirábamos sorprendidos, nadie parecía haber informado al cura de la identidad del finado. Su *chuleta* habitual era un disparate para este funeral, pero nadie se dio por aludido y todos ponían caras de estar oyendo verdades como puños. La música fue tomando cada vez más protagonismo y con la famosa aria de *Madame Butterfly*, *Un bel di vedremo*, recordando a María Callas, dio por finalizado el evento, mientras la mayoría de los presentes llevábamos en la mente a un pletórico Gorostiola mandando; genio y figura. Una etapa de la historia criminal de Bilbao se cerraba.

Con rapidez y para evitar colas interminables, me acerqué a Lucía y enseguida estuve junto a ella. Me miró, sonrió y dejó que la besara y le diera el pésame. Sin más, como no queriendo perderme, me dijo:

–Tenía muchas ganas de verte, Garrincha, necesito estar contigo. Si te parece nos vemos un momento a la salida.

–Ningún problema, te espero fuera, ahora ya tienes cola.

Aproveché y saludé a Nerea, su prima, una hermana para Lucía. Cuando su secuestro, fue la que nos puso sobre la pista buena.

–Garrincha, te veo muy bien. No he sabido nada de ti, y eso suele ser una buena noticia.

–Je, je. Seguro. Ya sabes: *pas de nouvelles, bonnes nouvelles*. Estás muy guapa. La carrera la habrás acabado ya, ¿no?

–Sí, Informática, estoy de prácticas en Accenture, en Torre Iberdrola.

–Eso me trae recuerdos –dije, porque justo al lado del famoso edificio de oficinas secuestraron a Lucía.

–Ya está todo olvidado. Lucía es otra, está muy bien y eso es lo importante.

–Desde luego. Bueno, te veo fuera después, he quedado con tu prima.

–Nos vemos ahora.

Nada más salir vi esperándome a Jon Etcheverry, legendario *killer* Francés ya retirado, pero cuya prestigiosa aureola en esto del crimen traspasaba fronteras. Vivía en una casona perdida en los Pirineos, en el País Vasco francés que, como le gustaba decir, de bonito y bucólico que era daba asco.

–*Bonsoir*, camarada!

–*Monsieur* Etcheverry. No te esperaba, me alegro mucho de verte.

–No podía faltar, de los de antes quedamos pocos y Gorostiola siempre se portó bien conmigo.

–Y tú con él.

–¿Qué es de tu vida?

–Sigo retirado y me va bien. Me aburro, no tanto como tú, pero casi. Con la pesca y las novelas policíacas voy tirando.

–Pues sí me aburro, pero no queda otra. Sigo cogiendo setas y de vez en cuando olas, pero los setenta quedaron atrás y el cuerpo es listo. Por lo menos a mí me avisa enseguida. Por cierto, ¿sabes algo de Ainhoa?

–Bueno, algo sí. Sigue en Málaga con la tienda de zapatos y le debe de ir bien. Al final ni la poli ni los otros la molestaron; se ha echado un novio malagueño que parece buena gente. Me hizo una visita con él hace un año y la vi contenta.

–Es una tía estupenda, me alegro de que le vaya bien.

–Me preguntó por ti, te aprecia mucho.

Ainhoa colaboró conmigo en la resolución del secuestro de Lucía y estuvo una temporada escondida en la casa de Etcheverry, cuando era perseguida por todos.

Mientras hablaba con el Francés, se acercaron Ramiro Bujanda, Buendía el Innombrable y Aitor, componiendo un grupo de lo más granado. También se aproximó el abogado Urrutia –que muy correcto nos saludó a todos como si fuera de la familia–, pero se retiró enseguida, guardando las formas, y se dirigió a un corrillo menos comprometido.

Aitor estaba nervioso y se le notaba. Además, estaba muy afectado por la muerte del jefe y miraba a todas partes, como queriendo comprobar quiénes habían asistido al funeral. Sabía perfectamente que el futuro de los negocios dependía de Lucía y, como la conocía, estaba intranquilo. Me hizo un aparte y me preguntó:

–¿Has hablado con la chica?

–Le acabo de dar el pésame, pero nada más.

–Quiere hablar contigo, y ya te imaginas... Estoy abierto a cualquier solución razonable, Gorostiola era como un padre para mí y quiero seguir sirviéndole una vez muerto.

–Aitor, no estoy al tanto de nada, ni de lo que piensa Lucía ni de la voluntad de su padre. Nadie ha pedido mi opinión y me parece bien. Pero si me la pide, lo tengo claro: debe huir de sus negocios como de la peste. No puede pringarse ni de lejos.

–Tu opinión la valorará mucho. Además, estoy de acuerdo: los tiempos están muy duros y acabará en la cárcel. No merece la pena. Aunque esto vale también para mí, yo no sé hacer otra cosa y esta es mi vida. En cambio, Lucía es joven, tiene pasta y, sobre todo, tiene futuro.

–Coincidimos, Aitor: mi experiencia fue decisiva para dejarlo todo y así se lo diré si me pregunta.

–Te lo preguntará y, si no lo hace, se lo puedes decir tú.

No le contesté y nos juntamos con el grupo, donde Bujanda recordaba anécdotas de Gorostiola, su gran rival y enemigo. Oyéndole hablar parecían íntimos.

Miré hacia la estatua de la Virgen situada en una placita enfrente de la iglesia y allí vi al grandullón de Miguel Fabretti, que observaba la salida del funeral sin perderse nada. Me sorprendió, pero enseguida lo vi lógico; se trataba de una concentración de malhechores y probablemente estarían grabando todo. Miré por los alrededores buscando a Sara, pero allí no estaba.

Miguel Fabretti era el inspector jefe de la brigada de estupefacientes de la Ertzaintza; tras una temporada en otro destino por su relación sentimental con Sara Cohen, la inspectora-jefa de la brigada criminal, había vuelto a su antiguo cargo. Hacían un buen equipo y su gente, con muchos trienios a cuestas, prefería verlos juntos. Sobre ellos recaía la lucha contra el crimen organizado, y tenían su sede en la Comisaría de Deusto.

El desenlace del secuestro de Lucía les dejó fuera de juego y supuso un mazazo para ellos. Les gané la partida, y Sara me insultó y amenazó cuando nos reunimos al acabar todo en los salones del hotel Carlton. Se sintieron engañados y no les faltaba razón, siempre me habían tenido ganas, pero desde entonces mucho más. A mi favor cuentan estos tres años transcurridos al margen de cualquier actividad delictiva y hasta ahora me habían dejado en paz.

–¿Te has fijado en quién está allí? –preguntó el Innombrable señalando con un gesto al lugar donde estaba el ertzaina.

–Sí, lo acabo de ver. A mí me da igual –le contesté.

–Estos no se olvidan de nosotros. Nos tienen ganas.

–Yo no le voy a dar ningún motivo, tenlo por seguro.

–No me gusta nada. Nos estarán grabando, se lo voy a comentar a estos.

Me encogí de hombros y, cuando vi a Lucía saliendo de la iglesia, aproveché para encontrarme con ella. La agarré de la mano mientras le daba dos besos y comprobé que la tenía fría, muy fría.

–Lucía, estás helada, ¿te encuentras mal?

–Estoy nerviosa, destemplada y esto me está superando. Nunca hubiera pensado que mi padre tuviera tantos amigos. Es una pasada.

–A tu padre lo quería mucha gente.

No quería decírselo, pero al funeral habían venido todos, los amigos y los enemigos, pero aun así era cierto y a mí también me había sorprendido el llenazo.

–Un grupo de gallegos ha estado muy cariñoso conmigo. Los más mayores incluso han llorado.

–Ha estado hasta la policía. Solo faltaba la judicatura.

–Qué cabrón eres, Garrincha.

Nada más mencionar a la pasma, empezó a fisgar y enseguida detuvo su vista.

–Allí está el poli grandullón. Pero qué bueno está. ¿Cómo se llama? No me acuerdo.

–Miguel Fabretti.

–Eso, Fabretti, el de apellido italiano. ¿Está solo?

–No lo creo. Habrán filmado todo el funeral para luego estudiar bien a los asistentes.

–Por cierto, nos está mirando y encima sonrío –dijo Lucía mientras intentaba retirarse un flequillo inexistente con un gesto coqueto.

–No le hagas ni caso, vamos a lo nuestro.

–Necesito verte, y pronto. Quiero estar a solas contigo, contarte muchas cosas y pedirte consejo. Me fío de ti, ya lo sabes.

–¿Hasta cuándo te quedas?

–Estamos a miércoles. El lunes salgo para Madrid. Tengo pendientes los exámenes y quiero acabarlos bien.

–Estás ya en cuarto de Derecho, ¿no?

–Correcto, si no me despisto acabo en junio y luego el máster. Tenía idea de ir a Estados Unidos a una buena universidad, probablemente a California. Pero ya veremos, igual me conformo con algo más cercano y acabo en Deusto.

–Lucía, vete cuanto antes y bien lejos. Stanford y UCLA son excelentes universidades y te las puedes permitir. En Palo Alto y en Los Ángeles se está muy bien.

–No sé, antes necesito aclarar muchas cosas y tomar decisiones importantes. Para eso, precisamente, quiero hablar contigo. Necesito tu ayuda.

–Vas a tener mi consejo y voy a ser sincero contigo. Si me haces caso, te irán bien las cosas, tenlo por seguro.

–Me salvaste de una buena. Si hoy estoy aquí te lo debo a ti.

–Eso es agua pasada, Lucía. Ahora vas a estar muy sola y no te puedes equivocar. Te adelanto algo: olvídate de los negocios de tu padre.

–Lo hablamos mañana, para eso te necesito. Para buscar novio me las arreglo yo sola.

–¡Mujer!, eso espero. ¿Sabes? Estás muy guapa.

Se lo dije sinceramente. Había mejorado mucho. Era más mujer y tenía un aspecto mucho más sano y equilibrado.

–¿Te lo parece? No estoy muy convencida, solo me lo dice mi novio.

Sonrió de oreja a oreja y enseñó su cara de cría. Lucía enamorada se quitaba años y mejoraba mucho.

–Venga, suéltalo, esa sonrisa de mujer feliz te delata. ¿Quién es el afortunado?

- ¿No has oído nada? –dijo con una expresión de sincera extrañeza.
- No. ¿Se trata de alguien importante?
- Bueno... Mañana te lo digo. Dime dónde quedamos.
- A las dos en el «Zapirain». ¿Lo conoces?
- Perfectamente. Allí nos vemos, los dos solos.
- Reservo yo. Hasta mañana, Lucía.

Aun con la mejoría tan apreciable, seguía sin fiarme de ella. Me temía que su capacidad para complicarse la vida seguía intacta. ¿Quién sería su novio? Me esperaba otra sorpresa. Si el muchacho conociera el pasado real de la chica se llevaría un buen sobresalto. Aunque mis razonamientos parecían correctos y sensatos, seguía siendo un adicto a esto del delito. No había pasado ni una hora viendo y saludando a antiguos colegas, y mi cuerpo ya me pedía emoción. Las adiciones las sabía controlar y otros miedos muy reales se me echaban encima para sujetarme a una vida de rentista tranquilo.

Eso pensaba, al menos en teoría.

3. DESDE LEDESMA A OLABEAGA

Después de quedar con Lucía para comer, me fui despidiendo de todos mis conocidos, incluidos los grupos de Cambados y Villagarcía. Se acordaban perfectamente de mí y todos lamentaron mi retiro.

Bueno, todos no, alguno alabó mi decisión; las cosas cada vez están más difíciles, me decían, como si fueran unos sufridos emprendedores, pequeños o medianos empresarios. Les sonreí, les di la mano e incluso abracé a alguno, pero evitando dar explicaciones. Solo un «estoy muy bien así» salió de mi boca.

No podía dejar de mirar hacia donde se encontraba el inspector Fabretti. Seguía observando con satisfacción y no se perdía nada. Un funeral mafioso propio de una película de Coppola era todo un lujo y se veía que disfrutaba. Cuando emprendí mi retirada me acerqué a propósito a donde estaba y me vi obligado a saludarlo. Lo hice con toda normalidad.

–Miguel, ¿cómo estás? Cuánto tiempo sin verte.

–Bien, como verás no quería perderme la despedida de un hombre tan cercano a la policía pero, la verdad, no pensaba que pudiera haber tanta animación –contestó mientras en la cara se le dibujaba una amplia sonrisa.

–Gorostiola era un buen tipo, pero sí, a mí también me ha sorprendido tanta asistencia. Ya sabes, solo soy una vieja gloria y no pensaba conocer a tanta gente.

–Estabais todos. Bueno, alguno ha faltado, pero de escasa relevancia

–No me metas a mí, yo ya no estoy en esta historia.

–Tú sabrás, pero si es cierto, haces bien.

–Por cierto, no veo a Sara. ¿No ha venido?

–Está muy bien, mandando como siempre, pero veros a todos juntos la habría puesto de muy mal humor. Mejor así, yo tengo más tragaderas.

–Dale recuerdos de mi parte.

–Se los daré, aunque no sé si te conviene que se acuerde de ti. –Aunque parecía dicho con sorna, una gracieta, hablaba totalmente en serio.

Sonreí como si fuera una broma y me despedí definitivamente. Lo tenía claro, Sara seguía sin perdonarme. A Lucía le tenían más ganas, pero a poca distancia estaba yo. Y no les faltaba razón: aunque la policía ganaba la mayoría de las veces, en esta ocasión no había sido así.

La inspectora valía mucho, era una excelente policía, no había conocido a otro como ella y, además, irradiaba fuerza y determinación. Hacía un buen equipo con Fabretti. Qué suerte la del grandullón de su novio, solo de pensarlo me ponía malo. Pero Sara me la tenía jurada y una de sus mayores satisfacciones sería pillarme y enviarme *caminito de Jerez*.^[2]

Llamé a Teresa. Se encontraba tomando algo con unas amigas en la parte alta de la calle Ledesma y me dirigí hacia allí.

La noche –bueno, todavía era de día, aunque acababan de dar las nueve– prometía, con una temperatura muy agradable y mucha gente en la calle llenando las terrazas. La calle Ledesma, desde que se peatonalizó y se prohibió fumar en los bares, fue creciendo con todo tipo de establecimientos hosteleros y ya no solo en la parte baja –lugar tradicional de bares de vinos y cuadrillas haciendo rondas– sino en toda la calle, sobre todo en la parte alta. La reconversión fue muy importante y era un lugar animado, donde la comida de aquí competía con la china y la japonesa. Casi todos los locales tenían terraza y con buen tiempo era muy apetecible sentarse en ellas.

Teresa estaba en uno de ellos, sentada en una mesa alta con dos amigas. Aunque había mucha gente el ambiente no era bullicioso y la audición era buena. Saludé a Charo y a Ana, a quienes ya conocía, y me acerqué a la barra a pedir unas cervezas.

Un «¿cómo te ha ido?» fue la única referencia de Teresa al funeral, pero su mirada dejó claro su interés. Le contesté: «tan animado como esta calle», y abrió los ojos en señal de sorpresa. Estuvimos todavía un rato allí y cuando acabamos nuestras bebidas nos despedimos. A ambos nos apetecía andar y enfilamos hacia Olabeaga. Teníamos fácilmente tres kilómetros, pero el día invitaba al paseo. Teresa se me colgó del brazo y me estrechó con su cuerpo mientras decía:

–Cuéntame todo, estoy intrigada. Al final me he quedado con ganas de acompañarte, pero por puro morbo.

–Podías haber venido perfectamente, la mayoría de los colegas estaban con sus mujeres, hijos y familia. Muy italiano, como un funeral de la mafia.

–Por favor, Tomás, no los llames colegas. Ya no lo son, te olvidas pronto.

–Tienes razón.

Y empecé a contarle todo el funeral con detalle, desde el comienzo en los Jardines de Albia hasta las tertulias de la salida. Incluso lo adorné con la vestimenta, las condolencias y los elogios al finado. Cuando le desgrané la homilía del cura, resaltando las virtudes de Gorostiola, su ejemplo dado en vida, dejándonoslo en herencia para seguir su camino, una estruendosa carcajada hizo volver la cabeza a varios viandantes, que nos miraron sorprendidos.

–Por favor, Tomás, pero qué cara tienen los curas. No me lo puedo creer. ¿Estás exagerando?

–Tal como te lo cuento. No le habrán dicho quién era y al ver tanta gente sacó el sermón triple A.

–¡Ja, ja! Me pega todo.

–Ni te imaginas la cara de todos los presentes. No hubo carcajadas por respeto a la familia.

–Bueno, ya lo has dicho, mafia pura. A Coppola con filmarlo le hubiera dado para otra

película de *El Padrino*.

–Quienes lo estaban filmando eran los de la pasma.

–¡Vaya, pues empezamos bien!

Le conté mi conversación distendida con Fabretti y se quedó más tranquila. Continué comentando la conversación con Aitor, los clanes gallegos y alguna cosa más, y me centré en la conversación con Lucía. Cuando terminé, Teresa habló al momento, sin pensarlo demasiado, pero acertó en su diagnóstico.

–Qué fuerte todo, de verdad. Se acaba una época y empieza otra. Venían a rendir honores al general fallecido, pero ya nada va a ser igual y todos lo saben.

–Lo has resumido muy bien, es exactamente eso: un fin de ciclo.

–¿Quién va a mandar? ¿Quién se hace con el negocio de Gorostiola? ¿Cómo quedan los demás jugadores? Esas son las preguntas –apuntó Teresa, quien, desde fuera, se daba perfectamente cuenta de dónde se encontraban los problemas.

–Mandarán los Gandarias. Son muy fuertes, jóvenes y con ganas. Sabrán imponerse y no veo a nadie en guerra con ellos. Bujanda está de capa caída y, si tiene dos dedos de frente, que no los tiene, acabará retirándose. El Innombrable acabará con quien más le ofrezca. Y de los fuertes quedará Aitor, que continuará con el negocio de Gorostiola.

–Y la niña esa... No la aguanto... ¿Qué va a hacer? Porque es difícil ser más imbécil. Está forrada, es hija única, no está en la cárcel... Bueno, mejor me callo... Y ahora tiene dudas sobre si enfangarse para tener más pasta, sin tiempo en esta vida para poder gastarla. Tengo clarísimo cuáles serían mis palabras.

–Dame ideas. Aunque además de dinero, busca poder, eso creo, pero es todo un disparate.

–Pues le diría que se ponga al frente del negocio de su padre y la manden al trullo un montón de años. Por lo menos se haría algo de justicia.

–Mujer, eso no se lo puedo recomendar. Además, la veo muy capaz de decirle al juez: «Me lo aconsejó Garrincha. Si estoy en esto es por él, yo no sé nada».

–Tú verás, pero cuídate mucho de esa chica. Acuérdate de lo que pasó hace tres años; no quiero volver a lo mismo.

Hasta ahora nunca me lo había recordado. En su día Teresa no quiso saber demasiado, pero tenía muchos datos y con su intuición poco se le pudo escapar. Conocía mi historial delictivo y mi relación con ella fue decisiva para que lo dejara, pero todo el *affaire* de Lucía estuvo a punto de costarme muy caro y temió por mí con razón. Ahora le volvían los recuerdos en forma de demonios.

–Teresa, tranquila, lo tengo muy claro. Comeré con ella y la alertaré de todos los riesgos; la policía querrá enmierdarla y la pillará. Debe alejarse de los negocios ilegales de su padre y limitarse a heredar el dinero, los inmuebles y todo lo limpio. Le daré el visto bueno a su plan para estudiar el máster un par de años fuera de España y la avisaré de que si no me hace caso acabará pronto en la cárcel. Además, se cumplirá mi advertencia, estoy convencido.

–Me carga esa tía, y encima con la policía viéndolo todo.

–Connigo la pasma no tiene queja. Saben dónde estoy.

–Sí, pero no les des excusas, te tienen muchas ganas.

–Descuida, no se las daré.

–Por cierto, ¿quién puede ser el novio?

–Otro imbécil como ella.

–O un ingenuo engañado. Ella es una actriz excelente, María Guerrero es una aprendiz a su lado. ¿Por quién apostarías?

–No sé, por un futbolista, le pega.

–Vaya, no se me había ocurrido, pero igual aciertas. Mañana lo sabré.

La conversación nos duró todo el paseo hasta casa y nos vino bien. El parque de Doña Casilda estaba animado a pesar de la hora y por Olabeaga, junto a la ría, seguían circulando muchas personas, unas paseando y otras haciendo *footing*. No volvimos a hablar del tema y Teresa me contó las últimas novedades de la tienda de ropa que pronto abriríamos en San Sebastián.

Estaba lanzada y contenta, pero yo tenía la cabeza en otro sitio.

4. JUEVES 18 DE MAYO UNA JORNADA DE PESCA EN LA RÍA

Me acosté pronto. Aunque solía dormir bastante bien, me ayudé con un Valium 5. Todas las preguntas que se me agolpaban en el cerebro se esfumaron en unos pocos minutos con el sueño.

Volver a ver a todos los protagonistas de tres años atrás sirvió para ponerme en tensión, azuzarme la adrenalina y engancharme como si fuera una droga a la que había perdido la pista. Los recuerdos de Gorostiola, de los gánsteres genoveses, de Josu el Gigante, de Ainhoa, de Penélope –la crupier del Casino de Santander–, de los inspectores Miguel Fabretti y Sara Cohen, y sobre todo de Lucía consiguieron disipar la placidez de los últimos tiempos y volver a incorporarme a ese estado de tensión permanente ya olvidado.

Teresa era otra cosa. Ella era sensata y casi siempre tenía razón. Pero a mí me pasaba lo contrario, no estaba hecho de sensatez ni de razón. Me atraía el peligro y, aunque no alcanzaba el trastorno y la paranoia de Lucía, estas historias me llevaban a mi estado natural. Solo Teresa, el miedo a la cárcel y el amor a la vida conseguían sujetarme.

Cuando me desperté a las seis de la mañana, no lo dudé: mi cuerpo y, sobre todo, mi mente necesitaban de una buena jornada de pesca. Bueno, de ir a pescar, porque como casi siempre nos pasa no pescamos nada. Pero para conseguir peces estaban las pescaderías, y tampoco se trataba de practicar una afición. Era algo mucho más importante: pacificar la mente, el cuerpo y deshacerme de mis neuras y malos rollos. El yoga debía de ser algo parecido, pero aquí estabas solo, sin profesor ni yoguistas, sin vestuarios donde cambiarte. El mar, la ría, una caña y la soledad. Uno mismo.

Al salir de casa todavía era de noche. Me gustaba empezar sin luz, viendo amanecer poco a poco, y cómo se colaba el sol entre las nubes hasta la plenitud del día. Hacía buen tiempo y un suéter encima de la camisa era suficiente. Nada más salir del portal tenía la ría allí mismo, a menos de veinte metros. Por el paseo, cruzando todo el barrio, me dirigí hacia Zorroza, y al final de Olabeaga, cerca del pequeño frontón y la iglesia, me situé atando la caña a la barandilla, sujetándola bien después de lanzar el sedal con su anzuelo y cebo a las oscuras aguas del río Nervión. Enfrente tenía la península de Zorrozaurre, que pronto sería una isla; aunque no se dejaba ver, se vislumbraban sus colores ocres y su arquitectura industrial desvencijada, que hacían de él un barrio de gran fuerza estética. Pero le quedaba muy poco tiempo y los proyectos inmobiliarios arrasaban con todo. El conjunto de fábricas, pabellones y casas, muchos ya derruidos y en desuso, cederían el paso a un barrio nuevo, probablemente limpio y ordenado. Pero sería otra cosa.

Esta parte de la ría, este recodo del Nervión, siempre me recordaba al Támesis. La bruma habitualmente la envolvía y una humedad que en invierno te penetraba y calaba los huesos parecía transportarte a la Torre de Londres, aquella prisión donde se alojaban herejes y traidores.

Mi imaginación podía ser disparatada, pero esta parte de Bilbao me hacía soñar con un Londres que nunca conocí, cuando en Canary Wharf todavía no había bancos de inversión ni rascacielos con modernísimas oficinas, sino los muelles portuarios de los Docklands.

Y así, día tras día, con la caña y mis fantasías, conseguía ese equilibrio que tanta falta me hacía. Al final nunca pescaba nada, y solo un par de veces picó un pez, pero los devolví al agua. Solía dar paseos cortos en invierno para entrar en calor y ahora para estirar las piernas. Mis intenciones eran muy solitarias, pero a veces me veía obligado a mantener conversaciones inverosímiles con otros *compañeros*, mintiendo descaradamente sobre nuestras capturas; no era verdad y todos lo sabíamos. También acababa conociendo a los paseantes y deportistas, aunque su actividad no invitaba a pararse y un saludo educado evitaba más incordios.

En unas horas estaría con Lucía y ya preveía por dónde iba a transcurrir la comida: quién iba a llevar el negocio de drogas de su padre y cómo; y, si no era ella, cómo y cuánto podía cobrar. Su padre había sido un capo muy fuerte; cuando me retiré era el número uno en el norte, excluyendo Galicia. Últimamente, con Aitor al frente y sin su presencia en primera línea, su potencia había decaído. Su fuerte siempre había sido la cocaína, y después el *speed* y las pastillas. Nunca negoció con la heroína, siempre la consideró una droga maldita, con efectos devastadores, como si las demás no lo fueran, y con muy mala prensa, como solía decir de forma frívola.

Tampoco tocaba la marihuana ni el hachís, argumentando su escaso precio y su poca rentabilidad para el espacio que ocupaba. Esto no era cierto, sobre todo lo de la rentabilidad, porque aunque necesitaras mover mucha más cantidad, tenías el aliciente de un Código Penal más benévolo. Y nunca entró en la prostitución, armas, porteros... «Con una hija, ¿cómo iba a tener putas?», decía convencido. Los Gandarias sí tocaban todos los palos e iban a más. Bujanda estaba de capa caída y el Innombrable siempre se acercaba a quien mejor lo tratara.

Pero ya no era un simple problema de liderazgo. El negocio de Gorostiola seguiría siendo muy fuerte y con mucho dinero en juego. Aitor, su lugarteniente, mantenía un equipo preparado, circuitos buenos de distribución y un sistema de transporte, correos y almacenamiento muy seguro. Las caídas, cuando se producían, tampoco eran tantas, quedaban estancas y no afectaban al conjunto de la organización y del negocio. Aunque estaba muy quemado, quería seguir. Nadie sabía cuánto le pagaba al patrón, pero a Lucía, si quería, la podría engañar; en cambio, a su padre, además de ser muy difícil, nunca se hubiera atrevido.

La cuestión ya no era esa. Lucía iba a estar forrada; yo sabía lo que daba un negocio así y Gorostiola era un hombre austero. Oí comentar que su fortuna estaba blanqueada; era desde hacía años un buen cliente de uno de los mejores bufetes mercantilistas de España, y su hija la podría heredar sin sobresaltos. Entre los inmuebles, el efectivo y las sociedades tenedoras de valores diversos, la chica disfrutaría de una fortuna envidiable el resto de su vida. Pero debía andarse con cuidado. La represión del blanqueo de capitales cada vez era mayor y, así como hacía unos años no se miraba, ahora sí y era un gran riesgo. La presunción del origen ilícito de los bienes se podía imponer, sobre todo si venía unido al tráfico de drogas, obligándola a ella a demostrar su origen legal y no al revés, como los principios de derecho penal siempre habían establecido.

Drogas y blanqueo componían un cóctel explosivo. El riesgo era real y Lucía podía quedarse sin nada y en la cárcel para muchos años. Le tenían muchas ganas: los engañó con su secuestro y se fue de rositas. Si les daba pie, no pararían hasta pillarla. Y en eso, esta vez, Garrincha no iba a estar.

La presencia del inspector Fabretti en el funeral no era algo anecdótico ni pura formalidad burocrática. Estaban allí porque seguían investigando, y tanto Lucía como yo teníamos mucha importancia para ellos. Ahora mismo estarían pensando lo mismo: ¿quién se iba a quedar con el negocio? Y la chica sería su primera candidata. Si ella estaba detrás, aunque diera la cara Aitor, lo iban a saber. Lucía no era ninguna cría, tenía una mente adulta y bastante retorcida. Cualquier cosa podía pasar, pero yo no iba a dejarme arrastrar; esa sería mi primera preocupación.

El día ya estaba en pleno apogeo, las nubes se rompían y el sol se colaba entre ellas cada vez con más fuerza. Empecé a recoger la caña y los utensilios. Cuando daban las diez de la mañana, entré en mi casa.

Teresa ya había salido, pero en mi teléfono móvil aparecían varios emoticonos con besos y un mensaje muy claro: «Dile lo que piensas y no te dejes liar. Te quiero». Le contesté al momento: «Lo haré. Mil besos».

5. JUEVES 18 DE MAYO COMIENDO CON LUCÍA

La última vez que comí con Lucía –bueno, también fue la única–, lo hicimos en un restaurante japonés de la calle Gardoqui. A los dos nos gusta la comida japonesa, pero no era eso lo que me traía recuerdos. Todo había acabado bien para nosotros, sorprendentemente bien, y lo celebramos; también fue una especie de despedida. Lucía se instalaba en Madrid para continuar su carrera de Derecho y se alejaba del revuelo despertado por su caso. La calma volvería y con el tiempo todo se iría olvidando. En aquel japonés volvió a darme otra sorpresa cuando me propuso llevar a medias el negocio de narcóticos de su padre. Gorostiola, ya muy tocado, nos había informado a ambos, aunque por separado, de su retirada. A la niña no se le ocurrió mejor idea que proponerme llevarlo entre los dos. Recuerdo cuando me dijo: «A Aitor le podemos nombrar director general o algo parecido». Era un disparate y se me debió de notar. No fue difícil disuadirla y, además, su padre jamás la hubiera dejado involucrarse en sus negocios. Me insistió algo, pero se dio cuenta enseguida de que era inútil.

Pero ahora su padre no estaba y ella, como única heredera, estaba legitimada para hacer y deshacer a su antojo. En los negocios ilegales no era tan sencillo y acabarían en manos de Aitor, conector a la perfección del negocio de las drogas. Me encontraba sentado con mis recuerdos en el comedor del restaurante «Zapirain», cuando entró Lucía.

El «Zapirain» tenía su origen en Lekeitio, de donde era la dueña y metre; allí la familia había regentado un excelente restaurante con el mismo nombre. Toda su cocina, pero especialmente sus pescados y sus tartas, hacían de él uno de los mejores restaurantes de Bilbao.

Estaba saboreando un magnífico oporto mientras observaba la charla amigable de Lucía con la jefa. O ya se conocían o Lucía era una asidua del restaurante. Me saludó con la mano y enseguida se acercó con una cara radiante, en la que el luto del día anterior había desaparecido como arrojado por un precipicio.

–Tomás, cómo me alegro de verte, esta mujer es encantadora. Me encuentro muy a gusto aquí.

No me pasó desapercibida la diferencia de trato al cambiar Garrincha por Tomás. Nunca me había llamado por mi nombre y lo interpreté como una familiaridad premeditada.

–Pareces una habitual, a mí también me gusta, siempre he comido muy bien.

–He venido un par de veces con Eduardo, mi padre nunca me trajo. Pero a Eduardo, a sus compañeros y a su familia los conocen muy bien.

–Vamos, Lucía, explícate. ¿Eduardo es tu novio?

–Sí, ayer en el funeral no quería decirte nada. Es muy conocido y lo será más.

–¿Cómo se llama?

–Eduardo Bastera. Ahora no me digas que no te suena.

No me sonaba de nada, pero me acordé de lo que había dicho Teresa y lo solté:

–Me suena a futbolista. ¿Acierto? –Lucía sonrió.

–Menos mal, ya me estabas cabreando. Acaba de fichar por el Athletic, viene de la cantera merengue. Sus padres y él vivían en Madrid, pero nació en Bilbao y por eso puede jugar en el

Athletic. Según dicen es muy bueno y ya se está hablando de él para la selección.

–Cuánto me alegro. No soy futbolero, pero el Athletic trata muy bien a sus jugadores y tiene fama de pagar bien.

–Así es, está encantado. Podía haberse quedado en el Madrid, pero tenía mucha competencia y es más difícil jugar. Su familia es muy conocida aquí, su abuelo fue consejero del Banco Bilbao.

Mientras ella hablaba, yo estaba pensando en lo versátil y práctica que era esta chica. Se trasladaba con pasmosa facilidad de la mafia de la droga a un futbolista de élite y un consejero de un gran banco. No sé cómo iba a hacer compatibles mundos tan distantes y, encima, enamorada.

–¿Os conocisteis en Madrid?

–Sí, en una fiesta con futbolistas en una discoteca de moda. Fue hace seis meses y desde entonces estamos juntos. Vamos en serio, y ya ves lo contenta que estoy.

La miraba y cada vez me sorprendía más. Ayer estaba llorando a su padre y pensando en sus negocios, y hoy feliz hablando de su novio.

–¿Sabe quién era tu padre?

–¡Garrincha, por favor! Claro que no, y no lo va a saber. No tuve oportunidad de presentarlos y ayer no se sorprendió cuando lo dejé al margen del funeral. Es muy mediático y le pareció normal. Además, su familia es de lo más tradicional, como para decirle quién era mi padre.

–Pero se puede enterar perfectamente. Es muy conocido, alguien se lo dirá.

–¿Tú crees? La gente no anda contando esas cosas. A mí nadie me ha hablado de mi padre.

–Pero su familia lo sabrá, dalo por seguro.

–Bueno, pues ya veremos, estamos en el siglo XXI y su relación es conmigo; además, mi padre está muerto.

–Solo quiero que veas la importancia de poner tierra de por medio con sus negocios.

–¿Pedimos la comida y hablamos?

–Perfecto.

La dueña se nos acercó sonriente. La volví a saludar y Lucía me presentó como «un buen amigo que sabe aconsejarme».

–Si nos conocemos, chica, mucho antes de venir con el futbolista. Aunque los del Athletic vienen mucho, a Eduardo no lo conocía, pero en cambio a su familia sí, sobre todo a su abuela María Ucelay, una gran señora.

–A su abuela todavía no la conozco, pero Eduardo está muy unido a ella y me ha hablado mucho de María. Siempre bien, aunque debe de ser muy suya.

–Es una *crack*, tiene una personalidad apabullante, ojalá tu novio salga a ella. Por cierto, parece un crío, ¿cuántos años tiene?

–Veintidós recién cumplidos, le saco cuatro meses.

La dueña sonrió y dijo:

–Os tomo nota. ¿Habéis elegido ya?

–Garrincha, te toca, me fio.

–¿Te parece unos boletus, una ensalada de tomate y de segundo rodaballo?

–Me parece estupendo.

–Enseguida estáis servidos; y acordaos del postre: tenéis tarta de manzana y de arroz, ambas exquisitas.

–Perfecto, y vino tinto de la casa, por favor.

Cuando se fue, no pude callarme y le solté:

–Mujer, veintidós añitos, te lo vas a comer. Un crío para ti. Tú estás muy rodada...

–Tiene mi edad. A mí me parece muy maduro y yo, aunque he pasado de todo, todavía me

siento muy cría. Te voy a enseñar unas fotos.

Sacó su iPhone y empezó a pasarme unas fotos: vestido de calle, con camiseta del Madrid, del Athletic...; un chico alto, buena planta, y con ese aire de triunfador que acompaña a los buenos deportistas. Y terminó diciéndome:

–¿Te gusta?

–Ya lo creo, tiene muy buena pinta. Te felicito, Lucía –le dije para ser pacífico, aunque solo fuera en ese tema.

Lucía sonrió, se la veía feliz. Eso me animó a decirle:

–Preocúpate de no perderlo. Estás enamorada y esa es una razón muy poderosa para no confundirte.

Lucía calló y, como en ese momento nos traían el primer plato, evitó contestar. Cuando terminaron de servirnos las setas y la ensalada, continué hablando:

–Venga, desembucha, quiero oír tus planes.

–Te lo dije ayer, acabo la carrera el próximo mes. Me ha ido bien con los estudios y me gradúo en Derecho, en la especialidad de Relaciones Internacionales. Mi idea inicial era hacer un máster en alguna universidad americana de prestigio, pero con la muerte de mi padre todo se ha complicado.

–¿Y eso? Puedes hacerlo en las mejores condiciones. Tienes dinero y muy pocas ataduras; además, te alejarás de tanto riesgo innecesario.

–Hasta el fallecimiento de mi padre, ese era el camino decidido, aunque separarme un tiempo de Eduardo me da miedo. Va a tener un montón de chicas guapas rondando todo el día a su alrededor.

–Las va a tener igual. Y si te va a dejar, mejor cuanto antes. Con ese pensamiento lo vas a pasar muy mal estés donde estés, te lo digo en serio.

–Pero hay más, para eso te he llamado. A ver si me explico.

–Te escucho.

–La muerte de mi padre ha sido una sorpresa, totalmente inesperada. Era todavía joven y gozaba de buena salud. Hacía una vida sedentaria, golf y poco más, se cuidaba y su estrés era cercano a cero.

–Seguro, pero después de lo tuyo quedó muy tocado y tenía hipertensión; un ataque al corazón le puede dar a cualquiera. Es la vida misma.

–Sí, y además no tiene remedio. Desgraciadamente le ha tocado y punto. Él ya no era el mismo y, aunque no hablábamos mucho de sus cosas, de negocios nada, estaba totalmente apartado y la policía lo respetaba.

–Era un hombre inteligente y supo retirarse a tiempo. Tú eras una cría, pero nos engañaste a todos y tu padre sufrió mucho. Es mejor no olvidarlo.

–Yo sí quiero olvidarlo y no voy a dedicar un segundo a recordar aquello. Acepto mi culpa, pero ya no soy una cría y por eso quiero pensar bien las cosas.

–Continúa.

–Mi padre tenía algún tipo de acuerdo con Aitor, aunque desconozco sus términos y condiciones.

–Yo tampoco los conozco, nunca me habló de ello. Me lo ofreció en su día y lo rechacé.

–«Se lo dejo a Aitor», me dijo cuando me iba a ir a estudiar a Madrid, y que le compensaría de alguna forma.

–Eso está claro, la compensación puede ser de dos tipos. Una renta fija, a trimestres o semestres vencidos, sobre un cálculo teórico de lo que puede dar el negocio; tu padre podría

fijarlo con bastante precisión. O una renta variable, un porcentaje en función de las ventas, deduciendo los gastos de la compra del material y otros también habituales.

–¿Por cuál de las dos te inclinas?

–No lo sé. Aitor preferiría la segunda, arriesgaba menos, ligaba el pago a unos resultados y le permitiría mangonear a su favor. Tu padre, sin embargo, optaría por una cantidad fija, así se olvidaba de comprobar cuentas y de posibles engaños. Pero convéncete, nunca quiso verte involucrada en sus negocios ilegales.

–Ni que tuviera otros legales. Estás muy gracioso hoy, Tomás. Pero sí, ya me lo dijiste cuando te lo propuse y ni lo intenté. Me fui a estudiar a Madrid y punto. Hasta ahora no he vuelto a pensar en ello.

No quise darle importancia a esa pulla y no le contesté.

–¿Y no puedes seguir igual? No te entiendo –le pregunté.

–Aitor me ha llamado varias veces y quiere hablar conmigo. Según le he entendido, porque todo son medias palabras, está dispuesto a llegar a un acuerdo y abierto a estudiar cualquier propuesta. ¡Ah! Y hay mucho dinero.

–Algo de eso me comentó en el funeral. Lo del dinero no lo mencionó, pero no era necesario, lo sé perfectamente.

–Tomás, quiero contar con tu ayuda, no quiero renunciar a algo que me corresponde, y menos tratándose de mucho dinero. Puedo ceder, ser flexible y compartirlo, pero no voy a olvidarme de mi padre; a eso se dedicó toda su vida, no es justo.

Esta chica parecía tonta y no sabía dónde se metía. ¿O sí? Pero entonces era una gánster con ansias sobre todo de poder, y a diferencia de su padre, una gánster suicida.

–Lucía, estás totalmente equivocada. Te voy a explicar algunas cosas. Primero, estás forrada, si no lo sabes te lo digo yo. Tienes mucho dinero, muchos valores, acciones, bonos... y varios bienes inmuebles, además del chalet de La Bilbaína. Uno de los mejores bufetes de abogados de mercantil y fiscal, no el de Urrutia, lo lleva todo y desde hace mucho tiempo. Estará todo en orden. Piensa en sociedades *offshore* en paraísos fiscales.

–Lo sé, ya me han llamado y quieren hablar conmigo. Me he informado y son muy buenos. A la familia de Eduardo siempre le han llevado todo.

–Créeme, sé algo del negocio de las drogas y al nivel de tu padre son muchos millones de euros. Además, Gorostiola era un hombre austero y no ha podido gastar mucho. Ya lo conocías.

–Sí, todo esto me encaja. Conozco los pisos de Madrid y las fincas de Toledo y Candeleda en Ávila, todos muy buenos. Y era de poco gasto. Ni barcos, ni mujeres, ni juego, ninguna afición costosa. Y, de verdad, le estoy muy agradecida.

»Pero Tomás, aunque me alegro mucho de heredar su fortuna, no tengo por qué renunciar a lo otro si también me pertenece. Luego ya veré, igual lo dedico a obras de caridad, pero no quiero que me roben nada más empezar.

No me lo podía creer, estaba por levantarme y dejarla plantada. No iba a mover un dedo ni a gastar más saliva para librarla de la cárcel. Aun así, quería decirle unas cuantas cosas.

–Lucía, el blanqueo del dinero cada vez se persigue más, lo habrás estudiado en la carrera.

–Sí, lo he estudiado y está castigado con penas fuertes.

–Bien, pues solo proteger esos bienes evitando una investigación sobre su origen por parte de la policía, el juzgado, hacienda o el Banco de España ya es un éxito.

–Bueno, para eso están los abogados, deben de tenerlo todo ya previsto y organizado. Cobran muy bien por ello.

Lucía no se daba por vencida y las respuestas le salían rápidas. La cabeza le funcionaba y le

había dado muchas vueltas al asunto.

–Si te mantienes al margen, puedes ser millonaria el resto de tus días. Lo normal es que nadie investigue tu fortuna, se olvidarán y la apariencia de legalidad estará bien organizada y valdrá. Pero si tienes relación con el negocio de las drogas, la poli se acabará enterando y no le faltan ganas, irán a por ti.

»Y acabarás siendo tú quien tenga que demostrar el origen lícito de tus bienes y no al revés, como ocurre en el derecho penal. Esto jurídicamente es insólito, pero así está el tema del blanqueo.

–Qué chorreo me estás echando. Aunque no lo parezca, para eso te he llamado, tengo mil dudas.

Menos mal. Su rostro empezaba a titubear, no podía ser tan inconsciente.

–Mujer, quiero alejarte de todos los peligros. ¿Dónde estaba ayer la Ertzaintza?: en el funeral. No se olvidan. Si te ven heredando el negocio de drogas de tu padre irán a saco y, además de la cárcel, te dejarán sin nada. A ti y a mí nos la tienen jurada y no te perdonarán. Si te digo esto no es para asustarte, sino porque estoy convencido de ello.

–¿Y si nadie se entera de mi relación con el negocio? Aitor me coloca una renta en un paraíso fiscal y punto.

–No va a funcionar, se enterarán, eso se sabe. De igual forma, si no estás, también se sabe; no es necesario anunciarlo.

–Voy a quedar con Aitor ¿Me puedes acompañar? Escuchamos, oímos las ofertas, luego tú y yo las valoramos y tomamos una decisión. Te pagaré bien, créeme, contigo me siento más protegida.

–Lucía, no te confundas, no voy a aceptar ni un euro tuyo. Por respeto a tu padre puedo aconsejarte, como lo estoy haciendo, pero mi función termina ahí. Además, no es buena mi presencia. Conmigo Aitor va a estar mucho más precavido, en guardia; contigo se soltará más y será más sincero. Si estás decidida a verlo, escúchalo, sácale toda la información posible y te vas. Ya tendrás tiempo de tomar una decisión pero, por favor, no te precipites.

–¿Cuál es tu impresión? ¿Qué crees que me propondrá?

–Aitor tiene una posición de fuerza. Si no llega a un acuerdo contigo, puede seguir por su cuenta. En estos negocios el fondo de comercio es muy relativo. Pero querrá guardar las formas y la imagen. Seguir con la hija y heredera del patrón también le mantendrá muchas puertas abiertas y lo respetaran más. Estoy pensando en los gallegos y los colombianos; a él le interesa llegar a un acuerdo contigo.

–También se arriesga. Puedo continuar con el negocio sin él. Los contactos de mi padre y gran parte de su gente seguirían conmigo.

–Lucía, ¿será una broma? No llegarías a tres meses en la calle y probablemente te denunciaría el propio grupo de Aitor.

–Pero yo no aparecería, buscaría otro director general.

–Es igual, te pondrán una trampa. Olvídalo.

–No te gusta nada, ya veo. Lo mejor es llegar a un acuerdo con Aitor, estoy de acuerdo.

–Yo no te he dicho eso. Lo mejor es que te pires a California dos años y te olvides de todo.

–Vale. Voy a ver a Aitor, luego hablamos y me das tu opinión.

–Lo haré, pero ya la sabes, no voy a cambiar. Tu padre estaría de acuerdo.

Aunque Lucía no daba su brazo a torcer, me haría caso; no tenía otra opción y tan tonta no era. Esa conversación tan surrealista no daba más de sí y cambiamos a temas más amables que permitieron, tras el excelente rodaballo, una sobremesa más propia de una joven de veintidós años, mientras compartíamos dos buenas raciones de tarta de manzana y de arroz. Unos minutos

después, no pude evitar preguntarle:

–Has cambiado mucho en estos tres años, ¿no?

Lucía me miró, sonrió divertida y me dijo:

–Ya lo creo. Era una cría bastante trastornada, ¿te acuerdas?, y Madrid me ha curado. He dejado atrás mis neuras, los ataques de pánico y, aunque no te lo creas, he olvidado aquella época como si tuviera amnesia.

–Haces bien, pero saca consecuencias.

–¡Je, je! Siempre con lo mismo. Y tú, ¿sigues de jubilado con poco más de cuarenta años?

–Casi. Pesco y leo novelas policiacas. También ayudo a mi mujer con la tienda de ropa. Vamos a abrir una dentro de poco en San Sebastián. No vivo tan mal, créeme.

–Un coñazo, por favor. Desperdicio total, con las cosas que podríamos hacer tú y yo juntos.

–Como Bonnie and Clyde. ¿Sabes cómo acaba?

–¿La película? No me acuerdo.

–Un compinche los traicionó y la policía los mató a balazos.

–Qué romántico eres.

–Lo dejamos, se nos va a hacer tarde. Te invito yo.

–Gracias, Tomás. Te llamo antes de volver a Madrid y te cuento lo de Aitor. Podemos comer y esta vez a mi cuenta.

–De acuerdo, Lucía. Nos vemos.

Al levantarnos vi que la dueña nos observaba desde el fondo con cierta perplejidad, como si la tensión de la conversación se hubiera transmitido por el comedor. Se acercó y con una sonrisa nos preguntó por el almuerzo.

Le dijimos la verdad.

Todo había estado muy bien.

6. VIERNES 19 DE MAYO

LOS INSPECTORES SARA COHEN Y MIGUEL FABRETTI

Sara Cohen y Miguel Fabretti se encontraban en la comisaría de la Ertzaintza en Deusto. En ese barrio de Bilbao tenían su sede las brigadas dirigidas por los dos inspectores: la de lo criminal y la de narcóticos. Aunque tenían un estatus similar, en operaciones conjuntas el mando lo tenía Sara Cohen con la criminal.

Ambos eran pareja en la vida civil y llevaban ya tres años viviendo juntos en casa de ella, en el paseo del Campo Volantín, junto al puente de Calatrava y el Ayuntamiento. Cuando comenzaron su vida en común, coincidiendo con el secuestro de Lucía, Miguel pidió el traslado de brigada y comisaría. Estuvo algo más de dos años en Erandio, pero su brillante historial pesó más y acabó volviendo a dirigir la misma brigada antidrogas. Su relación con Sara ya no era ningún obstáculo para su trabajo en equipo y todos reconocían su buen funcionamiento.

Sara Cohen era una mujer especial. Preparada, con gran convicción y carácter, sabía mandar y sus éxitos le habían granjeado el reconocimiento de los suyos y de otros cuerpos policiales. Además de muy conocida era guapa, con un cuerpo atlético, bien cuidado, que ayudaba a

incrementar su legión de seguidores. Con uno setenta y cinco de estatura, cuarenta y dos años, ojos castaños y melena del mismo tono recogida habitualmente en una coleta, esta mujer también poseía otras *virtudes* capaces de generar una curiosidad un tanto enigmática a su alrededor.

Sara Cohen Toledano era judía practicante y pertenecía a una de las familias más conocidas de la comunidad sefardí española. Su padre, registrador de la propiedad, ocupó plaza en Bilbao a mediados de los años setenta, donde nació su hija poco después. Su madre, Toledano, pertenecía también a una familia judía de raigambre, y su origen se remontaba a la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos a finales del siglo XV. La inspectora había crecido en el estudio y conocimiento de la Torá y se había casado por el rito judío con otro compañero de fe, Moisés Salaverry Herzog, al que conoció estudiando en Londres. Ambos inauguraron una pequeña sinagoga abierta al culto en el barrio de Indautxu, y se encargaron de su organización y dirección con el apoyo de unos rabinos de Madrid y Biarritz.

Sara tenía dos hijos –Rebeca, de diecisiete años, y David, de catorce–, que vivían con ella tras su separación. Comenzó una nueva relación con su colega de fatigas y funcionaba bien. Además de su personalidad y prestigio como policía, la religión y su pasaporte del Estado de Israel generaban sobre su persona una curiosidad un tanto exótica que la hacía muy popular.

Era el número uno y todos lo reconocían. Su pareja, Miguel Fabretti, era un buen policía de más de uno noventa de estatura, fuerte, grande y buena persona; según la mayoría de las mujeres era un hombre muy atractivo y eso debió de parecerle también a Sara. Fabretti, aunque se hacía el despistado, tampoco se escondía cuando se interesaban por él. Pero cuando empezaron a vivir juntos se formalizó y mantenía una relación monógama sin dificultad. Con cuarenta y cinco años también estaba divorciado y tenía un hijo, Mikel, un estudiante de Farmacia ya emancipado. Su exmujer, Miren Bego Retortillo, era una *ertzaina* adscrita a tráfico, igual que su actual marido, Sabino Mirones. Para su alivio, apenas los veía. Fabretti enseguida supo granjearse la estima de los hijos de Sara, con quienes convivía en buena relación.

Miguel entró en el despacho de Sara y se sentó en una pequeña mesa de reuniones situada en el centro de la habitación. El despacho era sobrio y muy parecido a los del resto de los inspectores, pero destacaba por algunos elementos decorativos muy significativos sobre su ocupante. Una bandera de Israel con un pequeño mástil en su mesa, una foto de ella y sus hijos en Jerusalén con el Muro de las Lamentaciones al fondo, y una menorá, el candelabro de siete brazos, uno de los elementos rituales más característico del judaísmo.

Sara estaba escribiendo en el ordenador y con una mano le hizo un gesto de contención.

–Ya termino, es un correo pendiente con los picoletos de Castro Urdiales. Ya sabes, es sobre el alijo de armas pillado en Getxo.

–Traigo información jugosa, te va a gustar.

La noche anterior no pudo contarle nada y estaba deseando explayarse.

–Espera un momento, ya acabo. –Era verdad y terminó al momento–. Venga, céntrate en los detalles y deja lo fundamental. –Cuando Sara decía eso estaba pidiendo una versión completa, sobre todo con chascarrillos.

–Pero si no sabes de qué te voy a hablar.

–Miguelón, ayer estuviste en el funeral de Gorostiola.

–Sí, pero hay más cosas. Lucía y Garrincha a tope.

–Venga, largando, que me va a dar un mal. Les tengo unas ganas...

–Ayer fue el funeral, pero la historia ha continuado hoy con una comida en el restaurante «Zapirain».

–Me dan ganas de hacer de adivina, acertaría en casi todo. Nuestros delincuentes suelen ser

bastante previsibles.

–No los infravalores, recuerda cómo nos la jugaron delante de nuestras narices

–*Touché!* Es la mayor cagada en mi historial como policía, pero aún no está escrita la última palabra. Venga, dame alguna alegría, te escucho.

–Funeral por todo lo alto en San Vicente. La iglesia a rebosar y gente fuera. Como Gorostiola no es de familia amplia ni es un personaje mediático, la gran mayoría de los asistentes eran del gremio.

–No me salen tantos, pero me estás hablando de cientos de personas.

–Sí, pero no eran todos locales. Varios grupos gallegos, por lo menos uno de Cambados y otro de Villagarcía. Gente de Cantabria, Asturias... Incluso el Francés, el gran Jon Etcheverry, estuvo presente.

–¿Lo grabasteis?

–Enterito. Dentro de la iglesia desde el coro y en la calle desde un primer piso. Se ve bastante bien y aunque muchos ya están identificados, con otros estamos en ello.

–Buen material. Déjame, quiero echarle un vistazo.

Fabretti fue relatando con detalle todo el evento y Sara no pudo dejar de reírse, de forma incluso exagerada, cuando le contó, poniendo voces y caritas, el sermón tan elogioso del cura sobre el finado.

–Igual de despiste no tuvo nada. Gorostiola podía ser perfectamente un donante generoso de la parroquia, y ser recompensado recibiendo ahora unas virtudes inventadas –comentó Sara, que continuó aseverando–: los curas siempre saben corresponder a los feligreses agradecidos

–Los asistentes al funeral, aunque sorprendidos, estaban bastante de acuerdo con el cura.

–Sigue, me está dando pena no haber estado.

–A reseñar, además del respeto y cariño de los suyos, Lucía con buenas dotes de actriz, ejerciendo de heredera, sin cortarse, como si fuera a tomar las riendas de un imperio.

–La creo muy capaz. Es un bicho –sentenció Sara.

–Concretando: Lucía estuvo dentro de la iglesia unos segundos con Garrincha recibiendo el pésame y luego hablaron un rato fuera. Debieron de quedar en verse, como enseguida te explico.

–La comida de hoy.

–Pues sí, pero antes acabo con el funeral. Aitor estuvo con Garrincha y se le notaba nervioso; le estaba pidiendo algo, mientras el otro lo escuchaba pacientemente sin hablar. Al final le contestó. Aitor también intercambió algunas frases con Lucía, pero daba la impresión de estar dejando la conversación para otro momento.

»Los demás hicieron sus grupos y allí estuvieron charlando Bujanda y otros colegas; también Urrutia, el abogado; la mayoría con sus mujeres e hijos de riguroso luto.

–Qué cara tienen, pura mafia, *El Padrino IV*.

–Lo mismo pensé yo. También Jon Etcheverry estuvo un rato hablando con Garrincha y los grupos gallegos, deseosos de dar el pésame con sentidos abrazos a todo el mundo.

–Identificad con nombres y apellidos a todos los asistentes. Será un buen fichero y encontraremos sorpresas.

–No habrá muchas, pero estoy de acuerdo. Ya están en ello Ongi Etorri y Lerele. –A este *ertzaina* se le conocía con el apodo de Lerele por su afición por Lola Flores; y Ongi Etorri era el apodo de Bienvenida Tomelloso, una de las veteranas de la brigada antidrogas–. Por cierto –continuó Fabretti–, Garrincha se acercó muy amable a saludarme y a darme recuerdos para ti, ejerciendo de jubilado y con esa sonrisa cínica que suele poner cuando quiere tocarnos los cojones.

–La conozco, Miguel. Le tengo unas ganas...

–Hace tres años, cuando lo de Lucía, también estaba retirado y regresó triunfal.

–Y tanto.

–Ahora enlace con el almuerzo de hoy.

–Gran restaurante el «Zapirain». Solo he estado una vez y me encantó. Pero, claro, me invitaron los jefes de Vitoria y así una disfruta más.

–Yo no he estado nunca. Podemos ir por tu cumpleaños, te invito –dijo Fabretti.

–Estupendo, te tomo la palabra, no falta mucho.

–Debieron de quedar ayer, ya te lo he dicho, y hoy a las dos entraba Garrincha y, unos minutos después, Lucía.

–¿Quién ha hecho la vigilancia?

–Ongi Etorri y Kepa Ketón.

–Cada vez lo veo más claro. Lucía tiene dudas –o no las tiene pero quiere consejo–, y llama a su salvador. Además, era de la confianza de su padre y con prestigio en el sector. No está mal pensado.

–Estuvieron un par de horas y, aunque nuestra gente no estuvo dentro, lo vieron a través de la puerta y del ventanal. Su impresión fue de una discusión larga, a veces acalorada, sin prestar atención ni a la comida ni a los de su alrededor. Desde luego, no fue un almuerzo de trámite para consolar a la chica.

–Lucía es puro veneno y escuchándote no es difícil deducir por dónde se mueven sus intenciones.

–Está gestionando o por lo menos está pensando en heredar el negocio de su padre. Y eso estando forrada y sin mover un dedo.

–Desde luego, aunque la mayoría de los bienes estén blanqueados, su origen es tan negro como el carbón. Debemos estar muy pendientes de sus movimientos, probablemente no quiera involucrarse demasiado, pero va a querer seguir cobrando. Y si está en el ajo, aunque dé la cara Aitor, la pillaremos –dijo Sara.

–No va a ser tan fácil. Puede seguir Aitor y ella limitarse a cobrar un dinero en un paraíso fiscal.

–Como su padre. Pero esta vez es distinto, no se nos va a escapar. Empezaremos por saber si va a estar en el negocio y entonces seguiremos la ruta del dinero; será difícil, pero no imposible. Nuestros confidentes van a ser clave. ¿Cómo lo ves?

–Tenemos uno cercano a Aitor. Puede enterarse de muchas cosas, aunque este es muy discreto –comentó Fabretti.

–¿La enfermera aquella a la que se cepillaba?

–Sí, la del Hospital de Cruces.

–Habla con ella y si es necesario le subes la remuneración.

–Está sobre aviso, pero voy a insistirle en que es la máxima prioridad. Si le ofrecemos un bonus puede funcionar.

–Perfecto. Ponedle vigilancia a Garrincha, se volverán a ver.

–Lo pongo en marcha. Por cierto, me ha llegado una información, cuya fuente es bastante creíble, y aunque no sé su alcance te va a gustar –dijo Fabretti con una sonrisa enigmática.

–Venga, suéltala.

–Lucía se ha echado un novio, está saliendo con un futbolista del Athletic –dijo Fabretti sonriendo abiertamente al ver la cara de Sara.

–Pobre chaval. ¿Quién es el desgraciado?

–Eduardo Bastera –contestó Fabretti.

–El nuevo fichaje, el del Madrid. Debe de ser muy bueno, me lo dijo David –soltó Sara mostrando su cara de sorpresa.

En el fondo, la inspectora lo estaba pasando bien. Esto le gustaba y verse inmersa en un nuevo asunto con estos personajes le ponía.

–Eso dicen. Pero no sé si es algo serio, ya me enteraré.

–Esa chica va a terminar fascinándome. Su capacidad de adaptación es espectacular. De la pura mafia a un joven futbolista que es una estrella en ciernes.

–Otra sorpresa. ¿Sabes quién es la abuela del futbolista?

–Ni idea. ¿Más emoción? Suéltalo.

–María Ucelay. ¿Te acuerdas de ella?

–Por Yahvé y la Torá, ¿cómo no voy a acordarme de aquel asesinato en Santurce y del crimen de Cienfuegos? En ese caso conociste a Carlota, si no me confundo.

–Sí, antes de liarse conmigo fue la amante de Cienfuegos.

–Entonces eras bastante pendón, no lo niegues.

–Has dicho bien, era.

Sara sonrió, conocía todo su historial amoroso, que en el cuerpo se había exagerado aún más, pero no era una celosa retroactiva y su vida pasada nunca les había creado ningún problema.

–Esta señora me caía bien. ¿Cuántos años puede tener? ¿Ochenta? –preguntó Sara.

–Igual alguno más. Yo la traté bastante. Es la única yonqui de su edad, de Neguri y de una familia de postín que he conocido.

–Lo llevaba muy bien y, mira, sigue viviendo tan tranquila. ¿Te imaginas cuando se entere de quién es Lucía? Pobre chico, es como para avisarle, una retirada a tiempo...

–No veo mucho futuro en esa relación. Un buen futbolista y guapo tendrá todas las chicas que quiera.

–Sí, debe de ser un cachitas, se lo oí a Rebeca. Aunque Lucía es una manipuladora y, si le interesa, lo atraparé, ya lo verás. A esa edad los chavales son medio tontos.

–No estoy tan seguro, pero estaremos muy cerca viéndolo todo.

–Gorostiola, Lucía, Garrincha..., este asunto me está ya estresando. Estoy como una moto.

Cuando Sara se estresaba necesitaba atención. Fabretti la miró, comprobó la hora en su reloj – ya era tarde–, y sonrió. Sara también lo hizo y soltó:

–Vámonos a casa, que aquí ya no hacemos nada.

Después de la comida con Lucía estaba agotado. Era una mujer intensa, con una capacidad para liarte importante y sin tregua. Decidí dar un paseo hasta la tienda de Teresa y contarle cómo había transcurrido todo. Estaría preocupada y era mejor mantenerla al tanto.

Coco Palmer estaba en la calle Ercilla, en un tramo peatonal muy céntrico y comercial. Aunque a Teresa la ayudaba una chica, ella abría, cerraba y era el alma del negocio. Conocía el medio. Cuando la vi por primera vez trabajaba en Cortefiel y siempre había estado en el sector de la ropa y la moda, donde se movía perfectamente. Además, le gustaba mucho.

Me vio llegar a través del cristal del escaparate y me saludó contenta. Entré en la tienda y Maite estaba atendiendo a unas clientas. Teresa me dio un beso en la mejilla y se puso la chaqueta.

–Maite, voy a tomar un café, enseguida vuelvo –comentó en voz alta–. Tenía ganas de saber cómo te ha ido, he estado intranquila todo el día.

–La comida en el «Zapirain» muy bien, y con la chica de todo –le contesté mientras le apretaba la mano.

–Cuéntame. Aunque preocupada, estoy de buen humor, e incluso dispuesta a perderlo.

Empecé a contarle con detalle toda nuestra conversación. No me interrumpió y por sus expresiones adivinaba perfectamente sus pensamientos. Pero no se soliviantó e incluso sonrió cuando le confirmé que su novio era futbolista.

–Ya te lo dije, le pega un buen chico famoso y con pasta. Para ella los gánsteres son como el servicio, para utilizarlos y hacer negocios –comentó Teresa.

–Con aquel macarra de Josu ya tuvo bastante.

–Es todo cálculo y *marketing*.

–Mujer, estará enamorada.

–Si le conviene, lo estará. La verdad, no hay mucha novedad, no me esperaba otra cosa.

–Ya, pero confirma las tendencias suicidas de esta mujer –le dije.

–Es su problema, yo me olvidaría.

–No es tan fácil, Lucía sabe mucho. Si la detienen y en su paranoia le da por cantar puede pringar a mucha gente, a mí el primero. No es de fiar, es una trastornada y los inspectores de la Ertzaintza lo saben. Se emplearían a fondo para hacerla hablar, engañándola sin ningún escrúpulo.

Teresa se calló, no había calibrado esa vertiente del asunto. Al final, comentó:

–En eso tienes razón, pero ella se hundiría totalmente.

–Es una persona inestable e impredecible. Ahora está mejor, pero aquellos ataques de pánico... Si se repiten pueden provocar cualquier cosa.

El gesto de la cara de Teresa cada vez era más serio y se la veía intranquila.

–¡Uf! Entonces, ¿has pensado algo?

–La voy a ver antes de su regreso a Madrid y continuaré disuadiéndola. Volveré a insistirle y quiero ponerla contra las cuerdas; estará sola y perdida. Conmigo no podrá contar y, al final, tragará.

–Tomás, ten cuidado, no me gusta nada. Qué mala suerte la nuestra... cuando ya lo tenía olvidado.

–Confía en mí, va a salir bien, ya lo verás. No pienses en ello, es lo mejor.

–Confío en ti, de eso no tengas dudas.

7. SÁBADO 20 DE MAYO LAS COSAS SE COMPLICAN

Todavía no me había llamado Lucía, era sábado y el lunes regresaba a Madrid. La reunión con Aitor debía de haberse celebrado ya y el no saber nada me tenía intranquilo. Esos días no perdoné bajar a la ría a primera hora, cuando todavía era de noche, para echar la caña y estar un buen rato serenando mis ánimos mientras hacía como si pescara. La espera me generaba tensión y cada vez era más consciente de la encerrona de Lucía. Deseaba saber algo cuanto antes, porque yo también me la estaba jugando.

Recibí las dos llamadas con muy poco tiempo de diferencia. La primera fue de un abogado desconocido para mí. Se presentó como Ignacio Cárdenas y quería verme cuanto antes. Cuando le pregunté por el motivo, se limitó a comentarme que por teléfono no le parecía correcto, para a continuación hablarme de su especialidad, la deportiva, y decirme: «Se trata de un asunto de

fútbol y tengo para usted un encargo profesional». Le dije, mientras me reía: «Nunca he jugado al fútbol y mi edad tampoco es la apropiada». Se lo debió de tomar en serio y me informó de las muchas facetas existentes en el mundo del fútbol. Le hubiera mandado a la mierda si no me hubiera venido a la cabeza el novio de Lucía, y aunque era todo muy confuso y enigmático, accedí a tener un encuentro con él.

–Dígame dónde tiene el despacho.

–Hoy es sábado y lo tengo cerrado –dijo sin inmutarse–. Podemos tomar un café a las cuatro en el *hall* del Hotel Ercilla.

No me gustaba tanta imposición, pero me daba igual.

–Allí estaré.

–Por favor, no intente grabar nuestra conversación, llevaré un inhibidor de frecuencias y lo tendré funcionando.

–Como diga una chorrada más me puede estar esperando toda la tarde. Acabo de recoger la caña de pescar, mi vida últimamente es muy apacible y nadie me la va a fastidiar.

–Conozco sus aficiones y lo sé, es un asiduo de Olabeaga y eso está bien.

–Lo veo a las cuatro y espero que no me haga perder el tiempo.

–No se preocupe, no lo perderá.

Me quedé intranquilo. La conversación no me permitía concluir nada, pero estaba seguro de que no me equivocaba: esto tenía relación con Lucía. La referencia al fútbol y a un encargo profesional solo se podía entender como algo relacionado con su novio. Pero me llamaban a mí. Algo sabían. Por de pronto me situaban pescando en Olabeaga y eso significaba que me seguían muy de cerca.

Al cabo de una hora aproximadamente, sobre las doce del mediodía, estaba leyendo la última novela de John Connolly, intentando hacer bueno aquel principio de que no hay disgusto o contrariedad que una hora de lectura no disipe, cuando recibí la segunda llamada. Esta de Lucía.

–Tomás, amorcito, corazón, ¿cómo estás?

Empezaba bien –«Tomás, amorcito y corazón»–, su voz sonaba contenta, olía a montaje.

–«Amorcito corazón» es una canción de Pedro Infante, un cantante mejicano de hace un montón de años. Como te oiga tu novio llamarme así te va a durar muy poco.

–No digas bobadas. Te llamo así porque quiero, siempre has sido un amor conmigo.

–Bueno, al turrón. ¿Cuándo te vas a Madrid?

–El lunes, como te dije, no puedo retrasarlo más. Quiero verte y comentarte unas cuantas cosas. Como ya sabes, necesito tu consejo –dijo muy formalita, haciéndome la pelota. Además del Tomás, del amorcito y corazón, luego ese «como ya sabes, necesito tu consejo».

–Cuando quieras.

–¿Comemos hoy?

–Mejor cenar. Ahora voy a estar ocupado.

–Pero pronto, luego voy a una fiesta con Eduardo a casa de un amigo en Sopelana. Mañana no hay partido y tiene la noche libre. No soy ninguna lianta, aunque no me creas.

–Nunca pensaría eso de ti –le dije riéndome sin cortarme.

Lucía también se rio.

–Tomás, cómo eres. No puedo contigo pero, a pesar de todo, me gustas, me fío de ti.

–A ver si es verdad. ¿A las nueve te va bien?

–Perfecto. ¿Te parece el «Panda», un japonés?

–Lo conozco.

–Un beso, amorcito.

La mañana de ese sábado, Miguel Fabretti y Sara Cohen habían ido con David y Rebeca, los hijos de ella, a la playa de La Arena en Somorrostro. El día era muy bueno y la temperatura agradable, podías dar un buen paseo por la playa e incluso tumbarte en la arena. Después tenían intención de hacer una caminata por los alrededores y acabar comiendo en Zierbana. A la tarde volverían pronto a Bilbao, donde Rebeca y David se verían con sus amigos.

Aprovecharon que estaban cerca de la orilla, mientras los chicos permanecían tumbados en la arena, para comentar la llamada que hacía un rato había recibido Fabretti de su confidente.

–Me ha llamado Virginia, te cuento –dijo Fabretti.

–¿Te ha llamado ella directamente?

–Sí, até personalmente la relación con ella. Quedamos en evitar intermediarios y el tema del dinero lo cerré yo también.

–Mejor así, este tema va a necesitar de mucha discreción y cuantos menos estén al tanto, mejor. ¿Qué tal es, de fiar o fantasiosa?

–Tiene buena pinta, con estudios, es ATS del Hospital de Cruces, no llega a los cuarenta años, sin antecedentes y no se le conocen actividades delictivas.

–¿Enganchada a la farlopa?

–Sí, su único punto oscuro; eso y liarse con el delincuente de Aitor. Es difícil encontrar algo bueno en ese hombre.

–Ya, es un impresentable. Machista, viejo para ella y, además, no está ni de buen ver.

–Será la coca y la pasta. A nosotros no nos costó captarla y también se saca un buen dinero.

–¿Conoce el riesgo? Si la descubren le limpiaran el forro.

–Se lo he insinuado y se ha asustado, pero va a seguir. Luego lo quiere dejar con él y nos dirá *agur*.

–No me extraña, pero ¿aguantará con este encargo?

–Sí, lo hará, en eso es de fiar. Te adelanto la información recibida; las sospechas se confirman y tiene mucha lógica.

–Adelante.

–Su impresión es que Lucía está con muchas dudas. Aunque Aitor no decía nada, ella le ha preguntado por Gorostiola, la herencia, si va a heredar todo la hija, ese tipo de cosas. Le ha contestado que Lucía es hija única, que heredará todo, y ha añadido que la mayoría de los bienes y del dinero están a buen recaudo.

–¿No se ha mosqueado con esas preguntas?

–Han salido de forma natural y, además, él está nervioso y quería hablar. Y cuando Virginia le ha preguntado: «¿Entonces a ti te deja en la calle, también va a llevar lo otro?», le ha contestado: «Lo estoy negociando. Lucía no puede llevarlo sola y no voy a dejarla mangonear». La considera un peligro y quiere seguir él al frente.

–Lo previsible.

–La conclusión de Virginia es esa. Aitor quiere seguir llevando el negocio sin interferencias, más o menos como hasta ahora. Negociar un pago razonable y todos contentos.

–Pero Lucía le sobra, tampoco entiendo la necesidad de ese acuerdo. Tiene los suministradores, el transporte, los almacenes y la estructura organizativa; y, encima, el capo Gorostiola está muerto, no necesita pagarle nada –apuntó Sara.

–De eso Virginia no me ha hablado, pero en las mafias se respeta a los jefes, a los padrinos y a los muertos. Aitor querrá quedar bien: él respeta la herencia y de cara a los colombianos y gallegos puede ser importante.

–Puede ser, pero, entonces, ¿cómo valoras el precio de ese detalle caballeroso?

–No lo sé, pero cuando Aitor se refiere a un pago razonable estará pensando en una cantidad modesta. Pero es pura elucubración.

–Lucía no se va a conformar con cuatro perras.

–Yo tampoco lo creo, pero ya veremos. Virginia va a estar pendiente de sacarle toda la información posible, eso me ha prometido.

–Debe protegerse, insístele, no quiero tener un fiambre más en la mochila.

–Tranquila, lo sabe, pero le insistiré, es la primera interesada. Aitor no sospecha nada. La comunicación es por medio de un móvil virgen, de tarjeta prepago, escondido en su taquilla del hospital. Borra todas las llamadas y mensajes, y solo lo utiliza conmigo.

–¿Se fía de nosotros?

–No le queda más remedio, pero cuando le dé puerta a Aitor nos dejará.

–Bueno, tampoco nos servirá ya, salvo que le cambie por alguno del gremio.

–Pues no me extrañaría nada.

Sara no dijo nada y se quedó pensativa, cavilando sobre cómo se complicaba la vida esta mujer. Rebeca y David se acercaron a donde estaba su madre y los cuatro comenzaron a dar el paseo previsto. A buen ritmo fueron en dirección a Pobeña con la idea de seguir hacia Ontón, aunque no les daría tiempo de llegar hasta el pueblo cántabro. Enseguida llegaron a Pobeña, una pequeña localidad del municipio de Muskiz, en un recodo del mar Cantábrico, fronteriza con Cantabria.

Estaba muy animada a esas horas y las tascas de su plaza invitaban a quedarse allí a tomar el aperitivo. Pero tenían organizada la comida en el «Gloria» de Zierbena, uno de los restaurantes favoritos de Sara, y todo no se podía hacer. Pasaron de largo en dirección Ontón, algún repecho se hizo notar, pero nadie bajó el ritmo. La caminata estaba siendo muy agradable.

–David, ¿Eduardo Bastera va a ser titular en el Athletic? –preguntó Sara.

–Mamá, ya es titular, lleva dos partidos jugando desde el inicio y es muy bueno.

–No me creo ese interés tuyo por el fútbol, mamá. ¿No lo estaréis investigando? –inquirió Rebeca.

–Hija, por favor, cómo dices esas cosas. La hija de una compañera de trabajo está siempre hablando de Eduardo, sin más.

–Vaya, le gustará, a mí también me gusta. Es guapo y parece buen tío, nada creído como otros.

–Pues olvídate, tiene novia –dijo David.

Sara y Miguel se miraron expectantes.

–¿Conoces a la novia? –preguntó Fabretti.

–No, pero todos los futbolistas tienen novia, y según el padre de Iñaki varias y a la vez.

Todos se rieron pero dejaron la conversación, no querían generar ninguna extrañeza en Rebeca. Aprovecharon para dar la vuelta y dirigirse al aparcamiento de la playa de La Arena, donde habían dejado el coche.

Sara no dejaba de pensar en Rebeca diciendo «a mí también me gusta». La veía como una cría, pero con diecisiete años... ¡cómo no le iba a gustar un futbolista de veintidós! Miraría por internet, porque no le ponía cara. Pobre chico, en las garras de esa impresentable; ya podía cuidarse, porque le podía hundir. Daban ganas de ponerle sobre aviso.

8. UN ABOGADO SORPRENDENTE

Aquel sábado, aunque distaba mucho de acabar, estaba ya dando mucho de sí y podía hacerse muy largo. Cuando entré en el vestíbulo del Hotel Ercilla, un hombre de mi edad se me acercó con decisión, sin dudas, como si me conociera, y empezó a sonreír sin venir a cuento.

–¿Tomás Garrincha?

–El mismo, usted debe de ser el abogado Ignacio Cárdenas.

–Correcto, si le parece podemos sentarnos aquí mismo. ¿Le pido algo?

–Un White Label con mucho hielo, por favor.

–Le acompañaré con otro.

Me acomodé en un sofá amplio, rodeado de dos butacas y una mesa, y aproveché mientras el abogado pedía los wiskis para ver si tenía vigilancia o lo acompañaba algún servicio de seguridad, pero no distinguí ninguna de las dos cosas.

Cuando volvió, mi interlocutor se sacó una billetera del bolsillo de su americana y me tendió una tarjeta de visita donde, además de su nombre, rezaba el título de abogado, seguido de la especialidad en derecho deportivo, la dirección de una calle céntrica de Bilbao y los consiguientes teléfonos y correo electrónico.

Después de leerla, me la metí en un bolsillo de mi chaqueta y, como nunca había tenido tarjeta, no pude corresponderle. Con soltura y aparentando cierto aire de sinceridad, empezó a hablar sin dejar de sonreír.

–Es un poco extraño el encargo y para mí no es nada habitual, se lo aseguro. Si por teléfono le avisé para disuadirlo de grabarme la conversación lo hice para jugar limpio; el inhibidor de frecuencias lo acabo de poner en marcha, y lo entenderá cuando acabe de hablar.

–No se preocupe, no estoy grabando nada, pero espero que tanta parafernalia se justifique con algo importante.

–Le entiendo y no le voy a defraudar –comentó agrandando su perenne sonrisa–. Mi especialidad es el derecho deportivo. Mis clientes son los deportistas y sus entrenadores, de fútbol, baloncesto, tenis, golf... También los clubes, las federaciones deportivas, las empresas patrocinadoras, las empresas propietarias de derechos sobre los deportistas o de derechos televisivos, las empresas organizadoras de eventos... En fin, todo aquello relacionado con el deporte.

Mi interlocutor paró, como si quisiera algo de mí después de hablar tanto, y simplemente le dije:

–Continúe, le escucho.

–Bien, traigo varias cuestiones, cuyo origen es el Athletic. No le puedo concretar más porque yo tampoco lo sé. Naturalmente es de fiar, créame.

–No lo entiendo. ¿Cómo va a ser de fiar si no sabe quién es?

–La persona me da credibilidad y confianza y lo hace en nombre del Athletic.

–Vamos a ver, hablará en nombre del presidente, de la junta directiva, del entrenador, de algún futbolista, de su representante, fíjese si le doy opciones.

–Créame, no lo hace en nombre de ninguna de las personas o instituciones enumeradas por usted.

–Entonces será la afición *athleticzale* la del encargo –dije con sorna, y enarcó las cejas dándose por apercebido.

–El Athletic, como el Barça, es más que un club, ya lo sabe.

Cada vez tenía más claro por dónde iban a venir los tiros. Lucía *for ever*, y ahora con su

novio.

–Sinceramente, no lo entiendo, pero le escucho, suéltelo.

–¡Garrincha! El noviazgo de Lucía Gorostiola con Eduardo Bastera ha llegado a su fin. Y se lo digo con claridad, no es discutible. Yo se lo transmito tal cual.

La vehemencia y formalidad del mensaje sonaron bastante histriónicas, incluso podía ser divertido, pero iba en serio y podía ser más grave de lo que parecía.

–¿Es una orden? –pregunté haciéndome el sorprendido.

–Algo parecido, créame.

A pesar de todo, me reí de forma ostensible y aparentando sinceridad.

Ignacio Cárdenas me miraba perplejo y, con una seriedad bastante cómica, me dijo:

–Esto no es ninguna broma, créame. Por favor, es un asunto muy grave. La relación de Lucía con Eduardo debe cesar inmediatamente.

–¿Lo saben ellos? Igual si se lo dicen les parece bien a los dos.

–No diga bobadas. No me está entendiendo o no quiere entenderme.

–Mire, le doy la razón. No lo entiendo. Además, yo no pinto nada en todo esto. ¿Por qué hablan conmigo? Bastera tendrá un representante, hablen con él; y Lucía ya es mayorcita, si quieren les facilito el teléfono.

–Escúcheme. Insisto: esto es muy grave, no es una recomendación y todavía no le he expuesto los motivos. ¿No siente curiosidad?

Me encogí de hombros y le dije:

–Adelante.

–Eduardo Bastera tiene un gran futuro como futbolista, ahora en el Athletic y el día de mañana quién sabe dónde. Como comprenderá, hay mucho dinero en juego, en primer lugar para él, pero también para mucha otra gente. Piense en el club, en sus representantes, patrocinadores, sociedades tenedoras de derechos...

–Pero, por favor, me estoy poniendo nervioso. ¿No me estaba hablando del noviazgo de estos jóvenes?

–Ya llego. Usted sabe perfectamente quién es el padre de Lucía.

–Era, falleció hace unos días.

–Lo sé, era. Un emporio de la droga, quizás la organización más importante, pura mafia –dijo con aire de asquito para reforzar aún más sus argumentos.

–Me está hablando de Gorostiola padre, de un muerto. La novia es su hija, una estudiante de Derecho de veintidós años de la Universidad Complutense de Madrid.

–No me haga reír. Los negocios familiares son de la familia y Lucía es la única heredera.

–La chica heredará los bienes de su padre y los declarará a Hacienda. Como comprenderá, los negocios de drogas no se heredan.

–No me sea tan primavera, Garrincha. Esa chica es un peligro, no es trigo limpio y a Eduardo Bastera le puede hundir. ¿Se imagina las dimensiones del escándalo? Una organización criminal en manos de la novia del futbolista.

–¿Y si ella no hereda el negocio de las drogas?

–Eso ya no es posible. Esa mujer está involucrada hasta las cachas, nadie se lo creería, y la policía ni le cuento.

Me desconcertaba, pero no era ninguna tontería lo que estaba oyendo. Todo tenía mucho sentido y me estaba creyendo lo de las fuerzas poderosas. Se me escapaban muchas cosas, pero las descubriría, era cuestión de tener paciencia.

–¿Tienen información de alguna operación en marcha de la policía o la fiscalía contra los

negocios de Gorostiola?

–Yo no la tengo, pero eso no quiere decir nada.

–¿Y algo en los medios de comunicación?

–Tampoco lo sé, pero no tengo por qué saberlo.

Las contestaciones no me aclaraban nada, quizás él no lo sabía, pero podía estar en marcha.

–Vamos a ver, Cárdenas, concréteme cuál es el mensaje para Lucía y de parte de quién.

–Que rompa su relación con el futbolista. Se puede ir al extranjero a continuar sus estudios, ya se le ocurrirá cualquier excusa; tampoco llevan tanto tiempo saliendo y son unos críos. ¡Ah! Y debe conocerse la ruptura y ser real. Nos vamos a enterar.

–No me ha contestado a lo de quién se lo pide.

–Dígale que el Athletic, sin más. A Eduardo Basterra le rodea mucha gente y tampoco sé quién de todos ellos está detrás.

–¿Y si se niega?

–Por favor, esa opción no está encima de la mesa, intente explicárselo. Van en serio y están dispuestos a todo.

–Transmitiré el recado tal y como me lo ha expuesto, pero a partir de ahí poco puedo hacer.

–No se minusvalore. Si se han dirigido a usted es porque saben de su influencia en la chica. Cuando aquel turbio asunto del secuestro usted la salvó de la cárcel y probablemente de algo más. Como comprenderá no querrán sacar aquello a la luz. Sería muy perjudicial para usted y para Lucía; fueron asesinadas varias personas, aunque reconozco que eran unos indeseables.

Volvió a poner cara de asquito mientras seguía sonriendo. Lo tenía preparado a modo de despedida y me cogió por sorpresa, dejándome helado. Esta gente lo sabía todo y podían jugar fuerte; además, la Ertzaintza, aun sin pruebas, también lo sabía. Lo único que necesitaban Sara y Fabretti era una ayudita.

Nos debimos de despedir, pero no lo recuerdo. Estaba noqueado, este asunto era muy peligroso y si saltaba estaba perdido; con Lucía por medio cualquier cosa podía pasar. Esta conversación cambiaba todas las elucubraciones hechas por ella. El nivel era otro: intereses muy poderosos se encontraban agazapados detrás de su novio; ahí se movía mucho dinero y quien estuviera detrás no iba a arriesgarlo por una niña. Lo hablaría con claridad, pues ahora los problemas los teníamos nosotros. La matanza de Otañes había salido sibilinamente de los labios del abogado Cárdenas en forma de amenaza.

De eso no tenía ninguna duda.

9. GARRINCHA TOCADO

Salí del Hotel Ercilla muy tocado y con la moral baja. El mensaje transmitido tenía un alcance mucho mayor que la ruptura de la relación entre Lucía y su novio futbolista. Se trataba de un chantaje en toda regla y perfectamente montado. Podían hacer mucho daño y lo sabían. La traca final no era casual y estaba perfectamente preparada. Sabían de mi participación y la de Lucía en unos crímenes todavía sin resolver.

Todo el monumental embrollo desarrollado alrededor del secuestro de Lucía acabó con

sangre. Tres gánsteres genoveses, dos de sus acólitos de aquí y dos pringados del bando de Lucía murieron acribillados a balazos en una casona de Otañes, una pedanía de Castro Urdiales. La acción fue necesaria para salvar a Lucía y, en cualquier caso, los genoveses se iban a cargar a los compinches de Lucía. Pero antes estos se habían cargado, por orden de ella, a gente relevante del clan de los genoveses en España, incluido Josu, su novio. Resumiendo, Lucía tenía tres fiambres en su haber y yo siete, todos los de Otañes.

Aunque en esta última acción no participó Lucía, todo se hizo para salvarla a ella. Gorostiola dio el visto bueno y aportó tres hombres, los otros dos los puso Etcheverry, el *killer* francés. La Ertzaintza siempre sospechó de mí y de Lucía; se sintió engañada, acabaron indignados y nunca nos lo perdonaron, porque en teoría los estábamos ayudando a pillar a los genoveses. Pero nunca tuvieron pruebas suficientes; y como los asesinatos se cometieron en Cantabria, fueron los picoletos los encargados de la investigación, lo cual nos ayudó. Al final, el caso se archivó como un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Una información de este tipo podía ser suficiente para reabrir el caso.

Caminé sin darme cuenta hasta el parque de Doña Casilda, a pocos minutos del hotel donde me había reunido. Me introduje en lo más profundo del parque, hasta el estanque de los patos, y allí me senté en un banco de madera, debajo de un inmenso árbol que daba sombra y me protegía del sol. La tarde era muy buena, con una temperatura cercana a los treinta grados, y el sol lucía en todo su esplendor. El parque estaba muy animado, con mucho paseante, madres con sus niños jugando y adolescentes tumbados en la hierba, de un verde brillante, que rodeaba todos los caminos.

Se oía piar a muchos pájaros –cuya variedad podía igualar a la de los árboles–, pero sin romper el silencio predominante, por lo menos donde yo estaba sentado. Los patos cloqueaban y chapoteaban a su aire en el estanque, mientras dos pavos reales muy elegantes y vistosos derrochaban poderío en su zona. La estampa era muy bonita.

Tenía tiempo de sobra antes de verme con Lucía y quería repasar la situación con tranquilidad. Lo primero era saber quién estaba detrás de todo esto. El abogado Cárdenas había apuntado al Athletic, pero ¿quién? El club no podía ser. Ni el presidente ni la junta directiva iban a entrar en eso, y mucho menos en los términos planteados; si hubiera sido una mera recomendación, aún podía ser concebible, pero tal y como se había comunicado no. Todo apuntaba a gente cercana al futbolista con intereses económicos fuertes. Su representante, empresas patrocinadoras o tenedoras de sus derechos de publicidad. Para mí era un mundo desconocido, pero creía no equivocarme si miraba en esa dirección.

Desconocía también qué datos podían tener sobre aquellos crímenes. Quizás solo fueran sospechas; con un buen dossier de prensa se podían manejar muchos datos y dar el pego. En todo caso, me temía lo peor y con esa premisa debía actuar. Y la siguiente pregunta era: ¿de dónde venía la información? La policía podía ser una fuente pero no lo creía, esa sería la menos preocupante, y me inclinaba por alguno de los intervinientes. Tres hombres de Gorostiola, incluido su lugarteniente Aitor y dos franceses de Jon Etcheverry, además del abogado Urrutia y otra gente cercana a Gorostiola. Con tanta gente no era difícil una filtración.

Tampoco tenía información sobre el abogado Ignacio Cárdenas y su actuación me había desconcertado. No podía esperarse nada bueno de un abogado, en especial si sonreía todo el tiempo.

La amenaza real y directa solo se podía parar atendiendo a sus pretensiones. Lucía lo deja con Eduardo, se va un par de años a California y a pensar en otra cosa. Dicho así no parecía tan complicado, pero estas cosas siempre se lían. Al final se trataba de meter miedo a Lucía: veinte

años de cárcel, sin su novio y sin un duro acojonaban a cualquiera. No era difícil entenderlo pero, además de ser una mujer enamorada, la Lucía que yo había conocido era un disparate. Lo mismo lo entendía sin más y se retiraba, o le salía su vena trastornada, se tiraba al monte y montaba una venganza sin importarle nada.

Estiré las piernas y empecé a dar un paseo por el parque. Primero subí a la pérgola y desde allí, por el paseo principal, me dirigí hacia el Museo de Bellas Artes. Aquella zona estaba aún más animada y pasé del silencio en el estanque de los patos a un bullicio bastante considerable, sobre todo en la zona de juegos infantiles, donde padres y madres cuidaban de sus hijos entre el jolgorio y diversión de estos. Todos mis pensamientos parecían allí fuera de lugar y no dejaba de añorar esa algarabía montada por los críos. Mi vida parecía vetada a cualquier pretensión de dejar descendencia y la supervivencia había sido durante mucho tiempo mi meta prioritaria: seguir en este mundo y, a ser posible, sin pisar la cárcel. Solo cuando me retiré y asenté mi relación con Teresa empezó a venirme a la cabeza de vez en cuando la idea de por qué no podía yo tener algún hijo. Nunca lo había hablado con ella y Teresa tampoco lo había sacado; a veces me extrañaba, pero quizás tampoco lo tenía claro. Si Teresa se hubiera animado... No dejaba de ser curioso que justo ahora, cuando mi futuro podía estar otra vez en peligro, me vinieran esos pensamientos.

Cuando pasé por la entrada del Museo, vi anunciada la exposición de Renoir. Teresa me había hablado de ella, debía de estar muy bien y teníamos previsto verla. Salvo en novela negra y en Tarantino, conocimientos en los que ganaba ampliamente, en todas las demás expresiones artísticas era ella la primera. Teresa se encargaba en todos los viajes de reservar y organizar el tiempo necesario para ver las mejores pinacotecas. Mi desinterés e ignorancia artística habían cambiado por mi relación con ella; y descubrí en ello un mundo tan alejado de mi trayectoria delictiva que, sin darme cuenta, cada vez me gustaba más. Me guiaba por los museos y las exposiciones con charlas didácticas y últimamente habíamos hecho incursiones en el teatro y los musicales. Incluso me llevó al Covent Garden de Londres a oír una *Cavalleria Rusticana*, la ópera de *El Padrino II* en Palermo. No lloré como Corleone, pero salí encantado.

Dudé si hacerle una visita a Teresa en la tienda, pero desistí inmediatamente; no quería dejarla temblando. Necesitaba hablar con Lucía y convencerla. Decidí, en cambio, llamar a mi abogado, Aguirre, intentar verle y conseguir la mayor información posible sobre su colega Ignacio Cárdenas. Se conocerían y con él tenía suficiente confianza como para contarle todo. Era de fiar y, como buen abogado, sabía guardar un secreto. Mi relación con él se remontaba a mis comienzos delictivos, hacía ya veinte años. Aunque pisé dos veces la cárcel por tráfico de drogas, no podía quejarme. Una propuesta de desintoxicación y una oferta de trabajo me permitieron, la primera vez, sustituir los cinco años de prisión por un tratamiento en Proyecto Hombre, y la segunda, reduje la condena de seis años a algo menos de dos accediendo a un régimen abierto. Trabajaba durante el día en el puerto de Santurce y dormía en la prisión de Basauri. Los fines de semana y las vacaciones las pasaba en casa o donde quisiera.

Mi abogado conocía mi retiro delictivo y siguió lo de Lucía de cerca, acompañándome en lo más candente del caso a declarar a la comisaría de Deusto. Probablemente sospecharía del final, tan tremebundo, pero nunca me preguntó nada.

—¿Qué tal te pilla?

—Hombre, Tomás, cuánto tiempo sin hablar contigo. Pero eso es bueno, no lo dudes. Estoy en casa, dime.

—Me gustaría estar contigo diez minutos, es importante.

—Ningún problema. ¿Dónde estás?

—En el parque junto al museo, pero me acerco a donde me digas.

–Estoy cerca, ya sabes dónde vivo, en la calle Heros. ¿Te parece que quedemos en la cafetería del Hotel Domine?

–Por mí perfecto.

–Dame media hora y allí estaré.

–Voy para allá, te espero, no tengo prisa.

Fui dando un paseo y pasé por delante del Guggenheim, cuya entrada y explanada contigua se encontraban especialmente animadas. Los guiris eran mayoría y eso daba mucho colorido a la zona. Anunciaban una exposición de expresionismo abstracto y, si no recordaba mal, Teresa ya la había visto.

Me instalé en la cafetería del hotel, junto a un ventanal, con una espléndida visión del *Puppy* de Jeff Koons, la escultura realizada con flores naturales representando a un perro espectacular y entrañable, que ejercía de guardián del Guggenheim. Volví a pedir otro White Label, mi cuerpo necesitaba gasolina. Enseguida, con puntualidad, entró el letrado y se sentó enfrente de mí. Me imaginé su extrañeza. Después de pedir un café solo comentó:

–Un sábado y con estas prisas no pueden ser buenas noticias. Venga, suéltalo.

Le conté la conversación del Ercilla sin decirle todavía el nombre de mi interlocutor. Tampoco le hablé de Lucía y de sus dudas e intenciones sobre los negocios de su padre.

–Parece increíble. Es muy fuerte, pero me lo tomaría en serio. No me has dicho el nombre de mi colega.

–Ignacio Cárdenas. ¿Lo conoces?

–Sí, de vista. Se mueve mucho por los juzgados y ha intervenido en alguno de los traspasos más sonados del Athletic. Debe de estar bien situado en ese mundo.

–Cuéntame más cosas. ¿Es de fiar? ¿Sabes si está ligado a algún grupo empresarial?

–No lo sé, pero tengo un colega en Barcelona, muy metido en ese sector a través del Barça, que puede aclararnos algunas cosas. Lo voy a llamar, si te parece.

–Adelante, me parece estupendo.

Aguirre se retiró y pude ver desde la distancia cómo hablaba. Cuando volvió se le veía satisfecho. Pidió otro café y, antes de que empezara a hablar, comenté:

–Perdona, no te lo he dicho, pero quiero total confidencialidad. No quisiera que llegase a oídos de Cárdenas esta investigación.

–Por favor, no hace falta ni mencionarlo. Este abogado es de total confianza y nada más descolgar su teléfono se lo he pedido.

–Perfecto, te escucho.

–Lo conoce perfectamente. Ignacio Cárdenas es un abogado sólido, esas palabras ha utilizado, en el mundo del fútbol. Está asociado con un bufete de Madrid de los punteros en derecho deportivo y, aunque un tanto teatrero, es de fiar, no es ningún cantamañanas.

–Pero hay algo más, me lo está diciendo tu cara.

–Sí, ahora viene lo interesante. Representa ante varios clubes, entre ellos el Athletic, a un grupo empresarial ruso llamado Kalinka. Son fuertes, aunque ahora no parecen estar muy boyantes, y son uno de los más importantes en el mercado futbolístico. Tienen muchos intereses en la Premier inglesa y ahora están entrando en Italia y España.

–Pues el tema se va aclarando y tiene toda su lógica.

–Espera, no he terminado. Además, Kalinka tiene relaciones muy estrechas con uno de los representantes de futbolistas más conocidos. Se llama Manuel Durán. Adivina a quién lleva.

–A Eduardo Bastera.

–El mismo. Y para completar la información, este grupo tiene participaciones significativas en

varias empresas propietarias de derechos televisivos de las principales ligas de fútbol y son accionistas mayoritarios en un fondo de inversión cuyos activos son futbolistas de élite.

–¿Y ese fondo es propietario de los derechos de Eduardo Bastera?

–Mi amigo no lo sabía, pero es muy probable. Este futbolista es joven, con mucho futuro, y sus inversiones van por ahí.

–Ahora parece todo más claro. Cárdenas es el abogado del grupo Kalinka, que, a través del fondo de inversión y del representante Manuel Durán, controla todo lo referente al novio de Lucía: sus derechos deportivos, los derechos de imagen, los económicos y también su gestión, contratos... –concluí con el ánimo más entero, al conocer a quién nos enfrentábamos.

–De ahí el pavor a que se conozca el historial de Lucía, su padre y sus negocios –dijo el abogado, enganchado ya a la historia.

–Los rusos deben de conocer bien a Lucía, solo así se explicarían los avisos y la puesta en marcha del chantaje. Una cosa: ¿te ha informado tu contacto de los antecedentes de Kalinka?

–¿Antecedentes? No sé si te entiendo.

–Me refiero a cuál es su nivel mafioso.

–No me lo ha dicho, pero si piensas que de bastante a mucho, acertarás.

Me reí. Mi pregunta, en el fondo, era una tontería, pero insistí:

–O sea, son peligrosos.

–Cuenta con ello. Lo mejor es andarse con cuidado y no minusvalorar sus amenazas.

Estaba de acuerdo. El asunto era grave y las advertencias transmitidas por Cárdenas no eran gratuitas. El saber quiénes eran me permitía poder evaluar mejor la situación y comunicarle a Lucía una convicción y no meras impresiones. Ya no albergaba ninguna duda, Lucía no podía asumir los riesgos de una confrontación con Kalinka.

Me despedí de Aguirre, me deseó suerte y me reiteró un par de veces su disponibilidad.

–Tomás, vas a necesitar ayuda, llámame. No necesito convencerte, pero lo mejor para todos, especialmente para ti y Lucía, es que se olvide de su novio futbolista.

–Estoy convencido, no lo dudes.

–En la escala de valores de esta chica, los amores no deben estar en un puesto muy alto.

Me reí y no le contesté, pero Lucía era en sí una sorpresa.

10. LUCÍA SE LLEVA UNA SORPRESA

Pasé el resto de la tarde asimilando la información facilitada por mi abogado. Era bastante precisa y aclaraba muchas cuestiones. Kalinka, la empresa rusa propietaria de los derechos del futbolista y con intereses muy poderosos en el mundo del fútbol, era quien estaba detrás del chantaje.

Me daban ganas de pillar el primer avión para el Caribe y largarme con Teresa una buena temporada. Nada nos ataba aquí, salvo la tienda, y eso se podía arreglar. El tiempo solía ser una buena medicina para sanar los problemas judiciales, pero en este caso la distancia de poco iba a servir. Lo de Otañes era muy grave y la Interpol no se cruzaría de brazos. Para largarme y desaparecer del mapa siempre tenía tiempo –o, por lo menos, eso pensaba– pero, en cambio, Lucía sola en Bilbao era una bomba de relojería, y su capacidad para empeorar las cosas no tenía límites. Era mucho más seguro mantenerse al frente y controlar la situación.

Cuando entré en el «Panda», un restaurante de comida asiática situado en el mismo lugar donde me despedí de Lucía tres años atrás, estaba vacío. Todavía no eran las nueve y aproveché para pedir un *bloody mary* mientras la esperaba, sentado en una mesa situada donde habíamos comido la otra vez. Un patio interior muy grande y con mucha claridad permitía dar profundidad a la estancia y disfrutar del día con un rato más de luz solar.

Lucía llegó puntual, y entonces recordé esa costumbre bastante habitual en ella; eso apuntaba a organización y formalidad. Era curioso cómo, sin conocer su pasado, te podía dar perfectamente el pego: inteligente, estudiosa, educada y guapa. Sin embargo, había sido una mujer capaz de ordenar dar matarile a quienes pudieran cruzarse en su camino. A simple vista su educación, el ambiente, los colegios y clubes privados habían predominado sobre su origen, pero la herencia del delito, como transmitida por el ADN, estaba agazapada en ella, y su afán por el poder y el dinero superaban las apariencias. Lucía podía ser muy dura y no pararse ante nada. Me llamaba la atención su capacidad para relativizar los peligros y su aparente escaso temor a la cárcel o algo peor. ¿O era pura inconsciencia?

Me vio nada más entrar y con rostro sonriente se acercó donde estaba. Me levanté y le retiré la silla mientras se sentaba y me daba dos besos.

–Déjame probar, tiene buena pinta.

Tomó mi vaso y bebió de mi combinado sin tiempo a darle permiso.

–Un *bloody mary* estupendo, pídemelo otro, por favor. Acabo de levantarme, vaya siesta, he estado durmiendo hasta las ocho. La necesitaba después de estos días y, además, luego me espera una noche larga.

–Da gusto verte, se te ve contenta. ¿Hasta qué hora tenemos?

–He quedado con Eduardo a las once en la puerta del Hotel Carlton. Por cierto, ¿te has dado cuenta de dónde estamos sentados?

–En la misma mesa de la otra vez, la he buscado a propósito.

Lucía volvió a sonreír. Se la veía tranquila.

–Cuéntame tu reunión con Aitor. Yo también tengo información importante.

–Sí, vamos a empezar, tampoco tenemos tanto tiempo.

En aquel momento se acercó una camarera para tomarnos nota y Lucía eligió la cena. No se complicó la vida y pidió murakamis, sushis y otros platos típicos de comida japonesa. A los dos nos gustaba y los conocíamos bien. Lucía prefería cerveza a vino y tampoco me importó. La camarera nos recomendó una cerveza japonesa ligera y nos prometió traerla muy fría.

–Empiezo, Garrincha. Con Aitor lo esperado, quiere seguir con el negocio. Me explicó y me insistió un montón de veces que en vida de mi padre lo llevaba él solo, sin ninguna interferencia. Le dejaba hacer y en estos momentos, salvo los suministradores, que siguen siendo los mismos, todo lo demás: transportes, almacenes y estructura organizativa eran suyos y quedaba muy poco de la época anterior. Su conclusión no dejaba lugar a dudas: él puede seguir tranquilamente sin que el negocio se resienta lo más mínimo.

–Y, entonces, ¿para qué te llama?

–Eso le pregunté. Y te lo puedes imaginar, de vomitar. Él era un hombre de mi padre y lo hacía por él, también era muy tradicional y yo era la heredera... Vamos, chorradas. No se las cree ni él.

–¿Entonces?

–El motivo salió al final, pero antes me habló de dinero. Y otra vez a llorar. El negocio se resiente, la época de mi padre pasó a la historia, los márgenes cada vez son menores, los gastos cada vez mayores. Vamos, que seguía dándome arcadas.

–Me lo imagino perfectamente, le pega, un mentiroso llorón.

–Tal cual. No me informó de la retribución a mi padre, tampoco se lo pregunté porque me habría mentado a placer. Solo se refirió a una cantidad libre de impuestos, así tal cual me lo dijo el jeta, puesta en una entidad financiera de mi elección en un paraíso fiscal. Acabó recomendándome las Islas del Gran Caimán, según él eran el paraíso preferido de mi padre.

Cuando oí lo de libre de impuestos solté una carcajada y los comensales de varias mesas se volvieron extrañados hacia la nuestra. Aitor no era muy largo de luces y, probablemente, de tanto oír lo de libre de impuestos como algo muy valioso en una transacción comercial, lo aplicaba a su negocio sin pensarlo demasiado.

–¿Te dijo cuánto te pagaría?

–Yo se lo pregunté muy seria, diciéndole que dejara de contarme historias. Quería una cifra y sobre eso hablaríamos. Entonces surgió dónde estaba su interés por mí. Te lo cuento sin añadir nada de mi cosecha.

–Te escucho.

–A él, y antes a mi padre, le suministran coca dos grupos, uno de Cambados y otro de Barranquilla.

–Los conozco, son fuertes y de fiar. Los de Cambados estuvieron en el funeral.

–Sí, estuvieron muy cariñosos conmigo. Y las pastillas un laboratorio de Ámsterdam. Bien, con el laboratorio no hay problema, pero con los gallegos y los colombianos los precios pactados son antiguos, acordados por mi padre y deben volver a negociarlos. Según Aitor se lo llevan diciendo desde hace tiempo pero ahora, sin el jefe, no aguantan más y esos precios ya no los mantienen.

–¿Te sonó creíble?

–Sí, por lo siguiente. Para llegar a un acuerdo conmigo, debía llegar a un acuerdo previo con ellos y eso implicaba acompañarle a Galicia y Colombia. Soy la única heredera y con mi presencia, y por respeto a mi padre, podrían ajustarlos sin incrementos significativos.

–Es decir, que cualquier acuerdo contigo pasa porque previamente te pringues en la negociación con ellos como propietaria del negocio.

–Me ha pedido que le acompañe, solo eso.

–Pero, por favor, Lucía, eso significa involucrarte totalmente. Esa reunión la pillaré la DEA o la policía de aquí o de allí, me da igual, y si no la descubren se acabará sabiendo y tú estarás en medio. En serio, es un auténtico disparate. ¿Le has contestado?

–Le he dicho haciéndome la tonta: «Esto es totalmente nuevo para mí y no pienso involucrarme de esa manera». Me ha insistido en su importancia para la rentabilidad del negocio y que yo era la persona idónea para desatascar la situación. Ha acabado diciéndome: «Piénsatelo, pero no veo otra solución».

–Aitor es un sinvergüenza y no dice la verdad. Si no llega a un acuerdo con ellos conoce a otros que estarán encantados de servirle la mercancía en buenas condiciones. Probablemente sea cierto lo de los precios de la época de tu padre y la presión para ajustarlos pero, créeme, el margen es muy grande. Su negocio es muy boyante y da para eso y mucho más; miente como un bellaco.

–Él sabe que te lo iba a consultar, se lo dije, y que tú no te vas a dejar engañar.

–¿Te dijo algo?

–Le pareció bien. «Dile que me llame», me dijo.

–Lucía, ya te lo comenté el otro día y te lo vuelvo a repetir ahora con más fuerza: no te metas ni te acerques más a ese mundo, olvídale.

Lucía se calló. Tenía razón y lo sabía, pero ahora todo eso estaba ya superado. Estaba cabreado y no sé por qué me entretenía discutiendo sobre algo sin sentido ni recorrido. Con cierta solemnidad y mirándola a los ojos, le dije:

–Tengo información nueva, de esta misma tarde, que te afecta. Es muy grave y nos sitúa con los problemas en otra dimensión.

Lucía, al ver mi cara con una expresión difícil de disimular, se dio cuenta y me dijo:

–Te veo de los nervios, te escucho.

Le conté todo tal cual. Llevé la cronología de los acontecimientos según se habían producido. La llamada del abogado Ignacio Cárdenas, la reunión con él en el Hotel Ercilla y la posterior reunión con mi abogado en el Hotel Domine. Los datos y mensajes a transmitir los tenía muy recientes, solo habían pasado unas horas y pude reproducirlos casi literalmente.

Conforme hablaba, el rostro de Lucía cambiaba de gesto e incluso de color. La sorpresa, la preocupación, el miedo y el pánico aparecieron en su cara. Pero en ningún momento perdió la compostura, y ni insultos ni expresiones blasfemas de desahogo ni lágrimas acompañaron mi intervención. Tampoco me interrumpió. Cuando acabé se quedó callada.

–Tomás, esto es muy grave –soltó lacónica.

–Desde luego: es un chantaje en toda regla. Pero se lo pueden permitir, ese es el problema.

–No sabemos la información que pueden tener, quizás solo sean sospechas –comentó Lucía recobrando la compostura.

–Lo he pensado, pero no podemos arriesgarnos. Debemos tomar las decisiones poniéndonos en lo peor, con sus datos en manos de la policía nos pueden hundir. Mucha gente ha podido largar.

–En los secuestros se pide a los secuestradores una prueba de la víctima. Podemos pedir una acreditación, ver sus pruebas y sus datos.

–Vamos a empezar por algo previo. Olvídate de los negocios de tu padre, aunque no vaya a ser suficiente. Ellos insisten en la ruptura de tu noviazgo con Eduardo. ¿Estás dispuesta a ello? Sabes lo que te juegas: ir a la cárcel por muchos años; entonces lo perderás todo: tu libertad, tu dinero y, por supuesto, a tu novio.

–Si te entiendo bien, ¿me estás recomendando la ruptura con Eduardo?

–Ya lo sé, es injusto plantearlo así, pero tenemos difícil cualquier otra opción.

–Me estás hablando en plural, ¿por qué?

–Mujer, si tú vas a la cárcel, por las mismas razones y con las mismas pruebas iría yo. Estoy tan pringado o más.

–Pero a ti no te han amenazado.

–Da igual, cuando larguen saldré yo. La poli me tiene tantas ganas como a ti; además de por los delitos, se sintieron engañados y humillados, y eso ni se olvida ni se perdona.

–Tomás, necesito hablar con ellos, estoy dispuesta a garantizarles mi retirada de los negocios oscuros y podrán comprobarlo a través de Aitor. Lo puede gestionar su abogado, tiene secreto profesional y, por lo tanto, no puede desvelar nombres ni datos comprometidos, pero sí puede comprobar que es cierto y que no miento.

–Van a llamarme y se lo puedo plantear, pero aclárame una cosa, ¿lo de Eduardo va en serio, tiene futuro? Hay muchos tipos de relaciones, igual podíais dejarlo una temporada aprovechando tu máster en Estados Unidos.

–Garrincha, por favor, ¿aún no te has dado cuenta? Estoy pillada hasta las cachas y él también. Dejarle sería lo último, prefiero pagar por mi libertad, tendrá un precio y lo atenderé. Necesito estar con ellos, podré convencerlos, ya lo verás. Como siempre, al final será una cuestión de dinero.

–Comprueba, por si acaso, si los datos son ciertos. Me refiero a si su representante es Durán y los rusos de Kalinka tienen sus derechos.

–Lo intentaré, pero no quiero que se mosquee. Dentro de un rato vamos a la fiesta, luego pasaré la noche con él y mañana comemos en casa de su abuela. Espero enterarme de algo.

–Vamos a hacer lo siguiente. No haré nada hasta el lunes, a ver si me llama Cárdenas. Si no lo hace lo llamaré yo y le pediré una entrevista en nombre de los dos.

–¡Vaya cena me has dado, Garrincha! Cuando todo parecía olvidado, ahora esto.

En ese momento Lucía dejó resbalar dos lágrimas; con un gesto nervioso se llevó la servilleta a los ojos. Nunca la había visto así y eso me gustó.

–Estoy en tu mismo barco, no lo olvides, y yo también quiero salvarme. ¡Ah! Y del negocio oscuro, como lo has denominado, te olvidas. Ya se lo dirás a Aitor, pero no tiene vuelta atrás

–Eso parece –dijo poco convencida y como si no hubiera más remedio.

Acabamos de cenar y los dos estábamos con la moral muy baja; se nos notaba y ni podíamos ni teníamos necesidad de disimular. Aun así, Lucía me sorprendió manteniéndose serena, equilibrada y pensando exclusivamente en cómo salvar su relación con Eduardo. ¡Cómo había cambiado! Ahora estaba dispuesta a pagar por su libertad, sin importarle cuánto; eso solo podía ser el amor. Lucía siempre sorprendía.

La acompañé hasta el Hotel Carlton y antes de llegar ya se veía un Porsche Cayman de color negro, reluciente y con una matrícula novísima, esperando en la rampa de acceso a la entrada del hotel. Eduardo nos saludó mientras salía de su automóvil y se nos acercaba; besó a su chica y me estrechó la mano sonriente, mientras Lucía nos presentaba.

–Eduardo, este es Tomás, un buen amigo tanto mío como de mi padre.

–Encantado de conocerte, Tomás.

–Lo mismo digo, Eduardo.

El chico tenía muy buena pinta. Era guapo, alto y estaba en forma, de macarra no tenía nada. Me acordaba del gigante impresentable de Josu; cómo había mejorado esta chica. De todas formas, ella se lo comería, era mucha mujer y él no dejaba de ser un millonario prematuro, guapo y de buena familia.

Lucía miraba hacia atrás y pensaba en todo el tiempo transcurrido desde que se fue a Madrid. Ahora tenía muy poco que ver con aquella chica “autosecuestrada”, bipolar, que con su cara de no haber roto un plato consiguió cargarse a todo aquel que se interponía en su camino.

Cómo si fuera una película velada, apenas recordaba por lo que había pasado, era una nebulosa lejana y prácticamente olvidada.

Ahora sus pensamientos y su voluntad se dirigían a acabar su carrera, estudiar su máster y asentar su relación con Eduardo.

Sólo la muerte de su padre había alterado esas prioridades. Se negaba a renunciar a todo lo que era de su padre, pero tampoco quería volver a las andadas. Tenía miedo. Garrincha la situaba ante la dura realidad, lo sabía, pero era superior a sus fuerzas. Cuando le recordaba su pasado le daba mucha rabia y, aunque sabía que tenía razón, todavía bullían por su cabeza aquellas fantasías que tanto le complicaron la vida.

11. SÁBADO 20 DE MAYO POR LA NOCHE UNA FIESTA EN SOPELANA

La fiesta se celebraba en Sopelana, a unos veinte kilómetros de Bilbao, pero con el deportivo y a esa hora no tardaron ni quince minutos en llegar. Eduardo le preguntó a su novia por Tomás Garrincha; Lucía obvió todo menos su nombre y compuso una imagen de amigo de la familia, colaborador de su padre y ahora asesor suyo en algunas cuestiones relativas a la herencia; era casi como un padre y se fiaba mucho de él. Eduardo, educado donde los haya, se abstuvo de preguntar por la herencia, los negocios de su padre o cualquier cuestión cercana. Criado en un ambiente de clase alta, donde no se habla de dinero y menos si era el de los demás, no le dio más importancia, y se centró en meterle mano mientras conducía hacia la fiesta y en manifestarle lo contento que estaba.

Esa tarde lo había llamado el seleccionador nacional y le confirmó su interés; lo estaba siguiendo y si jugaba de titular con regularidad lo convocaría para el próximo partido con la selección. Hasta ese momento la crítica había sido muy buena y estaba convencido de mantener la titularidad. Lo importante ahora era cuidarse y no despistarse.

Como el chico se engorilaba cada vez más, Lucía le pidió paciencia, recordándole que iban a pasar la noche juntos en su casa.

–No sé si voy a aguantar, tengo la lata llena –contestó Eduardo.

–No te preocupes, la vas a vaciar muy bien. Nos podemos ir cuando queramos, sin esperar hasta el final –dijo Lucía riéndose.

–Bueno, ya veremos, lo decidimos sobre la marcha –respondió Eduardo en plan conformista.

Lucía lo besó y le lamió todo el cuello mientras su novio enfilaba la bajada a la playa de Larrabastera, en el municipio de Sopelana.

La fiesta se celebraba en un chalet cercano al mar, propiedad de un antiguo jugador del Athletic. Su acceso no tenía pérdida; una iluminación de antorchas de fuego natural partía de la carretera y se dirigía hasta dentro del jardín, guiándolos con facilidad. Además, la música de Lady

Gaga se oía perfectamente y ejercía de reclamo. Un aparcacoches los dirigió hacia una esquina del jardín, donde quedaba un hueco, para dejar allí el Cayman. El aparcamiento estaba lleno y el nivel anunciaba mucho glamur y mucha pasta.

Cuando entraron en la casa, un hombre con aspecto de mayordomo se les acercó y cantando el nombre de Eduardo los invitó a acompañarlo. La vestimenta para la fiesta era en teoría informal, pero todo el mundo iba arregladito: Eduardo con un *blazer* de color tostado y una camisa azul clara sin corbata, y Lucía con una chaqueta ligera de color rojo encima de un vestido de tirantes, bastante escotado, de color crema; Eduardo llevaba zapatos negros con cordones y Lucía unas sandalias de tacón a juego con la chaqueta.

El anfitrión enseguida los vio y se acercó a saludarlos, mientras un camarero les ofrecía una copa de champán. Eduardo, muy profesional, pidió un agua mineral con gas, hielo y una rodaja de limón; Lucía aceptó el champán mientras le presentaban a Pedro, el anfitrión, quien con sorna le dijo a Eduardo:

–Ya me habían llegado rumores: una novia muy guapa y, además, abogada. Lo de guapa salta a la vista, no has perdido el tiempo, te felicito. Bueno, Lucía, Eduardo tampoco está tan mal.

–Abogada todavía no, espero acabar en junio –contestó Lucía.

–En lo de abogada casi acierto y en lo otro mantengo lo dicho; además, eres de Bilbao y estudias en Madrid –dijo sonriendo y en plan profesional.

–Control total. Aunque no llegué a verte jugar en el viejo San Mamés, oí a mi padre hablar mucho de ti.

Pedro, sin olvidar la sonrisa, agradeció el comentario y se acercó a saludar a otros invitados. El salón donde se encontraban estaba muy animado y también se veía gente en el comedor y en el porche de acceso al jardín. En la estancia principal habría cerca de cuarenta personas. El anfitrión les había comentado que del Athletic solo estaba invitado, además de Eduardo, el segundo portero, Jon, y que se había preocupado de hacer una mezcla entre deportistas y profesionales de otros ámbitos, la mayoría jóvenes.

Enseguida divisaron a varios jugadores del Bilbao Basket, fácilmente reconocibles, y gente muy diversa, desconocidos para ellos. Unos venían en pareja y otros solos, pero muy equilibrados por sexos. Aunque según Pedro no se celebraba nada en especial, Eduardo era el protagonista de la fiesta.

Lucía enseguida se dio cuenta de ello, sobre todo entre las chicas; no dejaban de mirarlo y con excusa o sin ella se acercaban para saludarlo. Lo tenía claro, su novio era ya una estrella y debería acostumbrarse a convivir con tanta zorra suelta maniobrando para levantárselo. Pero ella no era tonta, y estaba dispuesta a situarse a otro nivel y ejercer de novia amable y poco posesiva. Era lo mejor y lo más efectivo. Curiosamente, nada más subir al coche de Eduardo en el hotel Carlton borró de su mente la conversación con Garrincha, como si tuviera un cerebro con compartimentos estancos y pudiera mantener esa angustia fuera de sí.

Estuvieron saludando a los jugadores de baloncesto, todos enormes, a otros invitados que se acercaban donde estaba Eduardo, y acabaron haciendo grupo con Jon, el portero del Athletic, y su novia María. Esta, aún más joven y menos acostumbrada a estos saraos, se pegó a Lucía y la miraba como pidiendo ayuda ante tanta competencia pululando alrededor de sus chicos. La novia del portero desentonaba un poco en este ambiente; era de Derio y mantenía esa atractiva expresión de los cortos de vista.

La música era cada vez más marchosa, Lady Gaga volvía a inundar con su potente voz todas las estancias, y Eduardo y Jon se vieron arrastrados a la pista de baile sin oponer demasiada resistencia, ante la mirada resignada de Lucía y María.

Los jugadores de baloncesto las sacaron a ellas y ya en la pista de baile volvieron a estar todos bastante juntos. La cena era un bufé situado en unas mesas laterales con todo tipo de ensaladas, marisco variado y abundante, viandas de rosbif, salmón, pasta, embutidos y queso. Tartas y pasteles completaban el postre, donde también había fruta. Cada uno se servía a su gusto o se dejaba ayudar por unos camareros solícitos pendientes de los deseos de los asistentes. El evento estaba muy bien organizado y no se había escatimado en gastos.

Después de bailar un rato, Lucía, Eduardo, Jon y María se acercaron a comer algo. Se les unió un pívot del este de Europa y de nombre impronunciable. Se le colgaron dos bellezones, pero parecían estar más pendientes de Eduardo que del gigante del este. Todavía a estas alturas de la fiesta la gente era educada y guardaba las formas. Desde el jardín, pasando por el porche, se acercó uno de los pocos hombres encorbatados de la fiesta en compañía de otro. Ambos estaban solos, eran del sector maduro de la fiesta, por encima de los cuarenta años, y se dirigieron conscientemente al grupo donde se encontraba Eduardo. Este no los vio hasta que ya estaban encima. Entonces los presentó. Uno, el de la corbata, se llamaba Ignacio Cárdenas, y el otro Manuel Durán. Lucía se dio cuenta de quiénes eran, había retenido los nombres cuando se los dijo Garrincha, y se fijó en la mirada intensa del abogado Cárdenas. Era su oportunidad, tenía que hablar con él, y mira por dónde, una mulata espectacular consiguió, sin ningún esfuerzo, llevarse babeando a Eduardo hasta la pista de baile. Durán se entretenía hablando con quizás unos futuros clientes suyos, y Lucía aprovechó para decirle directamente al abogado:

–Ignacio, me gustaría hablar un momento contigo, ya te imaginarás por qué. Es importante, si te parece nos acercamos al vestíbulo junto a las escaleras, está más tranquilo.

–Me parece perfecto.

Caminaron hasta allí, y Lucía aprovechó para coger otra copa de champán. Estaba nerviosa y el alcohol le vendría bien. Se acomodaron junto a la pared del fondo, desde donde se veía la pista de baile y a Eduardo haciendo el mono con la mulata.

–Ignacio, quiero ser clara contigo, no tenemos mucho tiempo. Esta noche he estado con Tomás Garrincha y me ha contado todo. Como comprenderás es muy fuerte y todavía no he salido del *shock*.

–Te entiendo, pero es lo que hay –dijo con bastante frialdad, como no queriendo hacer concesiones–. ¿Eduardo sabe algo?

–No, no le he dicho nada ni pienso hacerlo.

–Estoy de acuerdo, es lo mejor.

Ignacio Cárdenas estaba incómodo, aunque intentaba disimularlo poniendo una cara de jugador de póker un tanto patética; interpretaba un papel y no lo iba a desbaratar con buenas palabras fuera de lugar. Lucía quería seguir llevando la iniciativa y continuó:

–Yo estoy muy enamorada de Eduardo y él de mí. Una ruptura nos hundiría y eso repercutiría también en su rendimiento deportivo.

Cárdenas se encogió de hombros, levantó las cejas con ritmo, como si lo hubiera ensayado, y comentó:

–Lucía, esas cuestiones se me escapan; como comprenderás, yo no tomo las decisiones, solo las transmito.

–Te entiendo, por eso quiero quedar con tus clientes. Ellos sí pueden tomar decisiones y quiero negociar. Mi amor y mi libertad pueden tener un precio, y quiero saberlo. Podremos llegar a un acuerdo, estoy convencida. No me ando por las ramas, ya lo ves.

Cuando el abogado oyó la palabra precio e intuyó dinero, pareció gustarle y se espabiló. No paseó la lengua a lo largo de sus labios, pero casi.

–Voy a transmitirlo. Cuando hablas de negociar, ¿a qué te refieres?

–A buscar una solución con cesión de ambas partes. Cuando, al final, las diferencias son económicas es más fácil llegar a un acuerdo.

–¿Económicas? No sé si te entiendo muy bien –dijo el abogado con una cara inequívoca de estar empalmado.

–Ignacio, está claro. Tus jefes temen que salgan a la luz los negocios de mi difunto padre y que mi relación con Eduardo repercuta en su valor deportivo, económico y de imagen. Y eso, al final, es un tema de dinero.

–Sí, pero por eso plantean como condición tu ruptura con Eduardo.

–Puede haber otras soluciones más interesantes para ellos.

–¿Indemnizatorias? ¿De pasta?

–Así es, debemos madurarlo, para eso quiero una reunión cuanto antes.

–¿Te acompañaría Garrincha?

–Sí, es lo mejor y una garantía para todos. Él conoce bien los negocios de mi familia, por lo menos mucho mejor que yo.

–Me he situado. Mañana mismo haré una gestión y te llamo.

–Prefiero que avises a Garrincha. Se lo diré esta noche.

–Lo haré. Si no es mañana, el lunes sin falta. Cuanto antes mejor para todos.

Según se despedía el abogado, Eduardo salía de la pista buscando a su novia con la mirada. Esta le hizo un gesto con la mano y se le acercó.

–Menudo pibón la mulata, estaba a punto de comerte en la pista.

–No creas, me he preparado para resistir, pero me ha visto muy enojado; así me lo ha dicho, con esas mismas palabras.

–Ya es dura la vida de los famosos, cómo sufrís –dijo Lucía mientras se reía–. ¡Ah! He estado con Ignacio Cárdenas. No sé si me confundo, pero ese no es tu representante, ¿verdad? Es el abogado, ¿no? Estaba como parado, sin decir nada.

–Sí, es un abogado especialista en derecho deportivo, asesora a mi representante y a empresas con intereses en el fútbol.

–Entonces tu representante es el otro, ya. Me has dicho cómo se llama, pero se me ha olvidado.

–Manuel Durán, es uno de los más importantes de España y participa en una empresa inglesa de representación de deportistas de todo tipo: tenistas, golfistas y, claro, futbolistas. Es la número uno de la Premier.

–¿La Premier?

–Es como se llama a la primera división de fútbol inglesa.

–¿Y el representante tiene tus derechos de imagen y económicos?

–No, el sólo gestiona mis intereses, me representa ante los clubes, la liga profesional, me negocia los contratos, los traspasos, me busca equipo, oye las ofertas..., ese tipo de cosas. Pero mis derechos los tiene una empresa muy fuerte.

–¿Una empresa deportiva?

–Bueno, se la podría llamar así; invierte en deportistas y negocia los derechos de imagen con las televisiones, los patrocinadores, con todo el mundo y, además, tienen los derechos de mis traspasos entre los clubes de fútbol. Pero es aún más complejo porque tienen un fondo de inversión y este es mi propietario.

–No sé si lo entiendo bien, pero estarás bien asesorado, seguro.

–Sí, de eso no te preocupes, ya te contaré cómo tengo montado todo el tinglado. No creas, a mí

también me cuesta entenderlo, es bastante complejo.

A Lucía le bastaba, coincidía exactamente con lo que le había contado Garrincha durante la cena: los rusos de Kalinka eran los que mandaban y decidían. Estaba contenta, no le había costado conseguir la información y estaba avanzando. La reunión con Kalinka la tenía en la mano y era cuestión de pasta, cada vez estaba más convencida. Las caras del abogado lo delataban, se emocionaba cuando oía las palabras “precio” o “dinero”. Garrincha debía estar en la reunión, no podía negárselo, el primer interesado era él.

De forma práctica desalojó de su cabeza esos asuntos y se centró en la fiesta y en su novio; no podía despistarse. A la mulata le había tomado el relevo una rubita con pinta de pija que le hablaba con sonidos nasales, como si tuviera ya su polla en la boca. Veía a Eduardo muy salido y era hora de ponerle remedio. No le costó idear cómo resolver ese apremiante incidente.

–Eduardo, amorcito, vamos al piso de arriba; quiero darte una sorpresa.

Lucía no conocía el piso de arriba, pero no era difícil imaginar dónde estaban las habitaciones. Vio subir a varias parejas y también se dio cuenta del uso exagerado de los baños, de donde la mayoría salían con las pupilas dilatadas. Era el momento de la noche donde la coca empezaba a ser protagonista y los escarceos sexuales se desarrollaban sin ningún pudor. A Eduardo le debió de parecer una idea excelente porque se fue con cara de imbécil, sin despedirse de la rubita, adivinando las intenciones de su novia.

Lucía solo pensaba en encontrar una habitación libre y evitar las incomodidades de un baño para echar un polvo. Cuando llegaron al piso de arriba, al fondo del pasillo, Lucía vio una puerta semiabierta y, con Eduardo de la mano, se dirigió con rapidez hacia ella. Estaba vacía. Encendieron la luz y cerraron la puerta con pestillo, todo un lujo. Nadie los iba a pillar en plena faena.

Lucía conocía ese tipo de fiestas; en Madrid eran bastante habituales y en el entorno de los futbolistas de primera se montaban saraos con formato muy parecido. Solían celebrarse en las zonas reservadas de dos o tres discotecas de moda, y era el caché de los jugadores y la categoría del equipo los que imponían el nivel de la fiesta. Primero el Real Madrid, luego el Atlético, y a partir de ahí el Getafe, Rayo, Leganés... dependiendo de si estaba o no en primera división. Para entrar era necesario estar invitado y si era por un futbolista mejor; entonces tenías preferencia y acceso a las zonas donde estaban ellos. Los futbolistas eran los protagonistas totales y solían guardar las formas en público. No se drogaban, bebían con moderación y el sexo lo reservaban para unas habitaciones preparadas al efecto. No podían permitirse ningún desliz, porque los *paparazzi* presentes o representados estaban prestos para cazar cualquier despiste y pasarla al papel cuché. El resto del personal tenía el desenfreno como norma y para eso iban. Lucía conoció en una de esas fiestas a Eduardo y con buen criterio decidió no cepillárselo esa misma noche. Ella era una chica distinta y en eso no le faltaba razón; siguieron viéndose y acabaron juntos y enamorados.

Nada más cerrar la puerta, Lucía agarró la cara de Eduardo y empezó a besarla sin dejarle respirar, a lo que el chico no opuso ninguna resistencia. Unos gritos tarzaneros de la habitación de al lado consiguieron excitarles aún más, empezando a explorar lugares más cálidos. Lucía se sentó en el borde de la cama y, con Eduardo todavía de pie, le bajó los pantalones; tomó su primoroso instrumental con las dos manos, se lo llevó a la boca y empezó a dar cumplida cuenta de él. Poco pudo hacer Eduardo ante la oleada de esperma que enseguida inundó a su novia. Después de sofocar el apretón, Lucía atrajo a su novio y, ya en la cama, continuaron la faena.

Eduardo no tardó en reponer sus poderes y pudo enseguida dar cuenta de las embestidas propias del sexo vaginal, que con su buena forma física y su habilidad se convirtieron en una

fuelle de placer inagotable para su novia. Lucía, gritona ya de por sí, acabó apagando los gritos y gemidos de la habitación de al lado. Cuando ambos se vaciaron, Eduardo por segunda vez, una sonrisa de satisfacción inundaba sus caras. Se hubieran quedado un rato más, pero otros invitados con las mismas urgencias estaban intentando desde hace un rato acceder a la habitación.

Arregladitos y con cara de bien follados se incorporaron a la pista como si nada hubiera pasado. Tal como andaba el personal, pocos se quedarían sin su ración de sexo, y las idas y venidas al baño presagiaban algo similar con la farlopa.

El anfitrión se les acercó y les preguntó cómo iba todo. No necesitaron explicarse demasiado, estaba muy claro. Manuel Durán e Ignacio Cárdenas entraron al rato desde el jardín, hablando sobre el esplendor de la noche, como si fuera una gran originalidad. Aunque se les veía correctos, no era difícil concluir que sus narices habían tenido algo de trabajo. El pivot elegido como segundo plato apareció con la mulata bajando del piso de arriba, muy agarraditos y con unas caras de profunda satisfacción.

–Mira, tus admiradoras ya se han ido colocando –dijo Lucía.

–Sí, aquí nadie pierde el tiempo –contestó Eduardo.

Aunque aún eran las tres de la madrugada y la fiesta estaba en su apogeo, Lucía y Eduardo empezaron a despedirse de los conocidos. Estaban cansados y si no te drogabas ni bebías la noche se te hacía muy larga. Cárdenas y Durán estaban en la pista de baile con dos chicas que parecían hacerles caso; se despidieron de ellos y el abogado hizo a Lucía el saludo militar con la mano, poniéndose a sus órdenes.

Al salir hacia el coche se oía a Enrique Iglesias con su “Súbeme la radio” y ahora Lucía se encontraba más optimista y tranquila. No iba a dejar a Eduardo, aunque se arruinara. Tenía mucho dinero y gastarlo en una buena causa sería lo más adecuado.

Antes de acostarse le envió un wasap a Garrincha: «He coincidido con Cárdenas en la fiesta. Le he pedido una reunión con sus jefes para negociar. No le ha parecido mal. Te llamaré. Besos. L.».

12. DOMINGO 21 DE MAYO SARA Y FABRETTI EN EL CASCO VIEJO

Ese domingo amaneció soleado y Sara y Fabretti aprovecharon el buen tiempo para dar un paseo por Bilbao y tomar un aperitivo en el Casco Viejo. Rebeca y David tenían sus propios planes deportivos y se organizaban por su cuenta. Luego comerían todos juntos en casa, pero ya tarde, a eso de las tres. David jugaba al hockey sobre hierba con el equipo del Club Jolaseta, toda una leyenda en este deporte, y Rebeca al fútbol con el equipo de Maiona en su campo junto al parque de Etxebarria y el antiguo cementerio de Begoña. Ambos quedaron con sus amigos y su madre y Miguel ni se enteraron de cuándo salieron de casa.

Estaban en la cocina desayunando. Eran ya las once de la mañana cuando sonó el teléfono móvil de Fabretti.

–¿Qué tal, Gabarrita? Cuéntame.

–Te llamo por la vigilancia de Garrincha y Lucía, esto empieza a dar sus frutos.

–Eso es bueno, te escucho.

–Ayer pillamos una reunión de Garrincha con un hombre en el Hotel Ercilla. No se conocían pero la conversación, por los gestos y atención, parecía importante. Garrincha estaba francamente preocupado. Aunque no pudimos escuchar nada porque nos encontrábamos en la barra a unos veinte metros, se le notaba perfectamente.

–¿Sabéis quién era su interlocutor?

–Al principio no, pero luego lo seguí hasta su casa, mientras Ongi Etorri iba tras Garrincha, y no fue difícil situarle. Es un abogado, Ignacio Cárdenas, especialista en derecho deportivo y conocido en los ambientes futboleros; le debe de ir bien.

–Enteraos de todo lo que tenga que ver con ese abogado, nos interesa mucho.

–Hay más. Ongi Etorri se quedó con Garrincha y a media tarde se reunió con su abogado, Aguirre, en la cafetería del Hotel Domine. La reunión debió de tener que ver con la anterior y su defensor estuvo localizando a alguien por teléfono y hablando un rato con él. Se sentó satisfecho y le contó a Garrincha lo hablado.

–El novio de Lucía es futbolista y juega en el Athletic, por ahí irán los tiros.

–Me lo imaginaba, los vimos luego juntos, pero te sigo contando.

–Adelante.

–Garrincha cenó con Lucía esa misma noche, a las nueve, en el restaurante «Panda», el de la calle Gardoki. La cena comenzó bien, ella hablando muy animada y contenta; pero luego, cuando habló Garrincha, aquello parecía un velatorio. Al terminar la conversación estaba realmente afectada; algo grave le transmitió, incluso derramó un par de lágrimas, vimos cómo se las secaba con un pañuelo. Pensamos de inmediato en la reunión con el abogado de los futbolistas.

–Buena información, Gabarrita, y nos encaja. Cárdenas le transmite algo gordo a Garrincha, este lo consulta con su abogado y acaba contándoselo a Lucía.

–Y esta se desmorona. Ongi Etorri y yo estábamos en la barra tomando algo y los veíamos perfectamente. El cambio fue radical. Contenta al principio y en cuanto habló Garrincha se descompuso.

–No me cabe duda, afecta al novio futbolista, seguro. ¿Los visteis juntos luego?

–Sí, cuando salieron del restaurante, a las once exactamente. Garrincha la acompañó hasta el hotel Carlton. Allí, en la rampa de entrada, la esperaba Eduardo Bastera en su flamante Porsche deportivo.

–¿Hablaron Garrincha y Eduardo?

–Se saludaron sin más, no parecían conocerse y se fueron al momento.

–¿Los seguisteis?

–Sí, como pudimos, si llega alguna multa a la comisaría ya lo sabes, seguir a un Porsche Cayman con un Renault es muy difícil.

–¿Hasta dónde fueron?

–A una fiesta en Sopelana, al lado de la playa de Larrabasterra. En un chalet de Pedrito, un defensa que vino del Valencia al Athletic. Nos retiramos, la fiesta iba a durar toda la noche y era como de película, un espectáculo. ¡Qué tías! Estuve al borde del desmayo solo de verlas y ya sabes, yo soy de los de mucho aguante.

–Te entiendo perfectamente –contestó Fabretti mientras esbozaba una sonrisa totalmente comprensiva.

–Ongi Etorri, con buen criterio, dio por terminado el seguimiento.

–Buen trabajo, Gabarrita, en la siguiente fiesta te metes, no te hace falta ningún permiso.

–Me hubieran pillado, jefe. A un madero se le nota sobre todo en esos sitios.

–No creas, tú puedes dar el pego perfectamente –le contestó mintiendo descaradamente, y siguió–: Una cosa, ¿se dieron cuenta en algún momento del seguimiento?

–No creo, aunque la verdad es que ni se escondieron ni les preocupó.

–Perfecto. Continúa con ello y extenderlo también a Ignacio Cárdenas. ¡Ah! Felicita a Ongi Etorri.

–De tu parte.

Sara había seguido la conversación y pudo hacerse una idea bastante aproximada de su contenido; aun así, Fabretti se la repitió con todos los detalles. Sonrió pensando en cómo podían ser tan insustanciales los hombres.

–Está pasando algo y es importante –comentó Sara cuando terminó su novio.

–Seguro, pero la novedad fundamental es Eduardo, el futbolista. Lucía se trastorna por algo que afecta a su relación.

–Si te parece, nos preparamos y salimos a dar una vuelta; podemos seguir hablando en la calle, hace un día estupendo.

La pareja salió de casa y se dirigió hacia el Arenal. Eran las doce del mediodía y en los jardines, junto al quiosco de la música, había mucha animación. La banda municipal ya estaba preparada para empezar y los inspectores se acercaron, siguiendo un rato las melodías de Ravel y otros compositores franceses. Aquellos momentos eran de los mejores y más tranquilos de toda la semana y les gustaba reservárselos para ellos solos. Sin agobios ni presiones del trabajo, los domingos por la mañana solían dar un paseo por la parte vieja, tomaban algún vino y nunca perdonaban el aperitivo con el vermut.

Del quiosco de música se internaron en el Casco Viejo por la calle Bidebarrieta. Al comienzo de la calle se erige el palacete de la antigua Sociedad «El Sitio», obra del arquitecto Severino Achúcarro, incautada por las tropas del general Mola cuando, en junio de 1937, tomaron Bilbao. La Sociedad «El Sitio», fundada tras el asedio de los carlistas a la Villa de Bilbao en 1874, fue un club de recreo y cultural al estilo inglés de carácter liberal, en competencia con la Sociedad Bilbaína, fundada en 1839 y de carácter conservador. Hoy aún se mantienen ambas, aunque el excelente edificio de «El Sitio» fue vendido por la Junta de Incautaciones de Vizcaya al Ayuntamiento de Bilbao y ahora alberga la biblioteca municipal.

Enseguida giraron a la derecha por la calle Jardines, repleta de bares y terrazas, y continuando entre calles llegaron a su primera parada. Siempre la hacían en el Xukela de la calle del Perro, muy cerca del legendario «Luciano», templo del buen comer a mediados del siglo pasado. En el Xukela pidieron dos franceses, refiriéndose a dos blancos del país de al lado, cuya botella descorchada atendía a los paladares más exigentes; los acompañaron con dos banderillas de queso fundido, sus preferidas. Salieron a la calle con los vinos y, apoyándose en una mesa alta, Sara volvió a sacar el tema:

–Miguel, esto empieza a animarse y mucho. En unas horas se producen tres reuniones importantes. La primera con un nuevo protagonista, un abogado del mundo del fútbol; en ella a Garrincha se le ve preocupado. La segunda solo se puede entender como consecuencia de la primera; Garrincha consulta con su abogado de confianza los mensajes recibidos y este hace alguna gestión. Y la tercera, la cena en el «Panda». Esta cena probablemente estaría ya prevista, quizás tras la comida en el «Zapirain», pero lo significativo es que Lucía entra contenta y habladora, y cuando escucha a Garrincha se le muda la cara y acaba llorando –comentó Sara.

–Y eso en ella es hartito difícil.

–No tengas ninguna duda, con la muerte de su padre no las derramó, por lo menos de verdad.

–Lo has resumido muy bien, pero ¿cómo lo relacionamos con su novio futbolista? –preguntó

Fabretti.

–Ahí está la clave. Lo de los negocios de su padre y la herencia ya lo tenía en la cabeza el otro día, y por ese motivo no se te muda la cara y lloras.

–Además, si las complicaciones vienen tras la aparición en escena de Cárdenas, la conexión nos lleva al mundo del fútbol, no a las drogas.

–Bueno, o está todo unido, fútbol y drogas, pero ¿cómo? Para el negocio de su padre está el esbirro de Aitor y para asesorarla el canalla de Garrincha. Pero este es listo y le recomendará no pringarse, que se limite a ser una millonaria limpia con el dinero sucio blanqueado por su padre y sus acólitos; todo muy bonito, pero cuánta chusma, por favor –sentenció Sara.

–En principio, por pura lógica, Eduardo Basterra debe de ser ajeno a todo esto, y desconoce el pasado criminal de Gorostiola y, por supuesto, de ella. Pero llama alguien del mundo del fútbol y todo se revoluciona.

–Sería fundamental averiguar si Cárdenas es el abogado de Eduardo, de su representante o cuál es su relación –dijo Sara.

–Yo me encargo. Varios de sus colegas trabajan para nosotros.

–Llama también a Virginia, Aitor está ya negociando con Lucía y quizás sepa algo del futbolista.

–¿Y si se ha enterado de quién es hija Lucía? –preguntó Fabretti.

–Más fuerte aún, igual se han enterado de quién es ella, no hace falta meter al padre. Eso basta para espantar a cualquiera, bueno, menos al crío de Eduardo; como todos, solo pensará en cómo metérsela –apuntó Sara, que ya tenía sed y le pidió al camarero de la barra con un gesto otro francés.

–Sara, un futbolista como Eduardo no tiene ningún problema para conseguir las chicas que quiera, aunque con Lucía lo más difícil será quitársela de encima. Aun así, no te preocupes, a Lucía se lo acabarán levantando.

–Miguel, eres un machista, pero esta vez tienes razón.

–Dan ganas de avisarle.

–Estará encoñado y no funcionaría –concluyó Sara.

Cuando se acabaron la segunda ronda, se trasladaron hacia la plaza Nueva. Dejaron la catedral de Santiago a la derecha y callejeando llegaron a su destino. Como todos los domingos, la plaza Nueva estaba animadísima; en el centro se situaba el mercado de pájaros, loros, gatos y conejos; y en los soportales, entre las columnas y los arcos, los puestos de sellos, monedas, libros de viejo y los cromos para coleccionistas. Era una tradición muy bilbaína y, aunque las generaciones se renovaban, las costumbres seguían ahí; parecían los mismos niños con los mismos futbolistas, los mismos loros, pájaros y gatos que cincuenta años atrás, todo seguía igual. Bueno, la barra de los bares había mejorado mucho y los pinchos eran auténticos manjares.

Entraron en el bar Bilbao, de los más clásicos y antiguos de la zona, y en una esquina de la barra pidieron un conocido vermut catalán con angostura y un chorrito de ginebra. Al acabarlo, a Sara lo que más le podía apetecer de este mundo era echarle un polvo a su Miguelón. No era de mucho alcohol, pero después de los blancos y el vermut se ponía *mala*. Miguel la conocía bien y solía atender sus requerimientos sin protestar, pero le gustaba ejercer de hombre responsable:

–Sara, te recuerdo la comida con tus hijos.

Sara miró el reloj y vio que aún eran las dos. Sonrió y dijo:

–Miguelón, si nos damos prisa...

–Venga, vamos corriendo –contestó Fabretti con una sonrisa de lelo incrustada en su cara.

13. LUCÍA Y EDUARDO VISITAN A SU ABUELA

Lucía y Eduardo se despertaron tarde, sin prisas, y estuvieron zanganeando por la casa, habitada solo por el servicio. Eduardo no la conocía, fue un día a recoger a su novia pero no pasó del salón. Le gustó y se dio cuenta de que allí había mucho dinero metido; no ya por el chalet grande y pretencioso, con un jardín impecable de estilo inglés, muy cuidado y donde se veía la mano de más de un jardinero, sino también por los cuadros, alfombras y muebles, todos de mucha calidad y cuyo valor a Eduardo se le antojaba muy importante. Eduardo imaginaba al padre de su novia como un hombre de negocios ya jubilado, pero no sabía nada más. Tampoco le importaba, pero mejor con dinero; Lucía heredaría todo y nadie podría acusarla de intentar dar un braguetazo. Estaba enamorado de Lucía y eso era lo importante. La muerte del padre tampoco le había afectado mucho, o eso parecía, y ambos eran libres para poder hacer con su vida lo que quisieran.

Lucía regresaba al día siguiente a Madrid y su licenciatura en Derecho no se le iba a escapar. Él se quedaría por el momento en casa de su abuela en Neguri, donde llevaba instalado desde que llegó al Athletic. Sus padres vivían en Madrid y, aunque estaba bien con su abuela, su idea era buscarse algo para vivir independiente. También le rondaba por la cabeza vivir con Lucía, aunque no lo habían comentado. Tenía dudas; además, Lucía pensaba hacer el máster en el extranjero. Lo hablarían cuando su novia acabara la carrera, no quería distraerla antes.

Lucía aprovechó cuando Eduardo se estaba duchando y se fue a la biblioteca para llamar a Garrincha. Sin entretenerse le contó la conversación con Ignacio Cárdenas en la fiesta y a Garrincha no le extrañó, tampoco pidió más detalles.

–Tomás, quiero que me acompañes. Para mí es muy importante y tú me das seguridad. Además, no es nada ilegal, se trata de buscar una solución para seguir con Eduardo.

Garrincha se dio cuenta, Lucía se excusaba sin pedírselo nadie y hacía referencia a la legalidad, como si eso le hubiera importado alguna vez.

–Te acompañaré, pero no lo olvides: esto es un caso claro de chantaje y no puedes poner en peligro tu situación actual.

–No sé muy bien cuál es mi situación actual.

–¡Mujer! Estás libre y limpia con la justicia, nadie te está investigando y, además, eres millonaria. No está mal, creo yo.

–En eso tienes razón, y por eso te quiero a mi lado. Ya sabes que a veces se me va la olla.

–De acuerdo, entonces no lo pongas en riesgo; eso es lo fundamental y lo demás es secundario. Lucía, una de las cosas más importantes en la vida es distinguir entre lo principal y lo accesorio.

–¿Y mi relación con Eduardo es accesorio?

–Pues, aunque te suene duro, sí lo es.

–Esto tiene solución, ya lo verás.

–¡Ojalá! Pronto lo vamos a ver.

–Bueno, hoy como en casa de la abuela de Eduardo y mañana regreso a Madrid, en dos semanas tengo exámenes y me estoy distrayendo demasiado. Pero esa reunión es muy importante y regreso cuando me digáis.

–Descuida, te aviso en cuanto sepa algo.

–Gracias, Tomás, y ten un poco de paciencia conmigo.

–La voy a tener, Lucía.

Teresa estaba presente en la conversación, pero le faltaban datos; Garrincha aprovechó y le contó todas las novedades de la víspera. Teresa era bastante objetiva y procuraba tranquilizarle, aunque Lucía tenía la cualidad de sacarle de quicio.

–Vaya capacidad tiene esta chica para complicarse la vida y, de paso, complicárnosla a los demás. Sorpréndeme, ¿por dónde va a tirar?

–Pues, aunque no te lo creas, quiere pagar para seguir con su novio. Comprar su libertad, como se ha encargado de repetírselo a los otros.

–Bueno, esta chica tiene sentimientos, va a terminar cayéndome bien. Algo estará tramando.

–Está enamorada y eso implica un cierto trastorno mental, aunque suele ser transitorio.

–¡Ja, ja! Veremos cuánto dinero vale su amor o, mejor, cómo lo valora ella. Tu consejo me ha sonado bien.

–Ya me has oído, diferenciar lo principal de lo accesorio.

–Y tienes razón. Además, ese chico le va a durar muy poco de forma natural, sin ayudas; solo le faltaba perder el dinero y acabar en la cárcel.

–Pues sí, pero todo esto me puede pringar. Si sale lo de Lucía saldrá lo mío, y te puedes imaginar el entusiasmo de la Ertzaintza.

–No se me olvida, descuida. Si no, me daría todo igual, sería su problema.

Lucía y Eduardo pararon en el Club Marítimo del Abra antes de ir a comer a casa de María Ucelay.

Aunque él no era asiduo, toda su familia era socia del club, una institución entre la gran burguesía bilbaína desde hacía más de un siglo. De su preciosa casa social de madera estilo inglés, con los yates y balandros atracados junto a ella, se pasó, tras los incendios y bombas terroristas, a un edificio de hormigón sobrio y muy sólido que ya había aguantado más bombas de ETA. Siempre había estado en el punto de mira de esa organización y sus atentados eran un complemento a otros realizados sobre socios o personas cercanas al club. Aun con la sede bien blindada, sus inmensas cristaleras encima del Abra permitían unas vistas espectaculares por encima de los barcos y veleros, que se balanceaban suavemente.

Se sentaron junto a un mirador en la zona del bar desde donde se veía una competición de *snipes* que se disputaba en esos momentos. Su colorido y sosiego surcando el agua con las velas desplegadas era una gozada y Lucía los miraba embelesada. La piscina en la zona del Saltillo estaba preparada con sus tumbonas, sombrillas y demás mobiliario, aunque todavía no se había abierto la temporada. Ella seguía tomando nota de todo y lo valoraba como una opción muy apetecible.

Lucía pidió una cerveza y Eduardo otra sin alcohol. Sabía y le constaba lo golfos y juerguistas que eran los futbolistas, y la prevención al alcohol de Eduardo le gustaba, pero le extrañaba su radicalidad. Él le explicaba la necesidad de cuidarse y que era una exigencia totalmente necesaria; entre un buen futbolista estricto y otro descuidado, la diferencia era muy grande. Ella tampoco era de pasarse con la bebida; con las drogas había sido otra cosa. Estuvo enganchada a la coca y el *speed* cuando se lio con aquel macarra indeseable de Josu; y aunque después del secuestro lo dejó, continuó pillada con las pastillas y anfetis bastante tiempo. Ahora solo algún Orfidal de vez en cuando, y cada vez menos.

Madrid le había venido muy bien; estudió mucho, se divirtió, juergueó un montón y, al final, se había ennoviado con alguien que merecía la pena. Era otra y lo sabía, aunque Garrincha y otros todavía tuvieran en sus cabezas aquella Lucía al borde del abismo que habían conocido. El único

nubarrón era su pasado y Garrincha tenía razón cuando la alertaba de sus riesgos.

–Lucía, ¿en qué piensas, en las musarañas?

–¿Las musarañas?

–Es una expresión de mi abuela, es como estar ido, despistado, en otro mundo.

–Pues algo así, no es nada. A veces me acuerdo de mi padre y me pongo melancólica –dijo tal cual, sin el mínimo atisbo de vergüenza.

Eduardo la agarró de la mano y le besó los labios suavemente.

–Cuéntame algo de tu abuela, siempre te he visto muy unido a ella.

–Tiene muchas ganas de conocerte. Le he enseñado varias fotos tuyas y le gustas.

–¿Cuántos años tiene?

–Ochenta y dos, pero es superactiva, con una mentalidad muy abierta. Mi padre siempre habla de ella como una mujer rompedora, independiente y muy culta.

–Frecuenta mucho este club, según me dijiste.

–Sí, es muy aficionada al *bridge* y mantiene una partida desde que tengo uso de razón. Juegan dos días entre semana y luego van a otros clubes, donde celebran campeonatos; debe de ser muy buena. También le gusta la ginebra, como a la reina madre; siempre ginebra de calidad, normalmente inglesa. Y la toma sola o con hielo.

–Tengo curiosidad y ganas de verla, me va a gustar.

–Hace tiempo, tenía yo once o doce años, tuvo problemas de salud. Estuvo ingresada en una clínica o en un balneario, no me acuerdo muy bien, porque en casa nunca se habló de ello. En el colegio más de uno me dijo que mi abuela era drogadicta y, aunque mis padres me lo negaron, se pusieron muy nerviosos. En todo caso, ahora está bien.

Lucía no tuvo dudas, se conocía el percal: María había sido drogadicta. Con esa mujer iba a congeniar, lo sabía.

La hora del aperitivo estaba congregando a mucha gente en el bar y no pocos se acercaban a saludar a Eduardo. Todos conocían a sus padres, a su abuela, a sus hermanas, y la mayoría tenía un hijo que había estudiado con él. Eduardo los saludaba educado y paciente, conversaba e incluso se sacó algún selfi con unas chicas. En cuanto pudieron se largaron y se dirigieron andando a la casa de su abuela. Cruzaron la avenida de Zugazarte hacia Ondategui y en cinco minutos estaban allí. El deportivo lo dejaron en el aparcamiento del club.

14. MARÍA UCCELAY

La avenida de Zugazarte y sus alrededores es una de las zonas más lujosas de Getxo, y eso significa decir de todo el País Vasco. Allí conviven familias de toda la vida –con los mismos apellidos que inundaban los consejos de administración de los bancos, compañías de seguros e industrias de Bizkaia desde hacía más de un siglo– con una nueva clase profesional, heredera y continuadora de aquella. Estaba pegando a Neguri y era un poco lo mismo.

Se trataba de un segundo piso de unos doscientos metros cuadrados situado en una zona tranquila con mucho árbol y vegetación, sin comercio y sin apenas coches ni transeúntes. Estaba muy cerca del Abra y por la parte de atrás una hilera de casas y chalets la protegían del metro, en

las vías del antiguo ferrocarril a Plencia. Aunque parecía escondida, su ubicación era muy céntrica.

María Ucelay^[3] los estaba esperando. Aunque abrió la puerta una chica del servicio, en unos segundos estaba besando a su nieto y a su novia. Era una mujer con más de ochenta años y los aparentaba. Su figura delgada, elegante y altiva no podía esconder una vida complicada; unas ojeras profundas advertían de una salud quebrada. Aunque había sido una mujer guapa, ahora prevalecía su gesto fatigado, que no podía disimular ni con un buen maquillaje; el pelo recogido en un moño alto dejaba a la vista la elegancia de su largo cuello. Pero cuando comenzaba a hablar, su voz cavernosa y cazallera la transformaba, y sus palabras saliendo con energía de sus labios te hacían olvidar su aspecto de mala salud.

–¡Lucía, mujer! Incluso mejor al natural. Eduardo me enseñó fotos tuyas y te habrá dicho cómo le alabé el gusto.

–Claro que me lo dijo. Eduardo me habla mucho de usted, la quiere mucho.

–Ya lo sé, tienes suerte, mujer; bueno, tenéis suerte, hacéis una buena pareja.

Pasaron a un salón muy amplio con varios sofás blancos impecables, y unas paredes donde se combinaban estanterías rebosantes de libros con acuarelas de paisajistas ingleses y algunos óleos de pintores vascos contemporáneos: Urzay, Lazkano, De la Fuente... El comedor estaba junto al salón y se accedía por una puerta corredera; se encontraba abierto y se veía preparado para el almuerzo: una cubertería de plata y una cristalería de lujo encima de un mantel de hilo los esperaban.

María Ucelay tenía preparado un vino blanco del Rin en una cubitera con hielo y unos canapés de aperitivo. La misma chica que les había abierto la puerta les sirvió el vino en la terraza, a donde habían accedido directamente desde el salón, y en la que se mantenía un sosiego solo roto por el piar de muchos pájaros. El mar se oía cerca y entre algunas casas se entreveía al fondo el Abra.

Cuando ya estuvieron sentados en la mesa del comedor y les servían un arroz con almejas, uno de los platos preferidos de Eduardo, la abuela le preguntó por sus planes de estudios, su vida en Madrid y proyectos futuros. Lucía le contestó con bastante sinceridad. Cuando acabara, probablemente en un mes, volvería a Bilbao y se instalaría en su casa de La Bilbaína. Aunque era demasiado grande para ella sola, en principio esa sería su morada. En otoño tenía previsto comenzar un máster en el extranjero e incluso había echado solicitudes en dos universidades americanas. Pero ahora tenía dudas, no le podía mentir; se encontraba muy bien con Eduardo y no quería separarse. Le daba miedo, lo iba a pasar mal. Eduardo la miró algo confundido; hasta ahora no habían comentado nada entre ellos y enseguida dijo muy correcto:

–Yo no puedo ser un obstáculo en tus estudios, eso es lo principal. Aunque estés fuera tendremos tiempo para estar juntos, ya verás cómo es posible.

–Sí, el máster lo voy hacer, pero quizás en vez de en Estados Unidos puede ser en Europa o, incluso, en España. En cuanto acabe los exámenes me meteré con ello, quiero pedir información a varias universidades

–Lucía, ahora los dos estáis en una edad y en un momento de vuestras vidas clave para vuestro futuro, Eduardo con el Athletic y tú con tus estudios. Ninguno de los dos podéis poner en peligro vuestros proyectos, si no lo lamentaréis siempre.

»Eduardo ahora está en Bilbao, pero en un par de años puede estar en Inglaterra y en varios países más, igual en China, y lo hará aunque haya muchos kilómetros de por medio. Es su futuro y no hay vuelta de hoja. Y tú igual, busca la universidad que más te convenga y haz tu máster. ¿Cuánto tiempo dura?

–Uno completo, dos años.

–Pues dos años no es nada. Tendréis las vacaciones para estar juntos; si Estados Unidos es la mejor opción, ni lo dudes.

–No le falta razón. Se lo consultaré, su opinión me va a ayudar.

Siguieron hablando de todo un poco, cosas del Athletic, los campeonatos de *bridge* y las novedades familiares de los primos y tíos de Eduardo: noviazgos, bodas a la vista, vástagos en camino... Lucía apenas decía nada y les dejaba hablar, interesada en conocer por dentro el mundo de la familia Basterra. Estaban terminando el segundo plato, una exquisita lubina al horno, cuando María Ucelay comentó:

–Lucía, ¿sabes que conocí a tu padre? Fue hace años, si mal no recuerdo en el 2005.

Lucía abrió los ojos y, aunque disimuló, se le debió de notar su estupor. La abuela se dio cuenta y dijo:

–Me pareció un hombre auténtico, entero, me gustó.

–Ahora me acuerdo mucho de él, menos mal que tengo a Eduardo.

–Ha debido de ser toda una sorpresa, porque era joven y, según tengo entendido, andaba bien de salud.

–Sí, totalmente. Un infarto y sin avisar, por lo menos no se enteró; si te ha llegado tu hora, no está tan mal.

–Ni lo dudes, el problema es la edad. Yo firmaba ahora mismoirme así.

–Me dio pena no haber estado más con él. Los últimos años, yo en Madrid y él aquí, nos veíamos poco.

–Él ya estaba jubilado, ¿no?

Lucía quería acabar la conversación, pero no sabía cómo. Quería dar normalidad y no generar alarmas. ¿Habría conocido a su padre a través de las drogas? Pero no le encajaba, su padre nunca tocaba la droga y mucho menos trapicheaba.

–María, la verdad es que nunca he sabido mucho de los negocios de mi padre, sé que eran inmobiliarios y le iban bien. Me ha llamado un despacho de abogados de los importantes para explicarme todo lo referente a la herencia, pero todavía no he estado con ellos. Pero sí, llevaba algunos años retirado.

Eduardo recibió en ese momento una llamada en el móvil, la miró, se excusó y salió del comedor. María Ucelay aprovechó y le dijo:

–Lucía, sé perfectamente quién era tu padre, y aun así me caía bien y lo apreciaba. Pero ten cuidado con Eduardo, no puede enterarse, en nuestro ambiente una cosa así sería demoledora.

El semblante de Lucía volvió al estupor de un momento antes, pero rápidamente dijo:

–Aunque sé muy poco de las actividades de mi padre, puedo intuir algo y le haré caso. Descuide, no habrá problema.

–Es lo mejor. Tú eres joven, con todo el porvenir por delante y no debes estar estigmatizada por tu origen familiar.

–No sé si es indiscreción, pero ¿de qué conocía usted a mi padre?

–Es una historia larga y algo turbia, algún día te la contaré. Pero hazme caso, séparate de ese mundo, si no te devorará.

–Quédese tranquila, estoy muy lejos y no voy a acercarme, valoro mucho a dónde he llegado y mis principios tampoco me lo permiten. –Mientras decía esto una vergüenza tremenda le subía por todo el cuerpo, ¿cómo podía ser tan cínica?–. Le tomo la palabra, un día me lo tiene que contar.

–Lo haré, pero de esto mi nieto no debe saber nada.

Enseguida entró el futbolista comentando un cambio en el entrenamiento del día siguiente.

Siguieron un rato tomando los cafés y charlando tranquilamente. María se sirvió una copa de Tanqueray N° TEN con mucho hielo y Lucía aceptó un chupito en un vasito helado; le sentó fenomenal.

No se volvió a tocar el tema de Gorostiola y la abuela se entretuvo en contar historias divertidas de familias conocidas de Neguri. Lucía ponía los ojos como platos mientras un disparate superaba al anterior. Eduardo, aunque muchas ya las conocía, las seguía encantado de ver cómo se divertía su novia. Esta acabó riendo a carcajadas con una historia del abuelo de Eduardo, el marido de María, cuando era consejero del banco y quisieron comprarlo unos árabes, que llegaron a tener sin saberlo el siete por ciento del capital; lo tuvieron que recomprar por el doble de su valor con tal de no tener sentado en el consejo a un moro con turbante. Hacía aspavientos, ponía voces, la señora era un espectáculo. Antes de despedirse, Lucía le prometió volver en la siguiente visita a Bilbao, con su nieto o sin él.

Lucía y Eduardo fueron dando un paseo hacia la playa de Ereaga intentando pasar desapercibidos, aunque Eduardo no lo tenía fácil. Lucía se quedó preocupada con la abuela. Era una mujer fuerte, arrolladora, pero sabía demasiado. Su propia recomendación, «en nuestro ambiente una cosa así sería demoledora», no dejaba lugar a dudas.

No podía descuidarse. Tener una espía tan cerca también podía ser demoledor.

15. KALINKA

Al abogado Ignacio Cárdenas sus clientes de Kalinka le hicieron coger un avión a Londres esa misma tarde del domingo. La información transmitida por teléfono esa misma mañana les interesaba mucho y no querían perder tiempo; incluso se apreció un punto de euforia en su interlocutora.

Se había despertado en el Hotel Tamarises, junto a la playa de Ereaga en Getxo, con una resaca espectacular. Bueno, para espectáculo la morenaza que tenía al lado, o por lo menos eso le había parecido la noche anterior, cuando después de morrearse y meterse una raya de coca en uno de los baños de la casa se fueron para el hotel. Todo fue muy sencillo e Ignacio, aunque nunca había destacado en estas lides, vio cómo su acompañante –¿Marta se llamaba?– se montaba en su coche dispuesta a acompañarlo al fin del mundo. El único lunar en la conquista fue que la chica se cercioró, sin ningún disimulo, de que quedara suficiente farlopa. Llegaron al hotel con un ciego importante y apenas pudieron hacer algo parecido a follar. Por la mañana, con más sosiego aunque con el cuerpo muy perjudicado, pudieron dar cuenta de sus ímpetus amorosos. Marta acabó con la droga y con el subidón le contó su ajetreada y borrascosa vida en el mundo de la moda.

Se arrepintió de no haber dejado la llamada para el lunes, pero una especie de sentido del deber y la intuición de la importancia de la información a transmitir lo llevaron a llamar a Tania cuando a las doce del mediodía abandonaban el hotel. Tania lo escuchó con interés y lo felicitó. No había pasado ni media hora cuando recibió una llamada apremiándole a presentarse esa misma tarde en Londres. Le habían reservado una habitación en un Marriott y quedaron en verse allí esa misma noche.

Tania, Alex y Vladimir quedaron ese mismo domingo, a primera hora de la tarde, en las oficinas de Kalinka en Canary Wharf. Las noticias de Bilbao eran prometedoras y debían preparar bien la estrategia a seguir. La sede de Kalinka no era muy grande, apenas doscientos metros cuadrados, pero estaba ubicada en uno de los centros financieros más importantes del mundo. Junto al río Támesis, en el antiguo Puerto de las Indias Occidentales, en la Isla de los Perros (*Isle of Dogs*), se erigía este imponente centro de negocios que albergaba a más de cien mil trabajadores.

Era un lugar caro para instalarse, pero tenía muchas ventajas y a Kalinka le interesaba; daba nivel y caché a su negocio –solo su dirección ya era una referencia– y pasaban desapercibidos entre los miles y miles de empleados que trabajaban allí. Y aunque los negocios de Kalinka fueran legales, los problemas surgían con las actividades colaterales, muchas veces necesarias, donde no todo era trigo limpio.

Los tres llevaban muchos años viviendo en Londres, donde tenían su residencia, su vida y sus negocios. Apenas regresaban a Rusia; lo hacían solo para visitar a su familia y poco más. Sus relaciones con el gobierno de Putin no eran precisamente inmejorables y eso obligaba a mantener las distancias de forma consciente. Tania era la mediana de los tres, con treinta y cinco años; Alex tenía veintiocho y Vladimir cuarenta y cinco.

Su negocio en el mundo del fútbol había crecido a la sombra de dos millonarios rusos cuya

fortuna se remontaba a la privatización de las petroleras, cuando se derrumbó la URSS, y su posición privilegiada en la nomenclatura de los komsomoles, las juventudes comunistas. Estos dos jóvenes comunistas hicieron una fortuna espectacular con dos de las empresas petroleras más importantes de la antigua Unión Soviética, y con el paso del tiempo acabaron comprando dos equipos de fútbol de la Premier inglesa.

Tania y Alex trabajaron para uno de ellos y Vladimir para el otro. Los tres aprendieron el negocio y acabaron volando por su cuenta; los magnates rusos y varios de sus futbolistas fueron sus primeros clientes, y Kalinka subió como la espuma. Empezaron representando a futbolistas, pero enseguida comenzaron a invertir en los propios jugadores, en equipos de fútbol y en derechos de televisión. Pero en estos últimos meses las cosas se habían torcido: un club de la Premier de la zona media de la clasificación adquirido hace un año, y en el que tenían puestas muchas expectativas, había bajado de categoría. Ello suponía perder la mayoría de la publicidad y una parte muy importante de los derechos de televisión. Además, los mejores jugadores tenían una cláusula en sus contratos por la que podían rescindir su relación con el club si bajaba de categoría; lo que implicaba, con toda probabilidad, pasar varias temporadas en segunda antes de volver a primera.

Pero además de esto, invirtieron bastante dinero en varios jugadores que no estaban respondiendo como esperaban. Kalinka tenía problemas de liquidez y los pagos de dos préstamos bancarios se echaban encima; no atenderlos podía tener un efecto dominó y abocar a sus sociedades a la quiebra y la liquidación. A ello debían añadir, si quebraban, una serie de chanchullos fácilmente tipificados como falsedad documental y posiblemente estafa, con lo cual se podría abrir un horizonte penal bastante preocupante para los tres.

La información sobre Lucía, su padre y Garrincha era tan grave que nada más conocerla se pusieron a pensar en cómo sacarle provecho. Si eran inteligentes y sabían jugar bien sus bazas, podían empezar a salir del atolladero.

Tania era hija de un miembro de la Nomenklatura soviética, el responsable de las juventudes comunistas de la región de Moscú. Aunque no se hizo millonario como otros colegas, su estatus – primero en el partido y luego en el nacimiento del nuevo estado con Boris Yeltsin– le permitió vivir muy desahogadamente y mandar a su hija a estudiar a Londres. Allí estudió Empresariales en la London School of Economics y cuando acabó encontró enseguida trabajo, primero en una compañía de publicidad y luego en el mundo del fútbol. Se había hecho a Londres, a la vida occidental, era prácticamente bilingüe y su futuro estaba a este lado. Contrajo matrimonio con un muchacho inglés, compañero de estudios en la universidad, pero no duró demasiado y se divorció al cabo de unos años; no tenía hijos y seguía sin compromiso. Este matrimonio le permitió conseguir la nacionalidad británica y eso lo valoraba mucho.

Era una mujer inteligente, firme y fría para los negocios. También era fría su belleza, muy del este, delgada, angulosa y con unos ojos de un azul casi perturbador. Nariz recta, un poco larga, y unos labios delgados bien perfilados. En aquella cara todo irradiaba determinación y para la mayoría de los hombres era muy atractiva. Tenía pocos escrúpulos, le gustaba mandar y ganar. Kalinka fue idea suya y tanto Alex como Vladimir asumieron desde el principio su jefatura. Era la socia mayoritaria, con un 52% de las acciones frente al 24% de cada uno de los otros dos.

En las oficinas de Canary Wharf trabajaban ocho personas además de ellos tres, pero también contaban con una red de representantes y delegados en los países donde el fútbol era una potencia económica. Precisamente había sido su representante en España, a través de un contacto en Bilbao, quien accedió a tanta información valiosa sobre Lucía, su padre y Garrincha.

Tania fue la primera en llegar, cuando daban las tres de la tarde, y desconectó las alarmas

situadas en los diferentes accesos a la oficina. La llamada de Ignacio Cárdenas le había alegrado el día y el pesimismo de los últimos tiempos había dejado paso a cierto optimismo; empezaba a estar contenta.

Vladimir y Alex llegaron juntos. Cuando entraron, Tania los esperaba en la sala de reuniones con una jarra de café humeando. Encima de la mesa tenía varias carpetas con la situación de los préstamos bancarios, los retrasos y los importes a pagar a corto y medio plazo. También había sacado la situación de tesorería de Kalinka y una cuenta de resultados bastante realista de mayo a fin de año. Allí estaban todos los números y no era difícil ver cómo estaban sus activos, sus pasivos y sus necesidades para sobrevivir los próximos meses.

Se sentaron los tres en la mesa de reuniones y, aunque habían hablado algo por teléfono, Tania les puso al tanto de la información recibida.

–Ya lo sabéis, me ha llamado esta mañana el abogado Ignacio Cárdenas. Conocéis la reunión del sábado con Garrincha y su desarrollo fue el previsto. Consiguió asustarle lo suficiente y esa misma tarde Garrincha habló con Lucía. Como es lógico, la propuesta de dejar a su novio la trastornó, y mucho.

–Aunque lo esperábamos, se agradece escucharlo –apuntó Vladimir.

–Sí, es lo normal. Una chica joven, enamorada, con un novio futbolista, de éxito, cachas y guapo, a la que le dicen: o lo dejas o contamos tu historial criminal. Pues imaginad cómo se pone –soltó Tania.

–Pobre mujer, me va a dar pena –apuntó un sonriente Alex.

Tania lo miró con cara de pocos amigos y Alex se dio cuenta. Bromas las justas, parecía decirle la jefa.

–Bien, ahora viene la novedad y por eso os he llamado. Cárdenas coincidió ayer por la noche con Lucía y Eduardo en una fiesta de esas tan habituales en el mundo del fútbol, casi ni podía hablar por teléfono, estaba catatónico.

–¿Nuestro chico se cuidará? Hemos invertido mucho y ya tenemos otros ejemplos por aquí bien cerca –dijo Vladimir.

–Se cuida y mucho, es muy estricto y muy profesional. Todos están encantados con él, por lo menos eso nos cuentan –comentó Alex.

–Yo también lo creo. Continúo –dijo Tania–. Lucía, aprovechando un despiste de su novio en la pista de baile, se llevó a Ignacio a un aparte y sin más le contó su conversación con Garrincha de esa misma tarde. Quiere una reunión con nosotros para llegar a un acuerdo y está dispuesta a comprar su libertad. Tal cual, así lo dijo: quiere negociar un precio.

–Nuestros deseos se están cumpliendo. Me gusta –dijo Vladimir.

–¡Ah! Y pidió una entrevista cuanto antes.

–¿Ella sola? –preguntó Alex.

–No, estaría acompañada por Garrincha, y quiere reunirse con quien decida, es decir, con nosotros.

–¿Sabe quiénes somos? –preguntó Vladimir.

–Si no lo saben, se enterarán pronto. Nuestras inversiones en Eduardo son públicas, Kalinka no tardará en aparecer –apuntó Tania.

–Eduardo lo sabe, su representante y el Athletic también. En el mundo del fútbol lo mismo y nos conocen perfectamente. Debemos actuar como si ya lo supieran –contestó Alex.

–Si os parece, antes de preparar la estrategia a seguir –luego nos veremos con Ignacio en el Marriott–, os he preparado un informe sobre la situación de nuestras finanzas, las previsiones para los próximos meses y nuestras necesidades financieras, así como una cuenta de resultados de

mayo a fin de año –explicó Tania, mientras cogía las carpetas y se las pasaba a Vladimir y Alex.

–Tania, como lo tienes bastante machacado, explícanos los números y nos adelantas una propuesta, es lo más práctico –dijo Alex.

–Como queráis. Los números, efectivamente, los tengo grabados aquí. –Y se tocó la frente con la mano.

–Te escuchamos –insistió Vladimir.

–No os doy ninguna sorpresa si os digo que la situación de Kalinka es insostenible y si cae arrastrará al propio fondo de inversión. Nuestra apuesta se basaba en el equipo de fútbol adquirido la temporada pasada y en los jugadores, la mayoría muy brillantes, de la Premier. Al bajar a segunda se nos van la mayor parte de los ingresos.

»Esta situación nos impide pagar los créditos suscritos precisamente para hacer esas compras. Más del noventa por ciento del capital lo tenemos apalancado. A esto hay que añadir la devaluación sufrida por nuestros mejores jugadores, unos por lesiones y otros por su baja forma.

–No sigas, lo sabemos y no quiero seguir flagelándome –dijo Vladimir.

–Estamos en la ruina y necesitamos dinero, está claro –apuntó Alex.

–Sí, pero mucho dinero –concluyó Tania.

–¿De cuánto estamos hablando? –preguntó Vladimir.

–De aquí al verano, dos millones de libras, y hasta el final de año otros tres más. Con esto y los ingresos regulares andaríamos bien y estaríamos salvados –afirmó Tania.

–Sin necesidad de devolverlos, ¿entiendo bien? –preguntó Alex.

–Correcto. Y aquí entra la estrategia con Lucía. Necesitamos su dinero. Comprará su libertad y tranquilidad con un envoltorio de operación societaria de carácter mercantil.

–Concreta más, Tania, no te sigo del todo –apuntó Vladimir cada vez más animado.

–Mi idea es incorporarla como socia en nuestro negocio.

–¿Minoritaria? –preguntó Alex.

–Por supuesto, un treinta por ciento, por ejemplo. Nosotros siempre tendríamos mayoría. No tengo claro si vendiendo nuestras acciones o con una ampliación de capital renunciando al derecho preferente de suscripción. Eso lo verán los abogados.

–Con la valoración de Kalinka y el fondo no salen esas cifras –dijo Alex.

–Está claro. Al final es todo un montaje: ponerles precio a unos papelitos, las acciones, para que salgan los números. Ellos no son tontos y lo saben, pero es una forma presentable de darnos un dinero por nuestro silencio.

–¿Has pensado en los dividendos? En el futuro los pueden pedir –preguntó Alex.

–No creo que haya dividendos en muchos años, ya nos encargaremos nosotros de ello.

–Tania, el proyecto está muy bien pensado, te felicito, pero ahora toca lo más difícil: ¿cómo vamos a conseguir la pasta? –apuntó Alex.

–Antes de eso, Vladimir, coméntanos la información sobre Lucía y Garrincha. El otro día hablaste con nuestro topo en Bilbao.

–Sí, lo hice, nuestro topo es un hombre ligado al padre de Lucía desde hace muchos años. Era un esbirro importante en el negocio de las drogas y conoce al detalle todos los crímenes en los que participaron directa o indirectamente Lucía y Garrincha.

–Sí, eso está bien, pero ¿cómo podemos acojonarles de verdad? –preguntó Tania.

–Tenemos la historia completa y detallada de cómo Lucía encargó a dos de los muchachos que participaron en su secuestro acabar con la vida de Josu, un traficante miembro de la banda de los genoveses que, además, era su novio. Se lo cargaron en un gimnasio en Bilbao de varios disparos, justo tras liberar a Lucía del secuestro.

–Cómo ha cambiado la chica, de un macarra traficante a un elegante y fino futbolista de clase alta. Por cierto, Vladimir, ¿tenemos el apellido de Josu y la identificación de los *killers*? – preguntó Tania.

Vladimir sacó unas notas que llevaba en su cartera y dijo:

–El novio tiroteado, Josu Grande, y los asesinos, Perico y Rogelio. Los datos completos es muy fácil sacarlos de internet. Luego les limpiaron el forro a ellos en el pueblo de Otañes, y ocuparon las noticias de prensa y otros medios de comunicación durante varios días.

–Los buscas para tenerlo todo completo –dijo Tania.

–Continúo. Después de lo del fiambre del gimnasio, Lucía participa con Perico y Rogelio, a instancias de estos, en cargarse a dos miembros destacados del grupo de los genoveses, concretamente a Penélope Ramírez y Leónidas. Lo hacen en su casa de Santander.

»La pareja había descubierto que Perico y Rogelio se quedaban con grandes cantidades de cocaína y tenían los días contados. Estos piden ayuda a Lucía porque ella y Penélope tienen una buena relación. Lucía la llama, queda con Penélope y va a Santander; la avisa desde el portero automático, suben Perico y Rogelio, y se los cargan.

–¡Qué bonito! Cómo me gusta esta chica –dijo Tania poniendo los ojos como platos.

–No he terminado, aún queda lo mejor. A todo esto, el secuestro no es tal, porque Lucía participa con los genoveses desde el principio; es la inductora para sacarle la pasta a su padre. Vamos, un autosecuestro. –Tania seguía con los ojos muy abiertos, cada vez más sorprendida–. Finalmente, para tapar todo y que no puedan acusar a Lucía de nada –probablemente a instancias de Gorostiola padre, aunque eso no está muy claro, pero no es relevante–, Garrincha se carga, provocando una auténtica carnicería propia de un film de Tarantino –en una casona de un pueblo muy pequeño llamado Otañes, a media hora de Bilbao–, a los tres capos genoveses Carlo, Marco y Valeria, a Julio, uno de sus hombres en Cantabria; a otro acólito también de Santander; y a Perico y Rogelio.

»En esta reunión los genoveses se iban a cargar a Perico y Rogelio por su traición y los asesinatos de Penélope y Leónidas. ¿Sabéis quién se había chivado de las andanzas de Perico y Rogelio a los genoveses?

–Lucía, no me digas más –contestó rápidamente Tania, cada vez más entusiasta y admiradora de la novia del futbolista.

–Así es, pero tiene aún más recochineo. Los pobres Perico y Rogelio iban a la reunión convencidos de que Garrincha se iba a cargar a todos menos a ellos. Le facilitaron su seguimiento a distancia para llegar hasta el lugar de la reunión.

»Todos los que participaron con Garrincha –cinco hombres de lo mejor, dos franceses y tres españoles–, tenían instrucciones de no tocar a Perico y Rogelio. Se los cargó Garrincha allí mismo él solito. Con ellos vivos, Lucía podía peligrar, lo sabían todo; sin ellos, nadie podía acusar a Lucía de nada.

–Salvo Garrincha. Pero él está tan pringado como ella, y en número de fiambres más. Es fantástico, Vladimir, vaya personajes. Y la chica de novia de Eduardo, me muero de risa –dijo Tania.

–Una cosa, vamos a adelantar acontecimientos. Todo esto se lo llevamos a la policía, a un juez o fiscal, y tanto Lucía como Garrincha lo niegan. ¿Quién testifica, nuestra garganta profunda? – planteó Alex.

–Solo con ese material la policía podría actuar y volverles locos; hay muchos datos y detalles, no pueden ser inventados. Pero, además, tenemos otros elementos complementarios muy valiosos. El banco y la cuenta donde Gorostiola recibía la renta de Aitor, que lleva el negocio de las

drogas. Esa cuenta tendrá mucho dinero y Lucía lo perderá; pero, además, tirando de ella podrán dismantelar los circuitos y estructuras del blanqueo y embargar todos los bienes adquiridos con dinero de origen ilícito.

»Pero hay algo mucho más grave y es decisivo: los participantes con Garrincha en la matanza de los siete de Otañes están vivos y localizables; son cinco y nuestro topo tiene sus nombres. Una detención de todos a la vez permitiría cazar a Garrincha y, con él, a Lucía. Con tantos implicados un secreto así no se mantiene. Concluyendo, ni Lucía ni Garrincha van a permitir un escándalo así, estarían perdidos.

–¿Cuánto cuesta nuestro topo? –preguntó Alex.

–Hasta ahora, diez mil euros, cuando cobremos, trescientos mil; será un dinero muy bien invertido. Cuando Garrincha y Lucía conozcan todos los detalles van a querer llegar a un acuerdo, tenedlo por seguro –dijo Vladimir.

–Desde luego, sin conocer casi nada ya están pidiendo sopitas; cuando se lo vayamos detallando no les va a quedar ninguna duda –remató Tania.

–¿Y si acepta romper con Eduardo? –planteó Vladimir.

–Eso ya no nos vale, lo teníamos claro. Lo único a tratar es cuánta pasta y la forma de pago; y os diría aún más: ya no es solo Lucía quien tiene que pagar, sino también Garrincha. Está tan pringado como ella –concluyó Tania.

–Por ahora las cosas transcurren como queríamos. Lucía quiere comprar su libertad y está forrada. Y lo ha planteado ella, no nosotros –dijo Alex.

–¿Sabemos cuánta pasta puede tener? –preguntó Vladimir.

–Mucha. Según nos dijeron, en la cuenta bancaria de las Islas del Gran Caimán unos ocho millones de euros –apuntó Tania.

–Tiene mucho más ya blanqueado en sociedades *offshore* domiciliadas aquí al lado; en las Islas del Canal puede tener otros quince; y en España fácilmente, entre inmuebles, participaciones en fondos, Sicav, acciones bursátiles y depósitos bancarios, otros diez millones –resumió Alex.

–Eso está mucho mejor. Estoy de acuerdo con Tania y metería también a Garrincha. La petición puede ser conjunta y luego ellos decidirán de dónde sacan el dinero y cómo lo pagan –añadió Vladimir.

–Vamos a centrarnos en preparar bien los próximos movimientos. No podemos quedar con Lucía y decirle que si nos da diez millones podrá seguir con Eduardo; es desproporcionado y el chantaje, vamos a hablar claro, no puede basarse en la relación con Eduardo.

–Está claro, Tania. Mi idea sería la siguiente. Acojonar a Lucía y Garrincha con todos los datos en nuestro poder, y pedirles diez millones en plan chantaje puro y duro. O tragan o la policía tendrá toda la información. Deben sentirse acojonados y con un plazo muy corto para meterles más presión; y luego darles una salida que les alivie y vean la luz –planteó Alex.

–Me parece bien, pero continúa –pidió Tania.

–Les planteamos tu idea, invertir en nuestras empresas adquiriendo un 30% por cuatro millones de libras; y luego, no os asustéis, una participación nuestra en el negocio de narcóticos de su padre, de también el 30% –dijo Alex.

–¡Hostias, vaya sorpresa! Pero me gusta, puede facilitar mucho la transacción y los narcóticos nos pueden garantizar liquidez permanente. Pero ¿quién lo llevaría? Nosotros no podemos pringarnos –acabó diciendo Tania.

–Tengo a la persona ideal. Es un compatriota nuestro instalado en Madrid, buen conocedor de ese negocio. Ahora está libre –dijo Vladimir.

–¿Y el tal Aitor tragará? –preguntó Tania.

–No te quepa la menor duda, ese 30% podía ser el porcentaje correspondiente a Lucía por la herencia de su padre. En todo caso, se puede ser flexible. Debemos estar dentro y controlarlo, el porcentaje es lo de menos. El dinero a ganar puede ser muy elevado. Luego, muchas murallas chinas que impidan llegar hasta nosotros; costará dinero, pero merece la pena.

–Bien pensado, Alex. Incluso se lo podemos vender como una forma de evitar caer en manos de la policía. Sus negocios serán todos legales –contestó Tania riéndose con ganas y sin disimulo.

–Qué cabrona eres –le espetó Alex.

–No me da ninguna pena esa chica, incluso empiezo a tenerle simpatía. Va a seguir forrada, le dure o no lo de Eduardo, y si cumple podrá dormir tranquila. Y respecto a Garrincha, la amenaza es a los dos; él estará tan interesado como la chica y el pago de la inversión entre ambos será mucho más llevadero.

Los tres siguieron hablando y preparando la reunión con Cárdenas. Acudirían Tania y Alex, los mismos que se verían con Lucía y Garrincha. Aunque barajaron varias posibilidades no presenciales, se decidieron por dar la cara. Ganarían en credibilidad y seriedad. Previamente, Ignacio prepararía bien el terreno y luego ellos, con el palo y la zanahoria; acojonarles bien y mucho para, finalmente, darles una salida honrosa.

La articulación societaria la harían desde Londres, con sus abogados, así como la materialización de las transferencias desde los paraísos fiscales. No pondrían problemas a la supervisión por un abogado de su confianza; el secreto profesional de los abogados les impedía ser testigos incómodos o peligrosos. Tania no quería ir por Bilbao, era un terreno desconocido y prefería evitar sustos e imprevistos. Quedarían en Madrid para currarse el tema y luego en Londres para cerrar todos los temas legales.

Vladimir planteó encargar alguna acción externa para presionar y acojonarles aún más. Tania solo exigió un carácter simbólico y sin sangre; Alex y Vladimir pensarían en algo. El papel reservado a Cárdenas era preparatorio y de avanzadilla. Les mostraría las cartas con las que jugaban, pero en los acuerdos y concreciones finales no estaría.

Era lo mejor para todos.

16. EN LONDRES SE PREPARA TODO

Ignacio Cárdenas tuvo un viaje tranquilo, aunque su mal cuerpo todavía lo perseguía. Combinó cafés solos muy cargados en el aeropuerto, con *bloody mary* o algo parecido en el avión. Con todo esto, junto a un par de sobres de Spedifen 600, consiguió alguna mejoría para abordar la reunión con cierta entereza. Kalinka era su cliente más importante. Le pagaban bien y podían abrirle las puertas a otros futuros clientes y negocios en el mundo del fútbol. Debía tratarles como se merecían, era importante tenerlos contentos y, claro, cobrarles también en consonancia. Parecían muy interesados con esta historia de Lucía y Eduardo y, aunque no conocía muy bien su alcance, no veía problema en ayudarlos, si bien el tema se salía un tanto de lo estrictamente jurídico.

La habitación del Marriott se la había reservado Tania. El hotel lo conocía de otra ocasión, con motivo del traspaso de un jugador del Málaga al Tottenham. Estaba situado en una zona muy

céntrica, entre Oxford Street y Hyde Park, y era bueno. El billete de vuelta lo tenía abierto y el lunes no tenía ninguna urgencia en Bilbao. Intentaría dormir sin límites y a pierna suelta.

Llegó al hotel y cuando a las nueve de la noche estaba sacando de su maleta un par de camisas, mudas y un traje por si tenía alguna reunión el lunes, sonó un mensaje en su teléfono móvil: «Estamos en el *hall*, nos vemos cuando quieras. Tania». Ignacio le contestó al momento: «En diez minutos estoy abajo». Se volvió a duchar y, ya un poco mejor, bajó al vestíbulo del hotel. Nada más verlo, Tania sonrió.

–Qué pinta traes. Bien la fiesta, ¿no?

–Demasiado, Tania, ni te lo puedes imaginar. Un día tienes que venir conmigo, haríamos una buena pareja.

–Seguro, pero soy de poco aguante, dormir bien es uno de mis mayores placeres.

–Ese día puedes darles una oportunidad a los otros.

Tania sonrió, pero no dijo nada. Ignacio hablaba un buen inglés y tanto Tania como Alex se manejaban bien en español. Veraneaban desde hacía años en Marbella y solían trasladarse con bastante frecuencia a Madrid y Barcelona por motivos de negocios. Pero además, como la mayoría de la gente del este, tenían una facilidad pasmosa con los idiomas. De todas formas, entre ellos las reuniones las llevaban en inglés.

–¿Habéis cenado? –preguntó Ignacio.

–Algo, pero no me importaría repetir, tú tendrás hambre –dijo Alex.

–Pues sí, necesito comer algo. *Cafês* y *bloody mary* han sido mi única alimentación en todo el día.

–Vamos al restaurante del hotel, estaremos más tranquilos –apuntó Tania.

Se instalaron en una mesa alejada de otros comensales y no pudieron dejar de hablar de fútbol. Era su trabajo, pero además les gustaba mucho. Esta vez Tania y Alex se dedicaron a llorar por los problemas con su equipo recién descendido y con sus jugadores; varios de ellos, por su baja forma o lesiones, no acababan de despegar. Eduardo era una excepción y en él depositaban muchas de sus esperanzas. Aunque no lo decían claramente, Cárdenas se daba cuenta: los números no les podían salir. Había mucho dinero invertido y pocos resultados.

El abogado seguía sin entender la compra tan alegre del Est Ham; habían pagado mucho dinero y en el fútbol cualquier desgracia es posible: una mala racha, lesiones, un par de malos arbitrajes y a segunda. Y aunque no lo reconocían, tampoco la plantilla era para tirar cohetes; ahora con lo de Eduardo estaban más animados. Tenía una buena ficha, se había pagado bien por su traspaso del Madrid y la idea de Kalinka era colocarlo en un par de años, tras el mundial, en uno de los grandes de la Premier. Por eso cuidar bien al chico era fundamental.

–Ignacio, cuéntanos otra vez tu conversación con Lucía. Así la oye Alex de primera mano y analizamos entre los tres la nueva situación.

Cárdenas volvió a contar la conversación con Lucía, aderezándola con el ambientazo de la fiesta, los pibones de mareo y los deportistas que hubieran puesto mala hasta a Tania. Ella se rio, era exagerado y camelador, pero no le importaba. Alex escuchaba fascinado y solo pensaba en cómo acudir a alguna fiesta.

–Conclusión. Esta chica conoce el asunto. No quiere romper con su novio, pero eso cuesta dinero y lo sabe. Se juega mucho... –apuntó Tania sin acabar la frase.

–Así es y así están las cosas. Garrincha le habrá aconsejado lo mismo –apuntó convencido Cárdenas.

–¿Y lo de romper con Eduardo no se lo habrán planteado? –preguntó Alex.

–A mí no me lo dijo. Pero conociendo a Eduardo Bastera, es un partidazo y se lo van a rifar.

Esta cría estará muy enamorada y querrá salvar su relación como sea –dijo Ignacio–. Además, según parece tiene mucho dinero.

–Tienes razón, a mí me parece un niño pero a las niñas, como es lógico, les gusta mucho –sentenció Tania–. Y pasta le sobra por todos los lados.

–Está claro, yo soy más de tu tipo, cachas, pero sin exagerar –dijo Ignacio ensanchando el pecho y levantando las cejas.

–Exactamente, cómo me conoces –comentó Tania mientras se reía con ganas.

–Por cierto, Cárdenas, ¿pueden saber quiénes somos los que están detrás de Eduardo? –preguntó Alex.

–No lo dijeron, solo un lacónico: «Quiero quedar con tus clientes. Ellos sí pueden tomar decisiones y quiero negociar». Pero si siguen mi rastro en el mundo del fútbol los va a llevar a Durán, su representante, y Kalinka, propietaria de los derechos de Eduardo. Y los socios y administradores de Kalinka son públicos –explicó Ignacio.

–Sí, o lo saben ya o se enterarán enseguida. Garrincha debe de estar ya en ello –dijo Alex.

–Ahora la iniciativa la tenemos nosotros. Te han pedido una reunión y tú deberías llamarlos para fijar día y hora. ¿Es así? –preguntó Tania.

–En principio, sí. Yo transmito a mis clientes su solicitud y con la contestación contacto con Garrincha –contestó Ignacio.

–Vamos a hacer lo siguiente. Tú llamas a Garrincha y confirmas el contacto. No des nombres ni comentas tu presencia en Londres –dijo Tania, y con voz grave y dando seriedad a sus palabras continuó–: Ignacio, tú eres nuestro abogado y no te vamos a engañar.

»Nos encaja negociar la libertad de esa chica, que siga con su amor, pero pasando por caja. Si largamos, lo saben perfectamente, se hundan ambos, Lucía y Garrincha. Tenemos datos suficientes, se trata de varios asesinatos y las pruebas son irrefutables; te damos luego unos nombres para soltarlos y acojonarlos bien.

–Va a parecer un chantaje puro y duro.

–Ya lo hemos hablado y lo plantearías como un negocio –apuntó Alex.

Al ver la cara de Cárdenas, Tania intervino y se apresuró a decir:

–Alex, ellos no son tontos y se darán cuenta inmediatamente del chantaje. Es más, ya lo saben, pero me parece bien. Ignacio, en plan correcto y haciendo su papel de abogado, lo puede enfocar como un negocio.

–¡Oye! ¡Oye! No me entero ¿Dónde está el negocio? El tonto debo de ser yo –intervino Cárdenas.

–Tienes razón, te explicamos nuestro proyecto. Queremos dinero en efectivo y estamos dispuestos a venderles acciones de nuestras empresas. Su valor, lógicamente, no será el de mercado, pero ese será el precio a pagar si quieren nuestro silencio. Serán minoritarios, estamos pensando en un 30% y, por lo tanto, las sociedades las seguiremos controlando nosotros totalmente.

–¿Y Lucía? ¿Cuál es su papel en la empresa? –preguntó Ignacio.

–Es un negocio limpio, respetable y entre sus activos está su novio. Es una manera blanca de pagarnos y en su día cobrará sus dividendos. No la queremos en el Consejo de Administración, pero se podría estudiar incorporar a alguien de su confianza, un profesional.

–¿Le puede decir algo a su novio? –dijo Ignacio.

–Mejor estaría callada. Va a invertir en unas buenas empresas, de ámbito internacional, totalmente limpias, aunque el precio ahora no esté ajustado –dijo Tania.

–Será una forma elegante y presentable de comprar su libertad –apuntó Cárdenas.

–Pues sí, y eso no es poco. La reunión la haremos en Madrid y luego los temas societarios y mercantiles los cerraremos en Londres con el despacho de siempre. No queremos aparecer por Bilbao.

–Ningún problema; además, Lucía vuelve a Madrid a terminar los estudios un día de estos.

–Pues mejor. Concretando, Ignacio: de las reuniones preparatorias te encargas tú y luego entramos Alex y yo solos. Es mejor evitarte situaciones en el límite de vuestra deontología profesional.

–Te expresas muy bien, Tania, y no sabes cuán de acuerdo estoy contigo.

–Una cosa. Si os parece bien, Ignacio no debe detallar los temas societarios, las acciones, el puesto en el consejo de administración y ese tipo de cosas. Debe centrarse en la gravedad de la situación, en la información tan explosiva que tenemos y en nuestra voluntad de ir hasta el final si no ceden. Cuando estén realmente acojonados, abrir la puerta a una solución de carácter legal, planteándoles la inversión en unas buenas empresas necesitadas de capital –explicó Alex.

–Estoy de acuerdo con Alex; además, ya conocerán nuestras empresas y eso ayuda –apuntó Tania.

–Os entiendo perfectamente. No os preocupéis, sabré transmitirlo bien.

–Y no les hables de cifras, en eso entraremos nosotros –dijo Tania.

–No puedo hablarles de cifras porque no me las habéis dicho.

–Mejor así. Entonces, Ignacio, llama mañana a Garrincha y queda con ambos. Nos vas informando de todo y nos orientamos a tener la reunión en Madrid la próxima semana –concluyó Tania.

–Entendido.

–Si hay algo urgente, utiliza mi cuenta de Twitter con un mensaje privado –dijo Tania.

–De acuerdo, así lo haré.

–Ignacio, si sale todo bien, y eso espero, negociaremos un buen bonus para ti. Estate tranquilo, apreciamos mucho tu trabajo.

Ignacio sonrió. No dijo nada, pero se le veía satisfecho

Acabaron de cenar y, aunque Ignacio estaba cansado, la promesa de un suculento bonus le animó mucho. Tomaron una copa hablando de fútbol; los tres eran unos apasionados, aunque de distintos equipos. Tania era del Chelsea; Alex, haciendo honor a su origen judío, se mantenía fiel al Tottenham; e Ignacio era un forofó bastante radical del Athletic, aunque cuando estaba trabajando disimulaba. Después de un repaso a la liga inglesa y a la española –y acalorarse con Mourinho, Guardiola y Cristiano Ronaldo–, decidieron retirarse a descansar.

17. LUNES 22 DE MAYO

LAS COSAS SE PONEN EN MARCHA

Era lunes, y después de un fin de semana tan movido y con tanta sorpresa, no perdoné coger mi caña de pescar. Dormí mal y me desperté sobresaltado en un par de ocasiones. Con un café en el cuerpo y recién duchado, salí de casa y me dirigí a mi ubicación habitual al final del barrio. El día era espléndido y, aunque aún hacía fresco, con un jersey encima de una camisa me bastaba y

sobraba.

No habían dado todavía las siete y estaba amaneciendo. La luz todavía pálida y sin fuerza se abría camino entre las casas de Zorrozaurre y el monte Banderas, que se divisaba al fondo. El reflejo de la ría la hacía más incolora, y esa tranquilidad y ausencia de ruido te permitía oír cómo bajaba con fuerza, arrastrando lo que pillaba a su paso. Según caminaba hacia mi lugar preferido pensaba en los problemas para sujetar bien la caña. Aunque llevaba unas abrazaderas, la caña se iba a curvar de manera exagerada y necesitaría de mi ayuda para no perderla. Recordaba otras ocasiones en las que la mayoría de los paseantes, ignorantes de todo lo referente a la pesca, al ver la caña curvada y tenso el sedal, pensaban en un pez de gran tamaño; se ofrecían solícitos a ayudarme y no entendían muy bien mi parsimonia y dejadez. Alguna vez hacía teatro y recogía poco a poco el sedal, dejando a todos los curiosos pendientes de ver aparecer una hermosa lubina; pronto comprobaban que el anzuelo venía bien limpio. Automáticamente, sin rechistar y mirándome con compasión, seguían su paseo como si nunca se hubieran parado.

Hoy esperaba noticias. Ignacio Cárdenas debía llamarme para convocarnos a una reunión. A Lucía la veía más centrada, consciente de los riesgos tan importantes que nos acechaban y eso ya era un avance importante. La extorsión pura y dura la obligaba a olvidarse de los turbios negocios de su padre y a proponer pagar por su libertad. El planteamiento tenía su lógica, pero no me convencía. Primero: ¿con cuánto dinero se conformarían los rusos de Kalinka? Segundo: con el pago acordado, ¿había alguna seguridad de acabar con la extorsión? Los chantajes solían ser eternos y esta vez no tenía ninguna certeza de que fuera a ser una excepción.

Desconocía casi todo de Kalinka. ¿Cómo serían? ¿Pura chusma, mafia o empresarios preocupados por el futuro de sus negocios? Hablaría con Aguirre y le encargaría, a través de su colega de Barcelona, un informe lo más completo posible; y lo necesitaba cuanto antes porque no disponía de mucho tiempo.

Según pensaba en todo esto, me daba cuenta de mi desconocimiento de la información con la que contaba Kalinka y quién se la había facilitado. La fuente solo podía partir de los participantes en la acción de Otañes o en alguien cercano a Gorostiola o Aitor. Pero, además, era muy distinto conocer generalidades a tener datos concretos, pruebas, y para ello necesitaba saber quién había largado. Llamaría al Francés; él era un forastero, pero tenía muchos contactos y era muy respetado. Con él estaba en paz; le había pagado con creces la ayuda prestada en el secuestro de Lucía realizándole dos *contratos* muy comprometidos para él.

Todos estos pensamientos se me agolpaban en la cabeza uno detrás de otro y necesitaba tranquilidad para discurrir bien. Eso solo llegaba cuando tras el balanceo de la caña y después de realizar un buen *swing* lanzaba con fuerza el sedal con su anzuelo. A partir de ese momento me recogía apoyado en la barandilla y las ideas se iban ordenando tranquilamente. Cuando hace tres años estaba de los nervios, asustado porque el éxito o el fracaso tenían una probabilidad parecida de cuajar, me repetía una y otra vez: «Soy un imbécil, esta es la última, jamás me volverá a pasar».

Anteriormente los riesgos delictivos eran por narcotráfico y caer era una putada; suponía la cárcel, pero de la trena se salía. Cuando tiraba de gatillo tenía todas las de ganar, la alevosía era de libro; yo elegía el lugar y el momento, y así era muy difícil perder. Pero cuando preparé lo de los genoveses, se trataba de cargarnos a varios hombres, listos para matar y con experiencia en el oficio; acabaron siendo seis y una mujer, pero no lo sabíamos. Nosotros íbamos seis, pero solo teníamos a nuestro favor el factor sorpresa; *a priori* cualquier error, un contratiempo inesperado, ellos con más efectivos, podía suponer acabar con todos nosotros liquidados.

Y cuando acabó y Sara Cohen estuvo a punto de darme una hostia en el hotel Carlton, solo

pensé en olvidarme para siempre de estas historias y no volver jamás a pasar ese trago. Mi nueva vida me acompañó y no volví a ver ni a Gorostiola ni a Lucía; y precisamente cuando desaparece el gran capo, volvían las angustias y los miedos. Ahora no me meterían dos tiros, pero me podían mandar a la cárcel más de veinte años.

Siempre había vivido aquí, en Portugalete o en Bilbao, pero cada vez se abría más en mi mente la idea de largarme de una vez por todas y regresar quizás dentro de muchos años, cuando ya hubieran prescrito todos los delitos. Tampoco era tan difícil encontrar un buen sitio para vivir. Pedía bien poco: poder pescar, buen tiempo y poco más; y si el idioma era el español, mejor. El Caribe, Latinoamérica... tenía mucho donde elegir. ¿Y Teresa? ¿Me costaría mucho convencerla? Se vendría conmigo, estaba convencido; ella elegiría el lugar.

Pero ya estaba pillado y otra vez Lucía aparecía omnipresente. Aunque ya no era la misma y estaba lejos de ser aquella chica empastillada, medio ida, bipolar, capaz de pasar de una aparente docilidad a encarar a dos sicarios pegarle ocho tiros al impresentable de su novio o tramar cómo sacarle el dinero a su padre con un autosequestro. Aparentemente la Lucía actual, más equilibrada, enamorada de un buen muchacho y razonando de forma más sensata, poco tenía que ver con aquella. Ojalá fuera cierto y pudiera contar con ella.

El sol ya hacía valer su fuerza y el lugar donde me encontraba se llenaba de paseantes incordiando cada vez más. Faltaba poco para las diez y empecé a recoger mi instrumental. Mi rutina ya era automática y con cara de felicidad, como si hubiera hecho algo importante, regresé hacia casa; en menos de diez minutos ya me estaba desvistiendo y preparando el desayuno.

No quería dejarlo y enseguida llamé a mi abogado. Lo hice a su número del despacho y desde un teléfono móvil con un uso limitado para estos casos.

–Aguirre, ¿cómo estás?

–Bien, Garrincha. Cuéntame.

–¿Te acuerdas de la conversación del otro día?

–Perfectamente.

–Quiero encargarte, de forma profesional, un informe lo más completo posible de la sociedad, sus accionistas y los administradores. Actividades, relaciones y, muy importante, su situación económica actual. Y si es posible, valoraciones personales, intimidades, tipo de gente...

–No sigas, te entiendo perfectamente.

–Si necesitas contratar una agencia de detectives aquí o en Londres hazlo, es importante.

–Tendrás prisa.

–Sí la tengo. Me puedes ir adelantando la información según la vayas consiguiendo, sin esperar a tener el dossier completo.

–Descuida, así lo haré.

Conocer con quién nos íbamos a ver las caras me parecía muy importante. Al final siempre algún simple dato te permitía saber el tipo de mangantes con los que te ibas a enfrentar.

A continuación me dispuse a contactar con el Francés. Tuve suerte y en menos de media hora estaba al teléfono.

–Dime, Tomás, en una semana hablamos dos veces. ¿La chica vuelve a dar problemas?

–No andas lejos, pero la vida nos la están complicando otros y necesito tu ayuda.

–Me gusta, cuéntame, conoces mi aburrimiento.

Le expliqué con precisión y detalle el chantaje iniciado por los rusos de Kalinka. Fui escueto, pero no me dejé nada.

–¡Vaya! Son originales. Muy complicados, pero no está mal pensado. Y, claro, a la chica ni se le ha pasado por la cabeza mandar al banquillo a su novio.

–No, pero ya no les vale, no creo confundirme. Estos quieren la pasta con o sin novio. En todo caso, Lucía ya lo ha dicho: quiere arreglarlo y, claro, pagar.

–Entendido. ¿Y cuál es mi papel?

–Alguien ha largado. Quiero saber quién ha sido y si se puede conocer la información que tienen, mejor. Una cosa son generalidades y otra dar datos incriminatorios concretos.

–¿Sospechas de alguien?

–El origen o es la policía, y no lo creo, o, lo más probable, alguien del entorno de Gorostiola, de Aitor o de nuestros acompañantes en Otañes.

–Entendido, uno de los nuestros.

–Jon, yo ya no sé si soy de los nuestros pero, en todo caso, no me asocies con el chivato.

–No te mosquees, es para entendernos. Ya sabes que, en casos como estos, no es fácil hacer hablar al personal, pero ya veremos. Por mi gente pongo la mano en el fuego.

–Mira por el lado de Gorostiola y Aitor.

–Ya sé con quién puedo hablar, yo te llamaré.

–No escatimes gastos. Si son necesarios, ni lo dudes.

–Cómo me gusta oírte decir eso, así es más fácil.

Nos despedimos y ya me quedé más tranquilo. Esperaba la llamada de Ignacio Cárdenas, pero no sabía cuándo. Me entró un mensaje de Lucía desde el Hotel Landa, en Burgos, camino de Madrid. Terminó con un «llámame cuando sepas algo», y un emoticono con una carita sonriente y un corazón; le contesté con otro parecido.

Me tumbé en el sofá y me puse a leer. Había acabado la de Connolly y empecé la última de Dennis Lehane, *Ese mundo desaparecido*, con Joe Coughlin de protagonista, un mafioso que era todo un caballero y me caía muy bien. Lehane era guionista de una de mis series favoritas, *The Wire*, y muchas de sus novelas acababan llevándolas al cine: *Mystic River*, *Sutherland Island*... Según pasaba las hojas me olvidé de todo, y cuando más centrado estaba en la trama de la novela mi teléfono móvil empezó a sonar con fuerza, o eso me pareció.

–Soy Ignacio Cárdenas. ¿Cómo le va?

El tono no sé si era irónico o me sonaba a mí de pura aprensión, pero el «¿cómo le va?» no venía a cuento, y bastante seco le contesté:

–Usted me dirá, le escucho.

–He hablado con mis clientes y les he transmitido la conversación del otro día y el encuentro con Lucía. Están de acuerdo en tener una reunión –me respondió en un tono neutro.

–¿Con ellos?

–Primero quedaré yo con ustedes para adelantarles algunas cuestiones, y luego ya ustedes con ellos a solas, vamos, sin mi presencia.

Pensé en pedirle algún avance, una impresión, pero no quería transmitirle ansiedad y urgencia. No hizo falta porque Cárdenas, con unas palabras muy pensadas o eso me pareció, comentó:

–Comprendí el deseo de Lucía de llegar a un acuerdo. Mis clientes están muy interesados en escuchar su oferta; vayan pensándola.

No me pareció oportuno decir nada, lo había dejado muy claro y simplemente le contesté:

–¿Cuándo quedamos?

–¿Le parece el miércoles por la tarde en mi despacho?

–De acuerdo. Le confirmo la hora.

–Lucía estará ya en Madrid. Si le viene mal dígamelo y cambiamos de día.

–No será necesario, la llamo enseguida.

–Perfecto.

Colgamos y la conclusión no pudo ser más clara. «Lucía quiere llegar a un acuerdo y mis clientes están muy interesados en escuchar su oferta». Quieren pasta y van a negociarla: es un chantaje puro y duro. Que Lucía rompa con su novio ya no les importa.

Llamé a Lucía y acordamos ir a las siete. Vendría en un avión después de comer y regresaría al día siguiente a primera hora de la mañana. Lucía interpretó como yo las palabras de Cárdenas y se quedó más tranquila. No le veía la cara, pero me la imaginé con una sonrisa.

–Es cuestión de dinero, mejor. ¿En cuánto estarán pensando? –comentó Lucía.

–No lo sé, pero no va a ser barato. He pedido un informe sobre Kalinka y su gente, quiero conocer sus problemas económicos al detalle.

–Por cierto, Eduardo no puede enterarse de nada, ni siquiera de los contactos; si no, no hay pasta –concluyó Lucía.

–Hablamos el miércoles. Me dices cuándo llega tu avión y voy a recogerte al aeropuerto.

–Gracias, Tomás.

Lucía no tardó en llegar a Madrid y la conversación con Garrincha le había dejado buen cuerpo. La historia avanzaba y se situaba en el mejor lugar posible, en el del dinero; aunque le dolía pagar, no había otra opción posible y no se iba a arruinar. Se dirigió directamente a su casa, en la calle Huertas, muy cerca de la plaza de Santa Ana. Cuando llegó a Madrid empezó en un colegio mayor de los de postín, donde ya estaban dos amigas suyas de Bilbao. Estaba bien, pero era muy estricto y al cabo de unos meses volaron las tres a un piso de alquiler en la zona de Princesa, en la calle Gaztambide. Aquel había sido su cuartel general hasta hacía unos meses, cuando en octubre encontró este piso en una de las zonas que más la atraía de Madrid. Su padre se lo compró y lo puso a su nombre.

Empezó a vivir sola y enseguida se lió con Eduardo. Aquel había sido su nido de amor y lo había aprovechado muy bien. Aunque él seguía viviendo con sus padres en una casa espectacular al final de Serrano, en el barrio de El Viso, cada vez pasaban más tiempo juntos y muchas noches se quedaba a dormir. La zona donde vivía le gustaba mucho; a un paso del Hotel Palace, del Museo del Prado y del Retiro. Y al otro lado, la plaza de Santa Ana, la Puerta del Sol, la plaza Mayor, el Palacio de Oriente y todo el Madrid de los Austrias. Salía andando y no necesitaba el coche, perdiéndose entre calles y plazas, muchas de ellas ya peatonales. Pero también tenía muy cerca el barrio de las Letras y el de Lavapiés; y cruzando la Gran Vía, en veinte minutos se plantaba en Malasaña y Chueca. Era un Madrid ameno, tranquilo, incluso cuando se llenaba de guiris, con colorido y cercano, con muchas cosas para ver y lugares para perderte.

Tenía alquilada una plaza de garaje cerca de su casa, donde dejó su coche, y enseguida se vio abriendo ventanas y aireando todo el piso. Su gato Fidel había sobrevivido a la soledad de todos esos días y comprobó que su vecino Ismael –un jubilado de Telefónica que la había adoptado como si fuera su hija– se había portado dando de beber y comer a su minino. Fidel se acercó, la miró y enarcó las cejas a modo de reproche, como diciendo: «No me vuelvas a hacer esto, hija de puta», pero enseguida saltó a su sofá, donde organizaba tranquilamente su tiempo. Ismael abrió la puerta con su llave y con una sonrisa enorme le dio dos besos a Lucía.

–He preparado estas patatas en salsa verde, cocinadas como las hacen en tu tierra –le dijo mientras le ponía una fuente con las patatas encima de la cocina.

El piso era pequeño, de unos setenta metros cuadrados, pero lo tiró entero e hizo unos espacios muy amplios. Un gran salón comedor, con una cocina suficiente pegada al mismo, y una habitación amplia con acceso directo al cuarto de baño. A Lucía le bastaba y, si venía algún invitado, dormía en el salón. Su propia habitación la organizó como estudio, con mesa de trabajo y ordenador en un

rincón, al lado de una ventana con vistas a la calle Huertas.

Los muebles eran todos modernos y nuevos, y en el suelo mantuvo la madera de cerezo recuperada del suelo original. Al ser un cuarto piso, tenía bastante luz y solía estar soleado.

–Ismael, ya tenía ganas de verte. ¿Cómo se ha portado Fidel? ¿Te ha dado mucha guerra?

–Por favor, es todo un señor, es incapaz de molestarte lo más mínimo; ni te enteras. Ha comido bien y no ha ensuciado nada, da gusto este gato. ¿Y a ti cómo te ha ido? ¿Has arreglado tus cosas?

–Bueno, a medias, tengo líos por todas partes. La herencia, los exámenes, decidir y organizar dónde voy a hacer el máster. No he tenido tiempo de distraerme, te lo aseguro.

–Que todos los problemas sean esos, Lucía. ¿Y el futbolista cómo anda?

–Muy contento. En el Athletic lo tratan muy bien.

Ismael se preocupaba especialmente en no molestar, era un hombre especialmente cuidadoso y Lucía en esos momentos necesitaba ordenar sus cosas y organizarse.

–Bueno, estarás liada, te dejo –le dijo Ismael.

–Luego te hago una visita, y muchas gracias por las patatas. Tengo hambre, me las voy a comer ahora mismo, tienen una pinta estupenda.

Lucía ordenó un poco la casa y se comió con ganas las patatas en salsa verde; estaban exquisitas. Se encontraba a gusto en esa casa y lo mismo en Madrid. Cuando regresaba a Bilbao y pasaba Pancorbo, se le agolpaban los recuerdos y se le encogía el corazón. Bilbao representaba el pasado y quería huir de él. En la capital había conseguido olvidar gran parte de su historia anterior y esa angustia permanente que la llevaba a estar empastillada todo el día.

Y justo ahora, cuando mejor se encontraba, todo se había puesto patas arriba. Garrincha seguía teniendo en su cabeza a la Lucía de tres años atrás y, aunque ella se veía otra persona, era difícil convencerlo. Observaba cómo la miraba, cómo la trataba, y se daba cuenta; para él seguía siendo aquella cría, lianta y trastornada, de muy poco fiar. Cuando le hablaba de ceder al chantaje, incluso rompiendo con su novio, le recordaba siempre sus crímenes, como si a ella se le hubieran olvidado.

El gato Fidel la observaba impertérrito desde su sofá y no parecía contento.

A su jefa no se la veía bien.

18. EN LA COMISARÍA DE DEUSTO SARA Y FABRETTI

En la comisaría de Deusto se mantenía la rutina habitual. Tanto la brigada de estupefacientes, dirigida por Miguel Fabretti, como la de investigación criminal de Sara Cohen se centraban en los casos abiertos, aunque no hubiera ninguno demasiado mediático o brillante. Pero los inspectores no se olvidaban de Lucía ni de Garrincha, y esperaban poder con ellos. Eso les gustaba y esta vez no les iban a dejar escapar. Su ingenuidad anterior estaba enterrada y bien enterrada.

Habían visto la filmación del funeral y la habían vuelto a ver con detalle; tenían prácticamente identificados a todos los asistentes. El hampa y el narcotráfico bilbaíno estaban muy bien representados, y los grupos de Galicia, la gente de Asturias y Cantabria eran conocidos de los

picoletos y de la Policía Nacional. No había sorpresas y eso era lógico. Los efectivos nuevos, sin fichar, no iban a aparecer en una ceremonia sobre todo para séniors. Aun así, a uno de los Gandarias no lo conocían y a otro lo ubicaban en un grupo distinto. Les sorprendió la asistencia del francés Etcheverry, toda una leyenda en el país vecino, y aunque les encajaba su colaboración en algún tema con Gorostiola, no lo consideraban un hombre cercano ni alguien obligado a rendir sus respetos. Sara lo comentó con Fabretti y decidieron pedir información a la gendarmería para conocer sus andanzas. Acabaron haciendo un buen álbum con las fotos de los asistentes individualizados y una copia la pasaron a la Guardia Civil y otra a la Policía Nacional.

Miguel Fabretti seguía en contacto con su confidente, Virginia, quien le mantenía informado de cualquier suceso de interés. Lo último que le había contado fue el regreso de Lucía a Madrid y que aún no había contestado a la propuesta de Aitor. Lucía debía hacer algo, aunque no sabía qué; todo estaba parado y Aitor seguía bastante nervioso.

–Miguel, acaba de llamar un inspector de la Interpol en Londres, esto se anima.

Cuando pidieron información sobre el abogado Cárdenas, enseguida salió el nombre de Manuel Durán, el representante de Eduardo, y el del grupo empresarial Kalinka, propietarios de sus derechos. Como tenían su sede en Londres, contactaron con la Interpol.

–Han sido rápidos, eso está bien.

–Sí, eso he pensado. ¿Sabes lo primero que me han preguntado?

–Tú dirás.

–Quieren conocer los motivos de nuestro interés.

–¡Vaya! ¿Y cómo te las has arreglado?

–Le he hablado de una investigación sobre familiares de un futbolista. Sin más, no quiero encontrarme con filtraciones –apuntó Sara.

–Me parece bien, solo faltaba Eduardo apareciendo en algún papel.

–No se ha quedado muy satisfecho. Me ha preguntado si era un tema fiscal y le he dicho que no. A continuación me ha pedido seguir informado de cualquier vinculación con el grupo Kalinka. Les interesa mucho.

–Es curioso, parece como si ellos también anduvieran detrás.

–He pensado lo mismo. Cuando le he pedido información sobre ellos, me ha contestado bajando la voz: andan mal, están atravesando problemas económicos; hasta ahora era un grupo muy solvente, sin ningún incidente, pero ahora las dificultades son serias.

–Pero eso no es ningún delito.

–Eso mismo le he dicho y me ha contestado: «Por ahora no, pero puede llegar a serlo». Ha sido muy misterioso y no ha querido avanzar más; hemos quedado en seguir en contacto.

–Sara, de todas formas, nos ha descubierto por dónde van las intenciones de los rusos.

–Está claro, tienen problemas económicos y piensan sacarle la tela a Lucía –contestó rápidamente Sara.

–Así es, vamos avanzando. Otra cosa es conocer cuánto les han pedido y el alcance de las amenazas. Garrincha y Lucía estaban, cuando menos, asustados y eso es muy significativo.

–Todo apunta a un chantaje. Saben algo y amenazan –dijo Sara mostrando su convencimiento.

–Debemos trabajar como si ya tuviéramos la confirmación del chantaje, no podemos entretenernos con otras vías de investigación. Nos vendría muy bien intervenirles los teléfonos –dijo Fabretti.

–Ya, pero no es posible, ningún juez nos va a dar autorización, no tenemos nada, solo sospechas –contestó Sara.

–Lo sé, pero va a ser muy difícil averiguar algo con meros seguimientos.

–No nos queda otra. Seguirlos, ver con quién se reúnen, cómo se comportan, esas cosas. Y Virginia; por esa mujer nos enteraremos de si Lucía se involucra en el negocio de su padre –dijo Sara.

–Y si lo hace, caerá en nuestras manos –concluyó Fabretti sonriendo y poniendo una voz siniestra.

Ambos estaban acertando y lo sabían. Esta vez, además de ganas, podían cazarlos y no había otra cosa en este mundo que desearan más.

Cuando Fabretti salió del despacho, Sara echó la vista atrás y pensó en el tiempo que llevaban juntos. Desde que él se instaló en su casa, como pareja, habían pasado casi tres años. Estaba contenta. Le había costado tomar la decisión, pero en cuanto la tomó solo pensó en por qué había tardado tanto. Miguel siempre le había gustado mucho y cuando se divorció de su marido él había estado muy cerca. No tardaron en enrollarse, pero no dejó de ser una relación clandestina, de amantes. Fabretti vivía con su novia Carlota, a quien conoció cuando investigaba el crimen de Cienfuegos. A Sara le daba miedo volver a tener una relación de pareja; además, Miguel siempre había tenido mucho éxito con las mujeres y nunca sabía decir no. Quizás fuera ese miedo, sufrió mucho cuando su marido se lio con una compañera de trabajo y temía que se repitiera. Aun así, el riesgo merecía la pena; también podía pasar al revés y que el hartazgo partiera de ella.

Y la relación estaba funcionando. A Sara, Miguel le daba mucha tranquilidad, confianza y eso lo agradecía mucho. Ella era una mujer nerviosa, con ansiedad, capaz de angustiarse con facilidad y Miguel siempre estaba ahí, facilitando el transcurrir de las cosas de forma pacífica, y eso para ella era la base de todo lo demás. Incluso en el trabajo había aceptado de forma natural el mando de ella. A Miguel lo encontraba muy bien y, aunque eso del enamoramiento siempre lo había relativizado, lo veía como un hombre enamorado y estaba convencida de que le había sido fiel. Y esto último tenía mérito, planes no le faltaban y con tanto pendón suelto lo difícil era no caer; lo veía hasta en la propia comisaría. Tenía confianza en Miguel y, según cumplía años, valoraba cada vez más tenerlo al lado, saber dónde agarrarse y tener a alguien haciéndole la vida más fácil; tampoco era pedir tanto.

Sara tenía encima de la mesa un informe del departamento de balística sobre el alijo de armas incautado en Getxo. Todas se encontraban en buenas condiciones y aptas para ser usadas; no constaba la utilización de ninguna en un crimen o acto ilegal.

El cargamento, más de cien armas cortas y cincuenta largas, solo podía entenderse como una actividad de tráfico de armas. Pero el propietario de la lonja donde las encontraron aseguraba no saber nada y era un hombre con un perfil totalmente ajeno a ese mundo. Empleado medio de Iberdrola, con categoría de perito, un buen sueldo, y ajeno por ambiente y relaciones a cualquier actividad delictiva. Su mujer, profesora de instituto, lo mismo. Tampoco tenían antecedentes penales o policiales. Los habían investigado por la vía del terrorismo y no era posible relacionarles. Sus hijos también estaban descartados, el mayor tenía quince años.

El propietario, según les dijo, llevaba dos meses sin pasar por la lonja; su mujer aún más y no le habían dejado a nadie las llaves. La lonja no tenía uso de ningún tipo y crecía la impresión de que pudiera ser cierto todo lo que contaban. A este paso era el típico asunto con toda la pinta de acabar archivado. Algunos miembros de la brigada eran partidarios de instruir un atestado con cargos contra el propietario de la lonja. Todos los datos con sus informes estaban en el juzgado, pero Sara no apostaba por establecer ninguna acusación formal. ¿Estaría flojeando? Ella no lo veía así; se trataba de aplicar la lógica y la intuición, y Fabretti la apoyaba; tenía aún menos dudas.

Repasó el motivo por el cual acudieron a registrar la lonja y volvió a leer la declaración de un vecino de la casa de enfrente, en la que relataba cómo vio a dos hombres jóvenes abrir el local y meter unas cajas pesadas. Le extrañó porque la lonja no la usaba nadie y pensó en drogas. Les comentó que llamó a la Ertzaintza sin mucha convicción y acertó a medias: no eran drogas, pero sí un delito. Sara pensó en cierto trastorno del vecino para llamarlos por el mero hecho de ver cómo metían unas cajas en una lonja pero, por supuesto, se calló. El denunciante fue incapaz de reconocer a nadie, a pesar de enseñarle varios álbumes con fotos de delincuentes fichados. Tampoco pudo ayudarles a realizar un retrato robot. No tenían nada, estaba claro, pero antes de archivarlo, Sara se propuso hacer un último esfuerzo investigando a los amigos, familiares y relaciones del propietario y de su esposa; lo harían de forma discreta, sin alertar a los afectados. Llamó a Gabarrita, uno de sus mejores hombres, y le encargó la investigación.

19. MIÉRCOLES 24 DE MAYO EN EL EDIFICIO LA EQUITATIVA

El miércoles el avión de Lucía aterrizó en el aeropuerto de Loiu a las cinco y diez de la tarde. Llegó puntual y allí, con un bolso de mano como único equipaje, la vi aparecer sonriente. Fue una de las primeras en salir y me la imaginaba ansiosa. Sonrió desde lejos y me hizo un gesto con la mano para saludarme; cuando se acercó, tras darme un beso en la mejilla, me soltó sin esperar:

–Tomás, hoy es un día importante. Aunque solo esté Cárdenas, tenemos que acertar. He estado dándole vueltas y más vueltas todos estos días; ellos quieren una oferta.

–Bueno, el abogado lo planteó con claridad: para arreglarlo, sus clientes quieren escuchar una oferta. ¿Has pensado algo?

–¿Te han mandado el informe de Kalinka?

–Aún no. Pensaba llamar a Aguirre antes de entrar en la reunión, por si me puede adelantar algo. Pero querrán dinero y en cantidades importantes, eso ya lo sabemos; no se van a contentar con cualquier cosa.

–Ya, pero no quiero hacer el primo. Pagaría sin rechistar, pero sin tomar la iniciativa. Imagínate que se conforman con un millón y ofrezco tres –remató Lucía convencida. Estaba alterada, se le notaba.

–Mujer, estás muy nerviosa, vamos a tranquilizarnos un poco, lo hablamos cuando lleguemos a Bilbao. Pero te adelanto que soy partidario de no dar ninguna cifra. Ellos son los que han empezado todo y deben enseñar sus cartas.

–No sé, bueno, me lo explicas luego.

El despacho de Ignacio Cárdenas estaba en La Equitativa, un edificio de arquitectura racionalista de los años treinta, donde tuvo las oficinas la compañía de seguros del mismo nombre. Su ubicación era muy céntrica, junto a los Jardines de Albia, muy cerca de la Audiencia Provincial y de los juzgados. Nos dirigimos al aparcamiento del Conde de Aresti y como teníamos tiempo nos metimos en el Starbucks de la planta baja de El Corte Inglés, con entrada por la calle Ledesma.

–No conocía este Starbucks, debe de ser nuevo.

–No tanto, lo abrieron hace tres años y todavía es un lugar tranquilo. No mires, pero nos están siguiendo y no me gusta.

–¿Estás seguro?

–Casi seguro, y en esas cosas suelo acertar.

–Será la Ertzaintza, acuérdate de que los vimos en el funeral.

–Probablemente, pero ha pasado una semana y esto significa algo. Me temo que están detrás de nosotros otra vez.

–Yo no he notado nada.

–Mi cuerpo me genera unas vibraciones y sé reconocerlas.

–¡Ja, ja! Una especie de detector de maderos.

–Ríete, pero más o menos es así; y me es muy útil.

–No me cabe la menor duda. Vamos a olvidarlos un rato y cuéntame.

–Como te he adelantado, no debemos dar ninguna cifra. Desconocemos los datos y las pruebas. Si les han contado una historia genérica –aunque sea muy peliculera– y no tienen más, podemos respirar y la pasta puede ser simbólica. Si, por el contrario, saben lo suficiente y lo pueden probar, estaremos en sus manos y soltaremos la pasta sin rechistar. Regatear, plazos y ese tipo de cosas, pero tragando.

–Te entiendo. Quieres oír primero la cantidad y cuánto saben.

–Sí, se pasarán un montón y en función de sus conocimientos y de sus pruebas sabremos hasta dónde podemos llegar.

–Pero, Tomás, tenlo claro: no se puede romper la negociación. No quiero a esta gentuza hundiéndome sin remedio. Tres o cuatro millones los puedo conseguir con facilidad.

–Lo sé, y más también, pero estamos ante un negocio complicado y no podemos darles facilidades. Los primeros interesados en no romper son ellos. No pueden vernos ni como unos principiantes ni como unos derrotados.

–Me parece bien, lleva tú la negociación y yo te apoyaré. Además, hoy no van a estar los rusos.

–Vamos a escucharlo, lo tendrán preparado y no será una improvisación.

–Estoy nerviosa, si me ven así puedo ser muy fácil.

–Lucía, hoy va a ser un día de tanteo, querrán saber cómo estamos. Tienen la ventaja de conocer nuestra pretensión de negociar.

–Sí, se lo dije yo, pero es la pura verdad.

–Eso ya es historia, ahora se trata de ser más astutos. En la próxima reunión ya estarán los rusos y ahí jugarán fuerte. Querrán cerrar un acuerdo; a ellos no les conviene alargarlo.

–Lo dicho, tú llevas la iniciativa, a mí esto empieza a superarme.

Dejamos la cafetería, cruzamos la planta baja y alcanzamos la Gran Vía. La arteria principal de la Villa estaba muy animada y, con un día casi veraniego, la gente paseaba con más parsimonia, se paraba en los escaparates de las tiendas sin prisas y muchos helados eran devorados con ganas por niños y mayores. Intenté fijarme en si alguien nos seguía, pero no era fácil, demasiado público. Continuamos tranquilamente hasta la plaza de España y allí propuse a Lucía que entráramos en la Estación del Norte para poder dar esquinazo a nuestros vigilantes.

Subimos al piso superior, donde está situado el muelle con las vías desde donde salen todos los trenes, y cruzándolo bajamos por un lugar muy poco conocido a la calle Bailén, comienzo de la Palanca, el barrio chino bilbaíno. El recorrido lo hicimos rápido y no dejaba de ser un tanto extraño, pero era la mejor manera de darnos cuenta de si nos seguían. Bajamos por la calle Bailén hasta la calle Navarra y allí entramos en el Bar Inglés de la Sociedad Bilbaína. El padre de Lucía

era socio y ella, según me había dicho, podía entrar. Tomamos un café detrás de unos ventanales tintados a través de los cuales se veía toda la calle Navarra y el Puente del Arenal sin descubrir nada sospechoso. Dejamos pasar unos minutos, salimos y nos acercamos al despacho de Ignacio Cárdenas.

Nos abrió una chica joven, probablemente una ayudante de Cárdenas. Mientras nos indicaba una salita para esperar, salió el abogado de una habitación y nos invitó a entrar. El despacho era amplio y daba sobre unos Jardines de Albia muy animados, con niños y padres disfrutando del buen tiempo; a pocos metros don Antonio Trueba, escritor costumbrista bilbaíno del siglo XIX, hoy bastante olvidado, vigilaba desde su pedestal cualquier incidente en el parque. Entraba todavía mucha luz y nos sentamos, por indicación de Ignacio, en unos sofás cercanos a una mesa de reuniones.

–No se quejarán de la diligencia de este abogado. El sábado hablé con ustedes y por separado, el domingo con mis clientes y hoy miércoles estamos ya reunidos intentando llegar a un acuerdo, tal y como, con buen criterio, me pidió Lucía.

Cárdenas, con un par de frases bien construidas, quiso situar el problema. Ellos se habían tomado en serio las cosas y estaban dispuestos a llegar a un acuerdo, tal como había pedido Lucía. No me gustaba cómo iba la conversación e intervine:

–Vamos a ver, Cárdenas, si estamos aquí es porque usted me transmitió el sábado pasado que Lucía debía romper con su novio futbolista debido a los negocios de su padre y al riesgo de sus clientes, se refirió al Athletic, de perder mucho dinero.

–Se olvida de algo, Garrincha. Lucía, la misma noche del sábado, me abordó directamente y me pidió negociar un acuerdo sin necesidad de romper con su novio. Y lo transmití tal cual a mis clientes –comentó Cárdenas sin dejarme continuar.

–¿Y le han contestado? –preguntó Lucía, que no podía estar callada.

–Están dispuestos a negociar, son gente razonable. Romper su noviazgo no es un objetivo en sí mismo y, por lo tanto, les parece bien arreglarlo con una compensación económica.

–Pero, Cárdenas, explíqueme la razón por la cual Lucía debe pagar a sus clientes para poder seguir con su novio; sinceramente, no lo entiendo.

–Garrincha, por favor, lo sabe perfectamente. Hay muchos crímenes para imputar, no ya a Gorostiola padre, sino a Lucía y a usted. Mis clientes quieren hacer negocios rentables y en paz; por eso están de acuerdo en olvidarse de todo eso si se les compensa económicamente. No sé si han traído una oferta como les pedí, podríamos avanzar mucho.

–Cárdenas, habla usted de compensar económicamente y eso se hace cuando se ha causado un perjuicio. ¿Me puede decir el perjuicio causado a sus clientes? ¿Acaso Eduardo mete menos goles?

–Eduardo está rindiendo muy bien y precisamente mis clientes quieren una compensación, llamémosle preventiva, antes de que se produzcan unos perjuicios irreparables.

–¿De cuánto dinero están hablando? Imagino que nos darán garantías –preguntó Lucía.

–Garantías, todas. Si llegamos a un acuerdo, mis clientes se olvidarán para siempre. Respecto a una cifra, esperaba oírles a ustedes una, y ya les adelanto que va a ser alta. El importe no lo pongo yo, pero piensen en varios millones de euros.

–¿Está usted loco? –dije prácticamente gritando.

–Garrincha, tanto Lucía como usted tienen mucho dinero. Lo sabemos, pueden pagar perfectamente y su nivel de vida no se va a resentir lo más mínimo.

Me di cuenta de inmediato; por primera vez me involucraba en el pago. Ya no era solamente Lucía, sino los dos y, claro, eso no había sido ningún desliz. Estaba dicho a propósito.

–Sigo sin entenderle. Está usted mezclándolo todo. ¿Qué pinta el novio de Lucía en todo esto? Y no sea fantasioso refiriéndose a unos crímenes imaginarios.

–Es desagradable, se lo aseguro. Créame, quería evitar ir por este camino. Pero solo les voy a dar unos nombres para refrescarles la memoria: Josu Grande, Penélope Ramírez, Leónidas, los genoveses –Carlo, Marco y Valeria–, Perico y Rogelio, más los otros de Otañes. ¿Me explico suficientemente? ¿Son imaginarios?

Un largo silencio planeó por la habitación. No era un farol, tenía los nombres y lo sabía, pero eso no probaba nada. Enseguida le dije:

–Me está dando noticias de los periódicos o de alguna mente calenturienta. No hay absolutamente nada contra nosotros, nunca lo ha habido y lo saben.

–Sí lo hay, y no le he hablado de los bancos y las cuentas donde está el dinero del difunto Gorostiola. Si me autoriza su heredera, se los doy. ¿Quiere también los nombres y apellidos de sus acompañantes en la carnicería de Otañes? Garrincha, están perdidos, no vayan por ahí.

Ignacio Cárdenas fue efectivo y lo dijo muy bien. Lucía acusó el golpe. Antes de poder responderle, el abogado tomó otra vez la palabra:

–Permítanme hacerles un planteamiento distinto, estoy autorizado para ello y les interesará. Vamos a tratar el asunto como un negocio, como una inversión; ya verán cómo nos entendemos mucho mejor. –Al ver mi cara de extrañeza, añadió–: Les puede sonar raro, pero no lo es; déjenme, se lo explico ahora.

–Lo escuchamos –dijo Lucía deseando agarrarse a cualquier cosa.

–Mis clientes tienen una serie de empresas y están interesados en conseguir inversiones. Son negocios legales, prósperos, ligados al fútbol y al deporte de alta competición; se les invitaría a entrar en el capital, convirtiéndose en accionistas. Serán minoritarios y si las sociedades van bien –y todos estamos interesados en ello–, las empresas se revalorizarán y vía dividendos rentabilizarán su inversión –dijo el abogado todo serio y convencido.

Era un farsante espectacular y nos tomaba por tontos. Salté de inmediato:

–Ignacio, a ver si lo entiendo bien. Kalinka tiene problemas económicos y quiere solucionarlos con nosotros. Esa inversión es una manera de lavar y blanquear el dinero. Si todos lo tenemos claro es mucho más sencillo. Lo tienen todo pensado, de modo que díganos el importe, es mucho mejor.

Cuando Ignacio Cárdenas oyó el nombre de Kalinka, sus cejas se arquearon un momento, pero rápidamente volvieron a su posición original; el resto lo oyó sin inmutarse.

–Yo les planteo una inversión, tómenlo así, ayudará, se lo aseguro. No perderán el dinero, tendrán acciones de buenas empresas y en su día, si quieren, podrán vender su participación. Sobre el importe no puedo concretarles una cifra. En la reunión con mis clientes será el momento de cerrarla. Si piensan en diez millones no se van a alejar mucho pero, por favor, yo no les he dicho ninguna cifra.

Ignacio Cárdenas ni confirmó ni desmintió mi referencia a Kalinka, pero su silencio solo podía interpretarse como una aceptación.

–Están todos locos. ¿Diez millones? Pero ¿en cuánto han valorado su empresa? –salté.

–Son varias y muy sólidas. Igual me confundo y es algo menos; háblenlo, négócielo y vayan con una contraoferta, es lo mejor. Lucía, la inversión se hará en el mismo sector donde trabaja su novio, tómelo como una forma de ayudarlo.

Lucía fue rápida y lo calló enseguida:

–Me quieren robar diez millones para que pueda seguir con él y me dice que es una forma de ayudarlo. Por favor, no me tome el pelo.

–Usted misma, Lucía, pero así están las cosas. Vamos a concertar una cita y allí lo negocian todo. Pero, háganme caso, son empresarios duros, y si quieren les pueden mandar muchos años a la cárcel y entonces, Lucía, olvídense de su novio. Si ustedes pagan, no lo harán, estén seguros, me consta sin lugar a dudas.

–Nos reuniremos con ellos, pero no tengo diez millones, ni aunque venda todos los inmuebles de mi padre y me cobije debajo de un puente.

–Lucía, sí los tiene, incluso le podemos dar el número de cuenta y el banco donde se encuentran.

–Cárdenas, me estoy poniendo de muy mala hostia, díganos dónde nos vemos con Kalinka – dije con evidente cabreo.

–La próxima semana en Madrid. ¿Les parece el jueves a las siete de la tarde en el *hall* del Hotel Palace?

–Allí estaremos –dijo Lucía.

–Yo no estaré, podrán hablar más tranquilos. Lucía, lleve algo rojo en el cuello o la cabeza, es para identificarles.

Nos levantamos y con una tensión palpable abandonamos el despacho. Queríamos respirar aire limpio otra vez después de este montaje infumable.

Según bajábamos le dije a Lucía:

–Los peores presagios se confirman, tienen datos muy comprometedores y pueden ser suficientes. Quieren pasta, mucha pasta.

–Tomás, son los de Kalinka, su silencio ha sido muy significativo. ¿Qué te parece lo de invertir en sus negocios?

–Lucía, lo de la inversión es solo un montaje para blanquear el dinero. Para ellos será una inversión limpia, legal, si no les sería muy difícil de justificar una cantidad tan importante. La policía y el Banco de Inglaterra vigilan y persiguen el origen del dinero especialmente en este tipo de sociedades.

–Pero es una solución mejor. Dará dividendos y más adelante podremos vender la participación, aunque perdamos algo.

–No te creas nada. La valoración de las empresas estará trucada. Lo fundamental es bajar mucho la cifra; lo otro es secundario.

Lucía se había hecho a la idea de pagar y por ese lado no necesitaba convencerla. No sé si se había dado cuenta, pero del pago también me hacían participe a mí. Tenía su lógica, aunque tampoco me parecía ahora lo más importante. Sin embargo, el cuerpo, mi instinto y mi experiencia me avisaban. Esto no iba a ser tan sencillo.

No sabía por dónde, pero presagiaba complicaciones no lejanas.

20. UN SUSTO

La conversación anterior se produjo mientras bajábamos por las escaleras del edificio de La Equitativa y en el mismo portal. En cuanto salimos a la calle, todo sucedió muy rápido.

Estábamos en la acera junto al portal y dos fornidos muchachotes nos zarandearon por sorpresa; debían de estar pegados junto a la pared de la fachada que continúa desde la puerta del portal, y mientras nos empujaban nos echaron dos mantas, una a Lucía y otra a mí, dejándonos sin visión. Con dos fuertes empujones nos tiraron al suelo y continuaron dándonos patadas. Me vi en el suelo, con la cabeza cubierta por la manta y sin tiempo para reaccionar y defenderme; pero las patadas cesaron enseguida y los agresores desaparecieron en un coche estacionado por allí.

Nos levantamos y vi a Lucía con algunas magulladuras. Se le estaba formando un chichón en la frente y el cuerpo, según me dijo, lo tenía bastante dolorido. No era nada grave, pero el aviso sí lo era, sobre todo cuando vimos desparramadas por el suelo unas octavillas. Salvo unas pocas, el resto las habían dejado todas juntas en un taco y pude recogerlas. Parecía hecho a propósito, el aviso solo era para nosotros y el contenido no podía ser más burdo; no dejaba lugar a dudas de quién lo mandaba: «Mafiosos, Génova no perdona». Este mensaje junto al portal del abogado cuya misión era transmitirnos el contenido del chantaje les retrataba sin ningún pudor.

–Tomás, tengo miedo, estos nos van a matar. Es un aviso descarado, sin ningún escrúpulo.

–Lucía, no nos van a matar. Quieren dinero, mucho dinero, solo es un montaje para amedrentarnos.

Se nos acercaron varias personas, una de ellas había avisado a la policía, pero enseguida vieron que estábamos bien y que no necesitábamos ayuda.

–Quizás ha sido una broma, muchas gracias, no se preocupen –dije para quitar hierro al asunto.

Sí nos preocupó una pareja situada justo enfrente de nosotros, en los Jardines de Albia, con pinta de ser de la pasma y de estar allí desde antes de producirse los hechos. La mujer hablaba por el teléfono móvil y parecía dar instrucciones; era curioso, habían visto todo, pero ni amago de intervenir. Nos habían visto recoger las octavillas, de eso estaba seguro, pero no dejé ninguna, se quedarían con las ganas.

Lucía estaba bastante afectada. Tenía previsto dormir en su casa, pero le daba miedo. Era un lugar apartado, un chalet inmenso y solo una interna pasaba la noche en la casa.

–Vamos al Hotel Carlton, duerme allí y mañana te vas para Madrid. Olvídate de esto y dedícate a estudiar. Hasta dentro de ocho días no tenemos la reunión con Kalinka y eso es un seguro. No te va a pasar nada.

–¿Me quedo en mi casa en Madrid?

–Claro, mujer, céntrate en los exámenes y déjame a mí este lío.

–Sí, pero el asunto está muy chungo. Esta gente quiere diez millones, ya lo has oído. Por cierto, ¿vas a llamar a Cárdenas para comentarle lo ocurrido?

–No, es lo que están esperando y no les voy a dar ese gustazo. Intentaré enterarme de quiénes han sido y luego ya veré.

–Los de enfrente, ¿eran polis?

–Probablemente. Tenían toda la pinta de ser *ertzainas*. ¿Cómo te has dado cuenta?

–Por la forma de mirarnos.

–Nos estaban siguiendo, pero creía que les había dado puerta.

–Igual vigilaban a Cárdenas.

–No sé, quizás.

Dejé las mantas en el coche, recogí la bolsa de viaje de Lucía y nos dirigimos al hotel. Allí la esperé en el vestíbulo mientras subía a su habitación y cuando bajó fuimos a tomar algo al restaurante del mismo hotel.

–Lucía, no le vamos a dar más importancia. Ha sido una forma muy burda de meternos presión, quieren acojonarnos y hacer más fácil la negociación.

–Pues conmigo lo han conseguido, me he visto en el otro barrio.

–No vamos a entrar en su juego. No nos daremos por enterados y seguiremos con nuestra estrategia.

–Pero la poli ya lo sabe.

–Ya, pero con ellos no vamos a tratar. Como te he dicho, intentaré enterarme de quiénes han sido. Aunque la orden haya venido de fuera, la preparación será local.

–Ni les he llegado a ver.

–Yo tampoco, y como no han hablado no sé ni si eran españoles. Pero el hampa en Bilbao no es tan grande, espero poder localizarles.

–Tomás, ¿no te los irás a cargar?

–No, mujer, descuida –respondí mientras una sonrisa aparecía en mi cara–. No voy a añadir más problemas pero, ya veremos, igual alguno se queda sin coche o sale con escayola del hospital. Pero va a ser cosa mía, tú ni sabes ni te vas a enterar de nada.

–Y luego la peligrosa soy yo.

–Jamás he dicho eso.

–Pero lo piensas, lo sé.

La cena fue muy ligera, ninguno de los dos tenía hambre y enseguida nos despedimos. De inmediato me fui a casa.

Aunque quería quitarle importancia delante de Lucía, estaba sorprendido. Eran métodos mafiosos, implicaban cierta organización y situaban a Kalinka bastante más allá de una empresa con problemas. Cada vez lo tenía más claro. Para aprovecharse sin ningún escrúpulo de información sensible, se tenía que tratar de una organización criminal.

Solo estando preparado y siendo más fuerte y astuto podría ganarles.

–Tomás, estaba preocupada, no sabía dónde te habías metido. ¿Hoy venía Lucía?

–Sí, la he recogido en el aeropuerto y luego hemos tenido la reunión con el abogado de los rusos.

–No te veo buena cara. ¿Sigue el chantaje?

–Sí, continúa.

Le conté la reunión tal cual, incluida mi incorporación a la extorsión, pero evité mencionar la agresión posterior. Era una preocupación innecesaria y no quería agobiarla más.

–¿Sabes?, me lo temía. No tanto que te metieran a ti directamente, pero sí todo lo demás.

–Bueno, ellos quieren cobrar. Quién pague el dinero es lo de menos. Nos mandan una señal para decirnos: no os quejéis, entre los dos no es tanto; y tú, Garrincha, puedes ir a la cárcel con más motivo.

–¿Y Lucía ha dicho algo?

–Sobre eso nada, como si no se hubiera enterado. Ella quiere pagar y lo de la inversión le parece una opción mejor.

–Qué cara tienen, son unos hijos de puta.

–Pues sí, pero habrá que soltar pasta. Saben mucho, estoy convencido.

Teresa se calló, se había situado bastante bien y la historia pintaba mal. Hizo algunas preguntas buscando confirmaciones.

–¿Con diez millones entre los dos se arregla el asunto?

–Eso dicen, pero un chantaje sabes cómo empieza, pero nunca cómo termina.

–¿Lucía tiene para pagar ella sola los diez millones?

–Sí, los tiene de sobra.

–¿Y tú para ayudarla?

–Lo tengo; pero de esta debemos salir bien para siempre, no para unos meses. Reunir el dinero no es el problema; además, esa cantidad se podrá bajar.

–Tomás, hazme caso, pagad, no busquéis atajos y olvidémonos de todo para siempre. Aunque nos quedemos sin un duro, viviremos de la tienda. Como sueles decir, distingamos entre lo fundamental y lo accesorio; y aquí lo accesorio es el dinero.

–Estoy bastante de acuerdo contigo, Lucía también está en esa onda, pero es muy importante no tenerlos encima toda nuestra vida. Los negocios les pueden seguir yendo mal y querer tenernos como un banco, pero sin la obligación de devolver el dinero.

Cuando acabé este comentario, sonó mi teléfono móvil. Era Aguirre devolviéndome la llamada.

–Tomás, no he podido cogerte el teléfono antes.

–Sí, tenía una reunión con tu colega y era por si ya te habían comentado algo.

–Tengo algo, confirma nuestras primeras impresiones. Kalinka y el fondo de inversión tienen serios problemas económicos; un club de fútbol adquirido la temporada pasada ha descendido a segunda división y sus jugadores en otros clubes no están funcionando como pensaban.

–¿Y Eduardo?

–Con Eduardo bien, ahora es la joya de la corona, pero con él no basta. Están muy endeudados y con vencimientos importantes a corto plazo; si no los atienden, pueden acabar en bancarrota. En Inglaterra la legislación concursal es muy estricta y rigurosa.

–Una pregunta, bueno, dos. ¿Si atienden los pagos urgentes el negocio es viable? ¿En cuánto dinero pueden estar valoradas sus empresas?

–Con los pagos a corto y medio plazo, con vencimientos este año, pueden tirar una buena temporada. Estará bastante saneada, pero te lo confirmaré en el informe con datos. Y sobre el valor de las sociedades, no lo sé, deberíamos hacer una auditoría y una valoración completa; no es sencillo.

–Arriégate: resta deudas a los activos y valora el negocio futuro.

–No lo sé, pero el apalancamiento es muy grande, todos sus activos tienen su correspondiente deuda y su negocio futuro va a depender, en primer lugar, de poder pagar y, luego, de que el Est Ham suba a primera.

–¿Cuánto? Pon una cifra.

–Dos o tres millones, como mucho. Es más, alguno en el sector no lo cogería ni regalado.

–Entendido, meter dinero en Kalinka es un mal negocio.

–Ni lo dudes.

–Vale, me mandas el informe cuando lo tengas y la factura, no la olvides.

–Descuida, tendrás un avance esta semana.

Teresa oyó la conversación y se hizo una idea bastante cercana a la realidad.

–Deudas por todos los lados y necesitan urgentemente dinero –comentó.

–Me falta saber si con estos pagos el negocio tiene futuro.

–Tomás, a mí el futuro de sus negocios me da igual, solo quiero saber cuánto cuesta ser libres y, aunque sea mucho, pagarlo. Yo te quiero a ti cerca el resto de mis días y el dinero es muy secundario, ya nos arreglaremos. Y no olvides que si estamos así es por Lucía y ella está forrada.

–Estoy de acuerdo, pero fíate de mí. Estas negociaciones las voy a llevar yo y Lucía está por la labor; por pagar no va a quedar.

Antes de acostarme puse en marcha toda la parafernalia para comunicarme con el Francés. Esta vez tardó cerca de una hora, pero llamó.

–Camarada, ¿se han complicado las cosas? He venido hasta el Ithurria para llamarte.

–Nos han dado un aviso. Ha sido desagradable, pero sin más consecuencias.

Le conté la reunión con el abogado, sus propuestas y la agresión sufrida cuando estábamos en la calle.

–¡Ya son cutres! Asustando como si fueran el cobrador del frac, con el *show* de las octavillas incluido. Créeme, ahí no hay nivel, pura gentuza.

–Ya, pero saben mucho, nos pueden enmierdar y poner entre rejas muchos años, a nosotros y a todos los participantes.

–Alguien se ha chivado y estoy en ello. Vamos a averiguarlo y vamos a saber quién ha sido, tenlo por seguro.

–Otra cosa, mira a ver si puedes enterarte de quiénes nos han dado el susto esta tarde. No quiero bromas. Tendrán una respuesta, será proporcional, pero la tendrán.

–Me meto con ello. Salvo lo de jóvenes y fuertes, ¿no tienes ningún dato más, ni siquiera si son españoles?

–Ninguno. Eran tres, dos nos atacaron y el tercero en el coche.

–Vamos a ver: en cuanto sepa algo, te llamo.

Nos despedimos y derrengado me metí en la cama. La luna brillaba tanto que no me dejaba dormir, y solo el cansancio y la ayuda de un Valium pudieron conseguirlo.

21. LA ERTZAINZA PILLA LA REUNIÓN Y SE ANIMA

Los *ertzainas* Lerele y Ongi Etorri entraron como un vendaval en el despacho de la inspectora Sara Cohen. Eran las ocho y media de la tarde y no se acordaron de llamar a la puerta.

Sara se levantó y les dijo:

–Sentaos, por favor, os va a dar un mal. Venga, soltadlo. Lucía y Garrincha, me imagino.

–Sí, creíamos que ya no te encontrábamos y hemos venido a toda velocidad. Hemos sido testigos de una agresión a Lucía y Garrincha –dijo Lerele.

–¡Uy! Me gusta. Voy a llamar a Fabretti y nos lo contáis todo.

Sara descolgó el teléfono fijo y le avisó. En dos minutos entraba por la puerta con cara de sorpresa. Los cuatro se sentaron en torno a la mesa de reuniones y Sara les dio la palabra.

–Ya sabéis, estábamos siguiendo a Garrincha. Pues bien, hoy, después de comer, ha salido en

dirección al aeropuerto de Loiu y allí Ongi Etorri ha comprobado que esperaba la llegada de Lucía. Yo me he quedado fuera con el coche en doble fila.

–Desde lejos he visto cómo Garrincha se situaba junto a la cristalera de llegadas –dijo Ongi Etorri–. Se saludaron y sin más se metieron en el coche de él.

–Entiendo: Lucía sola y Garrincha también –preguntó Sara.

–Sí, estaban los dos solos. Los seguimos hasta el *parking* del Conde de Aresti y de allí fueron al Starbucks del Corte Inglés –dijo Ongi Etorri.

–Nos situamos en una terraza de la calle Ledesma y no apreciamos nada de particular. Tenían pinta de estar haciendo tiempo –dijo Lerele.

–Cuando salieron se dirigieron por la Gran Vía hasta la plaza de España y allí entraron en la Estación del Norte. Les perdimos. Probablemente atravesaron la estación por donde salen los trenes y desde allí bajaron a la calle Bailén y Bilbao La Vieja. Nos habían dado puerta a propósito. Pensamos en Ignacio Cárdenas, el abogado, y acertamos, tenían una reunión con él –dijo Ongi Etorri.

–Ignacio Cárdenas pasa muchas horas en el despacho y lo tenemos bastante controlado. Eran las siete de la tarde cuando apareció la pareja. Desde un banco de los Jardines de Albia los vimos perfectamente. La reunión podía ser importante porque Lucía, a pesar de estar en Madrid, había venido –concluyó Lerele.

–Esto seguro, buen trabajo –apuntó Fabretti.

–Seguimos; ahora viene lo más interesante. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, volvieron a aparecer en el portal. Explícalo tú, Lerele, que lo viste mejor.

–Salieron Lucía y Garrincha del portal y se pararon un momento, mientras hablaban entre ellos. En ese momento dos hombres jóvenes con aspecto fornido, que estaban esperando en la acera, les echaron una manta a cada uno y los tiraron al suelo, mientras les daban patadas. En menos de un minuto estaban saltando a un coche aparcado allí mismo.

–¿Visteis la matrícula?

–Sí, la tenemos, aunque será trucada. Pero hay algo más importante: en el momento de tirarlos al suelo, dejaron caer unas octavillas, teniendo cuidado de no esparcirlas demasiado. Debía de ser un mensaje para ellos, para acojonarles. Garrincha, en cuanto se dio cuenta, las recogió todas –dijo Lerele.

–Vaya, ya me hubiera gustado conocer su contenido –comentó Fabretti.

–Nos acercamos, pero no quedaba ninguna. Probablemente la acción estaba preparada para hacer creíble las amenazas; todo fue muy rápido. A nosotros nos cogió por sorpresa y no nos dio tiempo de detenerlos –remató Ongi Etorri.

–Nuestro coche no estaba allí y no hubiera servido de nada intentar seguirlos –abundó Lerele.

Sara tenía el semblante serio y daba mucha importancia a lo que estaba escuchando. No le parecía relevante detener a los agresores y cuando habló parecía tener las ideas muy claras.

–Lo importante es interpretar bien los hechos de estos días. Primero tenemos la reunión del sábado pasado en el Hotel Ercilla de Garrincha con el abogado Cárdenas. Hoy se produce una reunión con el abogado y también está presente Lucía.

»No es difícil sacar conclusiones; están negociando y los protagonistas son Kalinka, Eduardo, el futbolista, y ellos dos. Y esa negociación tiene como premisa la amenaza de Kalinka a largar a cambio de dinero, probablemente de mucho dinero –expuso Sara.

–Pero la agresión, ¿cómo se explica? No tiene sentido. Si estás negociando, incluso si has comenzado un chantaje, no ejerces violencia sobre tus interlocutores, y menos a la salida del despacho donde han estado reunidos –dijo Fabretti.

–Bueno, si nos fijamos no es un acto violento, es más un acto para acojonar; ni un rasguño. Unas mantas, al suelo, unas patadas y las octavillas. Es así, ¿verdad? –dijo Sara.

–Sí, no hubo daños. Se levantaron tan tranquilos y, dato curioso, no subieron donde el abogado ni lo llamaron por el interfono –dijo Lerele.

–Igual no sabía nada. Ya conocéis mi opinión sobre los abogados, pero no le veo prestándose a algo así –apuntó Sara, que no tenía necesidad de aclarar esa opinión.

–Es un acto para amedrentar. Garrincha está acostumbrado a estas cosas, para él habrá sido una niñería, pero a Lucía la habrán dejado temblando –concluyó Fabretti.

–Si os parece, comprobad ahora la matrícula y echad un vistazo a nuestros álbumes, por si reconocéis a algún fichado –dijo Sara.

–Ahora nos ponemos. ¿Continuamos con la vigilancia? –preguntó Ongi Etorri.

–Sí, y también con Cárdenas. Aunque los de Kalinka están en Londres, igual tienen gente aquí –dijo Sara–. Garrincha puede querer responder a la agresión, debemos estar muy encima de él, aunque se dé cuenta.

Cuando se fueron, Sara y Fabretti se quedaron un rato pensativos, sin decir nada. Finalmente, Miguel tomó la palabra:

–Sara, por un lado, estoy contento. Esto se anima y quién sabe si, al final, nuestra frustración de hace tres años la podemos resolver ahora...

–Pero...

–Conociendo a Garrincha esto no se va a quedar así, nunca va a aceptar el chantaje y la tocada de cojones de hace un rato.

–Estaba pensando lo mismo. Esto no se acaba con un pago más o menos generoso; Garrincha tiene mucha gente a su lado y le debe favores. No sé cómo serán los de Kalinka, pero si están tranquilos son unos insensatos –concluyó Sara.

–No sabemos si los rusos tienen mucha información, pero solo puede provenir de gente cercana a Gorostiola, a Garrincha y a los participantes en la matanza de Otañes.

–Estoy de acuerdo, Miguel, esto no viene de Londres ni de Moscú.

–Alguien de aquí los está traicionando, quizás las pruebas que no conseguimos nosotros las tienen ahora los rusos.

–Ya, pero lo estarán investigando y, cuando lo descubran, se vengarán –apuntó Sara cada vez más enérgica.

–¿Y nosotros a verlas venir?

–No podemos vigilar a toda el hampa bilbaína. Si se matan entre ellos, nos enteraremos –concluyó Sara.

–La autoría no será difícil de asignar a una de las partes.

–Esta vez Garrincha no tirará de gatillo, se lo encargará a algún esbirro suyo –continuó Sara con cara de estar animada.

–En todo caso, lo sabremos.

–Sí, pero otra cosa va a ser pillarlo. El cabrón es muy bueno y ya lo estoy viendo escaqueándose tranquilamente. Estoy pensando en algo, igual puede funcionar –dijo Sara.

–Dímelo, esa sonrisa solo puede presagiar una buena idea –contestó Fabretti.

–Se me acaba de ocurrir. Necesitamos a alguien cerca de Lucía para husmear y pasarnos información, sobre todo de aquella a la que nunca vamos a llegar con nuestros medios.

–¿En quién estás pensando?

–En María Ucelay –dijo Sara.

–¡Hostias! Sería un puntazo. Si quiere puede acercarse sin ningún problema a Lucía, es la

abuela de su novio y vive en su casa. Ucelay sabe de esto y, además, puede dar el pego. Me gusta la idea –concluyó Fabretti.

–Debemos plantearle la colaboración como una forma de proteger a su nieto, sin asustarla demasiado. Su nieto está en peligro, queremos ayudarlo y puede fiarse de nosotros. Le daremos algún dato de lo ocurrido hace tres años y ella descubrirá más cosas; es una mujer inteligente.

Sara continuó un rato en silencio, los acontecimientos relativos a Lucía y Garrincha se producían con mucha rapidez y no iban a parar. Hasta ahora habían estado expectantes, sin tomar la iniciativa. Pero este caso volvería a ser la *estrella* de la brigada y lo demás quedaría aparcado.

Fabretti la miraba y conocía sus pensamientos. No se dijeron nada, pero salieron juntos y convencidos de la comisaría.

22. JUEVES 25 DE MAYO EN STAMFORD BRIDGE, EN EL PALCO DEL CHELSEA

Ese jueves a las ocho de la tarde jugaba el Chelsea en su estadio de Stamford Bridge. Tania vivía en el barrio londinense que daba el nombre al equipo y como fiel seguidora solía ir a verlo. El Chelsea se enfrentaba a un equipo galés, el Swansea City, en teoría un rival fácil, y había sido invitada con sus colegas al palco por el vicepresidente del club.

Tania quería aprovechar bien la invitación. Raimundo Potente, antiguo delantero centro del Athletic, la Juventus y el Sevilla estaba realizando una buena campaña en el Swansea, y el Chelsea y otros equipos de primer nivel estaban interesados en contratarle. Aunque Kalinka no tenía sus derechos, estaba decidida a intermediar en una operación complicada y a varias bandas, con la vista puesta en colocarlo dentro de un par de años en el mercado chino. La operación podía salir y era muy golosa. Pensaba aprovechar la invitación para hablar con las partes afectadas y el palco era un lugar idóneo; además del vicepresidente del Chelsea estaría el presidente, dueño del club, compatriota y amigo suyo.

En la entrada al estadio la esperaba una azafata que la acompañó al ascensor y desde allí al antepalco. Aunque había estado varias veces, el protocolo para recibir a los invitados se mantenía igual, y Tania recibió las explicaciones de la joven con una sonrisa. Aún eran las seis y media de la tarde y como solía ser habitual se aprovechaba para comer o cenar según la hora del partido. El salón del palco era muy amplio y allí, en diferentes mesas y sofás, se acomodaba el personal según iba llegando; un excelente bufé de marisco –incluidas unas impresionantes langostas–, salmón ahumado, rosbif y ensaladas estaba preparado en dos mesas a donde te acercabas para servirte y luego degustar a comodidad. Los camareros servían Moët Chandón en unas copas muy frías y, por supuesto, cualquier otra bebida o combinado a gusto del invitado.

Cuando entró Tania estaba todavía poco concurrido, pero ya se encontraba allí el presidente del Swansea, que se dirigió directamente a saludarla mientras le alcanzaba una copa de champán recogida de una bandeja llevada por un amable camarero.

–Tania, mujer, estás muy guapa. Siempre me digo lo mismo, contigo es un placer hacer negocios. Tu dureza en la negociación la salvas con tus encantos. Ya sabes, los hombres somos muy tontos y siempre nos ganas.

–Patrick, eres un camelador, no lo disimules. No creas, me halagan tus palabras, pero ganarte a ti negociando es más difícil que a Mourinho; con eso te digo todo.

–Por favor, Tania, solo con mirar tus ojos y tu culo me dejas sin argumentos.

–Venga, los del Chelsea están al caer, ¿habéis pensado algo?

–Por nuestra parte, adelante con la operación. Pero Potente hoy es nuestra estrella y últimamente se ha revalorizado mucho. Recuerda, mantenernos en primera es decisivo para nosotros.

–¿Cuánto?

–Estamos pensando en cincuenta millones de libras.

–¿Estáis locos? Esa cifra no la puedo ni plantear.

–Están el City y el United detrás, no lo olvides.

–Da igual, tampoco van a pagar eso ni una cifra parecida. Ya conoces su edad; un par de años y preparando las maletas para China.

–Bueno, para malvenderlo nos lo quedamos; mantenernos en primera es muy importante y Potente va a ayudar mucho.

–¿Qué piensa él? El Chelsea le pagaría muy bien –preguntó Tania.

–Está claro. Ir a un equipo grande le hace feliz, pero ya sabes que la decisión es nuestra, tiene contrato en vigor. En nuestro país, gracias a Dios, las cláusulas de rescisión no funcionan como en España.

–Ya lo sé, pero si se queda os va a pedir mucha más tela.

–Lo tenemos previsto, negociaremos algo al alza.

–Patrick, puedo conseguir treinta millones, más es muy difícil, te lo digo en serio –dijo Tania con energía y convencimiento.

–Treinta es muy poco, podríamos bajar de cincuenta, pero nunca a treinta ni a treinta y cinco.

Con esta contestación, Tania ya tenía una cifra de referencia; en treinta y siete o treinta y ocho estaba hecho pero, aun así, era una cantidad muy alta.

–Si puedo te digo algo luego y, si no, en los próximos días.

–De acuerdo, pero daos prisa, queremos empezar pronto con los descartes y los fichajes, y tener despejado lo de Potente es prioritario.

–Otra cosa, nuestros honorarios como siempre y, además, vamos a poner como condición al Chelsea que sobre el siguiente traspaso mantengamos los derechos. Estamos pensando en el mercado chino o similar.

–Como comprenderás, por nuestra parte no vas a tener ningún problema.

–Ya, pero al Chelsea se lo pondremos como condición.

–Mira, Tania, vienen tus amigos. Te dejo, luego hablamos. Si ganamos al Chelsea te invito a bailar.

–Hecho, hoy no ganáis ni comprando al árbitro.

–Me conformo con ver a Potente marcar un gol.

–En eso estoy de acuerdo contigo.

Alex y Vladimir se acercaron y saludaron también a Patrick. Habían dado las siete y el ambiente cada vez era mayor. Las mesas se fueron ocupando y cada uno empezaba a cenar a su conveniencia. Algunas novias y mujeres de futbolistas estaban haciendo acto de presencia y, además del revuelo provocado de forma natural, Alex y Vladimir se quedaron como asustados mirando a alguna de ellas. Muy profesionales saludaban a todos, directivos de uno u otro equipo, políticos, empresarios e invitados en general. Entre ellas charlaban amigablemente, como si sus parejas fueran todos del mismo equipo. Tania conocía a dos de ellas, emparejadas con dos

jugadores del Chelsea, quienes después de besar en las mejillas a Alex y Vladimir les dejaron sin habla. Eran muy guapas y Tania sonreía divertida por el espectáculo formado a su alrededor. Las únicas que no parecían darse cuenta eran las propias WAG (*Wives and Girlfriends*).

Los tres de Kalinka se situaron en una esquina del gran salón, cerca de la entrada al palco. Alex traía noticias de Bilbao y enseguida tomó la palabra:

–Según Ignacio, mejor imposible. Me ha reproducido la conversación y este abogado, además de un buen actor, es un hombre muy convincente. Los mensajes fueron calando y, aunque se indignaron y protestaron, pagarán y lo saben.

»Los diez millones fueron lo suficientemente rompedores; con una rebaja significativa lo verán como una liberación. Respecto a la inversión en nuestras empresas, a Lucía le encajaba y le gustaba la idea y Garrincha, más astuto, lo relacionó con el lavado de dinero, pero acabará aceptándolo.

–Alex, cuando Ignacio les ha relatado las pruebas incriminatorias, ¿cómo han reaccionado? Deben saberlo: les podemos hundir y estamos dispuestos a hacerlo.

–Esa parte de la conversación fue definitiva. Cuando les dio los nombres de los fiambres y amenazó con facilitar las cuentas donde se encuentra el dinero de Gorostiola padre y la relación de todos los participantes en la matanza de Otañes, el impacto fue espectacular, aunque Garrincha saliera por peteneras.

–Y el susto, Vladimir, ¿cómo ha ido? –preguntó Tania.

–Salió bien. Rápido, eficaz y sin daños. Las octavillas solo las vieron ellos, tal como estaba pensado; Cárdenas no lo sabía y sigue sin saberlo. La verdad, nos lo podíamos haber evitado pero, bueno, así sabrán que estamos dispuestos a todo y con una estructura para pasar a la acción –dijo Vladimir.

–Vamos a olvidarlo y si nos preguntan nos mostraremos sorprendidos, no sabemos nada. No nos creerán, pero evitaremos más líos –respondió Tania.

–¿Os cuento lo otro? –preguntó Vladimir.

–Adelante. Os recuerdo que de esto Cárdenas no sabe nada, y Garrincha y Lucía tampoco. Será una gran sorpresa para ellos: el importe de la inversión puede bajar sustancialmente si dejan entrar a personas de nuestra confianza en el negocio de los narcóticos.

»Empezarán ofendiéndose, pero cuando vean una bajada de diez a cinco o cuatro millones, dos para cada uno, les va a parecer un chollo. Además, a ellos no les va a costar nada. Estar en ese negocio con la policía detrás y las ganas de pillarlos sería suicida. No veo a Garrincha dejando a Lucía enmierarse en eso –concluyó Tania.

Vladimir tomó la palabra y comentó:

–Nuestro hombre, Nicolai, es un compatriota de San Petersburgo, instalado desde hace cinco años en Madrid. Ha participado de forma activa y a nivel de dirección en una organización compuesta por rusos e italianos con la base de operaciones en España, dedicada a traer coca desde Perú y pastillas desde Ámsterdam. Desde Madrid la mitad la distribuían en España y la otra mitad iba a parar a Italia y Rusia.

»Rompió hace ocho meses con la organización, al querer esta ampliar el negocio a la heroína turca y al tráfico de armas. Nicolai lo consideraba un riesgo mucho mayor e innecesario. La heroína tiene unos canales de distribución y de demanda muy distintos a las otras drogas, y mezclarlo con el tráfico de armas te lleva a relacionarte con muchos expolicías y exmilitares a los que, al final, no les gusta lo de las drogas y acaban delatándote.

–Vladimir, tú lo conoces, ¿es competente y de fiar? –preguntó Alex.

–Sí, ambas cosas. Conoce muy bien el negocio, es un hombre preparado, ingeniero industrial,

y aunque es conocido por la policía no está demasiado quemado. Trabajar para nosotros y de forma independiente le va a gustar. Es de fiar y, además, muy discreto.

–¿Le has comentado algo? –preguntó Tania.

–Sí, se lo he adelantado y está encantado. Conoce algo a Aitor y a sus suministradores gallegos y colombianos; puede funcionar bien. Nicolai tiene un par de ideas complementarias. Una, entrar en Madrid; tiene buenos contactos y en un par de meses podría levantar una organización limpia con una buena distribución y cerca de veinte puntos de venta. La otra, dar entrada a un suministrador peruano de confianza, con buen material y a buenos precios –concluyó Vladimir.

–Una cosa quiero dejar clara desde ahora. Nosotros no vamos a saber nada de este negocio, pero no solo en teoría, sino en la práctica también. Estando ya en funcionamiento, Nicolai hará unos ingresos regulares en una empresa pantalla *offshore* en las Islas del Canal. El dinero pasará por un circuito seguro hasta llegar a Kalinka, sin ninguna relación con las empresas ni con nosotros –dijo Tania.

–Nuestros abogados se encargarán de ello y cuanto menos sepamos mejor –dijo Alex.

–El bufete principal no, tienen una segunda marca para estas operaciones, pero nuestro contacto será el socio habitual –puntualizó Tania.

–Me ha preguntado la participación y le he hablado del 30%, ¿correcto? –preguntó Vladimir.

–Sí, estamos pensando en un 30%, pero puede variar en función de su inversión en nuestras empresas.

–La negociación la llevará Nicolai y lo que él acuerde estará bien. Luego, Vladimir, cierras con él nuestro reparto interno –apuntó Tania.

–Lo lógico es el 50% para él y el otro 50% para Kalinka –dijo Vladimir.

–Te veo muy legal. Solo quiero dejar una cosa clara; si hay problemas con la policía, los jueces o las autoridades, se come él solito el marrón, para eso se lleva la mitad –sentenció Tania.

–Está claro, si lo pillan la pena va a ser la misma si está solo o con nosotros, y él lo sabe. Se va a hacer millonario y eso exige estar dispuesto a pagarlo –contestó Vladimir.

–Bravo, Vladimir –terminó Alex sin poder aguantar un amago de carcajada.

El partido iba a comenzar en unos minutos y Tania accedió al palco principal, situándose en una de las primeras filas, entre varios directivos del Chelsea y detrás del presidente. Lo saludó efusivamente y se demoró en hablar con él unos minutos. Le preguntó por su familia; se conocían de Moscú y el padre de Tania había tenido bastante trato con él, cuando ambos todavía pertenecían a la Nomenklatura y tenían cargos políticos. Se quejó de sus problemas con el gobierno ruso, y comentaron varios episodios recientes de la vida moscovita. De fútbol y de negocios no hablaron nada; el presidente no lo sacó y Tania sabía ser prudente.

Alex y Vladimir se quedaron en el antepalco tomando tranquilamente una copa, sin importarles demasiado el devenir del partido. Al cabo de un rato entraron y se sentaron discretamente en la parte de atrás, desde donde veían perfectamente en el palco contiguo a las novias y los familiares de los jugadores. Por supuesto, apenas atendieron al terreno de juego y estuvieron mucho más pendientes de ellas. El partido no estuvo mal, hubo goles y, como establece una norma no escrita en todos los equipos serios, no fueron celebrados por ninguno de los asistentes al palco principal. Todos aguantaban callados sin dar gusto al cuerpo, dependiendo de quién hubiera marcado; para celebraciones ya estaban las gradas.

Terminó con un 3-1 y el único gol visitante lo marcó Potente de un cabezazo espléndido, culminando un buen partido. Tania estaba encantada y aprovechó su privilegiada ubicación entre los directivos del Chelsea para intentar colocarlo. Cuando el vicepresidente del Chelsea oyó la

cifra de cincuenta millones, soltó una carcajada.

–Tania, por favor, ¿Patrick nos toma por gilipollas, no sabe su edad?

–Charly, su forma es excelente y te recuerdo que el United y el City están detrás de él.

–Pues si pagan cincuenta millones se lo pueden llevar; pero no los van a pagar, lo sabes perfectamente. Quizás en el mercado chino y, aun así, lo dudo.

–Charly, hazme una oferta de cuarenta millones y veré lo que puedo hacer, por mi parte intentaré cerrarlo.

–Te voy a hablar claro. Ofrécele veinticinco millones; quizás, si me autoriza el presidente, podría subir a treinta, pero no está claro, díselo así.

–Lo veo difícil, aunque lo intentaré. Una cosa, nuestros honorarios los conocéis y se pagarán a medias entre el Chelsea y el Swansea pero, además, nosotros queremos tener sus derechos para poderlo traspasar cuando acabe el contrato o cuando os interese a ambos.

–Al mercado chino, me imagino. De acuerdo, pero entonces vuestros honorarios se los cobráis a los chinos y a Potente.

–Me parece bien. Si sale la operación, lo ponemos por escrito.

–Háblalo antes con el jugador. Si da la conformidad, ningún problema.

–La dará. Le podemos buscar el contrato de su vida en China pero, claro, si triunfa en el Chelsea –terminó con ironía Tania.

–¡Je! ¡Je! Eso será lo más fácil.

Hubo varios contactos, una reunión con el presidente del Swansea, otra con el presidente y el vicepresidente del Chelsea, y finalizado el partido, no había pasado ni media hora, ambas partes firmaban un preacuerdo en treinta y dos millones de libras. En cuarenta y ocho horas los abogados prepararían toda la documentación, pero la noticia ya había saltado y las redes sociales se hacían eco de ellas. Raimundo Potente se enteró cuando todavía estaba en el vestuario y su sonrisa de satisfacción pudo captarse por las televisiones al ir a tomar el autobús; pero no quiso hacer declaraciones ni confirmar la noticia.

Tania, Vladimir y Alex celebraron el cierre de la operación, su suerte había cambiado de signo. El traspaso del jugador español ponía a Kalinka otra vez en el centro de las empresas más importantes en el mundo del fútbol y era una inversión publicitaria de primer orden.

23. VIERNES 26 DE MAYO UN SEAT LEÓN DE COLOR AMARILLO

Tuve un par de días tranquilos y, además de en tirar la caña, me entretuve dando largos paseos por Abandoibarra y subiendo al monte Pagasarri.

El mismo viernes por la mañana dejé el coche junto al restaurante «Mendipe», en las faldas del monte, y desde allí, a buen ritmo, lo subí en menos de una hora. El día era bueno y estaba despejado. Arriba del todo, desde la explanada, se veían perfectamente el Amboto, el Gorbea y otros montes de la geografía vizcaína. Me acordaba de hace años, cuando subía con mis amigos los domingos y desde lo alto del Pagasarri, bordeando el monte Ganekogorta, llegábamos hasta la ermita de Santa Lucía y desde allí bajábamos a Llodio, donde bailábamos en la plaza del pueblo

hasta la noche, cuando cogíamos el *pulman* de Madrid con destino Bilbao y regresábamos a casa.

En aquellos tiempos todavía era estudiante y mi vida transcurría bastante plácida; todo esto del delito llegó pocos después. En lo alto del Pagasarri estuve un buen rato; la temperatura era agradable y el sol, aunque no tenía fuerza, te permitía estar tumbado sin destemplarte por la humedad; la hierba donde descansaba tenía el color de los helechos después de una helada, pero con una temperatura agradable.

No podía dejar de darles vueltas a todos los acontecimientos de los últimos días y esperaba con ganas la reunión del jueves en Madrid con los de Kalinka. ¿Cómo serían? En esto de la conspiración no me ganarían, pero probablemente era gente dura en el mundo de los negocios y capaz de trasladar sus métodos a sus actividades paralegales.

Seguía sin noticias de mi colega francés. Tenía dos encargos: averiguar quién había sido el chivato de Kalinka y conocer la identidad de quienes nos agredieron a Lucía y a mí. Justo cuando llegué a casa ese viernes a la hora del almuerzo, me entró un mensaje privado en mi cuenta de Twitter. Eso significaba su llamada en menos de una hora. Saqué mi otro teléfono móvil y estuve esperando ansioso hasta oír su sonido inconfundible.

–¡Camarada! ¿Todo bien?

–Haciendo vida sana y tirando.

–Qué asco, estoy hasta los huevos de la vida sana.

–Siempre te digo lo mismo, vente para acá, no te vas a aburrir.

–Bueno, ya he empezado a hacer los deberes.

–Cuéntame, te escucho.

–Sobre el chivatazo tengo alguna pista, pero aún está sin confirmar. En unos días podré darte un nombre con un nivel de probabilidad muy alto.

–Perfecto. Si es antes del jueves de la próxima semana, mejor.

–Lo intentaré. De lo otro, tengo el nombre de dos de los tres niños.

–Eso es rapidez, muy bien, te felicito.

–Son dos pringados, porteros de discoteca que mueven *speed* y farlopa allí donde trabajan. Ahora están en una discoteca en Zorrozaurre, son jóvenes, no más de treinta años, y de Bilbao.

–Vaya, la discoteca está enfrente de mi casa, cruzando la ría me encuentro con ella. ¿Tienes los nombres y la forma de localizarlos?

–Sí, toma nota.

–No hace falta. Por cierto, ¿sabes quién los ha contratado?

–Un ruso instalado en Madrid, un tal Nicolai.

–Ya son chungos. Kalinka dejando pistas a la primera de cambio.

–Que son chungos ya lo sé. Bueno, tú me dirás...

–A Nicolai, por ahora, nada. Pero a los dos muchachotes, centraos en el coche si lo tienen.

–Le prenderemos fuego.

–Perfecto, y a ellos algo intermedio. A uno le podéis partir un brazo y al otro una pierna. Pero no os paséis, no quiero problemas.

–Está claro, no se hable más. A mi cuenta, majo.

–*Agur*, Jon, cuídate y muchas gracias; cuando sepas algo de lo otro, avísame, eso sí es importante.

–Descuida, tendrás noticias pronto. Lo de estos principiantes lo haremos este fin de semana.

–*Merci beaucoup*.

–*À votre santé*.

Me quedé más tranquilo. El Francés era muy efectivo y los de Kalinka recibirían un aviso

antes del jueves. Y sobre el chivatazo debía tener una buena pista, probablemente tendría el nombre, pero querría asegurarse. Sus contactos con el hampa y los favores debidos le abrían muchas puertas.

Muchos pensamientos se agolpaban en mi cabeza, y necesitaba evadirme de ellos. Me veía como si estuviera jugando una partida de ajedrez, previendo jugadas y respuestas. Tal como estaban las cosas, el acuerdo con Kalinka era fundamental; no podíamos asumir el riesgo de la ruptura, aunque el pacto implicara pagar mucho dinero. Pero mi preocupación mayor no era tanto la cantidad –los diez millones eran un farol y ese importe se podría rebajar sustancialmente–, sino seguir atados a ellos, a sus vaivenes en los negocios y a sus caprichos toda la vida. Y eso no era tan fácil solucionarlo. Podíamos cargarnos a todos, pero el riesgo de tener a toda la policía europea detrás de nosotros era real. Kalinka y sus socios eran personas muy respetables, con amplios apoyos en las élites del mundo del fútbol y de la política. No les sería difícil dar con nosotros. Sin esa solución traumática, solo quedaba la opción de tenerles pillados en algo gordo. Una especie de contrachantaje, algo que puesto en manos de la policía o la justicia les hundiera a ellos también. Pero su chantaje no valía; ellos negarían el blanqueo del dinero y lo presentarían como una inversión nada sospechosa. La propuesta de invertir en sus empresas no era mala idea y aunque destapáramos la extorsión, ello implicaba autodenunciarnos, y la gravedad de nuestros delitos no era comparable con haber aceptado una inversión de dinero negro.

Me tumbé en el sofá y continué con la novela de Dennis Lehane sobre la mafia en Florida. Joe Coughlin, el mafioso retirado, seguía deleitándome y conseguía verme reflejado en muchas cosas de él.

Domingo 28 de mayo

Mi colega francés se debió de dar prisa, porque en la madrugada del sábado al domingo sucedieron los hechos. Una alerta en mi cuenta de Twitter me puso sobre aviso y esa misma tarde en las ediciones digitales de los periódicos locales daban cuenta de una rara historia:

«Extraño suceso esta noche en Zorrozaurre. Cuando cerró la conocida discoteca Bang, ubicada en un pabellón junto a la antigua fábrica de cadenas Vicinay, dos porteros de la discoteca fueron atacados cuando se disponían a subir al automóvil de uno de ellos, un Seat León de color amarillo. A punta de pistola los trasladaron en su propio coche hasta el monte Artxanda y allí, en la zona del club de golf y el Vivero, los sacaron y fueron golpeados con una estaca de madera; seguidamente prendieron fuego al coche. Uno de los porteros sufrió la rotura de su pierna izquierda y el otro del brazo derecho; las lesiones no revisten gravedad. Los jóvenes no han querido hacer declaraciones y la Ertzaintza investiga el delito pensando en un ajuste de cuentas. La gerencia de la discoteca ha mostrado su extrañeza y ha manifestado que, en todo caso, es un hecho ajeno totalmente a su negocio».

Sonreí, la acción había salido perfecta. Una represalia proporcionada y un buen aviso a los de Kalinka. Cuando leí lo del Seat León de color amarillo me reí y reconozco que me animó el día; pobre gente. Llamé a Lucía y le conté la noticia como si fuera una curiosidad divertida; Lucía no se pudo callar y me piropeó:

- Ay, Garrincha, qué haría yo sin ti. Cómo me gustaría convencerte un poco más.
- Todo se andará, ya estamos avanzando.
- Te haré caso, ya lo sabes.

–Eso está bien.

–Un beso enorme, Tomás. El jueves nos vemos; podemos comer juntos antes de la reunión.

–Me parece bien. Te diré cuándo llego, no sé todavía cómo voy a ir.

Tania recibió la llamada el mismo domingo al mediodía cuando se preparaba en su casa para salir a comer con una amiga, con la que había quedado en la zona del Covent Garden. Vio el nombre de Vladimir en la pantalla de su teléfono móvil.

–Dime, Vladimir, ¿pasa algo?

–Me acaba de llamar mi amigo de Madrid. Le acaban de informar de una noticia curiosa.

Tania se empezó a preocupar y, desde luego, no pensaba en aquel incidente desafortunado.

–Cuéntame, te escucho.

–En los periódicos digitales de Bilbao y también en la televisión vasca han informado de un incidente preocupante esta madrugada, al cierre de una discoteca. Se han llevado a punta de pistola a dos de sus porteros, en su propio coche, a un monte cercano, y allí les han dado una paliza y han quemado su automóvil.

–¡Puf! No me gusta nada. ¿Hay lesiones?

–Nada grave, uno la rotura de un brazo y el otro de una pierna.

–El aviso es claro y han sido rápidos. Tienen medios y conocen bien su zona de actuación; la pifia es nuestra y esto no va a ayudar.

–Está claro, no podemos subestimarlos. Tania, nosotros no sabemos nada; si osan decirnos algo, vosotros os indignáis.

–Por supuesto, pero si no hubiera ocurrido, mejor.

–Sí, pero ya es tarde. Debemos aprender; estamos tratando con gente experimentada, con capacidad de destrucción si se lo propone, muy profesional –apuntó Vladimir.

–El enfrentamiento no nos interesa y menos en España, pero ellos no pueden vernos débiles. Ya veremos si esto queda así –respondió Tania.

–Estamos en contacto, si me entero de algo más os lo digo.

–Una cosa, me imagino que los porteros no conocerán a nadie.

–No te preocupes, por ese lado seguridad total.

Cuando colgó, Tania estaba cabreada. Se habían comportado como unos principiantes intentando amedrentar a una gente capaz de cargarse a siete mafiosos solo para borrar pistas. Garrincha valía mucho, ya le gustaría tenerlo a su lado. Pensándolo bien, el asunto se olvidaría, ellos tampoco querrían ir más allá, su reacción era medida y de baja intensidad. Aun así, era mejor tomar nota de contra quién se estaba librando esta batalla.

24. LUNES 29 DE MAYO EN EL CLUB MARÍTIMO DEL ABRA

Cuando María Ucelay recibió la llamada del inspector Miguel Fabretti le extrañó, pero no tanto. Una corazonada se le apareció enseguida en su pensamiento y, sin saber muy bien por qué, la asoció a su nieto y su novia. Acababa de desayunar y, cuando oyó su voz, la recordó

inmediatamente.

–María, ¿cómo está? Años sin vernos, pero no crea, muchas veces me he acordado de usted.

–¡Miguel Fabretti! Aquí estoy, cada vez más vieja, pero no me quejo. Usted, me imagino, seguirá en la Ertzaintza.

–Sigo, ahora soy inspector, más o menos como cuando nos conocimos, y continúo en la Comisaría de Deusto.

–Y la chica aquella, ¿cómo se llamaba? ¿Siguen juntos?

–Carlota. Ya no, pero sigue siendo una buena amiga.

–Dígame, ¿a qué se debe la llamada?

–Mi compañera Sara Cohen, inspectora jefa de la brigada criminal, y yo queremos tener una entrevista con usted. Es un tema confidencial y prefiero no adelantarle por teléfono.

–Vaya sorpresa. ¿He cometido algún delito?

–No, por favor, entiéndame, necesitamos su ayuda y es importante; si no, no la molestaría.

–No siga, estoy encantada de quedar con ustedes. ¿Les parece que me acerque por la comisaría?

–Preferimos otro lugar, es una cuestión de discreción, sin más.

–Como quieran.

–Habíamos pensado en el Marítimo, está cerca de su casa y será un lugar discreto.

–Por mí perfecto, entre semana está muy tranquilo. Díganme cuándo nos vemos, yo estoy muy libre.

–¿Le parece bien hoy a la una?

–Allí los espero. Me dejan muy intrigada pero, si en algo puedo ayudar, cuenten conmigo.

Cuando colgó el teléfono, María Ucelay estaba viendo cómo la sombra alargada de Gorostiola entraba en su vida. Realmente, aparte de la sorpresa, le hizo gracia e, incluso, la animó. Era algo nuevo y solo deseaba que no afectara lo más mínimo a su nieto Eduardo ¿Cuál será el problema? ¿Estarán investigando a Lucía? Su padre era un gánster, pero había fallecido y en los últimos años, según creía, estaba retirado. Pero para charlar no la llamaban, aunque no sabía muy bien cómo podría ayudarlos. Los escucharía y, si no perjudicaba a Eduardo, les echaría una mano.

–Sara, a la una en el Marítimo –le comentó Fabretti por el teléfono interno de la comisaría.

–¿Sorprendida?

–No sé, tampoco demasiado. Apenas se le ha notado, sabe que si la llamamos es por algo importante.

–Del susto no la libra nadie.

–Pues sí, pero nos ayude o no, es una mujer de fiar y no nos hará ninguna pifia.

María Ucelay acababa de cumplir ochenta y dos años y estaba en una época de su vida apacible, conforme consigo misma y gozando de una salud razonable. Llevaba algo más de nueve años sin probar la heroína, después de diez años enganchada profundamente al caballo; aunque lo convirtió en algo crónico, su deterioro físico fue tal que la única opción fue dejarla radicalmente. Era una mujer sensata y con gran fuerza de voluntad. Ingresó primero en una clínica de desintoxicación en Lugano, Suiza, donde estuvo tres meses, teóricamente descansando y haciendo vida sana; y luego con un psicólogo privado en Bilbao, siguiendo un tratamiento estricto. Le costó, pero al final lo consiguió, e incluso pensaba que dejar de fumar no había sido más fácil. Su salud se lo agradeció y mejoró con rapidez, volviendo a recuperar esa energía y viveza tan característica en su persona. Sus hijos y su familia nunca se dieron por enterados, a pesar de los rumores tan insistentes en medio Bilbao, y con su recuperación todo volvió a la normalidad, como si nada hubiera pasado.

Todavía recordaba cuándo había conocido a Fabretti, ese muchacho que se rifaban todas.

Tanto el asesinato en Santurce de Carmelo Goitia Echevarría como el crimen de Cienfuegos entraron en su entonces azarosa vida y, a pesar del jaco o más bien por su propia adicción, consiguieron mantenerla cerca del desarrollo y la solución de aquellos casos.

Le gustaba Miguel Fabretti, era buena gente y siempre se habían entendido. Carlota era otra cosa, muy guapa pero bastante pendón. En algo menos de dos horas lo iba a ver y ya se estaba poniendo nerviosa; estaba impaciente y le esperaba más de una sorpresa, de eso no tenía duda.

Sara y Fabretti aparcaron su Renault Megane enfrente del Marítimo, en el lateral de la avenida de Zugazarte. Cuando preguntaron al conserje por María Ucelay, este debía de estar bien instruido porque rápidamente los acompañó al bar del primer piso. Subieron por las escaleras y en una mesa del fondo vieron a María; les sonrió y se levantó para saludarlos.

–Miguel, sigues tan guapo como cuando te conocí. Lo sabía, ni Víctor Mature te hacía sombra.

Sara se rio, no estaba muy segura de quién era Víctor Mature, pero se imaginaba a un guapo del cine.

–Ya me gustaría conocerlo, pero estoy con usted, Miguel es mucho mejor.

–Ni lo dude. ¿Usted es Sara, la jefa?

–Bueno, Miguel y yo mandamos bastante, pero parecido.

–Vamos a sentarnos ahí, junto a los ventanales, hoy lunes esto está muy tranquilo, y con este día ver el mar y a los veleros balancearse relaja mucho.

–Estupendo, a mí me va a venir muy bien –dijo Fabretti.

Se les acercó un camarero y, mientras pedían las consumiciones –para María una copa helada con ginebra y unas gotas de vermut blanco, y para los *ertzainas* dos cafés cortados–, la anfitriona los ilustró sobre las vistas que desde allí se veían.

–Sigue usted, María, rompedora y cuidándose bien; me da envidia con ese *dry martini*. La acompañaría ahora mismo con otro.

–Eso es lo malo de estar de servicio, pero podemos quedar un día que libre.

–Le tomo la palabra, no lo dude –dijo Fabretti.

–La vista del monte Serantes es espectacular. Recuerdo cuando subí hace años y que desde la cima veíamos hasta el Palacio de la Magdalena en Santander –comentó Sara.

–No hace falta subir al Serantes. Con un día despejado, desde La Galea se puede ver Castro, Laredo y la bahía de Santander; es una vista preciosa, se la recomiendo.

–Miguel, un fin de semana nos venimos con los chicos –dijo Sara.

–¡Vaya por Dios! No me diga que son pareja; desde luego, chica, no eliges mal.

Se rieron con ganas y Sara preguntó:

–¿Pero se nota tanto?

–Mujer, con esa familiaridad y viéndoos juntos, pues no es difícil adivinarlo. Miguel, no es por quedar bien, pero tú también sabes elegir.

Volvieron a reírse y Sara sentenció:

–María, cuando me encuentre depre la voy a llamar, usted anima a cualquiera.

–Bueno, vamos a centrarnos en su visita. Si no me equivoco se tratará de Eduardo y Lucía Gorostiola.

Sara y Fabretti se miraron sorprendidos, y Miguel contestó:

–En usted todo es sorpresa. No sé cómo, pero ha acertado, venimos para hablar de ambos.

–Venga, les escucho. Estoy abierta a oír todo pero, por favor, no me asusten, estoy muy mayor y es mi nieto preferido.

–María, antes de decir nada, quisiera comentarle una cosa: todo lo que va a escuchar es confidencial. Usted podrá aceptar o no colaborar con nosotros, pero en ambos casos deberá

guardar un secreto absoluto. Si no está dispuesta, díganoslo y nos vamos tan amigos, pero si acepta escucharnos, aunque no colabore, no podrá revelar nada –expuso Sara con gravedad.

–Me encantan las novelas de espías, Le Carré es uno de mis favoritos; y voy a ser franca con ustedes, si se trata de ayudar a Eduardo acepto encantada –contestó María Ucelay.

Tomó la palabra Fabretti y le adelantó:

–Vamos a entendernos, no lo dude. ¿Usted sabe quién era el padre de Lucía?

–Perfectamente, Gorostiola; incluso llegué a conocerlo, aunque no lo traté mucho, hará unos diez años. Un tipo imponente y, según se decía, un pez gordo en el narcotráfico.

–Exacto, durante años fue el más fuerte. Era listo, nunca tocaba la droga y sabía cuidarse; apenas pisó la cárcel y ahora ya está muerto.

–Lo sé, Lucía comió en casa el otro día con Eduardo y lo comentamos. Murió de un infarto, debió de ser una sorpresa, era un hombre joven.

–Continúo –dijo Fabretti–. Lucía estuvo secuestrada hace tres años y, además, involucrada en una serie de asuntos turbios, entre ellos su propio secuestro, que acabaron con su padre soltando mucho dinero para una liberación un tanto extraña y con varios asesinatos de gente ligada, directa o indirectamente, a Lucía.

–Esto para mí es una sorpresa, no sabía nada.

–La creo. Judicialmente, Lucía ni está investigada ni hay ningún cargo contra ella. Nosotros archivamos en su día la investigación, aunque los archivos siempre son provisionales. Con eso quiero decirle que si aparecieran pruebas nuevas y sólidas contra Lucía reabriríamos el caso.

–Lo entiendo perfectamente.

–Para darle una información más completa, un personaje un tanto turbio, Tomás Garrincha, antiguo narcotraficante y hoy, según parece, retirado, muy capaz e inteligente, intervino a instancias de Gorostiola padre para resolver el secuestro y sus colaterales; desde luego, no tuvieron queja de él, lo hizo muy bien.

»El secuestro finalizó, entre otras cosas, gracias a su pericia criminal y todos aquellos implicados en el mismo, salvo Lucía, acabaron fiambres después de recibir varios tiros mortales de necesidad.

–Miguel, su capacidad para combinar la narración literaria y la forense es tremenda. Tampoco sabía nada. ¡Garrincha! Salvo el genial futbolista brasileño –cómo me gustaba ese patizambo–, nunca había oído a nadie que se llamara así. Una cosa, ¿Lucía fue la víctima del secuestro o no?

–En apariencia, sí. Pero, créanos, fue lo más parecido a un autosecuestro, ella colaboró voluntariamente. Pero ya le contaremos la historia completa en otro momento. Vamos a centrarnos ahora en la situación actual –apuntó Sara.

–Adelante, menudo novelón.

–Ahora le podemos asegurar, con un nivel de certeza cercano al cien por cien, que Lucía y Garrincha están siendo objeto de chantaje por parte de los propietarios de los derechos de su nieto Eduardo en el mundo del fútbol.

–Despacito, como la canción, que me estoy perdiendo.

–La titularidad de los derechos económicos, publicitarios y televisivos de Eduardo pertenece a una empresa y un fondo de inversión con sede en Londres que se llama Kalinka, cuyos propietarios son rusos. A través de un abogado de Bilbao se han dirigido a Garrincha y se han reunido con él y con Lucía. No nos confundimos: les están pidiendo dinero por no desvelar su historial criminal.

–Vamos, un chantaje de libro. ¿Y Eduardo sabe algo? –preguntó María.

–Pensamos que no. Lucía es la más interesada en mantenerle al margen y los de Kalinka,

mientras dure el chantaje, estarán callados –apuntó Sara.

–¿De cuánto dinero hablamos?

–No lo sabemos, pero Lucía va a heredar mucho y los chantajistas pueden pedirle mucha pasta.

–Y ella soltarla.

–Eso creemos, pero la presencia de Garrincha puede complicar las cosas. El autosequestro de Lucía acabó con diez asesinatos, siete de ellos en un pueblo de Cantabria, aquí al lado.

–Y claro, esto puede salpicar a Eduardo perfectamente.

–No lo dude. Lucía es su novia y Kalinka sus propietarios; le podrían hundir, aunque él está al margen.

–Los entiendo y, créanme, estoy sobrecogida. Esto le puede hacer mucho daño. ¿Y cuál es mi papel? ¿Cómo lo ven?

–Nuestras averiguaciones están realizadas a distancia, son indicios, pero carecemos de una fuente directa. No podemos pincharles teléfonos, grabar conversaciones ni interrogarlos. Ningún juez lo autorizaría, y para Garrincha y Lucía somos muy peligrosos. Necesitamos un infiltrado de su confianza, con quien se sinceren –dijo Sara.

–Una especie de doble juego en el argot del espionaje. Había una novela de Ken Follett con ese título –dijo María Ucelay.

–Bueno, en este caso usted está con nosotros, pero ellos no lo sabrán y tampoco les pasará ninguna información –dijo Fabretti.

–Tiene razón, no es un doble juego.

–Usted estará con Lucía y nos trasladará la información. Nadie lo sabrá y todo quedará entre nosotros. La fuente estará protegida, créanos, puede estar tranquila.

–Lo entiendo, pero algo se me escapa. ¿Qué puedo ofrecer? No comprendo por qué me va a aceptar en su bando.

–María, usted debe hablar a solas con Lucía, sin Garrincha y, claro, sin Eduardo. Busque una excusa e invítela a su casa –dijo Fabretti.

–Eso no es problema, el otro día cuando estuvo comiendo con Eduardo se lo planteé. En un momento a solas le hablé de su padre y le manifesté con gravedad que Eduardo no podía enterarse. En nuestro ambiente hay mucho mentecato con ganas de complicar las cosas, así se lo dije, y ella se dio cuenta y aceptó.

–Perfecto, ya tiene un motivo para llamarla y quedar con ella. No hace falta mencionar el pasado; lo mejor es acercarse a la historia actual, sin comentarle de dónde ha sacado la información.

–Sí, pero ¿qué le cuento?

–Existe un plan detallado por parte de Kalinka para aprovecharse de su relación con Eduardo, para pedirle dinero, mucho dinero. Eduardo no sabe nada, pero la amenaza es contarle a la policía cosas de su padre y de ella muy comprometidas.

–¿Y de Garrincha digo algo?

–Esto lo dirá como si Lucía no supiera nada y usted le estuviera desvelando la información. Puede añadir que también van contra un hombre con un apellido raro, como de futbolista brasileño.

–Me recuerda más al malvado Balmaseda que a Garrincha.

–¿El malvado Balmaseda? –preguntó Sara mirando extrañada a Fabretti.

–Olvídenlo, era el personaje de un comic del dibujante Juan Carlos Eguillor, un genio y muy amigo mío. Balmaseda era un malvado muy divertido –contestó María riéndose como si se

acordara del personaje.

–Ya, no lo conocíamos.

–Vamos a ver, ella me lo confirma y me cuenta más cosas, ¿cómo puedo ayudarla?

–Quien se lo ha contado está con usted y quiere ayudar a Lucía; tiene buenas relaciones con Kalinka y puede mediar con ellos –dijo Sara.

–Entiendo, no sé si será muy creíble, pero no se pierde nada con intentarlo.

–Hay una cosa muy importante, María. Garrincha no puede enterarse de nada. Es muy listo y está de vuelta de todo, sospecharía al instante. Coménteles a Lucía el carácter secreto; antes de contarle nada, anúncieselo con rotundidad: y si se lo revela a alguien –y cite a ese con nombre brasileño–, se lo dirá a Eduardo. Se asustará y mantendrá la boca cerrada –expuso Fabretti con seriedad.

–Ustedes son formidables, así se llamaba un programa de radio dirigido por Alberto Olivares. Ya se lo dije, Miguel, no quiero perjudicar a mi nieto, lo tengo claro.

–María, usted no le va a contar a Eduardo nada, utilícelo solo como argumento –dijo Sara.

–¿Pero realmente me va a contar algo relevante?

–Ya lo creo, le contará cómo van las negociaciones, el alcance del chantaje, sus peticiones, sus contraofertas, cuál es el papel de Garrincha. Todo eso ya es mucho y nos situaría muy bien –comentó Sara.

–¡Uuufff! Eduardo ya puede ir buscándose otra novia –dijo María Ucelay.

–Quizás sí, pero no va a ser por usted ni por nosotros.

–¡Ojalá! De acuerdo, acepto. Es tan turbio y fuerte todo... Pero si puedo ayudar, estoy dispuesta. Sara, Miguel, me fio de ustedes, por favor, no me la jueguen.

–Tiene mi palabra –dijo Sara.

–Y, por supuesto, la mía –repitió Miguel.

–Una cuestión –planteó Sara–. Lucía está instalada en Madrid y empieza los exámenes en unos días; no va a ser fácil hacerla venir.

–Tiene razón, me lo dijo. No hay problema, me invento un viaje a Madrid, mis hijos están allí y voy a menudo.

–Es lo mejor, se lo agradecemos mucho –insistió Sara–. Estoy aprendiendo mucho de usted, da gusto cómo se expresa, ya casi había olvidado la palabra “mentecato” y la voy a incorporar a mi repertorio.

–Hace bien, cada vez hay más mentecatos.

–Y “formidable”, palabra rotunda donde las haya, aunque no conocía el programa de radio.

–¿Cómo lo va a conocer? Cuando acabó el programa usted sería un bebé, fue poco después de morir el general Franco. A mí Olivares me gustaba mucho.

Antes de irse, María les enseñó el club; pasaron por el comedor, los salones –en el de las cartas les contó que metía allí muchas horas–, el gimnasio, la piscina, el club de verano, el Saltillo, e incluso se dieron una vuelta por los pantanales, donde decenas de yates, veleros y balandros se encontraban atracados y cubrían todo el puerto deportivo.

María saludaba a algunos conocidos, pero había poca gente y eran sobre todo los empleados los que la trataban con cariño y confianza.

–Aquí es usted toda una institución –le dijo Sara.

–Son muchos años, y toda la vida de mi familia y la de mi marido. Mi padre estaba en la junta directiva cuando nos visitaba Alfonso XIII con motivo de nuestras regatas; le encantaban y venía a menudo; yo no había nacido, soy vieja pero no tanto. También participó en *El Saltillo*, el balandro que le regalaron a don Juan, el conde de Barcelona.

»Cuando me casé, como en otras familias monárquicas de la zona, el viaje de novios incluía una visita a don Juan en su exilio de Estoril. Allí fuimos mi marido y yo, a Villa Giralda, a mostrar nuestros respetos y entregarle un sobre con una ayuda desinteresada. El conde de Barcelona era muy simpático y campechano, y le encantaba vernos. Él se acordaba mucho de mi padre y de mi suegro.

Sara y Miguel no se perdían ninguna de sus palabras. Para ellos era un mundo imaginario y totalmente desconocido, pero les gustaba escuchar esas anécdotas tan aristocráticas. Menudo contraste, era todo bastante disparatado.

Cuando se despidieron, Sara le comentó a Miguel:

—¡Vaya mujer! Me gusta, de mayor querría ser como ella.

25. MARTES 30 DE MAYO

EL ALIJO DE ARMAS

La investigación sobre el alijo de armas de Getxo seguía estancada. Los *ertzainas* Gabarrita y Lola habían investigado a los familiares más cercanos de los dueños del local sin ningún resultado. Los padres eran unos pacíficos jubilados, los hijos eran muy jóvenes, el mayor quince años, y los hermanos de ambos cónyuges vivían fuera; además, solo el matrimonio tenía llaves de la lonja. Entre las amistades tampoco encontraron nada; objetivamente era más difícil de investigar y las pesquisas realizadas no dieron ningún fruto. La utilización del local para almacenar las armas debía de contar con la colaboración del marido, de la mujer o de ambos. Los propietarios se jugaban mucho y no parecía lógico que se dedicaran a tapar o proteger a un grupo criminal si ellos mismos no estaban involucrados.

Gabarrita, Lola y Sara se encontraban reunidos en el despacho de la jefa repasando los datos una vez más.

–Algo nos está fallando. Las armas no han podido aparecer por sí solas. Alguien ha tenido que organizar todo este tinglado. Traerlas, esconderlas, poder disponer de ellas y venderlas. Eso supone una estructura activa, engrasada y preparada –expuso Sara.

–De una u otra forma, esta operación tiene que girar en torno a los propietarios de la lonja, son los únicos con acceso a ella y nadie más la utiliza o puede utilizarla –dijo Gabarrita.

–Si alguien los ha engañado nos lo dirían, es un tema muy grave y no tiene sentido ocultarlo –apuntó Sara.

–Salvo que estén conchabados y no quieran o no puedan denunciarlo –dijo Lola.

–Estoy de acuerdo. Esto no puede quedar así. No hay pruebas y si vamos a juicio los absolverán. Tenemos que encontrar algo –comentó Sara, cada vez más decidida.

–Estamos de acuerdo, pero ¿por dónde empezamos? –preguntó Gabarrita.

–Centrémonos en Ramón y en Mónica, los propietarios. Por uno de los dos, o por los dos, pasa la solución de este caso. Estoy convencida –apuntó Sara.

–¿Nos centramos en ellos y dejamos al margen su entorno? –preguntó Lola.

–Sí, es lo mejor. Hay que rastrear a los dos por separado, seguirlos, ver dónde van, con quién se relacionan, aficiones, amigos, cuadrillas, *txokos*... –apuntó Sara.

–Lola, empieza tú con Mónica y yo con Ramón; luego nos alternamos –dijo Gabarrita.

–Si necesitáis refuerzos me decís, ya nos arreglaremos. Encontraremos algo; Ramón o Mónica están pringados –acabó diciendo Sara para dar por finalizada la reunión.

El tercer día de vigilancia, Lola comenzó como había hecho los dos días anteriores: siguiendo a Mónica al terminar sus clases en el Instituto de Txurdinaga en Bilbao. Mónica tenía cuarenta y cuatro años y era una mujer bien conservada, de facciones severas, que ejercía de profesora en todos los sitios por donde pasaba. No era petulante o engreída, pero casi todo lo veía desde un prisma funcional; el coleguismo con compañeros y alumnos hacían de ella una mezcla entre estudiante y mujer emancipada poco acorde con sus casi cuarenta y cinco años y los dos hijos

adolescentes. Una forma de vestir un tanto extraña, con tendencia a modelos descatalogados, hacía el resto; la salvaba un cuerpo esbelto, una melena rubia vistosa y unos ojos grandes, de gran viveza.

Cuando ese día Mónica cogió su coche, no lo dirigió por el camino lógico para ir a su casa; se internó por el mismo barrio de Txurdinaga, tomando la avenida de Julián Gayarre hasta casi el final de la misma. Allí el barrio era muy poblado y predominaban los bloques altos de viviendas, con comercios en sus plantas bajas; también había varios bares y cafeterías e incluso un conocido restaurante gallego con una clientela venida de todo Bilbao. Mónica aparcó y se dirigió a un bar llamado Derby. Una vez dentro, Lola vio desde fuera cómo se acomodaba en una esquina de la barra y un hombre algo más joven, situado detrás de la barra, se acercaba y le daba un beso; la familiaridad y la forma de hacerlo le llamó la atención. Por prudencia se metió en su coche, aparcado en doble fila, y allí esperó; al cabo de media hora salió Mónica con el hombre de detrás de la barra y se fueron juntos hasta su coche. Eran las siete de la tarde y no tuvo ninguna dificultad en seguirlo manteniendo una distancia prudencial. El trayecto fue corto, no más de cinco minutos, y en el barrio de Arabella, encima de la basílica de Begoña, aparcaron en la calle y entraron los dos en un portal cercano. No pudo ver a dónde subían, pero sí dejar el coche muy cerca del portal, preparándose para sacar unas fotos cuando volvieran a salir.

Lola lo sabía, estaba en la pista buena y de allí saldría con algo sólido. El tiempo se le pasó muy rápido y al cabo de una hora aproximadamente los dos aparecieron por el portal, dirigiéndose otra vez al vehículo. Pudo disparar varias veces y consiguió unas fotos nítidas en las que se le veía muy bien. La *ertzaina* lo supo nada más ver la cara de Mónica: habían estado follando. Lola era una mujer y sabía cómo se te quedaba la cara después de un buen polvo, cómo se movía el cuerpo; no tenía ninguna duda y más cuando, al meterse en el coche, vio cómo miraba a ese hombre joven y cachas que tenía al lado. Eran amantes y, descubriendo quién era él, podría resolverse perfectamente el misterio del arsenal de armas.

Lola estaba feliz, se sentía especialmente útil como policía y, aunque se moría de ganas de ir a comisaría y contárselo a su jefa y a su compañero Gabarrita, continuó con el seguimiento, otra vez hasta el bar Derby, donde él se apeó después de darle un beso en los morros; después ella salió del barrio.

La *ertzaina* esperó y al cabo de un rato entró en el bar, que tenía su gracia. Quería ser un bar de copas de cierto nivel, con una decoración centrada en carreras de caballos y motivos ecuestres, pero venido a menos; un par de máquinas tragaperras y cierta dejadez hacían juego con los clientes, donde predominaba el tipo macarra-macarra. Lola pidió una Coca-Cola Zero y enseguida comprobó que el personal y una camarera llamaban con familiaridad Willy al amante de Mónica.

Poco después Lola salió del local, no sin despertar las miradas de algunos jóvenes que trataban de ubicarla en alguna de las faunas que se acercaban por allí.

—Bravo, Lola, aquí está, ya lo tenemos. Se llama Guillermo Albéniz Lejarreta, natural de Bilbao, de treinta y cinco años de edad, divorciado y con antecedentes penales —soltó una Sara feliz.

Lola y Gabarrita se encontraban con la inspectora en su despacho; los tres sabían que iban por el buen camino. Los antecedentes del tal Willy venían de la Guardia Civil, de la Audiencia de Santander y de la Audiencia de Vizcaya. Antes del Derby había sido socio de un club de alterne llamado La Chirla Alegre, ubicado en la recta de Ugarte entre Sestao y Trápaga, y fue detenido y juzgado por tráfico de cocaína junto a un grupo del este de Europa asentado en Cantabria. El jefe de la banda había estado, a su vez, involucrado en un negocio de tráfico de armas cuyos suministradores eran expolicías y exmilitares de varios países de la antigua Yugoslavia; las ventas

las realizaban en España y Portugal. Willy cumplió cuatro años de condena en el Penal de El Dueso, en Santoña, y llevaba ya tres años sin dar que hablar.

–Esto aclara muchas cosas. Y mira por dónde la Mónica, con la carita de no haber roto nunca un plato, está cepillándose sin piedad a ese jovencuelo –dijo con cierta envidia Gabarrita.

–Qué machista eres, solo te ha faltado referirte a ese pobre jovencito; si fuera al revés, te parecería estupendo –saltó Lola.

–Se lo podemos preguntar a su marido, *Monsieur* Bovary.

–Estás muy leído, Gabarrita, pero dejaos de chorradas. A nosotros nos interesa resolver el caso, no con quién folla cada uno. Y Mónica o está conchabada con su amante o bien le ha dejado la lonja y le ha encubierto. No se nos van a escapar, pero debemos prepararlo perfectamente –sentenció Sara.

»Os propongo lo siguiente. Vamos a olvidarnos temporalmente de ella y vamos a centrarnos en Willy. Puede llevarnos a la organización y quizás pillemos algo más importante y probablemente a más gente. Por ahora, salvo romper un matrimonio, poco podemos hacer. Mónica y Willy, con limitarse a confirmar su rollo y decir que desconocen todo lo demás, nos dejarían como hasta ahora.

–Como Lola está quemada porque la han visto en el bar, si os parece me encargo yo de seguir a Willy, no tenemos prisa y cada vez adoptará menos precauciones –propuso Gabarrita.

–Sí, ya ha pasado un mes desde el descubrimiento del alijo y estarán mucho más tranquilos. Pero continúa en pareja con otra colega, es mejor –apuntó Sara.

–Voy a hablar con Estela, para ir a La Chirla Alegre dará el pego.

–¡Gabarrita! Habla con Estela, pero el único que va a dar el pego en ese puticlub vas a ser tú. Si sigues haciendo el cretino te mando a tráfico, ¿está claro? –soltó Sara con evidente enfado.

–*Sorry*, jefa, me callo, esto me pasa por precipitado.

26. JUEVES 1 DE JUNIO LUCÍA Y GARRINCHA EN MADRID

Recogí a Lucía en el portal de su casa y bajamos tranquilamente por la calle Huertas en busca de un restaurante para comer. Lucía me preguntó si me apetecía un cocido madrileño y me pareció una idea estupenda. Cerca de allí, junto a la calle de los Duques de Medinaceli –donde se encuentra la basílica de Jesús de Medinaceli, levantada sobre un antiguo convento de los trinitarios descalzos, con gran predicamento y mucho devoto que venera la famosa imagen del Cristo–, se encontraba La Daniela, una tasca famosa por su cocido. Como teníamos tiempo, reservamos una mesa y nos acercamos hasta el Museo del Prado; dando un rodeo dimos una vuelta por la Casa del Buen Retiro y el antiguo Museo del Ejército, el Salón de Reinos, donde Lucía me contó que iban a realizar unas obras importantes para ampliar el Prado. Se lo habían encargado al arquitecto Norman Foster, conocido nuestro por sus fosforitos del Metro de Bilbao; volvimos a cruzar el paseo y fuimos hasta el Museo Thyssen, cuya entrada estaba también muy animada.

A Lucía la veía mejor, no me habló de lo nuestro, su ansiedad parecía desaparecida y estuvo alegre contándome su vida en Madrid. Con su gato Fidel como única compañía, se arreglaba muy

bien, y, eso sí, mantenía largas conversaciones con Eduardo por la noche, repasando la jornada; el primer examen le había salido muy bien, y esperaba no tener problemas con el resto. Su vecino jubilado solía cuidarla y cuando preparaba su comida hacía algo más para ella, evitándole a Lucía cocinar. Lo agradecía porque, además, nunca se le había dado bien la cocina.

Al final sacó el tema y me contó cómo seguía pensando y dándole vueltas al lío del chantaje, aunque desde Madrid lo veía con más tranquilidad y sin la angustia que le entraba cuando se acercaba a Bilbao. Le dije que la idea de aparecer lo menos posible por Bilbao era un acierto y saltaba a la vista lo bien que le sentaba.

Nos sentamos en la mesa cuando ya el restaurante estaba prácticamente lleno. En Madrid, mayo y junio son muy movidos. San Isidro, la feria, los toros, animaban la ciudad y con el tiempo tan agradable se llenaba de gente, con mil planes para hacer. Para mí no era habitual comer cocido de garbanzos y lo disfruté acompañado de un Ribera del Duero que nos entró de maravilla.

–Cuéntame algo de allí arriba –pidió Lucía.

–¿Te refieres a Bilbao?

–A nuestro lío. Leí lo de los porteros de la discoteca; rapidez y eficacia, Tomás. El control de los daños, proporcionado, todo muy bien. ¿Nuestros polis no sospecharán?

–Puede ser, pero me da igual. No va conmigo y contigo menos.

–Desde luego, no va a ser nuestra preocupación principal.

–Ni principal ni secundaria. Los de Kalinka se han enterado y ellos eran los destinatarios; estamos preparados, no les vamos a dejar pasar ni una. El mensaje lo habrán captado, tenlo por seguro.

–Está claro. ¿Cómo tienes pensada la reunión de esta noche?

–Del incidente al salir del despacho de Cárdenas ni pío y lo mismo de los porteros de la discoteca. No lo sacarán, pero si lo hacen, cara de póker y no sabemos de qué nos hablan. A cínicos no nos ganan y sabemos defendernos.

–Ellos mismos deberían darse cuenta de tanta tontería –dijo Lucía.

–Vamos a escuchar; no podemos aceptar la propuesta de Cárdenas. ¿Por qué tienes que pagar? Solo tienen noticias de prensa; estamos limpios, ninguna policía ni ningún juzgado tramita acción alguna contra nosotros y quizás dejarlo con Eduardo sea la mejor solución.

–Tomás, no me jodas. No quiero volver al principio, Eduardo debe estar totalmente al margen. Es lo único que tengo claro.

–Lo sé, solo es una estrategia negociadora. Ellos deben retratarse, mostrar sus pruebas, no sabemos hasta dónde alcanza el detalle. Las generalidades valen muy poco y no sirven para ir con ellas a la policía.

–¿Cárdenas parecía tenerlo claro?

–Nos habló de las cuentas bancarias de tu padre, pero situarlas en un paraíso fiscal cae por su propio peso; y darnos la lista de los nombres de los fiambres no deja de ser una información pública.

–Entonces, ¿a dónde quieres llegar?

–Quiero la numeración de las cuentas y los nombres de los participantes en los crímenes de Otañes. Si lo tienen se harán fuertes diciéndolo y si no su presión para el chantaje es mínima.

–Una cosa, ¿y si los datos los tiene el chivato y los está aguantando para venderse mejor?

La miré y Lucía volvía a sorprenderme; en eso, precisamente, estaba pensando yo. Este era un negocio con varios jugadores y uno de ellos, el chivato, también quería sacar mucha pasta. No sé si Lucía estaba pensando en lo mismo, pero la conclusión de ese razonamiento era que, si el chivato todavía guardaba los detalles y no se los había dado, lo más seguro para nosotros era

limpiarle el forro.

–Es importante saberlo por eso; en principio, no debemos aceptar nada.

–Vamos a preparar las dos opciones. Saben todo y nos lo dicen, ¿qué hacemos?

–Negociar a la baja. Utilizaremos la vía de la inversión en sus sociedades y al final pagaremos y punto. Intentaría tener algo sobre ellos para un posible contrachantaje y acabar así con esta historia definitivamente.

–Estoy de acuerdo. ¿Y si no lo saben?

–Les daría largas y procuraría no precipitarme. Entonces se nos abrirían varias posibilidades.

–Tomás, ¿vas a saber quién ha sido el chivato?

Lucía estaba pensando en lo mismo; y si decidía limpiarle el forro, contaría con ella. Esta chica en esas cosas daba gusto.

–Eso espero, están en ello.

–Tú mandas y te apoyaré, tenlo por seguro.

La conversación siguió por otros derroteros más amables y pude disfrutar de una Lucía divertida, contando anécdotas de la universidad, de su vida en Madrid y las fiestas con los futbolistas. La escuchaba con envidia. Era una etapa de la vida que yo pasé de forma muy distinta, pensando en la policía y divirtiéndome de garito en garito a base de cocaína, acompañado de un progresivo deterioro de mi persona. Aunque todavía me sentía joven y me conservaba bien, en el fondo era un capo maduro y quizás por eso me entretenían tanto las historias de Lucía. Cómo pasaba el tiempo, al final mis avatares me llevaban a estar más cerca de su padre que de ella; había quemado muchas etapas y eso ya no tenía vuelta atrás.

Lucía me ofreció su casa para pasar la noche, pero preferí instalarme en un hotel. Le tenía echado el ojo de otra vez a uno de la plaza de Santa Ana, con muy buena pinta, rehabilitado de lujo, con decoración distinta en cada planta y una terraza espectacular en la azotea. Tuve suerte y quedaba alguna habitación. Nos acomodamos en unos salones con vistas a la plaza mientras nos tomábamos una copa, un *gin-tonic* Lucía y yo un *wiski* irlandés, un Jameson.

27. EN LOS JARDINES DEL HOTEL RITZ

A las nueve en punto de la noche estábamos sentados en el vestíbulo del Hotel Palace esperando a nuestros queridos chantajistas. El ambiente era animado y el personal muy diverso. Lucía y yo jugamos a descubrir a los rusos. Podía ser cualquiera pero a Lucía, cuanto más miraba, más improbable le parecía. Se había puesto un pañuelo rojo sanferminero al cuello y su visión era muy ostensible; no podía haber lugar a dudas.

Habían pasado diez minutos de las nueve, cuando un conserje se nos acercó con un sobre en la mano.

–¿Señor Garrincha, señorita Gorostiola?

–Los mismos, díganos –contesté de inmediato.

–Me acaban de dejar este sobre para ustedes –dijo y nos hizo entrega del mismo.

«Estamos en el jardín del Hotel Ritz. Los esperamos. Pueden acercarse andando, no son más de cinco minutos».

–Ya empiezan los numeritos, cómo les gusta el teatro –dije.

–El Ritz está aquí al lado y en el jardín estaremos bien, pero algo nos querrán decir con este cambio de sitio –apuntó Lucía.

–Tendrá mucho de pose, son unos principiantes. Ya verás cuando lleguemos, nos dirán algo sobre lo inútil de grabar las conversaciones...

–Vamos para allá, ya me han puesto nerviosa, quiero empezar cuanto antes.

Entramos por la puerta principal del hotel, desde donde se veía el magnífico edificio de la Bolsa. Me impresionó lo majestuoso y elegante que era el Ritz, no lo conocía y te cohibía. A Lucía no se le escapaba nada y me dirigió, como si fuera su segunda casa, hasta los jardines del hotel, entre los saludos correctos de conserjes, metres y camareros situados estratégicamente por donde pasábamos. Llegamos al jardín donde estaba instalado el comedor al aire libre y un encargado se nos acercó mientras nuestras miradas se dirigían a las distintas mesas, casi todas ya ocupadas. En una de ellas, en un lateral cerca de la terraza, vimos a una pareja joven sonriente haciéndonos una señal con la mano. Le dijimos al metre, señalándola con la barbilla, que nos sentaríamos en aquella mesa y hacia allí nos dirigimos.

Se levantaron los dos y la mujer, como si se tratara de una entrevista comercial, manteniendo una radiante sonrisa nos dijo:

–Usted es Lucía Gorostiola y usted Tomás Garrincha; les presento a Alex, mi socio, yo soy Tania.

Su español era muy aceptable y no hubo ni amago de pasar al inglés. Alex saludó también manteniendo esa sonrisa marca de la casa. Por sus palabras, su acento también era bastante bueno. Lucía y yo les dimos la mano y, sin ponernos de acuerdo, estuvimos serios, sin ningún gesto para la galería.

Tania tendría unos treinta y pocos años; era alta, delgada y rubia, con una fisonomía fría y original. Me pareció bastante atractiva, y con cierto aire se asemejaba a cualquier chica de un país centroeuropeo de clase alta. Alex no debía de llegar a los treinta, moreno, fuerte, podía pasar perfectamente por un muchacho de Madrid.

Cuando nos sentamos se acercó el encargado que nos había recibido al entrar y Tania comentó:

–Aunque para nosotros es tarde, aún no hemos cenado y, si les parece, podemos hacerlo mientras hablamos de nuestras cosas.

–Me parece bien –dije sin más, mientras leía la carta.

Los de Kalinka querían hacer agradable la reunión, pero tanto a Lucía como a mí no nos salía ningún gesto amable y nos centramos en la carta, mientras Tania y Alex acababan los mojitos y encargaban una ensalada de ventresca y una merluza a la romana con pimientos rojos. A mí me costaba decidirme y pedí lo mismo. Lucía, en cambio, optó por una vichyssoise y un solomillo con pimientos verdes.

–¿Les parece bien vino tinto? –preguntó Tania.

Miré a Lucía, quien, con un gesto afirmativo, dio su conformidad.

–De acuerdo, elija usted también el vino –contesté.

Tania pidió un vino de Toledo del Marqués de Griñón; no lo conocía, pero resultó excelente. La tensión se palpaba, sobre todo por nuestra parte, y en cuanto estuvimos solos, Tania tomó la palabra y empezó a mandar.

–Quiero explicarles el cambio de ubicación del Palace al Ritz, y espero que lo entiendan y no se molesten. Nos preocupaba un intento por su parte de grabar la conversación, yo en su lugar lo hubiera hecho, y por eso hemos instalado un desinhibidor de frecuencias. Está debajo de esta mesa y es de total garantía; por lo tanto, nada se va a grabar –dijo de forma dura y contundente

–En ningún momento hemos pensado en grabar la reunión, ese no es nuestro estilo –respondí mientras le sonreía a Lucía sin disimulo, para que lo vieran los rusos, como diciendo: «nuestro estilo está más cerca de limpiarles el forro».

Lucía había iniciado una carcajada, pero enseguida la cortó. Los rusos, sorprendidos, no contestaron, pero tomaron nota de nuestra reacción. Nos sirvieron los primeros platos y Alex, con galantería, le empezó a preguntar a Lucía por su vida en Madrid. El tema no daba mucho más de sí y, cuando volvimos a estar solos, Tania tomó otra vez la palabra:

–Si me permiten quisiera centrar la reunión, para avanzar y poder llegar a un acuerdo cuanto antes, para eso estamos aquí. El abogado Ignacio Cárdenas ya les expuso nuestras pretensiones. Conocemos sus intenciones y, por lo tanto, se trataría de fijar el importe de la inversión a realizar en nuestras sociedades: Kalinka y el fondo de inversión Five Roses, titulares de los derechos de Eduardo Bastera y...

–Tania, un momento, vamos a empezar por el principio. Primero se nos plantea la ruptura de Lucía con su novio y luego, de un día para otro, se pasa a cambiar de escenario: puede seguir con él si suelta pasta, mucha pasta, pero si no lo hace nos denunciarán por una serie de historias cargadas de fantasía. Queremos situarnos bien, saber dónde estamos –les dije con convicción.

–Según me han informado, Cárdenas se lo expuso con suficiente claridad, pero no hay ningún inconveniente, se lo explico otra vez. Nuestro grupo Kalinka centra sus negocios en el mundo del deporte, fundamentalmente en el fútbol.

»Tenemos fuertes inversiones, muchas de ellas realizadas con préstamos bancarios y, como comprenderán, los tenemos que devolver. Nuestros mejores activos no pueden deteriorarse y nos entró mucho miedo cuando nos enteramos de la relación de Lucía con una de nuestras estrellas. Ahí empieza el problema y por eso estamos aquí.

–A ver si lo entiendo bien. Si Lucía rompe con Eduardo, como me comentó Cárdenas la primera vez, ¿se soluciona el problema? Igual nos estamos liando sin ninguna necesidad.

–No, ese fue el primer plan, pero no nos convence. El asunto es más complejo, y recogiendo la idea de Lucía de seguir con su novio –por otra parte, totalmente normal, es un gran muchacho y merece la pena, se lo digo yo, que conozco bien ese mundo–, dimos un paso y ofrecimos una propuesta más lógica y razonable.

–Esa inversión de marras ya la he oído pero, dígame, ¿por qué vamos a invertir en sus empresas? Como comprenderá, no tenemos ningunas ganas de hacerlo.

–Garrincha, no sé a dónde quiere llegar. Si ustedes no invierten –aunque no hay mucho margen, podemos discutir el importe–, olvídense de estar en la calle, van directamente a la trena –¿así se dice en español?– por muchos años. No quería ser tan cruda y me molesta decirlo, pero es así. ¿Avanzamos y nos centramos en lo otro?

Tania se sabía la lección, era eficaz y una buena negociadora. Su cuerpo despedía mucha energía y nos envolvía a todos. Esta discusión no tenía mucho sentido, pero debía averiguar más cosas.

–Es usted una mujer enérgica y vibrante, me gusta; podemos ir sin más rodeos al núcleo central de la cuestión y se lo voy a preguntar. Pásenos su información y entonces valoraremos si tenemos algún motivo para estar acojonados.

Tania se rio, pero me pareció más una pose, porque Alex parpadeó demasiado, como si no le gustara nada.

–¡Garrincha! Usted también me gusta, es práctico y quiere saber si lo nuestro es un farol. Bien le cuento la historia.

La jefa de Kalinka, con buena estructura argumental, comenzó hablando de Gorostiola padre,

su retirada formal y el acuerdo con Aitor. Este llevaba el negocio de narcóticos de forma autónoma y le pagaba una renta previamente pactada por semestres vencidos, que era ingresada en una entidad bancaria en las Islas del Gran Caimán. ¿Les suena esto? ¿Estoy en lo cierto?

–Indíqueme la numeración de la cuenta, es la única manera de saberlo.

–No la tengo aquí, pero en el momento de cerrar el acuerdo se la daré, la comprobarán y una vez realizada la inversión podrán transferir los fondos sobrantes a otra cuenta si así lo desean.

Me impactó la explicación, sus reflejos eran muy rápidos, pero eso no implicaba que la tuvieran, perfectamente podía seguir en manos del chivato como garantía para poder cobrar.

–Tania, eso afecta a una persona ya fallecida. Lucía solo es la heredera y me amenaza con que, si ustedes largan, puede dejar de heredar; pero por eso no se va a la cárcel.

–Continúo, no he terminado.

Y con la misma rotundidad y fluidez, se manejaba muy bien en castellano, explicó el autosequestro de Lucía dando una versión bastante cercana a la realidad. Su chivato conocía el asunto y su conocimiento era auténtico. Repasó los asesinatos de Josu Grande –su novio macarra, así lo llamó–, Penélope y Leónidas, acólitos de los genoveses en Cantabria, y la matanza de Otañes.

–Le voy a recordar esta última. Los capos italianos Carlo, Valeria y Marco; los amigos de Lucía, Perico y Rogelio, participantes en su secuestro y que luego se cargaron a Josu, Penélope y Leónidas; más otros dos esbirros españoles, presentes allí por seguridad. ¿Es correcto? ¿Lo recuerda? –Y Tania se calló sonriendo, sabiéndose ganadora.

Su relato era totalmente cierto, conocía bien los nombres y los detalles, y eso solo podía entenderse con una preparación minuciosa para esta reunión. Pero esa información no me bastaba, no me había dado ningún nombre de los nuestros. Ahí es donde nos podía hundir; la historia la conocía también la Ertzaintza y no podía hacer nada.

–Tania, estamos como al principio, toda esa historia salió en la prensa y en los medios de comunicación.

–¿También salió en la prensa el nombre de la persona enviada por usted a Roma, francés para más señas, para liberar a Lucía? –saltó Tania cortándome y apuntándose otro tanto.

–Le han contado muchas cosas, pero todavía no me ha dicho ni un solo nombre de los participantes, según ustedes, en los asesinatos de Otañes. Suéltelos e intentaré comprobar si son ciertos.

–No disimule, por favor, no lo estamos grabando. Le voy a dar uno y no necesita comprobarlo: Tomás Garrincha.

Tania continuaba siendo efectista y se lo había currado; a su lado, Alex la miraba embelesado. Su jefa era la mejor, se estaba diciendo, pero a mi vera Lucía se movía incómoda, dándome patadas con el pie, no sé si para llamarme la atención por algo o por puros nervios.

–Deme la lista completa y déjese de efectos especiales.

–Le vuelvo a repetir lo mismo que le he dicho sobre las cuentas bancarias; cuando llegemos a un acuerdo se la daré, y comprobará que le conviene cumplir. Una vez realizada la inversión esto habrá acabado para siempre, se lo juro, nosotros somos empresarios, no gánsteres.

Al verme reír, Tania no pudo aguantarse y también soltó una carcajada. Fue un gesto inteligente por su parte; distendió el ambiente y permitió cambiar de tercio.

–Vamos a pedir más vino, se nos ha acabado y está genial. Cómo me gusta su país, me vendría a vivir a España tan contenta.

–Yo también –dijo Alex–. No descarto hacerlo antes de los treinta.

–Pues no te falta mucho.

–Dos años todavía. Podríamos abrir una delegación de Kalinka aquí en Madrid y me vengo como director.

–No me parece una mala idea –contestó Tania.

Lucía aprovechó estos momentos de distensión y comentó:

–Tania, Alex, ¿nos pueden decir a cuánto ascendería la inversión?

Estuvo bien ese reparto de papeles. El poli malo y ahora el poli bueno, podía ayudar.

–Tiene razón, Lucía, vamos a volver al objetivo de la reunión, que esto se está convirtiendo en un examen. Por nuestra parte queremos cerrar un preacuerdo hoy mismo. –Me miró y, como me mantuve callado, continuó–: Les vamos a proponer una variante de lo hablado y sinceramente creemos que puede ayudar mucho. Para ustedes sobre todo es muy positiva.

Tania vio un leve gesto espontáneo de sorpresa en nuestras caras y continuó:

–Se lo explico. Estábamos pensando en una inversión de diez millones de libras, por el treinta por ciento de las acciones de Kalinka y el Fondo Five Roses –dijo mirándonos a los ojos y haciendo una pausa para recibir nuestra protesta, pero Lucía y yo nos callamos y solo comenté:

–Adelante, la escuchamos.

–Aunque pueden pagarlo perfectamente, es mucho dinero, lo sabemos, y por ello planteamos la siguiente variante: rebajamos ese importe a la mitad, cinco millones o quizás algo menos, ya veremos cómo queda al final, manteniendo ustedes la adquisición del mismo treinta por ciento, aunque el precio sea muy inferior. Y ahora, Alex, explícales lo nuevo, tú lo conoces mejor.

Alex sonrió, sobre todo a Lucía; no había dejado de mirarla en toda la velada.

–Les voy a hablar claro. Queremos entrar en el negocio de narcóticos de Gorostiola padre, ahora pilotado por Aitor. No nosotros, no me malinterprete, sino gente de nuestra confianza, competente y conocedora del sector.

»Estamos pensando en una participación similar a la de ustedes en nuestros negocios: un treinta por ciento. Nuestros amigos pueden aportar ideas nuevas, diversificar suministradores con mejores precios, abrir nuevas vías y puntos de distribución y venta... Pero, bueno, eso lo hablarían con Aitor, porque no es lo nuestro –dijo esta vez mirando a Tania– y nuestra ignorancia sobre ese negocio es muy grande.

Se calló un momento, que Tania aprovechó para añadir:

–Esto permitiría bajar mucho el precio de su inversión, y digo bien el precio, porque tendrían el mismo porcentaje accionario, incluso se podría bajar hasta cuatro millones si se cierra bien el acuerdo con Aitor. Y aunque no me incumbe, permíteme decirte una cosa, Lucía: es el negocio de tu padre, y cuanto más lejos estés, mejor. Créeme, es un peligro y como la policía te vea cerca estará encantada y no cejará hasta pillarte –dijo tuteándola y buscando más cercanía, para pasarse rápido al usted.

»Usted, como heredera, deberá plantearle a Aitor nuestra incorporación al negocio con un porcentaje del treinta por ciento, lo demás ya lo abordarán nuestros amigos. Sus beneficios no se van a resentir, dígaselo, nuestra gente tiene buenas ideas y van a pagar su parte con creces.

Lucía y yo nos quedamos bastante noqueados, no nos lo esperábamos ninguno de los dos y eso se notaba. Tania se sentía otra vez ganadora y por goleada. Rápidamente intenté reciclar la propuesta recibida y empecé a ver luz en todo esto. Esa idea de montar el antichantaje me la estaban poniendo en bandeja; cualquier acuerdo nuestro estaría blindado y la extorsión no podría repetirse. Eran muchos años de cárcel y multas millonarias, les tendríamos agarrados de los huevos. Además, el negocio de las drogas les podía dar mucho dinero y Kalinka nos dejaría en paz, solo nosotros les podríamos joder; y con la pasta a soltar ahora sería suficiente para atender sus problemas de tesorería a corto y medio plazo. Con tres millones podría valer.

Según hacía estos razonamientos, estaba cada vez más convencido de otra cosa; el chivato se había guardado los datos decisivos para negociar su precio con ellos; si desaparecía, los chantajistas no tendrían nada. Todos estos pensamientos pasaron por mi cabeza como si fuera una película, y solo se prolongaron unos pocos segundos más.

Tomé una decisión para ganar tiempo; con voz suave, y aparentando una tranquilidad que no tenía, les dije:

–Tania, Alex, todo esto es demasiado. Lucía ha pasado en unos días de tener que romper con su novio a pagar un montón de millones; ahora nos pedís la entrada en un negocio ajeno y desconocido. Lucía solo va a heredar los negocios y los bienes legales.

Tania no pudo dejar de reírse sin ningún rubor y dijo:

–Lo dices tan serio que me da la risa.

Yo también me reí, Lucía ayudó quitándole tensión.

–Desde luego, sois unos cabrones –comentó.

–Continúa, Garrincha, te escuchamos –dijo Tania.

–Necesitamos tiempo para reciclarlo todo, pero ya les adelanto una cosa: si Aitor está de acuerdo, por nuestra parte no hay inconveniente.

–Si aportáis negocio, Aitor estará conforme –dijo Lucía.

Era curioso, pero no protestaron cuando nos referíamos a ellos mismos metidos en el negocio de las drogas; cada vez estaba más claro y terminé diciendo:

–Estudiaremos lo de la inversión, cuatro millones me siguen pareciendo muchos y, por supuesto, las pruebas las queremos antes de cerrar el acuerdo.

Me fijé y vi que Tania y Alex respiraban tranquilos, su plan seguía adelante; para nosotros mucho mejor, tendría más tiempo y seguridad para hacer lo más conveniente.

–Tomás, Lucía, creo entenderos. La propuesta os encaja y ahora se trata de gestionar vuestros asuntos. Adelantárselo ya a Aitor, con él deberán negociar nuestros colegas y eso no se improvisa –dijo Tania.

–Estamos a jueves, os llamamos antes del martes y concretamos una reunión para la próxima semana –les dije.

–Si os parece, nos orientamos hacia el jueves, venimos de Londres y a veces hay problemas. Paralelamente queremos una reunión con Aitor, si es antes mejor. Irá la persona encargada de todo esto, ya se conocen, coméntenselo. Si quiere en Madrid, perfecto, pero en Bilbao tampoco hay problema.

–Hablabamos con él. ¿Contactamos con Cárdenas para fijar las reuniones?

–No, directamente conmigo –saltó Tania–. Te voy a dar el número de un móvil virgen. Llámame a ese teléfono, pero tampoco te explayes demasiado.

–Tania, me conozco estos temas.

–Perdona, a ti no te voy a dar clases –dijo ya sonriente y mucho más tranquila.

–Yo te voy a dar otro mío, pero antes de llamar me mandas un mensaje directo a esta cuenta de Twitter, mensaje, no un tuit.

–Sí, conozco cómo funciona.

–Deja pasar por lo menos media hora, y luego llamas. Sí, no te lo voy a coger, te envió otro mensaje con una serie de dígitos, el tiempo que tardaré en cogerte.

–De acuerdo, firmaré con TK, Tania Kalinka.

Terminamos de cenar hablando de cosas banales y, aunque yo estaba meditabundo y algo apagado, Tania derrochó energía e interés, hablándonos de Londres, de San Petersburgo, de Moscú, de Mourinho, de Abramovich, en fin, habló sin parar ayudada por el vino tinto y por un

gin-tonic que se ventiló en menos de un minuto y repitió al momento; los rusos beben mucho y no es ninguna leyenda.

Lucía y Alex, como si fueran de otra generación, unos colegas de la universidad, tuvieron una conversación más pausada, mientras Alex seguía metiendo fichas con Lucía. Yo le seguía la conversación a Tania, pero no podía dejar de pensar en el nuevo escenario. Me hubiera gustado estar en otra situación porque Tania, además de ser una mujer muy atractiva, irradiaba una fuerza y energía fuera de lo normal. Si era una *crack* en los negocios, también podía serlo en el mundo criminal.

Nos despedimos allí mismo pero antes Tania, con ese punto de euforia que da el alcohol, con desparpajo y sin el menor rubor, propuso un brindis.

–Como vamos a ser socios y a trabajar juntos, os propongo un brindis: ¡Por Kalinka! ¡Por Garrincha! ¡Por Lucía!

–¡Por Alex! ¡Por Tania! –dijo Lucía evitándome pasar ese mal rato.

Todos chocamos nuestras copas y, besándonos amigablemente, nos despedimos.

–Por favor, esto es un disparate –dijo Lucía mientras nos dirigíamos dando un paseo hacia su casa.

–Impresionante; es de no creer, serán hijos de puta. Saco dos conclusiones y las dos nos favorecen. La primera, el chivato se ha guardado las pruebas incriminatorias hasta cobrar o, por lo menos, hasta estar seguro de ello.

–Así que si desaparece el chivato... Pero qué listo eres, Tomasín, te quiero.

–Lucía, por favor...

–Protesta, pero es la verdad.

–Continúo, petarda. La segunda es la propuesta de entrar en el negocio de Aitor. Es ingenioso, está bien pensado y lo mejor es que nos libera de todo. Tú no ibas a participar en ningún caso, ¿de acuerdo?

–Mira que eres pesado; de acuerdo.

–Y, además, los tenemos pillados. Si antes podían mantener el chantaje en el tiempo, ahora siempre los podremos amenazar con contarle todo y se frenarán.

–Sí, pero necesitaremos pruebas, ellos no van a estar en él.

–Desde luego, pero Aitor nos puede ayudar, a él también le interesa. Los tendremos pillados, no lo dudes.

–Garrincha, ya lo sabes, estoy contigo a tope.

–Oye, por cierto, Alex se derretía por tus huesos.

–Ja, ja. ¿Tanto se notaba?

–Me he dado cuenta yo, imagínate.

–Lo dejaremos en la reserva, igual lo necesitamos y debo seducirlo.

–Uuufff, será muy difícil.

–Ja, ja, ya lo creo. Pero, contéstame, ¿qué vamos a hacer?

–Déjame pensarlo, las prisas nunca son buenas consejeras. Vamos a descansar este fin de semana, y hablamos en unos días; además, nos faltan algunos datos, como quién es el chivato, y este es decisivo.

–Si quieres me acerco por Bilbao, probablemente vaya para ver a Eduardo.

–Me parece bien, estamos en contacto.

–¡Alex, por favor! ¡Todavía sigues empalmado!

–Pues no mires. Me ha gustado, no te voy a engañar.

–Ya, si me he dado cuenta perfectamente; pero venga, impresiones, ¿cómo ha ido?

–Bien, bien. En cuanto han oído lo de entrar en el negocio de narcóticos, todo ha cambiado. Les ha gustado, no pierden nada, ellos no iban a estar y rebaja mucho su aportación.

–Sí, pero algo no me gusta, Garrincha es muy listo. ¡Cómo vale ese hombre! Está centrado en conocer nuestras pruebas en todos sus detalles –comentó Tania.

–En todo caso, hemos salido bien. Cuando cerremos el trato, se lo decimos y ya está; es lógico.

–Pero sabe, o intuye, la verdad. No las tenemos, nuestro confidente todavía las guarda.

–Antes de pagar las va a tener, y eso será suficiente.

–Salvo que se lo cargue, entonces no tenemos nada.

–Ellos no saben quién nos está informando.

–No me fio de Tomás, es un *killer*. No tardó nada en descubrir a los de la discoteca y en responder. Me gusta ese hombre, ojalá estuviera en nuestro lado.

–Vamos a esperar, otra cosa no podemos hacer. Va a salir bien, ya lo verás.

–¿Y si alertamos al topo? –comentó Tania.

–No lo sé, igual se asusta, se echa para atrás y nos quedemos sin nada.

–Tienes razón, mejor esperar. Llamarán y antes no harán nada.

28. VIERNES 2 DE JUNIO MARÍA UCELAY Y LUCÍA EN EL «LHARDY»

Lucía durmió bien esa noche, cayó rendida y con buenas sensaciones. Ni un mal pensamiento discurrió por su cerebro, como si su futuro estuviera encarrilado y solo necesitara aprobar el curso. No se despertó en toda la noche; lo hizo el sol cuando se coló por las rendijas de las persianas a las ocho de la mañana.

Cuando estaba desayunando, recibió una llamada en su teléfono móvil de un número desconocido. Respondió y se encontró con la voz de María Ucelay:

–Lucía, guapa, le he pedido a Eduardo el número de tu móvil, no te importa, ¿verdad? ¿Estás estudiando?

–Encantada, María, estoy desayunando, todavía no me he puesto a estudiar. Dígame.

–He llegado esta mañana a Madrid para ver a la familia y de paso, si no tienes compromisos, me gustaría invitarte a comer.

Lucía pensó con rapidez, y no le dejaba mucha opción. Le extrañó, pero no podía negarse.

–Estoy preparando los exámenes, aunque siempre paro un rato a la hora del almuerzo; me parece estupendo.

–No te voy a entretener mucho, comemos algo ligero y vuelves a hincar los codos.

–¿Dónde le parece que quedemos?

–Cerca de donde vives, en la carrera de San Jerónimo, está el «Lhardy»; es un clásico, a mí me encanta.

–Lo conozco, mi padre me llevó alguna vez, aunque no tomaré el cocido, ayer lo comí en La Daniela.

–Ni color con el del «Lhardy», tú te lo pierdes. ¿Te parece a las dos? Yo reservo.

–Allí estaré, María.

Cuando acabó la conversación, a Lucía le pareció todo un poco forzado. Esta llamada tenía algún objetivo, no le parecía una mera invitación de cortesía. Pensó en llamar a Eduardo, pero era mejor dejarlo así.

No iba a tardar mucho en saberlo.

El restaurante «Lhardy» es uno de los más antiguos de Madrid, su presencia nos ha acompañado durante tres siglos distintos. Abierto en 1839, era la época de la Reina Gobernadora, María Cristina de Borbón, cuarta mujer de Fernando VII, y poco después del abrazo de Vergara entre el general carlista Maroto y el liberal Baldomero Espartero, príncipe de Vergara y duque de la Victoria.

«Lhardy» fue una institución en aquel Madrid. Se contaba que Isabel II se escapaba de palacio para poder comer bien y durante estos siglos se ha mantenido en primera fila. Aquella era una zona de Madrid con mucho sabor, que nos ha dejado a lo largo de la historia sucesos inolvidables. Dos jefes de gobierno fueron asesinados allí cerca. A solo unos metros, en la calle del Turco, le dispararon a don Juan Prim, conde de Reus y héroe de Castillejos, cuando acababa de salir del Congreso de los Diputados y se retiraba en su berlina tirada por caballos; murió unos días después, el 30 de diciembre de 1870. Acababa de traer a España a Amadeo de Saboya, quien debía ser el futuro rey de España. Años después, un 12 de noviembre de 1912, al lado del «Lhardy», junto a la Puerta del Sol, cuando estaba parado en el escaparate de una librería, fue acribillado a balazos don José Canalejas, liberal, también Presidente del Gobierno.

En el restaurante «Lhardy», con una decoración de estilo romántico y una fachada de madera de caoba traída de Cuba, además de ser parte de la historia de Madrid, se comía muy bien.

La primera en llegar fue Lucía y esperó tomando un caldo en la planta de abajo. Había estudiado muy poco por la mañana y hoy quería cuidarse; no probaría el alcohol y en una hora esperaba volver a estar en su mesa de trabajo. María llegó puntual y sin más subieron al primer piso, donde tenían reservada la mesa.

–Vaya casualidad que ayer tomaras cocido. Para mí el de aquí es el mejor. Hay quien encuentra los garbanzos un poco secos, pero yo siempre los he tomado así y en cuanto tengo ocasión vengo por aquí.

No hizo falta el comentario porque el personal la saludó de forma cariñosa y el metre se dirigió a ella y le dijo:

–Señora Ucelay, da gusto verla otra vez por nuestra casa; todos seguimos a su nieto triunfando en Bilbao, gran equipo el Athletic, ya tendrá tiempo de volver al Madrid.

–Muchas gracias, Valentín, estamos muy contentos.

–A usted no necesito preguntarle, el cocido madrileño. ¿Y a la señorita?

Miró la carta y pidió una menestra de verduras y un rosbif.

–¿El vino de la casa? –preguntó Valentín.

–Sí, sácanos el vino de la casa y una botella de agua sin gas.

–Yo tomaré solo agua, la tarde la tengo para estudiar.

–Me parece muy bien.

María miró a Lucía sin decir nada, sonrió y enseguida entró con la directa puesta.

–Lucía, tenía ganas de estar contigo, y he aprovechado este viaje para llamarte. Estoy muy preocupada, necesito contarte una serie de cosas francamente graves y mi último deseo es que lleguen a oídos de Eduardo.

María debió de notarlo, porque Lucía cambió de expresión de inmediato y, aunque intentó

disimularlo, el pavor hizo acto de presencia en su rostro.

–No me asuste. Si tiene que ver con mi padre, apenas sé nada de sus negocios. Tuvo especial cuidado en ocultarlos y todo lo de la herencia lo llevan los abogados.

La miró y supo perfectamente cómo se sentía Lucía. Estaba pillada y lo iba a aprovechar. Se lanzó a tope.

–Lucía, no te puedo decir quién pero, créeme, la información es de total garantía. Hay una operación en marcha para chantajearte. Una gentuza tiene información muy comprometedoras de tu padre, de ti y de un personaje con un nombre raro, como el de un antiguo futbolista brasileño.

María se paró un momento, esperando a Lucía, pero esta no pronunció el nombre de Garrincha y solo dijo:

–Continúe, la escucho.

–Según me dicen, el trato es: o pagáis tú y el otro, dinero, mucho dinero, no sé cuánto, pero millones, o se lo cuentan todo a la policía. Eso conllevaría acabar durante muchos años en la cárcel y, por supuesto, olvidarte de Eduardo para siempre. ¿Estoy en lo cierto, te suena?

–Vamos a ver, ¿sus informantes son de fiar? ¿Para qué se lo han contado?

–Son de fiar y quieren ayudarte. Pueden acceder a los chantajistas y pararles los pies, pero no saben cómo está la situación: si ya han contactado con vosotros, cuánto dinero han pedido, los plazos, cuál es la amenaza concreta...

–Dígame quiénes son, hágame el favor.

–Ha sido una condición previa, no puedo. Se iría todo al garete y mi último deseo es perjudicar a mi nieto. Están bien situados en el mundo del fútbol aquí y en Londres. ¡Ah!, y me han exigido discreción total por tu parte. Ni Eduardo, ni ese con apellido brasileño, ni nadie se puede enterar.

–¿Y ahora cuál es su pretensión? –preguntó Lucía subiendo el tono y con un enfado evidente.

–Vamos por partes, yo, como comprenderás, estoy para ayudar; menudo disgusto me he llevado. Eduardo está superenamorado y esto lo podría hundir.

–María, no lo digo por usted, estoy muy agradecida por su interés –dijo manteniendo su gesto de enfado.

–Lo del chantaje ya está en marcha, solo necesito mirarte a los ojos para saberlo.

Lucía se lo pensó unos segundos, pero al momento se dio cuenta del sinsentido de negarlo.

–Sí, es cierto, nos están chantajeando a mí y a Tomás Garrincha, un buen amigo de mi padre, y más o menos lo ha dicho usted: o pagamos mucho dinero o, si no, se chivan a la policía.

–Continúa, te escucho –dijo María cuando se calló Lucía.

–Al principio bastaba con dejarlo con Eduardo. Según decían, si se sabía lo de mi padre, le podría perjudicar. Me negué totalmente y descubrí la verdad: quieren dinero, mucho dinero, y en eso estamos.

–Pero, entonces, ¿tienen algún interés en Eduardo? Si no, no comprendo.

–Claro, son los propietarios de sus derechos, un grupo de origen ruso, se llama Kalinka y tiene la sede en Londres.

–¿Ellos son los chantajistas?

–Los mismos, pero ¿no se lo han dicho a usted?

–No me han concretado tanto, pero todo coincide. Lucía, tú eres la novia de mi nieto y te voy a apoyar. ¿Cuánto dinero te han pedido? ¿Tienes algún plazo? ¿Dónde hay que entregarlo?

–El importe del dinero está por cerrar, pero calcule entre cuatro o cinco millones de libras, y se paga por medio de una inversión en sus empresas. Tomaremos una participación de un 30%, vamos, todo un montaje camuflado de inversión mercantil.

Lucía no quería hablarle de blanqueo ni de dónde vendría el dinero; ni, por supuesto, del negocio de narcóticos. Pero, sobre todo, quería guardar para sí la información sobre los crímenes.

–¡Ah! María, no me preguntes por el contenido del chantaje, son cosas de mi padre y yo no las conozco pero, según me dicen, me pueden pringar. Y en cuanto al plazo, todavía no hemos dado la conformidad; el importe es una barbaridad y estamos en ello. Pero, María, ¿tu gente cómo nos puede ayudar?

–¡Mujer! Se trataría de no pagar o rebajar mucho la cantidad. Según dicen, pueden conseguirlo. Por cierto, cuando hablas en plural te refieres a ti y a *Galincha*, no hay nadie más, ¿verdad?

–No. María, me da miedo, no vaya a ser que por meterse se vaya todo al traste y acabemos en la policía o en el juzgado. Por ahora es mejor dejarlo. ¿Podría hablar yo con ellos?

–Eso es imposible, vamos a hacer lo siguiente. Primero, lo hablado entre nosotras no sale de aquí; ni al tal *Galincha* ni a Eduardo, ¿de acuerdo?

–Por supuesto. ¿Cómo se lo voy a decir a Eduardo? Se muere del disgusto.

–Desde luego, pero a *Galincha* tampoco. Me han advertido que, si lo haces, ellos hablarán con Eduardo.

–No voy a decir nada, pero no lo entiendo, parecen también unos chantajistas –dijo Lucía bastante nerviosa.

–Lucía, no digas eso, estos no quieren perjudicaros; al contrario, se están ofreciendo para ayudaros, pero quizás no se fían de *Galincha*.

–Siga, no quería cortarla.

–Podemos actuar de la siguiente forma. Esta conversación queda entre nosotras, el chantaje está en marcha, sin una cantidad fijada, y sin un plazo de entrega, no transmitiré nada más.

–María, quédese ahí, no pida nada, no quiero más complicaciones.

–Por mí no hay problema, pero van a querer estar al tanto de cómo transcurren los acontecimientos.

–Yo puedo informarle a usted de las novedades pero, se lo ruego, no quiero ninguna gestión sin mi autorización. Entre nosotras, si puedo rebajar la cantidad y *Garrincha* me ayuda, el importe a pagar nos lo podemos permitir, y yo conservaría a Eduardo. Para mí es lo más importante en mi vida; por eso no quiero dar ningún paso en falso y estropearlo todo –dijo con suficiente seriedad y cara de pocos amigos. La abuela lo entendió perfectamente.

–Lucía, te entiendo y tienes razón. Al final, el dinero solo es un bien fungible, si se tiene se gasta y no pasa nada. En cambio, el amor o la libertad si se van, tardan mucho en volver, si es que ocurre alguna vez.

–Pero, María, sigo sin entender el interés de sus amigos en esta historia; se me está escapando algo.

–No son mis amigos. Es gente de negocios y del fútbol, y no les está gustando, como es lógico, la extorsión; si han contactado conmigo es para ayudar a Eduardo y a ti, no para estropearlo más.

La comida se le había pasado a Lucía sin darse cuenta y deseaba irse a casa, descansar un rato y ponerse a estudiar otra vez. Qué extraño era todo. Qué conversación más rara. Siguieron de charla un rato. María le habló de los padres de Eduardo, de sus primos y hermanos, y las anécdotas las contaba muy bien, consiguiendo dar cierta normalidad a esta pesadilla de comida.

Cuando llegó a casa se tumbó en el sofá y empezó a darle vueltas a todo. No sabía si contarle algo a *Garrincha* o no, tenía argumentos para una cosa y la contraria. Al final decidió esperar unos días antes de tomar una decisión. Quería saber cuál iba a ser el siguiente paso y conociendo a *Garrincha* podía esperarse cualquier cosa.

No quería añadir más problemas. Se fiaba de él y eso era lo importante.

29. SÁBADO 3 DE JUNIO

TERESA Y GARRINCHA EN BILBAO LA VIEJA

Era sábado y amaneció lloviendo. No sé si sería un presagio de algo, pero el día era muy oscuro y las nubes cubrían Bilbao, impidiendo cualquier atisbo de ver los rayos de luz colarse entre ellas. Necesitaba encontrarme a solas con mi caña y con la ría; casi lo prefería así, estos días me permitían estar solo sin el incordio de la gente paseando. Me puse ropa de agua y bien pertrechado me dirigí hacia el final del barrio de Olabeaga; allí no había nadie y eso se agradecía.

Ya eran las siete de la mañana y la víspera me había ayudado de un Valium 5 para poder dormir bien. Regresé de Madrid a primera hora de la tarde y la reunión con los rusos se aparecía en mi memoria con todos sus detalles, una y otra vez.

Aunque todo había salido mejor de lo esperado, las cuestiones realmente decisivas estaban por decidir y me iba a corresponder a mí tomar las decisiones; no me podía equivocar. Las tomaría en soledad y, a excepción de Lucía, para el resto del mundo no dejaría de ser una sospecha indemostrable. A Teresa le conté la reunión, evitando llegar a conclusiones innecesarias; estaba optimista y veía en el pago-inversión, así como en la entrada de Kalinka en el negocio de las drogas, el fin a nuestros problemas. Para ella el dinero era lo de menos, y tres o cuatro millones a repartir entre Lucía y yo no le parecía una mala solución.

Suele pasar que, cuando te haces a un desastre, cualquier salida, aunque sea injusta, te parece estupenda; y no le faltaba razón. En esto coincidía plenamente con Lucía. Yo seguí sus razonamientos y le di la impresión de que estaba de acuerdo porque, además, Teresa no veía ninguna otra solución. El fin de semana me lo quería tomar con tranquilidad, intentar despejarme, descansar y no precipitarme. No llamaría a nadie y tan solo la llamada del Francés era importante.

La brisa no era muy fría, pero era intensa y se notaba bastante. Cuando lancé el sedal, con el anzuelo y el cebo, sujeté bien la caña en la barandilla y comencé a realizar ejercicios para desentumecerme y entrar en calor. La mente la tenía bastante despejada y la situación se me aparecía con bastante claridad; me faltaban pocos datos para tener una visión muy completa del *affaire* y mi colega francés me lo podía completar de un momento a otro. Solo había dos opciones. Una, pagar. Le propondría a Lucía hacerlo a medias y aunque no lo había hablado y ella aceptara pagarlo sola, en este mal negocio estábamos los dos pringados y acabar bien nos interesaba por igual. Con el pago les daríamos la entrada en el negocio de narcóticos. Eso a nosotros nos daba igual, a Lucía ya se le habían pasado las dudas, y en cambio nos venía muy bien para articular un contrachantaje, el mejor seguro para el futuro.

La segunda opción también estaba clara: si descubriamos quién era el chivato, limpiarle el forro. La información sobre la matanza de Otañes y los nombres de los participantes eran la garantía para cobrar su parte. Si la adelantaba, ya solo dependía de la generosidad de Kalinka.

Los plazos apremiaban y no podía demorarme mucho; me arriesgaba a que Tania se adelantara, y entonces esta opción solo serviría para dar ejemplo y no solo se trataba de eso. Limpiarle el forro a tiempo resolvía el asunto para siempre, la fuerza del chantaje desaparecería y Kalinka se

retiraría, con el rabo entre las piernas, a sus cuarteles de invierno en Londres. Para evitar posibles venganzas, se les podía dejar entrar en el negocio de narcóticos; así estarían controlados y se olvidarían de hacer cualquier tontería. En nuestro mundo se sabría y se tomaría nota, nuestra reputación no se resentiría, sino todo lo contrario. La policía, si lo hacíamos bien, más allá de las sospechas no tendría nada contra mí y se quedaría quieta; jodida, pero quieta; y Lucía y Eduardo seguirían con su relación mientras les durase.

Pero todo era teoría y la realidad, cuando se imponía, te podía jugar malas pasadas. Otro fiambre tampoco era plato de buen gusto, aunque se lo mereciera; no era fácil acertar. La lluvia empezó a cesar y el sol aún tímido se colaba entre las nubes y comenzaba a templar el ambiente. Como si salieran de la niebla, el paseo se llenó de gente y, sin pretenderlo, empezaban a molestar. Recogí la caña y la cesta, y me dirigí tranquilamente hacia mi casa.

Teresa acababa de desayunar y estaba preparándose para ir a abrir la tienda. Me apetecía hacer algo juntos y le propuse recogerla al mediodía y comer en un restaurante recién abierto en Bilbao La Vieja. Le pareció un buen plan y antes de salir me dijo:

–Me cojo la tarde libre, Maite puede quedarse sola, no hay ningún problema. Entre los dos nos podremos quitar mejor esos nervios, ya lo verás.

–Perfecto, podemos ir al cine, hay una película española, *El hombre de las mil caras*, con buena pinta. Es sobre un espía de verdad muy cutre, Paesa, y la fuga de Roldán. Puede estar bien.

–No se hable más, encárgate tú de las entradas.

–Venga, te recojo a la una y media, así nos da tiempo de tomar un vermut en Peso Neto.

–Ven antes, te espero a la una y así vamos dando un paseo.

Cuando se fue Teresa, me tomé las cosas con mucha calma y me pasé buena parte de la mañana desayunando y acicalándome. De vez en cuando miraba mi teléfono móvil, mi cuenta de Twitter, y comprobaba su inactividad. Acabé la novela de Dennis Lehane y pensé en cuándo y cómo la llevarían al cine; me temía que el papel de Joe Coughlin se lo dieran a Ben Affleck. Cada vez me cargaba más y no sabía por qué le daban tantos papeles de ese tipo; si no fuera por la edad, Robert de Niro o Al Pacino estarían fantásticos.

Salí con tiempo para ir a la Alhóndiga, un antiguo almacén de vinos reconvertido en un gran centro cultural donde se encontraban varias de las pocas salas de cine aún en funcionamiento en Bilbao.

Siempre que podía, mis traslados por Bilbao los hacía andando y buena parte de mi ejercicio lo realizaba con largas caminatas sobre el asfalto. Como tenía tiempo, fui tranquilamente por todo el paseo de Abandoibarra, junto a la ría, y me acerqué hasta el Museo Guggenheim, desde donde me incorporé al centro de la ciudad. Por la calle Iparraguirre subí hasta la Alhóndiga y allí, accediendo por el inmenso vestíbulo en sombra permanente, bajé a las salas de cine; a las siete y media había una sesión y me pareció una buena hora.

Desde allí me acerqué a Coco Palmer y vi cómo Teresa me esperaba sonriente en la puerta; me dio dos besos en la acera, se despidió de Maite y nos pusimos en marcha hacia el barrio de Bilbao La Vieja.

–Ya tengo las entradas, es a las siete y media.

–Muy bien. ¿Cómo se llama el restaurante?

–«Happy River». No lo conozco, pero debe de estar bien. Gente joven, ambiente moderno y algo *cool*.

–¡Mariiiiiiiiiido! Mayores no somos, pero *cool*...

–¿No me ves *cool*? Qué poco me conoces.

–Seguro, no digas más. ¿Por dónde cae?

–Cerca de donde estuvo «El Perro Chico», yendo desde la iglesia de la Merced y subiendo hacia Marzana.

–Me hago una idea, no había oído hablar de él, ya me apetece conocerlo, *míster cool*.

Bilbao La Vieja, antiguo barrio chino en el que los cabarets y la prostitución coparon todo durante gran parte del siglo XX, sufrió una decadencia atroz al final del siglo pasado, convirtiéndose en un gran supermercado de la droga; allí se instaló el monopolio de la heroína, las putas fueron desapareciendo poco a poco y los cabarets también eran historia. En el barrio predominaban, según las zonas, magrebíes, negros y mucha variedad dispersa, incluida una importante comunidad gitana; también había nacionales, aunque pasaban más desapercibidos. En los últimos años, el comercio y la hostelería se estaban abriendo paso con ofertas modernas, algunas rompedoras, atrayendo a mucho personal del resto de Bilbao.

Santiago, el dueño de «El Perro Chico», y Rafa, el cocinero, habían sido amigos nuestros y en la última época Teresa y yo éramos muy asiduos. Recordaba perfectamente cómo estando pescando con Rafa, justo debajo del restaurante, me contó, recién secuestrada Lucía, que había estado cenando unos días atrás con unos italianos y un gigante macarra; así me puso, sin saberlo, detrás de la pista buena. Luego «El Perro Chico» desapareció y Santiago falleció, y las dos cosas juntas me hacían sentirme huérfano cuando iba por esa zona.

No pude resistirme a llevar el teléfono móvil clandestino, eran muchas horas y el Francés podía llamar en cualquier momento. Fuimos paseando hasta la plaza de Zabalburu y desde allí entramos en el barrio por el puente de Cantalojas y la calle San Francisco. Numerosos jóvenes de color estaban ociosos en la zona que rodea a la estatua del Doctor Fleming, y también en los alrededores y las puertas de los bares cercanos. Teresa me agarró fuerte, porque nunca se acostumbraba, pensando siempre en un posible incidente. A mí me pasaba al revés, yo siempre me encontraba a gusto, y era algo en común con todos aquellos que, de una u otra forma, estábamos cerca del delito.

Entramos por la calle San Francisco; era la principal y partía en dos el barrio, con un predominio de magrebíes a su izquierda, hacia la ría, y gente de color a su derecha, hacia la calle las Cortes.

Pasamos por el Berebar, lugar emblemático y siempre animado, un clásico de las novelas de Jon Arretxe y su detective Touré; y, siguiendo la calle, locutorios, peluquerías donde te hacían trenzas floridas, pastelerías árabes, carnicerías por el rito musulmán y un comercio variado acompañado de personal apoyado en sus puertas y ventanas cuyo oficio era casi siempre dudoso.

Al llegar a la iglesia del Corazón de María, la plaza y el Museo de las Reproducciones, el barrio empezaba a cambiar y se hacía más amable. Pasamos por la Viña de San Francisco, que había regentado durante muchos años una bella mujer, fiel retrato de Vicky Lagos; desde allí, si girabas hacia la ría, te encontrabas con varios restaurantes y locales muy apetecibles. Seguimos por San Francisco hacia el Puente de San Antón y, tras dejar a la izquierda Dando la Brasa, llegamos al final de la calle, donde yo quería tomar el aperitivo.

El Peso Neto era un local relativamente reciente, con una decoración sencilla y con mobiliario de café antiguo, cómodo y con luz. Pero, sobre todo, me gustaba su vermut de grifo que, como si fuera una caña de cerveza, te lo echaban generosamente sobre un vaso con una aceituna verde y unos hielos. A Teresa la había aficionado yo, y ambos nos lo tomamos, con unas olivas negras preparadas, junto a uno de los ventanales, disfrutando de las vistas a una zona de la Palanca cada vez más animada. Repetimos el vermut y salimos caminando entre callejuelas, descubriendo nuevos bares con terrazas; pasamos por el antiguo «El Perro Chico» y alcanzamos el «Happy River».

Aquella zona, junto a la ría, con el mercado de la Ribera, el puente de San Antón y el casco viejo de Bilbao, era una de las más mejoradas y bellas de la ciudad. Tenía mucha luz y mucha fuerza, con unos edificios cuyos perfiles se reproducían en la ría, generando contrastes de luz y color espectaculares. Además, el personal era multicolor, y el ambiente contrastaba con ese Bilbao clásico, elegante, funcional y aburrido predominante en el centro, muy cerca de allí. Aunque aparentemente los dos estábamos a gusto y tranquilos, yo no dejaba de acordarme de mis cosas; el Francés seguía sin enviarme ningún mensaje a mi cuenta de Twitter y esta situación de espera me tenía nervioso.

El «Happy River» estaba encima de la ría, entre la antigua iglesia de la Merced –hoy lugar de conciertos de rock y eventos culturales alternativos– y el ya desaparecido «El Perro Chico», mi restaurante favorito.

Era muy amplio, con una decoración rompedora, *cool*, entre sofás diversos con sus almohadones, vegetación colgante, loros y cacatúas; tiestos con plantas en el techo y unos termos de agua caliente colgando por encima de nuestras cabezas.

Las mesas junto a los sofás eran de diferentes alturas y tamaños y, como las sillas, también eran distintas unas de otras; y todo con mucho color, entre hamacas, mármoles y luces de verbena. La barra era larga y hermosa, con muchos grifos de cerveza y allí también se podía tomar algo.

Tenía una amplia terraza cubierta, y en esta época del año era especialmente agradable. Desde una esquina de la terraza, con la ría y el Casco Viejo enfrente, y con el Mercado de la Ribera a un lado, estábamos muy a gusto.

El personal y la clientela eran jóvenes, se reían animados y nos hacían sentirnos viejos a Teresa y a mí, tradicionales, cuando apenas nos habíamos alejado de los cuarenta.

Para comer, había un poco de todo; desde una carta japonesa apetecible hasta platos locales tradicionales. Comimos sin grandes pretensiones y empezamos por unas algas y unas patatas bravas, para luego pasar a unos tacos de atún rojo bastante logrados; pero lo que más nos gustó fueron los cócteles que acompañaron la comida. Elegimos La Mula de Moscú, y aunque lo recordaba, no sabía dónde lo había probado. Nos encantó este combinado de vodka, cerveza de jengibre y lima.

Se nos iba el tiempo contemplando las evoluciones de la gente y yo seguía con mis pensamientos, sin querer desvelárselos a Teresa. Ella me observaba y sabía en qué estaba pensando pero, aun así, la veía tranquila. Repetimos y cuando salimos ya teníamos media castaña.

Nos dirigimos hacia el centro, Teresa quería pasar un momento por la tienda antes de ir al cine, y comprobar cómo había transcurrido la jornada.

Justo cuando dejábamos el restaurante comprobé mi cuenta de Twitter y allí tenía un aviso. Era el acordado con Etcheverry y eso significaba una llamada en pocos minutos. Se lo dije a Teresa y asintió sin comentar nada; al cabo de un rato, sonó mi teléfono y lo cogí:

–¡Camarada! ¿Cómo estás?

–Bien, esperando tu llamada.

–Me lo imaginaba; ya lo tenemos.

–¿Seguro?

–Sí. Cuando hablamos el otro día estaba casi seguro, pero no quise decirte nada. Hoy ya lo estoy, lo hemos cazado.

–¿Mucha sorpresa?

–No, yo no lo conozco, pero a ti te sonará.

–¿Cuándo nos vemos

–Estate mañana a la una del mediodía en la calle Ledesma, en la terraza del «Lobster», un

restaurante.

–Lo conozco. ¿Vendrás tú?

–No, estará un conocido, él te explicará todo. Cuando te salude dirá: «Recuerdos del general De Gaulle».

–¡Je, je! Me voy a sentir muy importante.

–Respecto a la información, te lo piensas y luego me dices.

–¿Mañana?

–No, pero cuanto antes mejor.

–Te entiendo. No me demoraré. Muchas gracias, Jon.

–Me debes otra, Garrincha. Ya sabes, yo las apunto.

–Lo sé y me parece bien.

Teresa me preguntaba levantando la barbilla y arqueando las cejas.

–El Francés, tiene información; mañana me contarán, puede ser importante.

No quise ser más preciso y Teresa, con buen criterio, siempre lo hacía así, evitó preguntar y menos aún insistir. Nunca pretendió incorporarse a mi mundo, echarse encima conflictos de conciencia o ir más allá de esa nebulosa donde solían quedar mis actividades de dudosa legalidad.

Estábamos cerca de Coco Palmer y entró en la tienda. Saludó a Maite mientras esta atendía a dos mujeres que se probaban ropa en el fondo de la tienda. Con un gesto Maite le dio a entender que todo iba bien, y Teresa se limitó a comprobar en la caja el dinero y los tiques de las tarjetas de crédito.

–Maite, cierras tú, me voy al cine con Tomás. Buen fin de semana.

–Lo mismo digo, Teresa.

Desde la calle comprobé cómo estaba cambiando el comercio de una de las zonas más punteras de Bilbao. Sin saber muy bien por qué, las tiendas de gafas y las perfumerías se estaban haciendo con la mayoría de los locales, en detrimento de las tiendas de ropa. Cuando se lo comenté a Teresa, me confirmó mi impresión, aunque ella no estaba notando un descenso de ventas, al contrario, su negocio funcionaba cada vez mejor. Ahora estaba muy encima de la nueva tienda de San Sebastián y quería poner fecha a la apertura. Se llamaría también Coco Palmer y yo la ayudaría en la elección del personal; necesitaba dos chicas desde el principio y, como ella no iba a estar a diario, no quería equivocarse.

Al final llegamos muy justos al cine, cuando estaban acabando los anuncios. *El hombre de las mil caras*, de Alberto Rodríguez, tenía como protagonista a Francisco Paesa, un espía impresentable –por el que sentía curiosidad– que acabó simulando su propia muerte con una esquela en el periódico *ABC*.

La historia desarrollaba la fuga de Luis Roldán, el que fuera Director General de la Guardia Civil; aunque Marta Etura me gustaba mucho y Coronado lo hacía bien, no consiguió interesarme demasiado. A Teresa le pasó lo mismo.

Cuando salimos, nos fuimos dando un paseo hacia casa; aunque llevábamos todo el día andando, a ninguno de los dos se nos ocurrió coger un taxi. El día siguiente era domingo y podía ser un día importante; me correspondía a mí tomar la decisión. No me gustaba, pero ciertas cosas no se podían consultar. A pesar de todo dormí bien, y no tuve pesadillas ni sobresaltos.

30. DOMINGO 4 DE JUNIO UN NEGRONI EN LA PLAYA DE EREAGA

Ese domingo por la mañana, Sara y Fabretti tenían obligaciones familiares de carácter deportivo con Rebeca y David. Los hijos de Sara solían organizarse ellos solos, pero hoy debían acercarlos a sus competiciones deportivas; David jugaba un partido de hockey hierba en Jolaseta y Rebeca de fútbol en Urduliz.

Se despertaron pronto y, cuando estaban preparando los desayunos, a Miguel le sonó su teléfono móvil. Vio el nombre de María Ucelay en la pantalla; era una buena señal, apuntaba a noticias de Lucía.

–¡Grandullón!, ¿cómo estás?

–Muy bien, María, estábamos deseando tener noticias tuyas.

–Es domingo y me daba apuro llamaros, pero las tengo y querréis saber algo.

–Ha hecho bien en llamar.

–Estuve el viernes comiendo con la chica en Madrid, volví ayer por la noche y estoy a vuestra disposición.

–¡Vaya eficacia! ¿Estuvo bien? ¿Pudo hacerla hablar?

–Sí, confirma todas vuestras sospechas. Pero, Miguel, si no te importa, prefiero tratarlo personalmente. Estoy en casa, pero puedo acercarme por Bilbao.

–Salimos enseguida para Getxo y Urduliz. ¿Le parece bien a eso de las doce en el Marítimo?

–Hoy domingo estará muy concurrido, los socios nos conocemos todos y llamará la atención; los camareros ya os vieron el otro día, mejor en otro sitio.

–Elija usted, conoce mejor la zona.

–¿Te parece Tamarises, en la playa de Ereaga?

–Perfecto, a las doce nos vemos en la barra. María, esta vez, como es domingo, la acompañaré con un *dry martini*.

–En Tamarises preparan mejor el *negroni*, te lo recomiendo, ya lo verás.

–Usted manda, me tomaré un *negroni* encantado.

Sara entró en la cocina justo cuando Fabretti acababa la conversación.

–Nos vemos con María a las doce en Tamarises. Ya ha estado con Lucía.

–¿Te ha adelantado algo?

–Lucía ha hablado y ha confirmado «nuestras sospechas», palabras textuales, pero prefiere comentarlo personalmente.

–Bueno, vamos a darnos prisa, no andamos sobrados de tiempo y Rebeca, como siempre, sigue pegada a las sábanas.

Los inspectores organizaron todo con los chavales y pudieron llevarlos en hora a sus respectivos partidos. El padre de una de las chicas se ofreció a llevar a Rebeca a Jolaseta cuando terminaran, y eso les daba algo más de tiempo.

El *negroni* es un cóctel que combina un tercio de vermut, otro de ginebra y otro tercio de Campari.

Se sirve en un vaso ancho, a ser posible helado y con buenos hielos; se le puede añadir unas gotas de limón. Por supuesto, no hubo elección, y cuando entraron en Tamarises, María daba instrucciones a un camarero que parecía conocerla bien.

–Jacinto me está preparando dos *negrónis*, Sara. ¿Prepara otro para usted?

–¿*Negróni*?

–Un combinado de ginebra y vermut maravilloso. A su novio lo he convencido antes y como no está de servicio se lo recomiendo.

–También me ha convencido, no quiero pasar envidia –dijo Sara sonriendo.

–Jacinto, ya ha oído a la señora, otro más.

–María, siéntense, si no se van a quedar sin sitio. Yo se los sirvo en la terraza de fuera, todavía queda una mesa.

–Tiene razón. Nos trae unas banderillas variadas, así nos ayudarán con los combinados.

Los tres se instalaron en la terraza, justo enfrente de la playa de Ereaga. La zona estaba muy animada y con la buena temperatura y el día tan despejado, mucha gente estaba disfrutando en la propia arena. El camarero les sirvió enseguida y, ante la extrañeza de María, Sara y Fabretti confesaron que nunca habían probado un *negróni*. No quedaron defraudados, les encantó.

–El peligro es repetir y repetir, está muy bien, pero la cogorza puede ser monumental –dijo María.

–Es una pasada. ¿De dónde viene? –preguntó Fabretti.

–Es italiano, como casi todos los combinados con base en el vermut. El conde Camilo Negroni, amigo del poeta Gabriele D’Annunzio y un punto filipino de mucho cuidado, harto de su vermut pidió al barman que le echara un buen chorro de ginebra. Era 1919 y allí empezó el *negróni*.

–¿“Un punto filipino”? –preguntó Sara.

–Es una expresión de mi época; un fresco, un golfo.

–Llamaré así a Miguel delante de sus subordinados –dijo Sara mientras se reía.

–No lo dudes, siempre lo he pensado.

–Lo era, María, ahora soy un pringado.

–No lo creo, eso nunca se pierde.

–Que lo era, no lo dude, pero ahora está más centrado, por lo menos eso me parece –dijo Sara sonriendo–. Volviendo al *negróni*, nunca me lo habían ofrecido.

–Mujer, por qué sitios más raros alterna. Aunque es cierto, los combinados han ido perdiendo apoyo. El *gin-tonic* y el cubata arrasan, pero a mí me siguen gustando el *bloody mary*, el *dry martini*, el *pisco sour*...

–Ni idea, no conozco, pisco...

–Probablemente el mejor, sencillamente maravilloso. El pisco es un licor originario de Perú o de Chile, ambos países lo discuten, pero en todo caso fue Perú quien lo declaró patrimonio nacional. Al pisco se le añade limón y es la bomba, refrescante, distinto a los demás y entra de maravilla. No es fácil encontrar bares o restaurantes que lo preparen, pero inténtenlo, se lo recomiendo.

Sara se sentía muy bien, pero tenía dudas sobre su capacidad de discernimiento, empezaba ya a sentirse colocada.

–Bueno, si les parece, les cuento la charla con Lucía.

María Ucelay fue desgranando poco a poco la conversación mantenida mientras comían en «Lhardy». Se entretuvo en contar algo del restaurante y de su cocina, pero enseguida entró en materia. Su exposición fue concisa, pero parecía muy precisa, incluso ilustró los comentarios de

Lucía con bastante acierto, por lo menos esa impresión daba. Cuando acabó, lo resumió:

–Para Lucía fue una sorpresa mayúscula y no entendía muy bien, o mejor no entendía nada, lo que querían las personas interesadas en este asunto. Tampoco me detalló los motivos de la extorsión.

–El dinero a pagar era entre cuatro o cinco millones de libras y le habló de una inversión. ¿Le concretó algo? –preguntó Fabretti.

–Se trataba de invertirlo en sus empresas, pero era un paripé, lo tenía claro.

–No está mal pensado, lo hacen para blanquear el dinero –apuntó Sara–. Se confirman totalmente nuestras sospechas. Lucía no quiere contarle el motivo del chantaje para no asustarla y para que no se lo cuente a Eduardo. Muy buen trabajo, María, de verdad nos está ayudando mucho.

–No me lo agradezcáis, lo hago convencida. Pero esa chica se sigue guardando cosas, tiene más datos y no me los ha contado.

–¿Se extrañó cuando le prohibió contárselo a Garrincha? –preguntó Fabretti.

–Claro, se extrañó mucho, pero no le dirá nada. Tiene miedo; si se entera Eduardo, lo suyo se acaba. Se lo dejé claro, si hablaba con Garrincha, informarían de todo a su novio.

–Lo importante, María, es que nos siga pasando información, sobre todo si van a pagar, cómo lo van a hacer o si se rompe. Esto puede acabar mal y debemos saberlo.

–Están a favor del pago y se va a resolver pronto, esa es mi impresión. Pero, como os he dicho, ha ocultado cosas.

–No nos cabe la menor duda. Vamos a pensar en cómo conseguimos más información –dijo Sara.

–Estamos a domingo. Si no tiene noticias de ella para el martes, llámela y háblale de una reunión prevista de sus amigos con Kalinka; son optimistas, pero quieren saber cómo están las cosas. Si se lo cuenta por teléfono, mejor, pero si no debería acercarse por allí –dijo Fabretti.

–No tengo ningún problema en volver a Madrid, la cuestión es si esta chica va a querer contarme más cosas –contestó rápidamente María.

–Insista en la idea de poder pararlo, sus amigos lo ven factible, aunque les faltan muchos datos –dijo Sara y añadió–: Ah, María, no se olvide de pasarnos todos los gastos, solo faltaría que perdiera dinero.

–Eso es lo de menos, la llamo el martes y os cuento.

Los *negronis* entraban de maravilla y Sara tenía ya un punto de euforia, preludeo ineludible de un pronunciado apretón de carácter sexual. María les ofreció repetir pero Fabretti, con buen criterio, declinó la oferta. Tenía que recoger enseguida a los chicos y no podía permitirse conducir con media castaña.

–Les ha gustado, ya lo veo. La próxima vez, conozco un sitio en Bilbao, cerca de la Alhóndiga, donde preparan un buen *pisco sour*. Nos podemos ver allí.

–Le tomo la palabra, María, estoy en la gloria –le contestó Sara.

Se despidieron y, según se metieron en el coche, Sara no pudo contenerse y empezó a meterle mano a Fabretti; a este le divertía y halagaba, pero allí poco podían hacer.

–Nos reservamos para la siesta, mira cómo está el paseo –dijo levantando la vista hacia la playa.

–¡Qué cobarde eres!

–¡Je, je! Inspectora de la Ertzaintzadetenida por exhibicionismo.

–Tú te lo pierdes.

–No me pierdo nada, en cuanto entremos en casa te voy a taladrar.

–Eso ya me gusta más.

Virginia, la amante de Aitor, había llamado a Fabretti el día anterior, sábado, y se vieron en la cafetería del Hospital de Cruces. Era un lugar ajetreado, con mucha rotación y perfecto para pasar desapercibido; algo estaba pasando, Lucía le estaba dando largas. Lo último era un aviso de la chica anunciándole que se olvidaban del asunto, y quedando en llamarlo en los próximos días. La utilización del plural no le extrañó porque Garrincha mandaba y estaba detrás de ella. Aitor estaba bastante harto e incluso hablaba de seguir solo, sin repartir las ganancias con nadie. Pero Virginia no lo había llamado solo por eso.

–Aitor está intranquilo porque a su alrededor y en el sector había gente, no especificó más, preguntando por historias pasadas, ya enterradas y olvidadas. Y eso estaba poniendo nervioso a más de uno.

»Al principio pensó en vosotros, los maderos, pero pronto corrigió y sus sospechas se centraron en gente cercana, es decir, del narcotráfico. No pude sacarle lo que buscaban y para quién, pero Aitor estaba nervioso, parecía tocarle muy de cerca.

–Buen trabajo, Virginia. Las cosas se van aclarando y pronto puede haber noticias importantes. Virginia se comprometió a estar encima de Aitor e intentaría ofrecerse para ayudarlo.

Cuando le contó la conversación a Sara, ambos coincidieron en interpretarla como la búsqueda del chivato, y eso podía suponer estar en vísperas de cualquier acción o represalia.

Aunque se acercaban a todos los protagonistas, la iniciativa no era suya y corrían el riesgo de quedarse en meros espectadores.

Sara y Fabretti lo sabían, y los fantasmas de hace tres años volvían a aparecer.

31. EN EL «LOBSTER»

Hoy era un día importante y me levanté agobiado; me iba a enterar de quién era el chivato y tendría que tomar una decisión. Y la tomaría solo; nadie la discutiría ni me echaría en cara nada y se respetaría. Hasta ahora, cuando había tomado una decisión de este tipo, lo había hecho convencido y nunca me arrepentí, incluso cuando el gatillo lo apreté yo. Pero retomar hábitos olvidados no era fácil.

Teresa me preguntó si me esperaba para comer; en principio sí, le dije sin dar más explicaciones. La mañana se me hizo larga. Salí pronto de casa y me fui dando un paseo por Abandoibarra hasta el final, en la plaza de Pío Baroja. Eran cerca de cuatro kilómetros y los hice a buen ritmo; me sentaron muy bien. Como tenía tiempo, dudé si bajar al Arenal o acercarme donde había quedado. Elegí esta opción y enseguida me instalé en la terraza, aunque aún faltaba media hora para la cita.

El «Lobster» era un restaurante especializado en marisco, con buen precio y con el bogavante como seña de identidad. Siempre salía contento y el servicio y los dueños, gente joven y amable, también ayudaba. Cuando me senté pedí un verdejo de Rueda bien frío y un par de nécoras; era una buena excusa para la espera. Justo con el segundo blanco, apareció por la esquina del Banco Bilbao un viejo conocido mío: el Cacique. Este era su alias, pero siempre lo habíamos llamado así y no Iñaki Salmerón, su verdadero nombre.

El mote del Cacique hacía honor a sus maneras, sus juicios de valor y, sobre todo, su forma de mandar, autoritaria y con escasas ganas de compartir nada. Era de un pueblo de Salamanca y hablaba habitualmente de sus tierras y su ganadería, siempre esperando a su retiro; nadie lo creía, pero tampoco se lo decíamos. Era alérgico a las mariposas y eso a un gánster le daba un toque sensible muy chic. Yo lo traté bastante cuando era el segundo de Gorostiola, justo antes de Aitor; tenía sus años, Gorostiola lo compensó bien y fue un traspaso de poderes bastante amigable.

–Iñaki, cuánto tiempo sin verte, ya te creía en Salamanca, cuidando las fincas y el ganado.

–Menos sorna, porque estoy en ello. Aquí ya no pinto nada y, mira por dónde, estoy haciendo favores a tus amigos.

–Siempre hemos confiado en ti, aunque no sabía que estabas en esto.

–Ya lo sabes, estoy retirado, como tú, aunque con bastantes más años y menos dinero, pero no me quejo. Me llamó el Francés y apuntó bien. Si hay alguien que conoce nuestro mundo, ese soy yo.

–No me cabe ninguna duda y me alegro. ¿Lo tienes ya?

–Sí, no ha sido fácil, pero está confirmado. Seguridad cien por cien.

–Suéltalo.

–Rafa, el segundo de Aitor, no sé si lo conocerás.

–¿De mi edad, algo gordo y con una cicatriz en la barbilla?

–El mismo, cuando yo lo dejé, Aitor lo fichó de los Bujanda.

–Lo conozco de vista, no lo he tratado, pero estuvo el otro día en el funeral de Gorostiola. Donde no estuvo es en Otañes, ¿cómo lo sabe?

–Se lo contó Aitor hace un par de años. Estaban los dos con un ciego importante; pero Aitor está limpio, y si de algo se le puede acusar es de bocazas.

–Bocazas es poco, un hijo puta y un inconsciente, porque él sí estaba allí y pringado como el que más.

–Sí, pero el delator es Rafa, Aitor no pinta nada.

–¿Está confirmado? No me conformo con sospechas o impresiones.

–Al principio apuntamos hacia él, por conocer los detalles y, sin embargo, no había estado en Otañes. Era el único. Aitor me lo dijo cuando se lo pregunté y me contó lo de aquella noche aciaga de hace dos años. Aunque muchos de nosotros sabíamos de dónde venía la acción y los motivos, ninguno conocíamos a los participantes.

–Pero quizás se lo contaron también a algún otro.

–Puede ser, pero hay más. Una brasileña del puticlub La Chirla Alegre está liada con Rafa y me informó, previo pago claro está, de los encuentros de su novio con un ruso. No sabe el motivo, pero está negociando algo que le va a reportar mucho dinero y le ha prometido retirarla.

–Entonces, ¿no hay duda? –preguntó Garrincha.

–Ninguna, la chica ha contado unos detalles imposibles de inventar. El ruso, negocios de fútbol y hasta el nombre de la novia del futbolista.

–Está claro, muchas gracias, Iñaki.

–Garrincha, yo ya he terminado y no quiero saber nada más. Soy una tumba y nunca he estado contigo.

–Entendido.

Todo fue muy rápido y el Cacique, con esos andares tan pretenciosos y sin tomar nada, se fue por donde había venido.

Ya tenía el nombre del chivato.

¿Y ahora?

No tardaría. Esperaba tomar la decisión a lo largo del día.

Esa tarde vino Lucía a Bilbao. Había quedado con Eduardo después del partido y volvería al día siguiente a Madrid en un vuelo a primera hora de la mañana. Me llamó la víspera y quedamos en vernos a las seis en el Hotel Carlton. No me apetecía demasiado, estaba muy harto de nuestro monotema, pero no podía darle esquinazo y tampoco me vendría mal ver cómo había digerido la espectacular velada con los rusos.

Cuando entré en el hotel, un conserje se me acercó y me llevó al Grill, donde Lucía estaba viendo el partido del Athletic. El bar era un lugar recogido de madera noble, elegante y de estilo inglés, con buenas butacas para poder pasar un rato tranquilo. En esos momentos estaba muy poco concurrido y allí Lucía, pegada al televisor, seguía con interés el partido de fútbol.

–Mujer, podías estar en el palco tranquilamente.

–Sí, pero llegaba tarde y, además, quería verte.

–Bueno, ¿qué tal tu chico?

–Muy bien, ha marcado un gol justo cuando me he puesto a verlo. Ganan uno a cero al Espanyol y, según comentan, Eduardo es el mejor del partido –dijo Lucía con una sonrisa en su cara.

–Me alegro. No soy nada futbolero, pero debe de ser un *crack*, todo el mundo lo dice.

–Solo temo a las lesiones, por juego no va a quedar.

–Pero no te olvides de nosotros, tenemos la obligación de resolver ese lío tan poco agradable.

–Por favor, Tomás, ni me lo recuerdes. ¿Has avanzado algo?

–¿Tú cómo lo ves?

–Tal como están las cosas, me inclino por aceptar sus propuestas. Intentaría rebajar la cantidad, pero con voluntad de llegar a un acuerdo. Entre tres y cuatro millones no estaría mal, y acciones por el treinta por ciento de las sociedades.

»Por lo menos, los podremos controlar, les será más difícil jugárnosla y, quién sabe, igual podemos ganar algo de dinero. Ese negocio es bueno y ellos lo conocen, estaríamos en el mismo barco. En todo caso, lo peor sería perder el dinero en una inversión fracasada, pero eso ya lo tenemos si lo hacemos de otra forma.

–¿Y lo de que ellos entren en el negocio de Aitor?

–¡Tomás! Aitor era un mandado, el negocio era de mi padre.

–Lucía, me entiendes perfectamente.

–Perdona, estoy muy susceptible con el tema. Me voy a quedar sin el dinero y eso me enerva. Ya te lo he dicho en más de una ocasión, me siento timada.

–Más te van a timar con el dinero de la inversión.

–Sí, está claro, estoy de acuerdo en darles entrada con Aitor. Aunque me joda, yo ya lo tenía descontado. Y, como has comentado, los tendremos pillados y evitaremos cualquier intento de volver a chantajearnos. O sea, por mi parte adelante. En cuanto me digas, aviso a Aitor.

Lucía habló rápido, convencida y con pasión. Ni tan siquiera valoró ninguna otra opción y eso también era significativo. Justo en ese momento, el Athletic metió el segundo gol; no fue Eduardo, pero el pase sí fue suyo. Lucía saltó como un resorte y me abrazó contenta al sentarse.

–¿Y tú, Tomás? Dame tu opinión, solo he hablado yo.

–Tenemos dos opciones. La primera la acabas de exponer tú, es clara y está bastante avanzada. El precio lo pagaríamos a medias. –Lucía empezó a protestar, pero la hice callar con un gesto–. Y me preocuparía por poder acreditar la incorporación de Kalinka al negocio de las drogas. Es importante contar con pruebas sólidas, si no el contrachantaje carecería de valor.

–Estoy de acuerdo, aunque tú no tienes por qué pagar nada.

–Lucía, estamos en el mismo barco y somos un equipo; es mejor así.

–Lo tengo claro, eres mi ángel de la guarda, siempre lo has sido. ¿Cómo has pensado en articular esta primera opción? Aunque todavía no me has hablado de la segunda.

–Habláramos con Aitor, le gustará, dará solidez al negocio. Se trata de cambiar de socio, los rusos por ti, con la ventaja de su aportación al negocio. Cuando se cierre el acuerdo debería estar él con dos más. Ya tendríamos los testigos y luego documentaría toda la operación con cifras, lugares, nombres y fotos, si es posible. En un sobre lacrado lo depositaría en una notaría, de donde solo nosotros dos lo podríamos retirar.

–Es una buena idea y no es complicada.

–¿Y la segunda opción? Estoy deseando escucharte.

La miré, sonreí y me encogí de hombros.

–Ya la sabes. Esta mañana me han dado el nombre del chivato y está confirmado sin ningún género de dudas. Se acabaría todo de un plumazo. Para darles una salida les ofrecería entrar en el negocio de narcóticos, atando todas las pruebas tal como te he comentado. Cuando vean hundidas sus expectativas, esta salida no la verán mal.

–¿Lo tienes decidido?

–No, sigo con dudas. Pero en todo caso, si me decido por esta última, tú no vas a saber nada.

–Te voy a apoyar, hagas lo que hagas, tenlo por seguro.

–Lucía, olvídate de todo y acaba los exámenes. Ya te llamaré.

Lucía guardó silencio, aunque no tenía dudas. Tomás tenía la decisión tomada, ordenaría limpiarle el forro. Ella hubiera preferido la otra, pagar, pero no debía meterse. Garrincha se las arreglaría y haría las cosas bien.

Nos despedimos justo cuando acababa de terminar el partido, con un dos a cero a favor del Athletic. Lucía le mandó un wasap a Eduardo lleno de besos y corazones, y subió a la habitación a esperarlo. Con su mirada me transmitió otra vez su apoyo sabiendo lo que iba a hacer.

Nada más salir, avisé a Jon Etcheverry. Era la mejor solución. Un chivato de esa categoría no podía salir inmune, en nuestro mundo esto no podía quedar así, y todos lo sabían. No era una cuestión de dinero, por eso nunca lo hubiera hecho, sino de principios, de honor y reputación.

–Adelante y cuanto antes –le dije.

–No esperaba otra cosa. –Y colgamos.

32. LUNES 5 DE JUNIO

EL CASO DEL ALIJO DE ARMAS

Gabarrita y Lola se pusieron manos a la obra. Su único objetivo era resolver el caso del arsenal de armas encontrado en Getxo. Tenían vía libre y, si necesitaban refuerzos, la jefa se los iba a dar. Contaban con un dato definitivo: Mónica, copropietaria de la lonja donde se encontraron las armas, estaba liada con un sujeto llamado Guillermo Albéniz Lejarreta, conocido por Willy, propietario y gerente de un bar en Txurdinaga, cerca del instituto donde ella era profesora. El referido sujeto había cumplido condena por traficar con cocaína cuando era socio de un club de alterne. El jefe de los narcos, y socio de Willy en el puticlub, fue detenido y cumplió condena

también por tráfico de armas, encuadrado en una organización que las adquiriría en los países de la antigua Yugoslavia.

Las conclusiones parecían bastante evidentes: Mónica, amante de Willy, le deja a este las llaves de una lonja en desuso de su propiedad para guardar las armas; probablemente las mismas irían destinadas a la organización de su socio.

Aunque esta narración se ajustaría a la verdad con pocas inexactitudes, debían probarla; tenían el relato, pero no tenían las pruebas. Acreditar el folleto de los dos servía de poco y la relación societaria con un traficante de armas, sin más, tampoco. Solo con eso ningún juez abriría una causa contra Willy o su antiguo socio si ellos lo negaban. Con paciencia y discreción, Sara, con Gabarrita y Lola, encontrarían un fallo, algún despiste. Los pillarían, estaban convencidos.

Organizaron tres líneas de investigación. La primera, seguir a Mónica, era sencilla, pero no iba a dar mucho de sí. Su relación tenía toda la pinta de ser exclusivamente sexual y cronometrada; polvo con sobremesa y, al cabo de una horita, otra vez para su casa, y así hasta la semana siguiente. Quizás la periodicidad pudiera acortarse o alargarse, pero no pensaban descubrir nada por esa vía. Las otras dos líneas de investigación eran más interesantes: seguir a Willy, comprobar su tipo de vida, con quién se veía y su posible relación con su antiguo socio de La Chirla Alegre; y al mismo tiempo, controlar el puticlub y a su socio. Necesitaban más personal y la inspectora preparó otras dos parejas de *ertzainas* para entrar en funcionamiento en cuanto se lo pidieran.

Lola siguió a Willy varios días cuando cerraba su tugurio y ya desde el primer día descubrió que Mónica no era la única depositaria de sus favores sexuales. Acudía a un bar en la zona de Autonomía, donde trabajaba detrás de la barra una brasileña, rubia natural pero con cuerpo de mulata sambera; cuando terminaba se iban a casa de ella, en la cercana calle Labayru, no siendo difícil concluir, dada su intimidad, cómo pasaban el tiempo juntos. La brasileña, Michelle, tampoco debía de ser su novia, porque Willy regresaba a su casa en Arabella, donde vivía con una chica de San Miguel de Basauri que trabajaba entre semana en el Hospital Oncológico de San Sebastián y venía los viernes por la tarde; oficialmente ella era su novia. Estaban los dos empadronados en la misma vivienda y el fin de semana se paseaban de la mano por Bilbao, como cualquier parejita.

Mientras para Gabarrita Willy se convirtió en su ídolo, Lola le cogió tal manía que no le hubiera importado pegarle dos tiros al primer descuido. Gabarrita, sin Lola, empezó a frecuentar La Chirla Alegre y, aprovechando que lo exigía la investigación, hizo uso en un par de ocasiones de los servicios de dos meretrices, pagándoselos, eso sí, con su dinero. Según les comentó a Sara y Lola, que lo miraban y escuchaban sin dar crédito a sus explicaciones, la investigación avanzaba y una de las chicas podía ser una fuente muy productiva de información. A Sara le desconcertó su comportamiento, pero se limitó a comprobar si las sesiones de sexo se las pagaba él, sin decidirse a intervenir.

Mónica, la profesora, no dio ninguna pista y su seguimiento rutinario no aportaba nada. En cambio, Willy, además de su intensa actividad sexual, desarrollaba una vida paralela plena, interesando enseguida a la Ertzaintza. Estando Gabarrita en el puticlub tomando un trago, vio cómo entraba Willy y se dirigía, después de saludar con familiaridad a un par de chicas y al personal de detrás de la barra, a una habitación con pinta de oficina; su comportamiento era de dueño, no de cliente. El *ertzaina* decidió esperar y esa decisión no le fue improductiva: fue testigo de dos transacciones de drogas efectuadas por un barman a dos clientes, que le abonaron ciento veinte euros. Por el precio se trataba de dos gramos de farlopa y, aunque las papelinas o bolsitas no las vio, sí vio un paquete de tabaco vacío cambiando de manos. Esto se ponía interesante y,

aunque desde donde estaba no veía de dónde salía la droga, atendiendo a los guiños de una mulata con un cuerpo generoso se cambió de sitio, y desde allí pudo apreciar cómo el camarero de la cocaína abría una caja metálica con pinta de guardar galletas y sacaba un par de bolsitas con los envoltorios termosellados. Retiró la vista y siguió hablando con la chica, impaciente por la tardanza en llevárselo al reservado.

Por fin Willy salió de la oficina con otro hombre, que por las fotos podía ser su antiguo socio. Antes de cerrar la puerta pudo ver que se trataba de una oficina, con sus archivadores, una mesa y un ordenador; allí podía haber mucha información. Los dos tomaron algo y Willy se marchó sin demorarse demasiado.

Al día siguiente, vigilando el bar Derby, Lola vio entrar al exsocio de Willy y hacer un aparte para hablar con él; estuvieron diez minutos y se fue después.

Con todos estos datos, Sara, Lola y Gabarrita tuvieron una reunión para tomar una decisión.

–Yo registraría el club. Sé dónde guardan la coca y si nos demoramos puede desaparecer o cambiar de sitio –dijo Gabarrita.

–Desde luego con la droga los empapelamos, precintamos y cerramos el local –apuntó Sara con cara de gustarle la idea.

–Sara, como le cierras el puticlub, a Gabarrita le da un mal.

–Pero qué estrecha eres, Lola. Si no fuese por las ingratas horas metidas en ese tugurio, ahora estaríamos sin nada –contestó dolido el *ertzaina*.

Sara quiso zanjar la discusión e intervino de inmediato:

–Aunque tenemos material suficiente con las drogas, nuestro objetivo es resolver lo del alijo de armas y...

–En la oficina del puticlub encontraremos algo, estoy convencido, pero en ningún caso quemamos la investigación de las armas. El registro lo hacemos por la venta de cocaína –saltó Gabarrita sin dejar acabar a Sara.

–Tienes razón. En principio no detendremos a Willy y luego ya veremos. Si encontramos algo podemos continuar con él, y quizás consigamos que Mónica cante –concluyó Sara.

–Esta mujer no aguantará un interrogatorio en regla, sabemos mucho y se hundirá –dijo Lola.

–No se hable más. ¿Cuándo lo hacemos? –preguntó Sara.

–Cuanto antes. Si conseguimos la autorización judicial, lo haría hoy mismo –contestó Gabarrita.

–Me pongo a ello. ¿Cuál es la mejor hora, Gabarrita?

–Las once de la noche.

–Por cierto, vamos a elegir otro equipo para el registro, vosotros os quemaríais y esto puede continuar –dijo Sara.

–Os haré un plano del local, indicando dónde está la caja con la droga, la oficina...

–Perfecto.

Esa misma noche, a las once en punto, entraba en el club de alterne un equipo de cuatro *ertzainas* con una orden judicial autorizando el registro. Otros dos *ertzainas* esperaban fuera con el inspector Fabretti para evitar fugas o accesos indeseados y comprobar el buen fin de la operación. Sara Cohen, desde la comisaría de Deusto, estaba pendiente de los resultados.

Todo fue bastante rápido. El club no estaba muy concurrido, y fue fácil poner a todos los clientes y a las chicas en la esquina del bar más alejada de la entrada. Dos *ertzainas* entraron dentro de la barra, buscaron la caja metálica y allí estaba, donde les había indicado Gabarrita. Veinte bolsitas termoselladas, preparadas para la venta, y un paquete de unos doscientos gramos en un trozo entero, sin cortar. Junto a ella una balanza de precisión con restos de cocaína y un

saquito de polvo con pinta de ser sustancia de corte; los dos camareros fueron detenidos y el dueño también. Empezaron el registro sobre todo de la oficina, mientras uno miraba por encima en la cocina por si había más droga y otro tomaba nota de las chicas y sus clientes, por cuestiones de extranjería y para comprobar si había alguien en busca y captura; no solía ser tan raro.

En la oficina, los archivadores mantenían una contabilidad de varios años bastante completa, para poder responder ante cualquier inspección fiscal, de trabajo o de la Seguridad Social. Facturas y albaranes, perfectamente identificados por fechas, cubrían los distintos proveedores del club; las nóminas de los empleados, las altas y bajas de la seguridad social también estaban ordenadas y aparentaban una legalidad exagerada. Incluso en un archivo comprobaron cómo las putas estaban dadas de alta en autónomos y allí se clasificaban las altas, bajas y los justificantes de pago; todo muy limpio, demasiado, parecía preparado al efecto.

Uno de los *ertzainas*, que había abierto el ordenador y lo estaba mirando, llamó a Fabretti con emoción.

—¡Jefe!, venga un momento, por favor, esto le va a interesar.

Fabretti entró en el puticlub y se acercó al *ertzaina* sentado frente al ordenador.

—Mire, un *mail* desde Trieste, Italia, del 20 de marzo: «Nuestros amigos de Belgrado nos piden la dirección exacta. Indíquenos también dónde dejan la llave del local».

»Al cabo de dos días, contestan: «La dirección es en Algorta, Getxo, calle Poxpolín 13, bajo. La puerta está pintada de verde y la llave está debajo de un tiesto situado en el alféizar de una ventana situada a la derecha».

Fabretti no se lo creía, lo tenían ya. Llamó a Sara y acordaron proceder de inmediato a la detención de Willy y Mónica. Del puticlub se llevarían detenidos al dueño y dos de los empleados; además precintaron los archivos y se llevaron el ordenador.

Willy estaba en el Derby y en cuanto vio entrar a Gabarrita y a Lola ya supo que iban a por él. Solo quiso saber el motivo; Gabarrita le contestó para no adelantar nada:

—Grupo criminal, en comisaría le informarán con detalle y le leerán sus derechos.

No volvió a hablar, pero no se sorprendió.

En el caso de Mónica, fue distinto. Eran las doce de la noche y antes de abrir la puerta, su marido preguntó quién llamaba. Al abrir, tampoco pensó en su mujer. Al oír que preguntaban por ella, solo pudo decir:

—Debe de ser un error. ¿Qué ha hecho?

Cuando Mónica salió al vestíbulo de la vivienda, su cara la delató; quería mostrarse serena, pero no podía ocultar su culpabilidad. No dijo nada, se dirigió a su marido y comentó:

—Quédate con los chicos, ya voy sola.

El esposo empezó a preocuparse, algo iba mal.

Sara y Fabretti decidieron comenzar los interrogatorios esa misma noche y aprovechar el factor sorpresa. Comenzaron por Mónica, que era el eslabón más débil y, probablemente, no aguantaría el interrogatorio. Tenían mucha información para presionarla bien.

—Mónica, lo sabemos, usted es la amante de Guillermo Albéniz Lejarreta. Llevamos tiempo siguiéndola y conocemos todas sus andanzas. Se encuentran en el bar Derby de Txurdinaga, cerca del instituto donde usted trabaja. De allí van a la casa de él en Arabella, donde vive con su pareja, aprovechando su trabajo en el Hospital Oncológico de San Sebastián durante toda la semana.

Mientras Sara le iba relatando los hechos, la miraba derrotada y con su silencio iba aceptando las palabras de la inspectora.

—Le puedo decir los días, la hora y el tiempo dedicado a follar, y creo innecesario aportar como prueba un documento sonoro donde se puede apreciar perfectamente lo bien que se lo pasan.

Mónica se lo creyó y no pudo contenerse:

–Eso no, por favor.

–Estoy de acuerdo. Soy una mujer casada y con hijos, como usted, y debemos evitar a su familia pasar por ese bochorno –contestó Sara, mientras Mónica asentía con la cabeza.

–Mónica, vamos a ver. Usted puede follarse a quien le dé la gana, eso no es ningún delito. Puede romper su matrimonio y probablemente herir a sus hijos, pero ya sabe usted que no la hemos detenido por eso.

–Su querido –continuó Sara queriendo envilecer más la relación– la engañaba a usted y a su pareja con Michelle, una brasileña joven y guapa camarera en un bar de la zona de Labayru. ¿Lo sabía?

–Sé quién es Michelle, pero no lo sabía, aunque me lo podía haber imaginado. Qué tonta soy.

–Pero vivía con una enfermera. ¿Estaba enterada?

–Eso sí, pero en eso estábamos empatados. Yo también vivía con mi marido, pero nunca puse los cuernos con otro. ¡Qué hijo de puta!

–Bien, le insisto, eso tampoco es ningún delito. Vamos a analizar los cargos contra usted, contra Willy y su socio del puticlub.

Al decir esto, Mónica compuso un gesto de extrañeza.

–Mujer, usted desconoce muchas hazañas de su novio. Willy, antes del Derby, regentaba y era propietario con un socio de uno de los puticlubs de mayor postín de la provincia: La Chirla Alegre. También fue condenado y estuvo una buena temporada en la cárcel por tráfico de drogas.

–Se lo juro, no sabía nada –comentó derrotada mientras se tapaba la cara con las dos manos y sollozaba.

–Tener un puticlub no es ningún delito, pero traficar con cocaína sí lo es. En ese club se sigue vendiendo droga, acabamos de hacer un registro y lo hemos corroborado con pruebas. A su amante lo hemos visto a menudo allí y sigue en el negocio de las drogas.

–Mónica, usted no está aquí por tráfico de drogas; no tenemos ninguna constancia de ello.

–No, por favor, eso es lo último. Odio las drogas y a los traficantes.

–A usted la hemos detenido por dejar una llave debajo de un tiesto en el alféizar de la ventana, junto a la puerta verde de entrada a la lonja propiedad suya y de su marido. Y con esa llave, su querido y sus compinches guardaron allí un cargamento de armas. ¿Lo recuerda? Por eso está detenida, por los delitos de tráfico de armas y pertenencia a grupo criminal.

En ese momento, Mónica empezó a llorar de forma desconsolada. Y Sara continuó:

–Esto es muy grave, nos hemos tomado nuestro tiempo, pero tenemos todos los datos y sabemos al detalle lo ocurrido.

–Dígame qué puedo hacer. No fui consciente...

–Mónica, un momento, usted debe declarar en presencia de un abogado. Hay uno de oficio, pero puede elegir uno de su confianza, ahora o más adelante. Le propongo una cosa: llamamos al abogado, usted me cuenta lo ocurrido sinceramente, con todos los detalles y sin ocultar nada.

»En el atestado figurará como una mera cómplice, engañada y obnubilada por su relación amorosa. Usted se limitó a dejar la lonja, sin participar en el negocio. No le pagaron nada ni se lucró, y usted no formaba parte de ninguna organización criminal. Lo haremos constar de forma expresa. Y, por supuesto, salvaremos a su esposo, él no sabía nada.

–Es la pura verdad. Tal como lo ha contado.

–Entonces, ¿la podemos ayudar?

–Sí, por favor. Una pregunta: ¿iré a la cárcel?

–Si usted colabora y cuenta todo, lo presentaremos quitando relevancia a su actuación.

Hablaremos con el juez; en su caso es la primera vez, no hay riesgo de fuga y ya no se pueden destruir pruebas. Si nos damos prisa, en unas horas puede usted estar en libertad. –Sara miró el reloj y preguntó–: ¿Hacemos entrar al abogado de guardia? Mañana o más adelante puede elegir a uno de su confianza.

–Entiendo. Quiero acabar cuanto antes, con el de oficio es suficiente.

–Una cosa, Mónica, se le van a leer sus derechos delante del abogado. Usted tiene derecho a no declarar, pero sí lo va a hacer, ¿correcto?

–Sí, por supuesto; voy a declarar.

–Solo le pido sinceridad y, por favor, cuéntelo todo.

Tras cerca de una hora de tomarle declaración, Mónica les confirmó todas sus sospechas y la pobre acabó dando pena. Willy era un sinvergüenza; la tenía encoñada y le pidió la lonja para guardar una mercancía sin informarle de su contenido. Como se asustó y pensó en drogas, le pidió información. Él se lo dijo. Era un cargamento de armas y a ella –¿en qué estaría pensando?– no le pareció tan grave y dejó la llave en el alféizar de marras. Cuando lo descubrió la policía, le pesó más su relación amorosa, la existencia de un amante, que todo lo demás; por eso se calló. Nunca vio las armas, no cobró nada ni tuvo ninguna relación con los socios de Willy. Por supuesto, su marido era un bendito.

33. MARTES 6 DE JUNIO DESDE ERANDIO AL CASCO VIEJO

Rafael Satistegui tenía cuarenta y tres años y era de Erandio, de la zona noble de Erandio. Ejercía como tal y a quien quisiera le recordaba su nacimiento en la calle Obieta, donde seguía viviendo con su madre.

Era el primer martes del mes de junio y el día había salido algo plomizo. Quería acercarse a Bilbao para realizar una serie de recados, entre los cuales el más importante era comprar almendra molida en una pastelería del Casco Viejo, heredera de la legendaria Santiaguito. Su madre le había prometido a su hija, la hermana de Rafa, hacerle un turrón para la primera comunión de su nieta y, según decía, había mucha diferencia cuando se hacía con esa almendra.

Rafa estaba contento, el ruso lo había vuelto a llamar y el negocio avanzaba. Necesitaban más datos, se los había exigido Garrincha y tenía su lógica; no era tonto y no se fiaba. Le contestó afirmativamente, pero quería un adelanto a cuenta de cien mil euros; no le debió de parecer mucho pero, incluso, aunque se lo dejaran en la mitad, con cincuenta mil tampoco estaba mal. Los doscientos mil restantes no corrían peligro, los tenía pillados por los huevos y no se la jugarían. Ya le dijo al ruso que como lo engañaran iba a largar todo, empezando por el chantaje y continuando por la matanza de Otañes. A él a mala hostia no le ganaba nadie. Esta tarde esperaba concertar una cita y recibir ya el adelanto.

Antes de tomar el metro, como todas las semanas se paró en el despacho de lotería Don Pelayo y, tras saludar a los hermanos Cóndor, dos buenos amigos, se dedicó a rellenar la quiniela, la bonoloto, la primitiva y a comprar un décimo de lotería que acabara en 9. Lo hacía por Manolo Sarabia, el mejor delantero centro del fútbol español, su ídolo.

Se bajó en la estación del Casco Viejo y por la calle Ascao se dirigió hacia la zona de la catedral de Santiago, donde se ubicaba la pastelería; eran las diez de la mañana y la calle se encontraba muy tranquila. Apenas se veía gente circulando pero, en cambio, furgonetas y camiones apuraban la carga y descarga del comercio en la zona.

Justo en la confluencia de la calle Ascao con la plaza de Miguel de Unamuno, dos muchachos con gafas y gorras con visera estaban apoyados en un muro. Para cuando Sastegui se dio cuenta, tenía a cada uno de ellos a un lado; sus movimientos eran precisos y directos, sin un solo esfuerzo vano. Sabía perfectamente lo que iba a pasar, pero se quedó paralizado, no pudo ni correr ni articular palabra. Cuatro balas, dos por cada pipa, entraron en su cuerpo, desde el abdomen hasta la cabeza, pasando por el cuello y el corazón.

Murió al instante. Los disparos fueron hechos con silenciador y el ruido y el barullo de la calle, con los camiones y furgonetas en plena descarga, permitieron a los dos *killers* alcanzar en menos de cinco minutos, por las escaleras de Maiona, el barrio de La Cruz o el mismo parque de Etxebarria. Para cuando llegó la policía, los asesinos estarían circulando con tranquilidad por algún barrio de la zona alta de Bilbao rumbo a su escondite. Los pocos viandantes con los que se cruzaron apenas pudieron informar de nada relevante a la policía; su juventud, la altura y una complexión fuerte; las gafas y las gorras con visera impidieron poder dar más detalles de interés. La policía municipal llegó en tres minutos, pero para cuando llegaron los refuerzos ya era tarde; peinaron los barrios de La Cruz y Begoña, el parque de Etxebarria y alrededores, pero no encontraron a nadie que hubiera visto algo sospechoso.

Las noticias que informaban del luctuoso suceso empezaron a aparecer en los medios digitales y en las emisoras de radio. Aunque facilitaron el nombre del fallecido, evitaron hacer referencia a su condición de miembro destacado del hampa. Hablaron sobre su edad, la vecindad de Erandio y su estado civil de soltero; no se le conocía trabajo alguno. Pero todos los medios destacaban la profesionalidad del crimen y la destreza de los sicarios disparando a bocajarro con pistolas de fabricación extranjera y con silenciador. Desde el Ayuntamiento y el Departamento de Interior del Gobierno vasco descartaron que se tratara de una acción terrorista, e hicieron una llamada a la tranquilidad.

En los últimos meses, en Bilbao se habían sucedido varios crímenes en la calle y en viviendas perpetrados por delincuencia juvenil. La ciudadanía estaba asustada, pero en este crimen enseguida se vio que era otra cosa; tenía un destinatario concreto y, quizás, se lo había buscado él mismo. Eso permitía verlo de otra manera y la población podía estar tranquila, este asunto no iba con ellos.

Estaba tomando un café en el Noruega de Olabeaga, cuando oí la noticia en un aparato de radio instalado en un aparador detrás de la barra. Estaba con la caña de pescar y mi cesta, y aunque no había preparado ninguna coartada por si alguien me investigaba, allí la tenía sin buscarla. El dueño del bar subió el tono, como si me interesase, y solo con escuchar unos segundos me fue suficiente. Me extrañó la rapidez de la acción; había dado la orden al Francés el domingo por la tarde y estábamos a martes por la mañana. El gabacho era muy bueno.

Apuré el café, pedí otro y conversé con el dueño sobre mi jornada de pesca, por si tenía que acordarse de mí. Me despedí y me dirigí directamente a casa. A lo largo de la mañana no pude dejar de mirar con insistencia el móvil, la cuenta de WhatsApp y la de Twitter, pero ninguna tenía actividad.

No sé si era mejor. Estaba intranquilo.

–Miguel, rápido, ven para acá, la fiesta ya ha empezado.

En dos minutos, Fabretti entraba en el despacho de Sara con cara de sorpresa y deseando conocer las últimas noticias.

–Cuéntame lo de la fiesta. ¿Cuál de ellas?

–La madre de todas las fiestas. Acaba de llamar la policía municipal. ¿Te suena Rafael Satistegui?

–No lo sé, ahora no caigo.

Sara, con una sonrisa, abrió un álbum grande encima de la mesa con el reportaje fotográfico sacado en el funeral de Gorostiola.

–Mira esta foto –dijo Sara señalando a un grupo de hombres trajeados que charlaban en la parte de fuera de la iglesia de San Vicente.

–Este es Aitor, con Bujanda, detrás está Garrincha y el abogado Urrutia con su familia –dijo Fabretti.

–Sí, mira este de aquí, entre Aitor y Bujanda.

–¿Este es Satistegui?

–El mismo. Se lo acaban de cargar en el Casco Viejo. Garrincha está detrás, estoy segura.

–¡Hostias! ¿Cómo ha sido?

–Muy profesional. Dos muchachos le han descerrajado cuatro tiros a quemarropa, con silenciador. Han huido por las escaleras de Maiona y no han dejado ningún rastro. Todo ha sido muy rápido.

–¿Armas y munición?

–Berettas y parabellum. Muy limpio y de encargo; le han ajusticiado.

–Roma no paga a traidores.

–Exacto, eso he pensado yo. Satistegui es el delator, el chivato; no tengo ninguna duda.

–¿Pertenece al grupo de Aitor?

–Acabo de hablar con Kepa. Era el segundo de Aitor.

–Nos haremos cargo del asunto, los *munipas* no pintan nada –dijo Fabretti.

–Ellos nos han llamado y no hay problema. Por cierto, habla con Virginia, Aitor puede darle mucha información.

–Ahora mismo la llamo.

–¿Te acuerdas de cuando Virginia te habló de las preocupaciones de Aitor, porque gente del sector estaba preguntando por historias pasadas, ya enterradas y olvidadas?

–Perfectamente. Esa puede ser una buena pista para llegar a los autores.

–Garrincha está llegando muy lejos, me está pareciendo un inconsciente, y me extraña.

–Me voy para el hospital.

–En cuanto vuelvas, reunión plenaria con las dos brigadas. Voy a ir pidiendo a nuestra gente la información actualizada sobre Garrincha y el abogado Cárdenas.

–Yo hablaré también con María Ucelay, puede llamar a Lucía.

–Perfecto, Miguel.

No había vuelta atrás y Sara lo sabía. Suponía toda una declaración de guerra a los rusos de Kalinka y estos, probablemente, responderían. Como siempre, ellos, la Ertzaintza, se encontraban atados, expectantes, esperando algún desmán para poder intervenir.

El bochorno de tres años atrás volvía a planear sobre la cabeza de los inspectores.

34. LONDRES. KALINKA REACCIONA

Tania estaba sudando en un gimnasio cerca de su casa en el barrio de Chelsea. Siempre que podía aprovechaba algún rato para machacarse con pesas, estiramientos, aparatos y cintas de correr. Su cuerpo lo agradecía y siempre le había gustado estar ágil y fuerte. De jovencita practicó artes marciales y dominaba bien las técnicas de defensa personal. Ahora, en la mitad de los treinta, se dedicaba más a fortalecer sus músculos y su cuerpo en general. Era muy competitiva en todo y pocos hombres podrían con ella en una pelea cuerpo a cuerpo, sin trampas.

Eran las diez de la mañana y pensaba ir desde allí a Canary Wharf para quedarse en la oficina el resto de la jornada. No se había dado cuenta pero, cuando cogió en un receso el móvil del bolsillo de la sudadera, vio que tenía tres llamadas en los últimos cinco minutos. Aparecía el nombre de Vladimir y esas urgencias no presagiaban nada bueno. Se retiró a una zona de descanso y devolvió la llamada.

–Tania, me llegan noticias de Bilbao, se acaban de cargar a un tal Rafael Satistegui. No tengo ni idea de quién es, pero deberíamos vernos.

–Voy para allá, estaré allí en media hora. Llama a Alex.

–Estoy con él, te esperamos.

Aunque Tania desconocía el nombre y apellido de su *garganta profunda*, la llamada y el comentario de Vladimir no le dejaron lugar a dudas. El hijo de la gran puta de Garrincha se lo había cargado, se les había adelantado y ellos eran unos imbéciles pensando que lo tenían todo bien atado. Además de dejarles a la altura del barro, les despojaba de fuerza y argumentos para mantener la extorsión. ¿Cómo no habían tomado medidas? Simplemente esconderlo una temporada, pagar por anticipado o dejar la información a un tercero; se enfrentaban a mafiosos curtidos, hartos de trajinar con el engaño y la venganza. Recordaba perfectamente las preguntas formuladas por Garrincha en el jardín del Ritz; buscaba saber si tenían las pruebas incriminatorias y acertó en sus conclusiones.

A partir de ahí, eso sí, con una rapidez desconcertante, le quitan de en medio y tan tranquilos. Garrincha estaría satisfecho y la lerda de Lucía encantada de poder seguir comiéndole la polla a su estrellita el futbolista. Tania lo tenía claro; esto no podía quedar así. Era una humillación, una vergüenza, y aunque ella por sí sola se sentía débil, en Rusia tenía amigos que podían poner un poco de orden. Estaba decidida a hacerlo.

Cuando llegó a la oficina, sus socios la estaban esperando en la sala de reuniones con una carpeta abierta que recogía las informaciones aparecidas en periódicos digitales, webs y fuentes diversas. Las noticias eran muy similares y había poca variación.

–¿Es él? –preguntó Tania.

–El mismo. Lo habíamos avisado el sábado y estaba de acuerdo en darnos la información a cambio de un adelanto –dijo Vladimir.

–Pero han sido más rápidos y no tenemos nada –concluyó Tania.

–Podemos cagarnos en Dios y decir que son unos hijos de puta, pero les hemos infravalorado. No podemos asumir la derrota sin más –apuntó Alex.

–Estoy de acuerdo, pero ¿entonces? No tenemos fuerza para mantener el chantaje y lo saben –contestó Tania.

–Solo veo una solución: entrar en el negocio de la droga, a ellos les dará igual y, si no, largaremos. Sabemos mucho, igual la poli retoma el asunto y, por supuesto, Eduardo sabrá la zorra que tiene de novia –dijo Alex.

–Puedo estar de acuerdo, pero no me conformo. Garrincha lo va a pagar. Nosotros somos profesionales, empresarios, no somos mafiosos, pero tenemos amigos... y son más y más peligrosos –dijo Tania.

–Pero ¿eso significa liquidarlo? –preguntó Alex.

–Quizás, no lo sé. Nosotros no nos mancharemos, pero igual otra gente sí lo hace. Ya veremos. Pero ahora vamos a preparar la primera fase y ahí entra tu propuesta –contestó Tania.

Tania se preparó un café, comió un sándwich de la cafetería de la torre y empezó a repasar los números de Kalinka para refrescar las necesidades de tesorería a corto plazo. Enseguida llamó a San Petersburgo y, en su ruso culto y perfecto, organizó una reunión con un viejo conocido al día siguiente. También reservó un vuelo para la noche desde Heathrow, con regreso la tarde del día siguiente. Prefería ir sola y no aceptó el ofrecimiento de Alex para acompañarla. Tania pasó a preparar con sus colegas, Alex y Vladimir, el acercamiento a Garrincha.

Miguel Fabretti empezó a moverse con rapidez y se vio esa misma mañana con Virginia en la cafetería del Hospital de Cruces. Tuvo suerte y la enfermera conocía a Rafael Satistegui; era el hombre más cercano a Aitor y en alguna ocasión habían coincidido. Lo llamó haciéndose la sorprendida y preguntándole si se trataba de la misma persona.

–Ha sido tremendo, me coges con su madre en Erandio, está destrozada, estaban muy unidos.

–Tengo miedo, Aitor, por algo estabas tú tan preocupado, algo te temías. Cuídate, por favor –dijo Virginia.

–Algo estaba pasando, pero no podía ni imaginar esto. Ha estado muy bien preparado, de profesionales, nivel diez.

–¿Tienes alguna idea de quién ha podido ser? La policía sabrá algo.

–No puedo hablar, cada vez hay más gente aquí. Nos vemos luego.

–Si te parece, paso por tu casa por la tarde, a eso de las cinco.

–Estupendo, si no estoy, te aviso.

Fabretti había escuchado la conversación. Aitor sospechaba y no podía tener muchas dudas de dónde venía el crimen.

–Virginia, esta tarde esmérate. Aunque no sepa quiénes lo han cometido, sabrá quién está detrás.

–Pereza total, esto me va a exigir una ración extra de sexo y estoy hasta el gorro de este tío. No lo aguanto más, quiero dejarle, es un imbécil.

–Te falta poco, en cuanto resolvamos esto te das el piro; y ya sabes, tendrás un buen bonus.

–Eso espero, porque me estoy sintiendo como una auténtica puta.

Fabretti no se lo quiso discutir y se fue, quedando en verse por la noche en Bilbao.

Al momento llamó a María Ucelay y le contó todo, incluidas sus sospechas. María quedó en hablar con Lucía de inmediato.

Lucía acababa de terminar un examen en la Facultad de Derecho de la Complutense y estaba contenta. Le había salido bien y esperaba aprobarlo con nota. Cuando iba a entrar en su coche, recibió una llamada. Era María Ucelay; le extrañó, pero tampoco le dio mayor importancia.

–Hola, María, acabo de salir de un examen y con ganas de acabar de una vez, pero cuénteme.

–¿Te has enterado? Es muy grave, Lucía, no sé qué pensar.

–No sé nada y no me asuste, por favor.

–Acaban de asesinar en Bilbao a Rafael Satistegui, debía de ser un capo muy importante, el segundo de Aitor, ya sabes...

–Es la primera noticia. No tengo ni idea de quién es, nunca he oído su nombre. Tampoco de

Aitor sé mucho. ¿Se sabe algo del móvil? ¿Cuál ha sido el motivo?

–¡Chica, para algunas cosas eres lista! Este crimen está ligado directamente con lo hablado el otro día en el «Lhardy». ¿No te ha llamado Garrincha?

–No, igual ni se ha enterado ¿Cuándo ha sido?

–Hoy a las diez.

–Pues no sabrá nada. ¿Y usted cómo se ha enterado?

–Me ha llamado uno de los amigos. Estoy muy asustada, Lucía, intenta enterarte de algo. Tengo miedo por Eduardo, ya lo sabes.

–Si me entero de algo, se lo diré –contestó con un tono seco.

Cuando acabó la conversación, Lucía estaba cabreada con «esta vieja metete». Era una lianta, cada vez estaba más confundida con ella. La noticia no se la esperaba tan pronto; eran de una eficacia espectacular, se habían cargado al chivato en menos de dos días. Deseaba acabar ya con los problemas y la Ucelay se podía ir olvidando, no pensaba seguir su juego. Desde el coche le mandó un mensaje privado al Twitter de Garrincha: «Te quiero», y lo acompañó con corazones y besos; enseguida recibió contestación con unas caritas sonrientes.

Estaba muy tranquilo, todo estaba saliendo bien y, salvo el mensaje amoroso de Lucía, nadie se había dirigido a él. Lucía cada vez le sorprendía más, poco tenía que ver con aquella insustancial y medio psicópata de hace unos años. Era otra y se fiaba de él; aunque la opción elegida no era la suya, su apoyo sin reservas decía mucho a su favor. Empezaba a poder contar con ella.

Me había pasado las últimas horas en el ordenador, leyendo todas las noticias sobre el caso. Hice un descanso para comer y mi segundo móvil, el clandestino, empezó a vibrar junto al ordenador.

Cuando vi la pantalla sonreí, no me extrañó y era buena señal.

–Tania, da gusto oír tu voz, no esperaba tu llamada –dije sin rodeos.

–¡Garrincha! Eres un cabrón y un hijo de la gran puta, no me vengas con hostias.

Volví a sonreír, esta mujer me gustaba.

–No me voy a ofender. Lo doy por no oído, te escucho.

–Quiero reunirme contigo. Tenemos temas pendientes de cerrar y lo de esta mañana no va a quedar así. Poseo mucha información y si os queda algo de inteligencia, sed sensatos y no os arriesguéis; y me refiero también a Lucía y Eduardo. Estamos dispuestos a todo, te lo advierto.

–Si mal no recuerdo, esta semana nos íbamos a ver y a retomar los temas pendientes del Ritz.

–Ya veo, conservas buena memoria para algunas cosas. ¿Te parece el jueves a las nueve en el mismo sitio?

–¿Estaremos los mismos?

–Mejor tú y yo solos. Alex está de acuerdo conmigo y prefiero no tener cerca a Lucía.

–Como quieras. Te veo el jueves a las nueve en el Ritz. Olvida tu mala hostia, aunque así estés aún más guapa.

–Mi carácter puede empeorar, te lo advierto, y no te va a compensar mi belleza.

–Un besazo, Tania.

–Vete a la mierda.

Cuando colgué estaba feliz. Esta mujer hacía esfuerzos para no explotar, pero ella lo sabía, no podía romper. La entrada en el negocio de narcóticos era un buen tema y podía ser suficiente.

Lo reconocía: Tania me ponía cachondo.

35. MIÉRCOLES 7 DE JUNIO EN LA COMISARÍA DE DEUSTO LA POLICÍA SE PREPARA

Las dos brigadas de la Ertzaintza, la de lo criminal y la de estupefacientes, estaban reunidas al completo. Eran las nueve de la mañana del miércoles y querían poner encima de la mesa toda la información recogida.

Uno de los Kepas informó con detalle del asesinato de Rafa Satistegui; era una acción con muy pocas pruebas para la investigación. La ejecución, porque fue eso, una ejecución a bocajarro, había sido obra de profesionales: cuatro disparos en lugares del cuerpo bien elegidos que produjeron la muerte al instante. Los autores eran dos hombres jóvenes, probablemente de menos de treinta años, con su fisonomía suficientemente oculta; playeras, vaqueros, sudaderas oscuras, gafas negras y dos gorras con viseras largas que impedían verles la cara. Los pocos testigos contaron que los vieron escapar con agilidad, rapidez y a grandes zancadas por las escaleras de Maiona hacia las cercanías de la basílica de Begoña. Las pistolas debían de llevarlas en cartucheras, probablemente sujetas a la cintura, escondidas debajo de las sudaderas; ambas eran Beretta 92, semiautomáticas, y la munición 9 milímetros parabellum. Aunque peinaron los barrios altos de Bilbao –el barrio de La Cruz, Begoña, Zurbarán, Arabella, Santutxu e, incluso, Txurdinaga–, nadie los vio.

Todo apuntaba a un contrato cumplido por unos profesionales sin relación con ninguno de los actores de esta trama. Podían ser sicarios del este de Europa, residentes en cualquier pueblecito del Mediterráneo, o dos franceses llegados la víspera y de regreso ya en su casa.

Había un dato que podía haber complicado la preparación de la acción. Rafa se dirigía a comprar almendra a una pastelería del Casco Viejo y eso solo lo sabían él y su madre. Por lo tanto, no lo esperaban y eso implicaba una gran dosis de espontaneidad e improvisación, tanto en la preparación como en su huida. La acción se desarrolló en el Casco Viejo, pero igualmente podía haberse desarrollado en otro lugar. Tenían la ventaja de no tener prisa, pero la huida conllevaba una buena dosis de riesgo. Revisaron los contenedores y papeleras en busca de alguna bolsa con la sudadera, las gorras... o las armas, pero no encontraron nada.

Tomó la palabra Fabretti y empezó a explicar la información de fondo, sin revelar las fuentes.

–Vamos a olvidarnos por un rato de los detalles de la acción; intentaré explicar las motivaciones de quienes han encargado esta ejecución.

El silencio era sepulcral y todos estaban pendientes de las palabras del inspector, como si ya tuviera resuelto el caso.

–Llevamos tiempo investigando y tenemos confirmada la existencia de un chantaje de grandes dimensiones cuyas víctimas son Lucía Gorostiola y Tomás Garrincha. ¿Os suena?

–Perfectamente. –Varias voces se oyeron al mismo tiempo.

–Pues bien, resumiendo: esta extorsión consiste en que a cambio de dinero, mucho dinero, se olvidan de contarnos con detalle y pruebas la famosa matanza de Otañes.

–Vaya sorpresa –dijo Ongi Etorri.

–Quien tenía todos los datos era Rafael Satistegui, segundo de Aitor en el negocio de las

drogas de Gorostiola padre.

Continuaba el silencio y solo se oyó el movimiento de algunas sillas y algún suspiro de expectación, mientras Fabretti hacía una pausa y proseguía:

–El muerto podía hundirles y enviar a la cárcel para muchos años a Lucía y Garrincha, por eso se lo han cargado. La orden o el encargo solo han podido salir de Tomás Garrincha.

–Él personalmente no ha disparado, porque ayer a la hora del crimen estaba pescando en Olabeaga, cerca de su casa –dijo el otro Kepa.

–Cierto, pero el contrato es suyo, aunque desconocemos si Lucía estaba al tanto.

Esta aseveración pudo realizarla gracias a la conversación con María Ucelay, que le había dicho que Lucía estaba sinceramente sorprendida. Sara y Fabretti, aunque conocían su capacidad de engaño, no las tenían todas consigo y optaron por ser prudentes. También tenían la información de Virginia después de pasarse toda la tarde guarreando con Aitor, muy a su pesar, según le insistió a Fabretti, como queriéndose disculpar. Se lo confirmó: Rafa no estuvo en Otañes, pero sí conocía a los que estuvieron y lo ocurrido. Virginia no pudo sacarle a Aitor quién había estado investigando, pero dijo que ahora comprendía las largas de Lucía a su propuesta; todo encajaba.

Cundo el inspector Miguel Fabretti acabó de exponer sus conclusiones, tomó la palabra la inspectora Sara Cohen y precisó dónde se encontraban:

–Algunos ya lo sabéis pero, para completar la información de Miguel, los chantajistas son los propietarios de Kalinka, rusos asentados en Londres desde hace años dedicados empresarialmente al mundo del fútbol: derechos deportivos, de imagen, televisión, publicidad e, incluso, tenían un equipo de fútbol en la Premier hasta esta temporada, que ahora está en segunda.

»Además, y aquí se cruza con nuestra investigación, tienen los derechos de Eduardo Bastera, jugador del Athletic y novio de Lucía Gorostiola.

Cuando dijo esto, no se oía ni el vuelo de una mosca, y todos estaban absortos y embelesados.

–¡Hostias! ¡Muy fuerte! –dijo en voz alta el Niño de Vista Alegre rompiendo la expectación, y fue seguido por algunas exclamaciones parecidas.

–Continúo. Vamos a hablar de inmediato con la Interpol inglesa para pedirles la vigilancia de los de Kalinka y controlar si están preparando algo. Pueden responder con una represalia en cualquier momento, es una acción perfectamente posible. Eso nos obliga, aún con más razón, a redoblar la vigilancia sobre Garrincha y a hablar de inmediato con la Policía Nacional para ponernos detrás de Lucía en Madrid.

–Además está Aitor, a quien también le pondremos vigilancia –dijo Fabretti.

–Inspectora, ¿el chantaje seguirá adelante? –preguntó Lerele.

–No lo sabemos, pero quizás Rafael Satistegui se haya ido al otro barrio con toda la información y no tengan base para la extorsión. Ese puede ser el motivo de un crimen realizado con tanta premura. Pero son impresiones, porque no tenemos datos.

–Sara, no sé si lo he entendido bien. ¿Garrincha y Lucía pueden sufrir las represalias de Kalinka? –preguntó Ongi Etorri.

–Sí, es una de las hipótesis, no podemos descartar nada. Otra opción puede ser enmierdar la relación de Lucía con el futbolista –contestó Sara.

–Sería un bombazo, tiene todos los ingredientes para ser un éxito mediático total –comentó Lola.

–Bien, pero no nos confundamos. Nuestro objetivo no es proteger a estos delincuentes y criminales, sino conseguir detenerlos con pruebas y ponerlos a disposición de la justicia. Que pasen muchos, muchos años a la sombra –completó Sara.

La reunión siguió contemplando distintas hipótesis y acabaron configurando los equipos

encargados de vigilar e investigar a los distintos protagonistas del caso. Ambos inspectores insistieron en la importancia de esclarecer los crímenes de tres años atrás y meter entre rejas a Garrincha y Lucía.

36. LUCÍA YA PIENSA EN VACACIONES

A pesar de todo, Lucía miraba con optimismo su futuro. Solo le quedaba un examen para acabar la carrera, Derecho de Familia y Sucesiones, y, aunque era un hueso, pensaba no tener problemas. Aún no sabía cómo lo había conseguido, porque a pesar del lío en donde estaba metida, pudo desconectar lo suficiente para estudiar y centrarse con intensidad en algo más productivo. Eduardo empezaba pronto las vacaciones, la liga estaba a punto de terminar y ya tenían decidido irse muy lejos, donde nadie pudiera molestarles. Su novio le planteó irse a Hawái, pasando antes por California, y a Lucía le pareció estupendo. Nunca se le hubiera ocurrido ir a aquellas islas tan lejanas del Pacífico, pero en cuanto las localizó en Google y empezó a ver las playas, el paisaje y su belleza tan espectacular, le pareció la mejor elección posible. Además, pasar por Los Ángeles, Santa Mónica y San Diego lo hacía aún más apetecible. Y no solo eso; por la distancia, casi no se podía ir más lejos, el viaje necesitaba muchos días: calculaba un mes, más o menos. Todo ese tiempo le permitiría olvidarse mejor de sus pesadillas. Luego, a la vuelta, pensaba acompañar a Eduardo a casa de sus padres en Marbella; pasarían unos días en Guadalmina antes de empezar a centrarse en su máster. Estaba pensando en Londres; como era muy caro, siempre quedaría alguna plaza disponible.

Con Garrincha a su lado, le parecía estar siempre protegida y estaba convencida de que también esta vez se iba a librar. Sus abogados estaban tramitando la herencia y cada vez se sorprendía más del patrimonio de su padre y de lo bien montado que estaba todo. Mientras, el gato Fidel la miraba poco convencido, recriminándole las veces que lo había dejado solo.

Estaba tumbada en el sofá dándole vueltas a estos pensamientos, cuando sonó su teléfono móvil. Era Garrincha.

–Tomasín, ¿cómo está usted? Tengo ganas de hablar contigo y más de verte.

–Pronto me vas a ver. ¿Has acabado los exámenes?

–Casi, me queda uno el próximo lunes y finito.

–Bueno, mañana tengo una cena en aquellos jardines donde estuvimos hace poco.

–Me imagino con quién. ¿Te acompaño?

–Mejor no, vamos a estar los dos solos.

–Esa te quiere ligar. Ya puedes andar con cuidado, tiene una pinta de puta –bueno, más de hija de puta– que no puede con ella.

–¡Je, je! No creas, ya me tienta, tiene un buen polvo.

–Te creía con más gusto, me estás defraudando.

–Bueno, Lucía, nos vemos el viernes por la mañana y te cuento todo.

–Las guarrerías te las puedes quedar para ti.

–Ya veremos.

–Hablando en serio, Tomás, cuentas con una incondicional y haz lo que entiendas mejor. Y si

nos cuesta algo, pues tampoco me importa demasiado con tal de arreglarlo de una vez. Me voy de vacaciones con Eduardo muy lejos y, si es sin preocupaciones, mucho mejor.

–Soy optimista, espero llevarte buenas noticias el viernes. Por cierto, ¿a dónde os vais? Dame envidia.

–No lo tenemos cerrado, pero calcula una semana en California, Los Ángeles y San Diego, y tres en Hawái.

–¡Vaya! Un plan estupendo, ya me contarás. Algún día igual me animo y voy con Teresa. Un beso, Lucía.

–Otro para ti, Tomás. ¡Oye!, no me has dicho dónde nos vemos el viernes.

–Tienes razón. Si te parece desayunamos a las nueve en el Hotel Meliá Castilla.

–Perfecto, allí estaré.

Cuando colgué, la sensación con Lucía confirmaba mis últimas impresiones. Cada vez estaba más sensata y colaboradora; querer salvar a su novio, en una chica de veintidós años, estaba muy bien, sobre todo cuando para ella lo demás pasaba a ser secundario. A mí me permitía trabajar bien y no distraerme en preocupaciones colaterales, que solían ser un incordio. Pero acababa volviendo una y otra vez a la reacción de Tania y no me convencía. Los insultos, la sobreactuación, todo eso tenía su lógica, pero Tania y los suyos habían sido humillados y ninguneados de una manera espectacular. Y aunque Rafa fuera solo un chivato, era su chivato, su salvador y les iba a salvar de la ruina. Los rusos de Kalinka estarían al borde de la quiebra, y a alguien derrotado era necesario darle alguna salida digna.

Tania podía estar pensando perfectamente en vengarse de él y de Lucía. Sus vacaciones en Hawái eran una buena decisión y, si no dejaba rastro, mejor. Mi intención era tomar precauciones desde ya. Tania y Kalinka podían tener amigos muy peligrosos, ante los cuales nuestros recursos eran muy limitados. Para la reunión del día siguiente con Tania iría preparado y quería asegurar bien dos cuestiones. La primera, que no me grabaran nada comprometido; llevaría una pizarra electrónica donde escribiría cualquier cuestión relevante y la borraría de inmediato. La segunda, mi propia protección; no me fiaba de los rusos, tenía una desconfianza profunda; como decía Lucía, Tania era una hija de puta, los mafiosos rusos campaban por toda Europa y sus colegas del narco podían ejercer de matones perfectamente.

Llamé a Etcheverry y acordamos una protección en el Ritz. Se hospedarían en el hotel y vigilarían también a Tania. Según me dijo, yo conocía a uno de ellos y los tendría a mi disposición. Además, otro hombre suyo, nacional, iría conmigo en el coche. Tanto este como los del Ritz irían armados.

Al Francés no le pareció ninguna exageración, y eso que él sabía mucho de esto.

Jueves 8 de junio

Lerele llamó a Fabretti desde el coche, mientras daba vueltas por Olabeaga.

–Jefe, se nos ha escapado y no ha sido despiste.

–Cuéntame.

–Estaba pescando en Olabeaga, cerca de su casa, como hace habitualmente. Lo vigilábamos desde el coche a una distancia prudencial, difícilmente nos podía ver, aunque un automóvil con dos personas a esa hora...

–¿Qué hora era?

–Ha bajado a las siete, y a las ocho y media nos ha dado puerta.

–Sigue, por favor.

–Pues ha recogido todo y se ha dirigido a su casa con paso tranquilo, como siempre. Justo antes de llegar ha girado a la derecha y lo hemos perdido de vista. Cuando hemos llegado, un coche atravesaba el túnel hacia el camino de la Ventosa y probablemente iría en él. Por si acaso, hemos dado varias vueltas pero nada, y luego hemos esperado enfrente de su casa, hasta ahora.

–Está claro. No es difícil largarse de allí si lo tienes preparado. Algo tendrá previsto, probablemente una reunión. Voy a dar la alerta de inmediato y a redoblar la vigilancia de Aitor, Cárdenas y Lucía.

–Yo me preocuparía también de la Interpol de Londres, no vaya a aparecer alguno de Kalinka– dijo Lerele.

–Tienes razón, se lo voy a decir a Sara.

Cuando Sara entró al despacho de Fabretti y este se lo comentó, no le cupo ninguna duda:

–Estos siguen negociando, pero no sabemos dónde.

Quedaron en controlar los pasajes de avión, autobuses, taxis, coches de alquiler, trenes y hoteles.

37. JUEVES 8 DE JUNIO GARRINCHA RUMBO A MADRID

Cuando despisté a esa parejita, a la que tenía ya más vista que a gran parte de mi familia, de inmediato me fui a cambiar y coger una bolsa con ropa al Vista Alegre. El hotel estaba junto a la plaza de toros; era pequeño, discreto y su dueño, amigo de un colega, me dejaba desde hace años utilizar una habitación por horas, sin registrarme y abonando exclusivamente una propina voluntaria; esa deferencia siempre me había sido muy útil. Desde la plaza de Zaballuru tomé un taxi y me dirigí al Restop de Arrigorriaga, en la autopista a Burgos.

Estaba acodado en la barra, tomándose un café con un cruasán, y me alegré en cuanto lo vi. El Francés no me había comentado quién iba ser mi acompañante y protector, pero la elección no podía ser mejor. Félix Suárez era un asturiano asentado desde hace muchos años en Barakaldo, y trabajaba exclusivamente para él. No se dejaba ver demasiado, sus acciones eran selectivas y era muy bueno; actuaba en España y en Francia, donde se manejaba bien con el idioma, aunque mejor con una Glock que siempre viajaba con él. No estaba quemado con la policía, pero era bien conocido en el hampa a ambos lados de los Pirineos. Andaba bien de pasta y, aunque pueda parecer extraño, ni frecuentaba puticlubs ni se metía farlopa; era el sicario ideal.

Nos saludamos y salimos enseguida. Como no teníamos prisa, le propuse ir por la carretera general a Burgos, evitando así cualquier cámara de la autopista, y una vez pasado Burgos incorporarnos a la autovía, dirigiéndonos a Aranda de Duero para comer.

Hicimos un viaje agradable y sin contratiempos. Nadie nos seguía. Aunque Félix no sabía mucho del asunto, sí lo suficiente para no tener dudas en defenderme y, en su caso, hacer uso sin piedad de la semiautomática de origen austriaco.

Llevaba tiempo sin comer en el Mesón de la Villa, probablemente el mejor restaurante de Castilla, y quería darme un capricho. Cuando entramos bajando las escaleras no vi a la dueña ni al marido, un guardia civil retirado siempre instalado en un taburete junto a la barra, vigilando el buen orden en el negocio. Quizás ya no lo llevaban ellos, la edad pasa para todos, y ahora estuvieran sus hijos, pero la impresión seguía siendo excelente.

Una chica joven nos atendió y nos recomendó algunos platos de setas, verduras y los revueltos con trufas. De segundo, el cordero y el pato. Félix no lo conocía y se quedó entusiasmado con las setas, las trufas y el cordero; un tinto de la cercana Peñafiel nos acompañó durante todo el rato, haciendo más difícil ponernos en marcha hacia Madrid. Como Félix era de fiar y con mucha experiencia en estos menesteres, le conté toda la historia y confirmé mis temores.

–Garrincha, cuídate y no les des por muertos. Respeta a tus enemigos y no pretendas apabullarlos. Los clanes rusos son muy activos en toda Europa, tienen solidez y se apoyan mucho entre ellos. Aunque tengan rivalidad por la hegemonía en una zona o en un sector, son muy patriotas y hacen piña contra el enemigo exterior. Los de Kalinka y sus socios en el narco pueden tener, si quieren, toda la ayuda que necesiten.

–Y yo soy decisivo para ellos.

–Efectivamente. Si acaban contigo, tienen mucho terreno ganado.

–Bueno, ya no tanto. Sin mí, el chantaje decae mucho, solo les queda Lucía.

–Sí, pero se habrán vengado, y Kalinka y Tania seguirán siendo respetados en su mundo.

–Pero necesitan dinero; si no, desaparecen –dije con contundencia.

–Sí, y ahí es donde tienes que ser flexible, tu inteligencia debe ganarles. El dinero no te resuelve nada si te dan dos tiros –contestó concluyente Félix.

–Estoy de acuerdo, pienso lo mismo. Mi idea es darles entrada en un negocio de narcóticos muy potente.

–Puede servir pero, aun así, no te fíes. Tienes un tiempo; te respetarán hasta incorporarse al negocio. Pero luego, vete a saber; los has derrotado y, aunque les arregles algo, eso se suele pagar.

–Te escucho, quiero oír tus recomendaciones.

–Sé generoso, dales entrada en ese negocio y desaparece una temporada larga. Si les va bien igual se olvidan.

–También se les puede adelantar dinero para la tesorería de Kalinka.

–Pues mucho mejor; pero, luego, vete.

–¿Cuánto tiempo?

–Un año. Y luego valoras si puedes volver.

–¿Y Lucía? –pregunté.

–Si se puede ir ya, mejor; y cuando vuelva, siempre pegada a Eduardo. El valor real del futbolista no se puede deteriorar.

–No te lo he contado, pero vamos a intentar tenerles pillados en el negocio de drogas, podríamos hundirles. Si nos salen bien las cosas, los chantajistas podríamos ser nosotros.

–Pero si te limpian el forro, el chantaje te va a servir de bien poco.

–Te haré caso, me gusta escucharte. ¿Hoy puedo correr peligro?

–Hoy Tania no se va a pringar, va a esperar a tener resueltas sus necesidades y entonces se retirará. Luego, quién sabe si serán otros...

Los comentarios de Félix eran de pura lógica y lo sabía, pero me vino muy bien escucharlos de labios de un experto. Cuando entramos en Madrid, nos dirigimos a la estación de Chamartín. Alguien al tanto del viaje podía pensar en el Ritz o en el Meliá Castilla si había pillado mi

conversación con Lucía, pero nadie se fijaría en un hotel modesto típico de estación de tren. No teníamos reserva pero, como me esperaba, no tuvimos ningún problema en encontrar habitaciones. Entré yo primero y reservé dos a mi nombre, y al cabo de un rato entró Félix y reservó otra al suyo. En esa me instalé yo.

Después de dejar el equipaje y de darme una ducha, nos vimos en el vestíbulo del hotel, y Félix me informó de la llegada de los franceses al Ritz. Tenían una mesa reservada para cenar en el jardín y, por ahora, todo estaba en orden. Tania aún no se había dejado ver. Cuando le pregunté por ellos, me confirmó su profesionalidad. A uno lo conocía porque estuvo en Otañes.

Me callé, pero ese detalle me dio confianza.

38. TANIA Y GARRINCHA CARA A CARA

Félix me acompañó hasta la entrada del Ritz. Dejamos el coche en el aparcamiento existente entre el Congreso de los Diputados y el Palace y nos dirigimos al hotel andando. Eran las nueve de la noche cuando llegamos; Félix se quedaría por la zona y, en todo caso, estaría localizable. A partir de la diez y media volveríamos a encontrarnos enfrente del hotel, en la plaza de la Lealtad.

Cuando entré, Tania estaba sentada en una de las mesas, centrada en su teléfono móvil, y en dos mesas más próximas a la terraza estaban los franceses. A uno de ellos, tan calvo como el del anuncio de la lotería, lo reconocí al momento; efectivamente, había estado con nosotros en Otañes. Me acerqué tranquilamente y, como si mi sombra la hubiera despertado, alzó la cabeza, sonrió y se levantó para darme dos besos. Tania era una mujer bella y dura, muy difícil de engañar; su sonrisa y amabilidad no podían esconder su ira contenida.

Se le notaba, si quería podía ser muy peligrosa. Inició una conversación convencional, de tópicos sobre España. Aquí era donde mejor se sentían sus compatriotas, los tratábamos muy bien y sabían agradecerlo... La seguí sin muchas ganas, pasando del *gin-tonic* que como aperitivo había pedido ella.

–¿Te hospedas en el Ritz? –me preguntó.

–No, es muy caro para mí –dije riéndome–. Yo no puedo meterlo como gasto de empresa.

–A mí tampoco me gusta demasiado. Tiene un punto rancio, bastante reconocible; es difícil encontrar a un huésped con menos de sesenta años –contestó sonriendo.

Asentí a su comentario, pero no dije nada. Tenía ya la carta encima de la mesa; esta vez fui algo más sofisticado y pedí una ensalada de bogavante y un lenguado a la meuniere. Tania pidió unas alcachofas y unas carrilleras, y me propuso acompañar la cena con Veuve Clicquot en vez de con vino.

–El champán corre de mi cuenta –me dijo.

–Tania, por favor, a esta cena te invito yo, mi modesto hotel me lo permite.

Cuando nos sirvieron el primer plato, Tania se lanzó en tromba a cantarme las cuarenta, mientras yo, con media sonrisa, aguantaba el chaparrón. Aunque aparentaba cierto despiste, la estaba atendiendo con mucho interés.

–No os enteráis y sois muy tontos si pensáis libraros de esta. Ese pringado, ni sé cómo se llama, está en el otro barrio, como decís aquí, pero eso, salvo acreditar el tipo de calaña que sois,

no os libra de casi nada. Y digo casi nada, porque vivo habría sido más efectivo, pero tenemos mucha información y, puesta en manos de la policía, no tenéis escapatoria.

–Tania, te estoy escuchando y acepto tu desfogue, pero no sé muy bien de qué me estás hablando.

–No te hagas el tonto, Garrincha, eres listo y esa cara de lerdo no te sienta nada bien. Te estimaba, y mucho, pero me estás defraudando, me entran ganas de decirte que me pareces un auténtico gilipollas.

–Si tú lo dices, como comprenderás, no te lo voy a discutir. En cambio, tú me pareces una mujer con una energía fuera de lo común; además, eres inteligente y muy guapa.

–No seas zalamero, por favor. Quiero entrar en materia. Para empezar, la niña tonta de Lucía, esa innmerceda millonaria, debe saber, díselo de mi parte, que o llegamos a un acuerdo o se puede olvidar de seguir comiéndole la polla a Eduardo. Yo en persona le contaré a quién tiene de novia, y esa relación saltará por los aires, sí o sí; y lo sabes perfectamente.

–No sé si te he entendido bien. ¿Volvemos al principio? ¿Si lo deja con Eduardo hay arreglo?

–No te hagas el tonto ni me pongas de mala hostia. O pactamos o se va al traste ese noviazgo, y la policía tendrá una versión muy detallada de lo ocurrido en Otañes, de las cuentas en paraísos fiscales y de los otros crímenes. Como comprenderás, acabaréis en la cárcel para muchos años.

El desahogo, los insultos y exabruptos de Tania no amainaban, y ahora me tocaba a mí darle la vuelta a la situación.

–Tania, te entiendo perfectamente y, créeme, todavía estamos a tiempo de entendernos. Yo lo voy a intentar.

Saqué mi pizarra electrónica y escribí: «De acuerdo en vuestra incorporación al negocio de narcóticos de Aitor, en el porcentaje hablado del 30%, incluso aceptaríamos como compensación llegar al 35%».

Borré de inmediato lo escrito y sonreí amablemente.

–En eso estamos de acuerdo, os lo propusimos nosotros, pero nos hace falta pasta y lo sabes. El importe de cinco millones podría bajarse a cuatro, pero necesitas un pago de ese calibre.

–Tania, eso es imposible. La situación ha cambiado radicalmente, quizás podría conseguir... – Volví a sacar la pizarra electrónica y escribí: «Adelanto de Aitor de un millón de euros a cuenta de los resultados de los dos próximos años».

–Tres millones de libras.

Escribí: «Un millón de euros y el 40% del negocio».

Tania no dijo nada. Sacó unos papeles de un portafolios, los miró, pegó un trago a su copa de champán, me miró, sonrió y habló:

–Garrincha, es mi última propuesta; si no, esto es la guerra.

–Un millón doscientas mil libras en cuarenta y ocho horas y el 40% del negocio.

Volví a escribir: «De acuerdo, pero el pago lo hará Aitor y a cuenta de los beneficios del negocio».

Tania se relajó, sonrió y su expresión cambió. Me tendió la mano y, mientras se la estrechaba, dijo:

–De acuerdo, quiero una reunión con Aitor de inmediato y en este sobre tienes un número de cuenta para la transferencia. Recuerda: cuarenta y ocho horas.

Era eficaz y venía preparada, con el número de cuenta apuntado; eso significaba que esperaba llegar a un acuerdo.

–¿La reunión cuándo la queréis?

–No estará nadie de Kalinka, irá un compatriota; conoce a Aitor y es muy competente. Él

llevará todo; de este asunto quiero estar lo más lejos posible y nadie nos va a pillar.

–Día y hora.

–Pasado mañana, sábado, a las cinco de la tarde en el Hotel Eurobuilding.

–Allí estará. Si hay algún problema, te llamo mañana.

–No debe haberlo, es lo mejor para todos.

No le contesté y volví a reírme. Ella también se rio y seguimos hablando de temas banales. Aunque Tania mantenía una conversación normal, su rostro –a mí también me lo decían– parecía llevar un cuchillo en la mirada, como rezaba aquella novela de Jim Thompson.

Recordé la conversación de aquella tarde con Félix.

Con esta mujer todas las precauciones eran pocas.

Félix me esperaba fumando un cigarrillo donde habíamos quedado. A pesar del bullicio de esos días en el centro de Madrid, esta zona, resaltando su carácter señorial y exclusivo, estaba muy tranquila. Según me contó, todo estaba en orden y lo mismo le habían dicho los franceses desde el interior: Tania se hospedaba sola y acababa de subir a su habitación.

–¿Todo bien? –preguntó Félix.

–Sí, me he quitado un buen peso de encima, me siento mucho más ligero. Hemos llegado a un acuerdo –le dije, contándole a continuación los detalles.

–Es lo mejor, te felicito, les facilitas una buena salida.

–Solucionará a corto plazo sus problemas de tesorería, y eso era lo más urgente para ellos; espero que Aitor no ponga ninguna pega.

–No te preocupes, no la pondrá; y después de lo de Rafa Satistegui, menos.

–Mañana espero verle. A primera hora estaré con Lucía y por la tarde con él en Bilbao.

–¿Hay algo más? No te encuentro convencido.

–Sí. Viendo a Tania, tengo la impresión de que esto no acaba aquí. No me fío de esta mujer.

–Ya te lo he dicho, arregla todo y lárgate. Hay mucho ruso hijo de puta suelto.

–Sí, eso voy a hacer.

–Y Lucía también.

–Desde luego.

39. VIERNES 9 DE JUNIO EN EL HOTEL MELIÁ CASTILLA

Desde la estación de Chamartín no tardamos más de quince minutos dando un paseo; y a las nueve de la mañana entraba en el hotel Meliá Castilla.

La noche no tuvo sobresaltos y, después de tomar una copa en el bar, nos recogimos en nuestras modestas habitaciones. Como había comentado Félix, pasar del Ritz a este hotel te impactaba y te parecía aún peor de lo que era. Félix declinó la invitación para acompañarnos en el desayuno, y muy profesional prefirió seguir ejerciendo de vigilante y protector. Se acercó a la cafetería y, sentado en una mesa junto a la entrada, nos esperó leyendo el *Marca* con un café solo. Yo me situé en el *hall* y enseguida vi a Lucía aparecer de un taxi junto a la puerta principal.

–Qué guapa estás en Madrid.

–O sea, que en Bilbao estoy muy fea.

–No he dicho eso, pero en la capital mejoras mucho.

–No es por Madrid, mejoro en cuanto salgo del bocho. Me lo has notado y es la pura verdad. Bilbao me afecta mucho, tantos recuerdos...

–Pues sí, estás espléndida.

–Muchas gracias. Chico, no me estarás preparando para darme un disgusto, ¿verdad?

–Tranquila, al contrario. Vamos a desayunar algo.

–¿Te gusta el hotel? Tiene fama, pero siempre me ha parecido inmenso, con tal muchedumbre alojada.

–No he estado, he ido de incógnito a uno más modesto.

–Tomás, podías haber venido a casa, tengo sitio, siempre te digo lo mismo.

–Sí, lo sé, pero es mejor así; además, vengo con una especie de ángel de la guarda que vela por mi integridad física.

Lucía no se sorprendió y sin más me preguntó:

–¿Puedes, bueno, podemos tener problemas?

–Ahora te cuento.

Nos sentamos en una mesa y preferí no saludar a Félix.

–Estoy deseando escucharte. Le estoy cogiendo una manía a ese zorrón de Tania...; no la soporto, la verdad.

Le conté la cena en el Ritz, tal cual, sin suavizar las expresiones e insultos proferidos. Incluso mantuve los comentarios sobre ella y su novio ante su expresión indignada y una cara que se incendiaba por momentos.

–No sé cómo lo has aguantado, yo le hubiera dado una hostia al momento; será hija de puta.

–Era un mero desahogo, les hemos ganado y han quedado como unos pringados.

–Ellos se lo han buscado, no me dan ninguna pena.

–Pero no los podemos infravalorar. Están heridos y son peligrosos; me dan miedo.

Continué con toda la conversación, las propuestas iniciales, sus alardes de conocimiento, para llegar a las propuestas finales y el acuerdo.

–Un millón doscientas mil libras de adelanto y el cuarenta por ciento del negocio.

–El acuerdo es bueno, sobre todo porque no vamos a poner un duro. Y aunque el dinero sea el de mi padre, así está bien; pero no creas, me dan ganas de mandarlos a la mierda.

–A mí también, pero nos interesa darles una salida. Si se ven perdidos podrían ir a la policía, contar sus historias y complicarnos mucho las cosas.

–No necesitas convencerme, yo era partidaria de pagar desde el principio, pero me jode la prepotencia chantajista de estos indeseables.

–Bien, pues aun así, estoy preocupado. Si atamos bien los acuerdos con Aitor, lo fundamental estará salvado, pero no me fío de Tania. Es una impresión, me da malas vibraciones, puede estar preparando algo contra mí, contra ti o contra los dos.

–¿Tienes algún dato? –Lucía había cambiado ya de color y estaba muy pálida–. ¿Y contra Eduardo?

–Eduardo es el único a salvo, es su futbolista estrella. Les está dando mucho dinero y les dará más.

–Sin saberlo tiene un seguro de vida –comentó Lucía, viendo su lado positivo.

–Así es, lo has expresado muy bien.

–Pero nosotros somos otra historia.

–Sí, no tengo ninguna prueba y quizás me equivoque, pero debemos estar alerta. Tengo una premonición. En cuanto tengan atada su participación en el negocio de narcóticos, pueden intentar algo contra nosotros.

–¿Aunque todo vaya bien?

–Mujer, si sale mal, aún es más probable. Pero no va a salir mal, el acuerdo les ha gustado. Es otra cosa. Las mafias rusas funcionan en toda Europa, y de una afrenta como esta pueden querer vengarse. Con Tania tengo malas vibraciones, no me fio. Lo he consultado y todos me recomiendan desaparecer una temporada.

–Estoy de acuerdo, ¿has pensado algo?

–¿Acabas los exámenes el lunes?

–Sí, el lunes a mediodía ya estoy libre.

–Hasta entonces estaremos cerrando el acuerdo con Kalinka y no habrá problema. El mismo lunes o el martes lárgate y no estés localizable, piensa en algo.

–Ningún problema, la liga acaba este fin de semana y, como te dije, me voy de vacaciones con Eduardo a California y Hawái.

–Perfecto, pero hasta entonces estate a buen recaudo. Y luego no te separes de Eduardo, él puede ser también un seguro para ti. Cuando vuelvas, hablamos, pero piensa en largarte a hacer el máster fuera de España.

–Había pensado en Londres.

–No sé, ya veremos, ellos están allí, aunque por Eduardo pueden averiguar perfectamente dónde estás.

–¿Y tú también te largas?

–Sí, una temporada, pero todavía no sé dónde, ya te lo diré. Desde ayer estoy con protección, por si acaso.

–Me parece bien, es lo mejor.

–Otra cosa, Lucía. Debo quedar hoy mismo con Aitor, se trata de la propuesta de Kalinka. Llámalo, por favor, dale el teléfono del hotel y que te llame de inmediato desde un teléfono público.

–Vamos a recepción.

–Quiero verle hoy mismo; es muy urgente. Le haré una propuesta en nombre de los dos, será como si se la hicieras tú y le interesará. Díselo tal cual.

Estaba dando órdenes casi militares, pero Lucía me las permitía y tampoco estaba para sutilezas. Lucía contactó de inmediato con Aitor, no pareció extrañarse de la llamada, y en diez minutos la devolvió. Con un tono convincente y formal le transmitió la necesidad de verle y hacerle una propuesta importante que contaba con todo su apoyo. Me pasó el teléfono y quedé para esa misma tarde a las seis en Bilbao, en el parque de los patos.

A Lucía la había dejado temblando; quizás estaba exagerando, pero era mejor así. Se lo tomaría más en serio y procuraría esconderse y protegerse bien; cuantas más precauciones, mejor. Quizás después de unos meses tendríamos más datos y la situación estaría más tranquila, con los de Kalinka centrados en sus propios negocios; pero a corto plazo, debíamos desaparecer.

En unos días me largaría y estaría ilocalizable todo el verano; luego podría plantearle a Teresa tomarnos un año sabático, e instalarnos en un lugar tranquilo y cálido al otro lado del Atlántico.

Cada vez me tentaba más la idea, aunque la puesta en marcha de la tienda de San Sebastián era una dificultad importante. Por de pronto, resolvería los meses de verano, luego ya vería.

40. GARRINCHA SE ENTREVISTA CON AITOR

Llegamos con tiempo a Bilbao y pasé por casa para dejar mis cosas y descansar un rato. Félix hizo lo mismo y quedamos en mi portal a las seis menos cuarto.

El lugar de encuentro era la pérgola del parque. A las seis, simulando un encuentro casual, Aitor vendría andando desde la parte del Museo y yo desde la otra punta, por el Sagrado Corazón, la más cercana a mi casa. Hablé un momento por teléfono con Teresa y quedamos en vernos más tarde; me preguntó por mi aventura madrileña. Solo le contesté con un «estoy contento» y dejé las explicaciones para más tarde. Quería aprovechar para hablar de las vacaciones y le plantearía lo de irnos juntos, en principio un par de meses, y luego ya veríamos.

Le estaba dando vueltas a una idea que podía funcionar. En plan clandestino y sin dejar nuestros nombres en ningún lado, instalarnos en Francia, en Las Landas, a una hora de San Sebastián y a donde Teresa se podría desplazar a diario, incluso llevarla yo. El Francés nos podía alquilar un apartamento cerca de la playa en Hossegor o Capbreton y un buen coche. Ese sería nuestro lugar de destino y donde podríamos combinar vacaciones y trabajo. Cerca de la playa, los dos solos y a una hora de la tienda de San Sebastián no era ningún mal plan y le gustaría. La tienda de Bilbao podía funcionar con Maite y cerrarse en el mes de agosto.

Cuando bajé a la calle, Félix estaba apoyado en la barandilla de la ría y ni tan siquiera me miró. Como si no lo hubiera visto, me encaminé hacia el parque y comprobé cómo dejaba una distancia de unos veinte metros entre ambos. Según llegué a la pérgola por el paseo principal, vi a Aitor y a dos de sus hombres cubriéndole las espaldas. Se encaminaban hacia donde estaba yo. Fingimos sorpresa al vernos, todo muy teatral, nos dimos la mano y nos sentamos en el primer banco vacío que encontramos.

Tras unas frases protocolarias de rigor, enseguida entramos en materia. Con buen criterio no me sacó lo de Rafael Satistegui y, aunque iba a negar cualquier relación con el crimen, lo agradeció; en cambio, sí comentó:

–Estaba esperando vuestra llamada. Hablé hace tres semanas con Lucía y todavía no me ha contestado.

–Sí, me lo contó, quería haberte llamado antes, pero teníamos pendiente de cerrar un acuerdo importante. Lo concluimos ayer, te afecta y te va a interesar.

–Te escucho, no sé nada.

–Lucía no va estar en el negocio de su padre, quiere dedicarse a sus estudios y luego a su carrera; es mucho riesgo para ella y poco puede aportar. Por lo tanto, tú sigues de jefe y titular del negocio, y no le pagarás nada por ningún concepto, ni a plazos ni al contado.

Aitor me miraba con cara de sorpresa, sabiendo que eso no podía acabar así. Y sin darle tiempo a decir ni preguntar nada, le expliqué el acuerdo con los rusos. Cuando le expliqué quién era Kalinka, sus negocios y su titularidad empresarial sobre Eduardo Basterra, un silbido afinado y largo salió de sus labios.

–Sus negocios andan mal y necesitan un millón doscientas mil libras ya.

–Cuándo y dónde.

–Mañana. Cuando nos despedamos te daré la mano y te pasaré un papel con la numeración de la cuenta de un banco en las Islas del Canal. ¡Ah! Esa cantidad es a cuenta de sus beneficios en los dos próximos años.

–Se puede hacer. Garrincha, me fío de ti y de Lucía, su padre también era el mío, y por Lucía haría cualquier cosa. No sé si me quieres entender.

Este tío pensaba que yo era tonto, pero le seguí la corriente. Con los cortos es mejor no discutir.

–Te entiendo perfectamente, Aitor, pero hay que tenerlos pillados de los huevos, el chantaje debe acabarse para siempre.

–Explícate.

Le conté un resumen de todo, aunque bastante preciso, y terminé diciéndole con gravedad:

–Aitor, se trata de un acuerdo decisivo para olvidarse de lo de Otañes. Si ahora nos cubrimos bien, se olvidarán de volver a chantajearnos. Te recuerdo que tú estuviste conmigo allí.

Su silbido subió de intensidad, pasando de inmediato a entonar la música de *El puente sobre el río Kwai*; sonaba muy bien y pude darme cuenta de cómo hilaba muchas cosas. Tampoco era tan difícil.

–Mañana el ruso, tu socio, te espera a las cinco de la tarde en Madrid, en el Hotel Eurobuilding. Él te conoce y te preguntará si quieres un cubata, tú le contestas que vodka con hielo.

–Ya me imagino quién es y, si acierto, es un tío válido, no es ningún pringado.

–Eso espero. El negocio es vuestro, habladlo y organizadlo como queráis, pero no lo cierres todavía. Plantea una reunión en Bilbao, con gente vuestra y suya. Y esa reunión la grabaremos: mucho Kalinka, sus negocios y dando por sentada la participación de Kalinka en el tráfico de drogas... La reunión organízala tú, puede ser nuestro seguro de vida.

–Te entiendo perfectamente, ya pensaré cómo hacerlo.

–Mañana ten cuidado, puede grabarte él, y no nos cites a Lucía ni a mí, no existimos.

–De acuerdo.

Pude comprobar por la expresión corporal de Aitor que ya empezaba a entender muchas cosas y que la propuesta le gustaba. Estaba muy pillado con los suministradores y el poder tener ofertas a precios sustancialmente mejores le daba mucha tranquilidad. No era difícil concluir que ese 40% lo pagarían los propios rusos.

Cuando se levantaron y me dio la mano, el papel con los dígitos y el nombre del banco pasaron a la suya. No necesitaba pedirle precaución, era un buen profesional. Era una copia y me quedé con el original, la primera prueba valiosa contra Kalinka. Me parecieron demasiado confiados, pero mejor así.

Cuando volví a casa, Teresa no tardó en llegar. Venía de buen humor y con ganas de verme. Me besó en plan novios y enseguida me pidió que le contara lo que le pudiera contar. El matiz no me pasó desapercibido y eso me permitió obviar alguna cuestión. Salvo el asesinato de Satistegui, le conté todo. No me preguntó nada sobre él, y tampoco me lo había comentado cuando se produjo.

–Si te entiendo, habéis hecho las paces y no ponéis un euro ni tú ni Lucía. Eso está muy bien, sobre todo si los de Kalinka están conformes.

–Lo están, lo cerré ayer con Tania, pero hay más.

–Ya lo sabía, tu cara no es de euforia, te veo preocupado.

Le conté mis miedos, el riesgo de alguna acción intimidatoria, pero era difícil de explicar sin hablar de la ejecución del chivato. Salí como pude, contándole los planes de Lucía.

–Podríamos hacer algo parecido –concluí.

–No sé si te entiendo, tenemos todo listo para abrir la tienda de San Sebastián y no podemos demorarla.

–Instalarnos junto al mar en Hossegor o Capbreton, y desde allí acercarnos a diario a San Sebastián y seguir con los planes previstos. En Bilbao, Coco Palmer podría funcionar con Maite.

Teresa enseguida se situó y entró en la propuesta.

–Lo de aquí no es problema. Pero allí, si nos instalamos en San Juan de Luz o Biarritz, estaremos más cerca y podría ir a diario a la tienda.

–Lo podemos mirar, aunque Las Landas no llega a media hora más y podría hacer yo de chófer.

–Y de guardaespaldas macizón –contestó Teresa mientras sonreía.

La idea no le parecía mal, me di cuenta de inmediato, y a continuación me dijo:

–Organízalo como quieras, pero vamos los dos y solo te pido que me ayudes en la apertura de la tienda. Ya lo sabes, es muy importante para mí.

–Volveré a mi situación de jubilado a tiempo completo. Cuenta conmigo.

Aunque el factor de riesgo personal, con una posible amenaza sangrienta, era nuevo para Teresa, el hecho de continuar los dos juntos, aunque fuera escondidos, había aliviado la situación.

Hice todo lo posible para relativizar los riesgos, aunque mi mujer, sin decir nada, era consciente de lo justificado de todo este montaje. Esa noche dormimos muy agarrados; Teresa quería protegerme desde ya, sin esperar a vernos instalados en Francia.

41. KALINKA ESTÁ CONTENTA

En Londres, aunque el mes de junio es un tanto desconcertante, hacía un día casi veraniego. La cercanía del verano se dejaba notar; el sol resplandecía y el Támesis se dibujaba esplendoroso allí por donde pasaba.

A Tania le gustaba acercarse al río desde sus oficinas de Canary Wharf y perderse viendo su caudal circular con fuerza. Cuando le contaron que Garrincha solía pescar en la ría de Bilbao, al lado de su casa, le pareció una idea estupenda; a ella le tranquilizaba mucho verlo, oírlo y descansar mirándolo sin más, intentando olvidarse de tantas cosas... Igual algún día se animaba y buscaba algún rincón donde poder echar una caña. En esa época le gustaba bajar al atardecer y esperar a ver cómo el sol se hundía por detrás del Támesis, mientras las copas de los árboles pasaban del rojo al gris. Era el momento de repasar cómo marchaban los asuntos e intentar insuflarse ánimos; los necesitaba casi siempre.

Acababa de llegar de Madrid y enseguida se vería con Alex y Vladimir. Estaba contenta, el acuerdo era bueno, y tanto el negocio de las drogas como el millón doscientas mil libras permitirían sanear sus cuentas. El año lo salvaban justo, pero lo salvaban, y el próximo año los ingresos del narcotráfico ya serían regulares y ayudarían mucho. Otra cosa era levantar el negocio propio de Kalinka; ese era su objetivo y a él debían dedicarse por completo. Todo este infierno tocaba a su fin y cuanto antes se olvidaran, mejor. Pero estaban Garrincha y Lucía. ¿Qué iban a hacer con ellos? También se querían olvidar cuanto antes, aunque ese *negociado* no era tan fácil.

Volvió dando un paseo y subió a la oficina, donde la esperaban sus socios, quienes, nada más entrar, escrutaron su rostro con expectación y ganas de saber cómo había ido todo.

–Muchachos, esta primera batalla la hemos ganado –les dijo Tania sonriente, nada más sentarse a la mesa de reuniones.

La tranquilidad apareció en los rostros de ambos e incluso en el de Alex se dibujó una tímida sonrisa.

–Cuéntanos todo; estamos de los nervios –dijo Alex.

Tania les contó tal cual la conversación con Garrincha la noche anterior y el acuerdo alcanzado.

Alex se levantó y muy efusivo le dio dos besos.

–Espléndido. Mucho mejor de lo esperado. Además de tus habilidades, que las conocemos bien, esos hijos de puta han ido demasiado lejos, lo saben, y ahora quieren paz y tranquilidad –dijo Alex.

–Bravo, Tania, estamos salvados. Con esos ingresos vamos a volver a ser los mejores –dijo Vladimir.

–Esto nos va ayudar, pero sacar Kalinka adelante depende de nosotros y de nuestros aciertos. No podemos vivir de forma subsidiada, eso sería nuestro fin a medio plazo –contestó Tania para rebajar la euforia.

–¿Aitor estará de acuerdo? –preguntó Vladimir.

–Yo creo que sí. Pero, en todo caso, mañana se ve con Nicolai. Vladimir, avísale y cuéntale todo. Además, si vas a Madrid, aunque no participes en la reunión, mucho mejor; podrás controlarlo todo y resolver cualquier incidencia sobre la marcha. Nicolai se encontrará más seguro –expuso Tania.

–Ningún problema, voy a ver si encuentro un vuelo esta noche y, si no, mañana por la mañana. Ahora hablo con Nicolai –respondió Vladimir.

–¡Ah! Y para la transferencia de la pasta, tienen cuarenta y ocho horas; enseguida vamos a confirmar si esto va en serio –apuntó Tania.

La reunión continuó con temas domésticos de Kalinka, casi todos relacionados con el fútbol, y en un ambiente ya mucho más relajado. Varios traspasos estaban encarrilados y se habían fijado en un chico de dieciséis años del Flamingo brasileño, del que se hablaba como el futuro Neymar. Cuando ya estaban a punto de terminar la reunión, fue Alex quien sacó el tema.

–Tania, ¿cómo te fue por San Petersburgo? No nos has contado nada.

–Fue bien, según lo previsto. Nuestros amigos nos van a ayudar. Están preparados, pero solo actuarán a petición nuestra. La decisión final la tomaré pensando en lo mejor para Kalinka y cuanto más lejos estéis vosotros, mejor. ¿Me explico? –contestó Tania en voz baja y con cierto laconismo.

Ni Alex ni Vladimir pudieron interpretar si había tomado ya alguna decisión. Ella era la que mandaba y estaba bien así.

–Tienes razón. Sabes que cuentas con todo nuestro apoyo –dijo Alex.

–Suscribo sus palabras –añadió Vladimir.

Sábado 10 de junio

En la comisaría de Deusto, las dos brigadas de la Ertzaintza tenían una reunión conjunta a las ocho de la mañana; algo estaba pasando. Lerele explicó que el jueves Garrincha se les había escapado cuando volvía de pescar en Olabeaga, a eso de las nueve de la mañana. No fue ningún despiste,

sino una huida preparada y en toda regla; no regresó a casa hasta el viernes a primera hora de la tarde. A continuación tomaron la palabra Ongi Etorri –encargada de seguir a Garrincha cuando el día antes salió de su casa para dirigirse al parque– y uno de los Kepas, vigilante de Aitor cuando se dirigió al mismo lugar. Ambos contaron que, a una hora convenida, de eso no había duda, entraron en el parque de Doña Casilda cada uno por una punta, y con paso tranquilo y mirando al reloj llegaron a la pérgola a las seis en punto. Se saludaron como si se hubieran encontrado por casualidad y se sentaron en un banco. Estuvieron una media hora hablando, sobre todo Garrincha, que explicaba con detalle algo a Aitor. Este a veces parecía sorprendido, pedía explicaciones y también intervenía de vez en cuando; según ambos *ertzainas*, quien mandaba era Garrincha.

–Me parece bastante significativo. Según nuestros datos, es la primera reunión de Garrincha con Aitor y, además, para dar instrucciones. Se produce justo después de haberse cargado al segundo de Aitor, y la relación parece amigable. Y todo esto tras desaparecer Garrincha durante treinta y seis horas –sentenció Sara.

–Esto debemos ligarlo con la información recibida de María Ucelay. Sara, ¿lo comentas tú?

–No, hazlo tú.

–Bien. María Ucelay quería conocer cómo iban las cosas tras el asesinato de Satistegui. Ya había llamado asustada cuando se produjo –dijo Fabretti. Todo el mundo seguía expectante la información sin decir nada–. Lucía fue muy clara y con contundencia le dijo, incluso cortándola: «Olvídelo todo, ya no hay chantaje, los de Kalinka han entrado en razón». Le ha pedido expresamente que no se mueva, ni ella ni sus amigos.

»Cuando María quiso saber más, Lucía volvió a cortarla y le dijo algo así como: «Yo tampoco sé demasiado, pero está todo arreglado y no tememos nada». «¿Y Eduardo?», preguntó María. «Eduardo no pinta nada en esto», le respondió. «Nos vamos de vacaciones y ya nos veremos a la vuelta» –concluyó el relato Fabretti.

Su cara expresaba contrariedad y, desde luego, no estaba satisfecho.

–Todo va encajando –dijo Sara–. Estos datos nos permiten poder sacar varias conclusiones. ¿Miguel?

–Continúa tú, por favor.

–Lo primero, hay un acuerdo con Kalinka por el cual, como ha dicho Lucía, el chantaje ha terminado. El asesinato de Satistegui ha sido la clave para el pacto. No sabemos si ha sido una retirada en toda regla de los rusos, con el rabo entre las piernas, o quizás Garrincha y Lucía, estando en una posición de fuerza, han cedido para facilitar un acuerdo ventajoso para ellos –explico Sara–. Pero, claro, desconocemos el alcance de la cesión y, si la ha habido, el contenido del acuerdo.

–Y a Aitor, ¿dónde lo situamos? ¿Se han cargado a su segundo y recibe instrucciones de quien ha encargado el crimen? Es muy fuerte –apuntó Ongi Etorri.

–Tienes razón, Bienvenida. –Sara seguía llamándola por su nombre auténtico a pesar de sus protestas–. Ahí está la clave. Aitor mueve toda la droga de Gorostiola padre, fue el heredero ya en vida de toda la organización. Esa conversación puede entenderse si Aitor y su grupo son parte de la solución, del acuerdo con Kalinka –dijo Sara– pero, entendedme, son hipótesis de trabajo sin ninguna certeza.

–Puede pasar de todo; desde el olvido y cada uno por su lado, hasta que los rusos de Kalinka nos den alguna sorpresa –completó Fabretti.

–En conclusión, debemos continuar con los seguimientos y controles. A Garrincha, a Aitor y a Lucía con intensidad, no podemos relajarnos –ordenó Sara.

–¿Y al abogado Cárdenas? Su vida no puede ser más previsible y aburrida –dijo Lola.

–Continúa, por si acaso. No perdemos nada e igual ahora entra en acción –dijo Fabretti.

Siguieron hablando de la investigación del crimen de Rafael Satistegui, poniendo en orden algunos datos, y dieron por finalizada la reunión enseguida.

Cuando salieron todos, Sara le dijo a Fabretti:

–Nos quedamos otra vez sin nada. Estos habrán hecho sus negocios, nos dejan un fiambre por el camino y nosotros mirando como unos imbéciles. Me pone de una mala hostia...

–Sara, más no podemos hacer. Estamos detrás de todo, la operación la estamos casi radiando y solo nos falta ese punto de suerte para pillarlos. El grupo de Aitor podemos desmantelarlo cuando queramos.

–Eso son migajas, ya sabes a quiénes quiero pillar.

–No vamos a desfallecer, por algún lado fallarán; no pueden ser perfectos.

–Y la Interpol de Londres sin decirnos nada. Esto del Brexit también ha llegado a la policía, colaboración cero. Voy a volver a llamarlos.

42. SÁBADO 10 DE JUNIO UN SEGUIMIENTO PRODUCTIVO

Ninguno de los Kepas tuvo ninguna duda. Llevaban más de diez años en la Ertzaintza y sabían cuáles eran las reglas; jamás pedirían permiso para algo, siendo benévolo, de dudosa legalidad. Si tenían que hacerlo, se hacía, pero jamás se preguntaba, ni tan siquiera se comentaba.

No tuvieron ninguna dificultad para acceder al garaje comunitario del bloque donde vivía Aitor. Estaba en Peñota, entre Santurce y Portugalete, junto al Hospital de San Juan de Dios y enfrente del Palacio Oriol. Su Audi Q5, reluciente y con todos los extras posibles, descansaba en una de las esquinas del garaje, ocupando dos plazas. Fue el mayor de los Kepas quien puso un dispositivo del tamaño de una caja de cerillas, sujetado por un imán, en los bajos del coche. Con este dispositivo podrían seguir al automóvil a cualquier lugar y saber en todo momento dónde se encontraba. Para ser eficaz, Aitor debía ir dentro y eso lo daban por supuesto; ni Fabretti ni Sara sabían nada, ni lo iban a saber; nunca lo hubieran consentido. Pero si querían enterarse de algo, necesitaban saltarse algunos procedimientos y Aitor podía ser clave en la investigación. Dudaron si ponérselo a Garrincha pero, a diferencia de Aitor, que disfrutaba conduciendo y le gustaba fardar de su *tanque*, apenas utilizaba su automóvil y se servía habitualmente de otros medios de transporte.

Pronto empezaron a recibir información; su dispositivo emitía señales y se disponía a salir de Bilbao. No necesitaban acercarse porque sabían en todo momento dónde estaba el Q5, pero querían ir tras él para ver con quién se reunía. Cuando los Kepas se pusieron en marcha, tras la reunión conjunta de las brigadas en la comisaría de Deusto, Aitor estaba pasando Miranda de Ebro en dirección a Burgos.

Al cabo de cuatro horas, los *ertzainas* aparcaban su coche junto al Hotel Eurobuilding de Madrid, en cuyo garaje se había metido Aitor cuarenta minutos antes. Mientras uno de los Kepas se mantenía en su Volkswagen Passat, el otro entró en el hotel y se dirigió al bar. Cuando cruzó el vestíbulo vio a Aitor al fondo charlando con un hombre de su edad, cercano a los cincuenta; era

fuerte, tenía el pelo muy corto y un estilo militar; podía ser ruso perfectamente.

Volvió al coche y llamaron a sus contactos de la Policía Nacional. Estaban nerviosos y temían perder al interlocutor de Aitor, pero en menos de media hora llegaron sus colegas, una pareja joven con pinta de ser de la zona. Apenas necesitaron explicarles por qué estaban allí; les interesaba el del pelo corto, el otro era un conocido del narcotráfico de Bilbao. La pareja entró en el hotel y en menos de diez minutos volvieron a salir.

–Tenemos suerte. El nuestro es el ruso Nicolai, conocido en el mundo del tráfico de drogas, entre otras actividades ilegales; es un tipo sólido. Estaba en un grupo ruso bastante fuerte, pero rompió y llevaba varios meses muy tranquilo, sin darnos guerra –dijo la mujer policía.

–Perfecto, empieza a encajar todo. El otro es Aitor, un capo importante, y quizás le esté ofreciendo trabajo o algún negocio conjunto. Es el mismo asunto de Lucía, la estudiante de la calle Huertas.

–A Nicolai le tenemos localizado, vive en Las Rozas y no será difícil tenerlo controlado –apuntó el policía varón.

–Eso está muy bien. Vamos a esperar y, si os parece, vosotros vais detrás de Nicolai y nosotros de Aitor.

–Ningún problema, os informaremos.

–La prioridad ahora es Nicolai, pero no aflojéis sobre Lucía, puede necesitar protección.

–Nos centraremos en Nicolai, la chica está estudiando todo el día, parece muy formal.

–Lo hablaremos con vuestros jefes, pero necesitamos mantener la vigilancia sobre Lucía –comentó uno de los Kepas.

–Me parece bien, ya concretaremos.

Se despidieron y la pareja se situó en una esquina, desde donde poder seguir al ruso sin ser visto. Tenían su coche preparado en doble fila para no perder tiempo. Enseguida salió Nicolai andando, y al cabo de dos minutos Aitor en su Audi por la rampa del garaje. Ambos lo hicieron sin protección y solos.

Cuando Aitor entró en el Eurobuilding, lo estaba esperando un hombre al que conoció con Gorostiola hacía unos años en Bilbao. Fue una visita *comercial*; tenía el proyecto de abrir una red de distribución de cocaína en el norte y quería ofrecerles una especie de subcontratación. Apenas lo escucharon y la recomendación fue muy clara: no debían ni intentarlo. Fue un hombre cabal y debió de hacerles caso, porque no volvieron a saber de él. Indirectamente se informaron sobre el grupo; era sólido y centraba su actuación en Madrid, la costa mediterránea y algo en Italia. No les dio mala impresión, parecía serio y tenía buenas referencias.

Nicolai lo reconoció de inmediato y lo llamó por su nombre; aunque le dijo la contraseña acordada, no era necesario. Pertenecían al mismo sector delictivo y sus experiencias vitales podían ser muy similares; se entenderían bien.

Se sentaron en una mesa al fondo del vestíbulo y un camarero le repuso a Nicolai el vodka con hielo y tomó nota de un *gin- tonic* de Tanqueray para Aitor. Ambos venían bien informados de los acuerdos alcanzados por Tania y Garrincha, y se centraron enseguida en la operativa y la intendencia. Aunque era un primer contacto, avanzaron en algunas cuestiones importantes. Aitor informó al ruso sobre la transferencia realizada ese mismo día; ello implicaba que de las ganancias de su 40% descontarían un importe a fijar hasta alcanzar el millón doscientas mil libras. Nicolai le propuso un plazo de veinticuatro meses y Aitor estuvo de acuerdo.

No se dieron los nombres de los suministradores, pero Nicolai ofreció unos peruanos de Trujillo, muy fuertes, solventes, con coca de gran calidad y precios muy buenos. A Aitor le interesó esa oferta; además, como comentó Nicolai, las negociaciones con los peruanos se podían

llevar en Madrid, sin necesidad de saltar el charco, y eso era una ventaja.

Nicolai necesitaba tres meses para estar operativo y a partir del uno de septiembre podía empezar a funcionar la contabilidad común y el reparto del sesenta-cuarenta. A Aitor le pareció razonable y acordaron paralelamente ir sustituyendo el suministro de farlopa con los peruanos. Ambos se entendían y Aitor estaba convencido de poder conseguir un crecimiento importante del negocio.

Antes de despedirse, y tal como le había pedido Garrincha, Aitor organizó una reunión conjunta en Bilbao para el martes siguiente por la tarde. Nicolai iría con su segundo y Aitor estaría acompañado por dos de su equipo. La reunión pensaba tenerla en un reservado del Hotel Ercilla, pero no le diría el lugar hasta un poco antes de la misma. Para justificarla, Aitor habló de sellar el acuerdo formalmente, con un apretón de manos sustitutivo de un contrato escrito.

A Nicolai no le pareció mal dar formalidad y lustre al acuerdo, pero sobre todo quería involucrarse cuanto antes en la dirección de la organización. El negocio y las condiciones pactadas le parecían excelentes; Kalinka se había portado bien con él y no les iba a defraudar.

Cuando se despidieron, Aitor y Nicolai no se podían imaginar quiénes habían seguido con atención la reunión.

43. LA INTERPOL SE DA POR ENTERADA

Vladimir estaba hospedado en el Hotel Cuzco, cerca del Eurobuilding. Cuando Nicolai se despidió de Aitor se fue a verlo dando un paseo, mientras lo avisaba a través de un mensaje. La pareja de la Policía Nacional no tuvo ninguna dificultad en seguirlo y entrar en el Cuzco poco después de él. Allí, en la cafetería, estaba sentado Nicolai con otro al que no conocían pero, al pasar junto a ellos, los escucharon hablar en ruso.

Nicolai le explicó a Vladimir la reunión mantenida con Aitor y su impresión era muy buena.

–Para Aitor nuestra presencia es un apoyo importante. Sin Gorostiola, y con Lucía y Garrincha al margen, este negocio se le podía quedar muy grande. Se encuentra muy solo y nosotros le venimos muy bien.

–Ya no está el patrón y eso se nota.

–Está claro. Cuando le he hablado de los peruanos, se ha dado cuenta de que el negocio puede dar mucho más y nuestras vías de penetración en Madrid, Valencia y Málaga pueden superar, a medio plazo, sus ventas en el norte.

–Ya me alegro, aunque esperábamos acertar, el experto en este negocio eres tú.

–Por cierto, la transferencia ya está hecha.

Al oír esto, Vladimir esbozó una amplia sonrisa, dibujando en su cara una imagen muy distinta de su gesto habitual, serio y amenazante. De inmediato llamó a Tania para decírselo y ella se lo confirmó. Todavía no estaba en cuenta, pero su banco le había comunicado hacía un rato un escueto «está en camino».

–Continúa, te he interrumpido, quería darle las buenas noticias a mi socia.

Nicolai continuó relatando los avances y los mecanismos pendientes de cerrar para calcular

los ingresos, gastos y beneficios. Cuando le explicó la reunión prevista en Bilbao, lo invitó a ir.

–Le daríamos más formalidad al acuerdo y enseñaríamos nuestro poderío. Ellos saben quiénes estáis detrás.

–Seguro, pero no podemos aparecer. Kalinka es una empresa legal, dedicada al mundo deportivo y totalmente ajena a esto; somos compartimentos estancos y no nos podéis contagiar.

–Lo entiendo, pero es solo la primera reunión.

–Vete con alguien de confianza; Tania y Garrincha ya se vieron y llegaron a este acuerdo. A partir de ahora, funcionaréis vosotros solos y nosotros solo participaremos en el reparto de la remuneración del negocio.

–Ningún problema, nos queda entonces acordar nuestro reparto.

–La próxima semana, después de la reunión del martes, vente por Londres. El acuerdo será fácil, ya lo verás.

–Igual voy el miércoles directamente desde Bilbao. Te avisaré.

–Perfecto. Ah, en la reunión de Bilbao no hagas ninguna referencia a nosotros. Kalinka, Tania, Alex y yo no existimos.

–Por supuesto; te he entendido bien.

Al salir del Hotel Cuzco, la pareja de la Policía Nacional estaba situada enfrente, con una máquina de fotos diminuta escondida en un colgante de la mujer; tuvieron suerte, porque salieron los dos rusos. La pareja se abrazó amorosamente, con el policía de espaldas mientras la mujer, desde su colgante posado en el hombro del policía, disparaba varias fotos. Todo fue muy rápido y nadie se enteró.

Domingo 11 de junio

Sara y Fabretti recibieron a los Kepas en su despacho a las nueve de la mañana. Era domingo y enseguida empezaron a caer las buenas noticias.

Ambos informaron del seguimiento realizado a Aitor desde su domicilio hasta el Hotel Eurobuilding. Evitaron dar detalles innecesarios y ni Sara ni Fabretti se los pidieron. Debían vigilarlo, lo hicieron y esto los llevó a Madrid; les contaron todo y que sus colegas de la Policía Nacional habían podido sacar unas fotos con el otro ruso del Hotel Cuzco.

–Sara, las fotos estarán ya en tu ordenador, pero ya te adelanto quién es el del Eurobuilding.

–Te escucho.

–Se llama Nicolai, es un ruso asentado en Madrid que formaba parte de una organización muy fuerte dedicada al narcotráfico. Últimamente se había distanciado de ella y estaba apartado.

–Excelente trabajo, os felicito a ambos. Esto empieza a aclarar las cosas. Garrincha con Tania y Aitor con Nicolai. Los primeros negocian y los segundos lo pasan a limpio –apuntó Sara.

Mientras decía esto, Sara abrió su ordenador y vio que en la bandeja de entrada tenía las fotos de los dos compinches, con calidad suficiente para su identificación.

–Nicolai está localizado y no van a tener problemas para controlarlo. Saben dónde vive y estarán encima de él.

–Ahora es lo prioritario.

–Sí, aunque les dije que no se olvidaran de Lucía, podía necesitar protección –dijo el *ertzaina*–. Tiene gracia: protegiendo nosotros a esa mafiosa.

–Bien hecho, poneos un diez, hablaremos con sus jefes. Al otro, al del Hotel Cuzco, ¿lo conocían?

–No les sonaba. En su archivo de fotos no aparece; en Madrid está limpio y, ¡ah!, también era ruso, los oyeron hablar.

–Este viene de Londres –apuntó Fabretti.

–Estaba pensando en lo mismo, puede ser de Kalinka –dijo Sara–. Voy a llamar a los de la Interpol de Londres y les envío la foto; y, además, nos enteraremos de si les pasa algo.

–Sara, es domingo, no estarán currando.

–Si no recuerdo mal, tengo el móvil de uno de ellos.

Sara encontró el número de Tony Harold, uno de los jefes y, sin pensárselo dos veces, llamó. Cuando Tony cogió la llamada estaba en la cocina desayunando con su mujer. Aunque no conocía el número del extranjero aparecido en la pantalla, su responsabilidad en la Interpol le tenía acostumbrado a estas llamadas fuera de hora. Preguntó quién era y Sara, con paciencia e intentando vocalizar bien su inglés poco practicado, se presentó contando el motivo y la urgencia de su llamada. Su interlocutor se acordaba de ella y estaba bastante al tanto del asunto de Kalinka. Le prometió ponerse el lunes a primera hora con las fotos para identificar al otro ruso; le darían prioridad. Manifestó entender la importancia y urgencia del asunto. Sara se quedó satisfecha y se congratuló al comprobar su interés. Pero la sorpresa estaba por venir. Cuando iban a colgar, Tony le dijo:

–Una cosa, Sara. Espero que los de mi departamento la hayan informado de los movimientos de la gente de Kalinka en los últimos días; igual eso explica la reunión de ayer.

–Tony, se lo juro, no nos han informado de nada. Es más, me extrañaba su silencio y pensaba llamarlos para ver si pasaba algo.

–Pues tenemos información. Mañana voy a aclararlo, porque les pedí que los informaran de inmediato.

–Le escucho, es importante, no lo dude.

–Tania, la jefa de Kalinka, en los últimos diez días –le dará la fecha exacta–, ha estado en San Petersburgo y en Madrid; en España el jueves de esta semana. Y otro socio de Kalinka, Vladimir, reservó un billete de avión para Madrid un día de estos, ahora no me acuerdo para cuál de ellos.

–Enorme, no sabe cómo se lo agradezco. El de la reunión de ayer será Vladimir. ¿Con la foto podrán confirmármelo?

–Si la foto es decente, por supuesto. No es un relaciones públicas como Tania, pero es conocido. Lo sabremos en cuanto lo veamos.

–Estupendo y muchas gracias; y, por favor, deme los detalles de los viajes, es importante.

–Lo haré y averiguaré esa falta de comunicación, no me gusta nada. Mañana a primera hora tendrá respuesta.

–Le vuelvo agradecer su interés; le deseo un buen domingo.

–Lo mismo digo.

Sara saltó de la silla con los brazos en alto y de buena gana hubiera besado a todos los presentes.

–Esto cada vez está más claro. Garrincha y Tania-Kalinka han llegado a un acuerdo. La propia Lucía se lo ha comentado a María Ucelay; ya no hay chantaje, todo se ha arreglado. Y de seguido entra en acción Garrincha con Aitor, este con Nicolai, y este último con Vladimir-Kalinka; han pactado repartirse el negocio de las drogas –concluyó Sara.

–Y cargarse a Rafa Satistegui fue el precio para poder negociar con fuerza por parte de Garrincha y Lucía –apuntó Fabretti.

–Sí, era un chivato y un traidor. Eso se paga y, además, le da la iniciativa a Garrincha, debilitando la posición de Kalinka –dijo Sara.

–Ya conocemos la trama, ahora nos queda poder pillarlos, desmantelar la organización mafiosa y detenerlos a todos –apuntó Fabretti.

–Miguel, no te olvides, nos faltan por resolver los crímenes de Otañes... –intervino con rapidez Sara.

–Eso va a ser más difícil.

–Kalinka nos puede ayudar, se les puede proponer un pacto ventajoso –terció Sara.

Como lo dijo de pasada, sin concretar más, nadie se paró a pedir explicaciones por el comentario, ni Sara avanzó nada más. Pero la inspectora, como si se tratara de una partida de ajedrez, empezó a pensar en futuros movimientos con el único objetivo del jaque mate. El resto de la reunión la dedicaron a organizar los seguimientos y decidieron solicitar del juez autorización para intervenir teléfonos y cuentas bancarias.

Lunes 12 de junio

A primera hora del lunes, Sara recibió la confirmación: Vladimir, el socio de Kalinka, era la persona del Hotel Cuzco. Los pasajes de Tania y Vladimir coincidían con las fechas. El mismo día que Garrincha les dio puerta cuando acabó de pescar en Olabeaga, Tania llegaba a la capital, y el viaje de Vladimir a Madrid fue la mañana de la entrevista con Nicolai en el Hotel Cuzco.

Ya no tenían dudas.

Todo encajaba.

44. UN FIN DE SEMANA TRANQUILO

Fue un fin de semana aparentemente tranquilo. Cuando dejé a Aitor en la pérgola del parque me quité un buen peso de encima. El acuerdo iba a funcionar, no tenía ninguna duda; Nicolai y Aitor se arreglarían bien y el negocio marcharía. A los dos les convenía. Pero otra cosa era lo que me convenía a mí. Eso no lo tenía tan claro, o sí lo tenía pero ya no dependía de mí; la iniciativa la tenían otros.

Mi capacidad para complicarme la vida era asombrosa. Sin saber muy bien cómo, ayudando a una chica a la que en otra ocasión ya había salvado la vida, me había metido de lleno en una especie de pesadilla sin final y todavía de futuro muy incierto. No sabía si mi vida corría peligro, pero ya tenía en nómina a un guardaespaldas.

Esta tensión me daba energía y me permitía reencontrarme con mi pasado; era una especie de droga enganchada a mi organismo, de la que no era fácil desprenderse. Mi jubilación anticipada me daba tranquilidad; me gustaba tener a la policía lejos y sin molestar, pero al mismo tiempo no podía evitar complicarme la vida, era superior a mis fuerzas. En esa tensión me mantenía sin

poder escaparme y lo sabía; necesitaba unos días sin Lucía, Tania, Aitor... Sin sorpresas ni altercados. Llevar a Félix de carabina no era apetecible, pero era un tributo necesario, por lo menos hasta instalarme y esconderme en el sur de Francia.

Tenía un par de llamadas de mi hermana María sin contestar. Llevaba un mes sin quedar con ella ni con mis sobrinos; era mucho tiempo y no era habitual. Me apetecía verlos, en los últimos años estábamos muy unidos y solíamos hacer planes juntos. Teresa había hablado con ella un par de veces y sorteó la situación con líos de la tienda de San Sebastián y unos viajes míos a Madrid.

En los últimos años me había acercado mucho a mi familia. En mi época de delincuencia activa, quizás por el riesgo y por no pringarles, me alejé bastante; pero desde que decidí sentar cabeza, mis hermanos y mis padres, junto con Teresa, fueron decisivos en que lo dejara y en sobrevivir decentemente en el mundo civilizado.

Eran muy protectores conmigo y eso me gustaba, me daba fuerzas y me permitía corresponderles. Además, los sobrinos habían sido un descubrimiento para mí y disfrutaba mucho con los cinco, viéndolos crecer; suplían, en parte, a los hijos que no había querido, o podido, tener.

Aproveché y llamé a mi hermana María.

—¿Cómo estáis? No me olvido de vosotros. Te vas a reír, pero esta vida de rentista cada vez es más estresante.

—No te creo, pero no te voy a preguntar nada. Venga, ¿cuándo nos vemos? María, Mikel y Paula no hacen más que preguntar por su tío.

—Para eso te llamaba. ¿Os parece un vermut en Portu y luego comemos en el Gran Hotel?

—Me parece perfecto, intentaremos estar todos.

—Llama a Pablo, a ver si pueden venir.

—Lo haré. Un beso.

Teresa tenía tienda y, aunque podía acercarse a comer, era un día fuerte para Coco Palmer y decidió quedarse. Además, unas buenas clientas de Logroño pasaban por la tienda y no sabía el tiempo que le llevaría. Quedamos en ir al cine a última hora de la tarde. Teresa quería ver *La la Land* y me pareció un buen plan; necesitaba un día despejado de historias y preocupaciones.

Llamé a mi escolta, tenía ya una llamada suya.

—Félix, no he podido cogerlo antes.

—Cuéntame tus planes, quiero organizarme.

Intenté hacer mi vida solo, pero era inútil y le conté los planes familiares del día.

—Voy contigo, vas a estar visible y el riesgo es grande. En tu seguridad mando yo.

—No te voy a discutir; como bien dices, tú mandas. Si te parece damos antes un paseo, necesito estirar las piernas. Cogemos el tren en Olabeaga y bajamos en La Iberia, y por La Benedicta vamos andando hasta Portugaleta.

—Lo conozco, es un paseo muy agradable. Te espero a las doce enfrente de tu casa.

—Hasta luego, Félix.

De crío estudié en el Patronato de Sestao; tenía fama de buen colegio y allí me enviaron mis padres. Todos los días tomaba el tren en Portugaleta y me bajaba en la estación de La Iberia, en Sestao; desde allí subía la cuesta, que entonces me parecía tremenda, y enseguida estaba en el colegio. Hoy el viaje iba a ser al revés.

Félix era muy profesional y se esmeraba en cumplir todas las normas de seguridad. Siempre me dejaba ir unos metros por delante; cuando accedíamos a un local entraba primero y lo inspeccionaba, y hasta en el mismo tren se situó en la otra punta del vagón, controlando bien las puertas. María me mandó un mensaje, confirmándome que vendría mi hermano Pablo, con su

mujer, Elena, y sus hijos, Amaia y Martín. Estaríamos todos; bueno, mis padres estaban en Benidorm, donde pasaban un largo invierno, pendientes ya de regresar en cualquier momento.

Desde la estación de Sestao, bajamos al polideportivo de la Benedicta y desde allí accedimos al paseo junto a la ría que nos llevaba a Portugalete. Me paré en una dársena al comienzo del paseo, donde varios colegas estaban instalados, ejerciendo con paciencia el difícil arte de la pesca.

Era uno de los sitios preferidos de mi padre, y solía acompañarlo cuando era difícil acceder a la dársena; todavía el paseo no estaba hecho y Altos Hornos de Vizcaya llegaba hasta allí. Una vez instalados se estaba muy bien, aunque tampoco se pescaba nada, pero eso era algo habitual en todo el Nervión. Como no los conocía, me abstuve de hablar con los de la caña; sabía la molestia de dar explicaciones tontas a los *amateurs* empeñados en hacer siempre las mismas preguntas, y enseguida me puse en marcha hacia la villa que me vio nacer.

La pertenencia a Portugalete estaba muy arraigada en mí; mis padres seguían viviendo allí, mi hermana y mis sobrinos también, y mi hermano vivía en Peñota; según con quién hablaras, pertenecía a Santurce o a Portugalete.

Pero, además, siempre me había gustado; su gente, su ambiente propio de una ciudad industrial, el Puente Colgante, la ría, el paseo junto a ella, y una parte vieja con mucho sabor y bien conservada. Le había oído contar a mi abuelo que, a principios del siglo XX, antes de construirse Neguri y Las Arenas, era un lugar de veraneo de la burguesía bilbaína.

Allí, en el casco viejo, me había criado y estaba la casa de mis padres; justo al lado, donde estuvo el Oro del Ring, bar del legendario Luis Aisa, campeón de España de los pesos plumas e incluso por unos minutos campeón de Europa, hasta que una polémica decisión de los jueces le retiró el título. Aurori, su mujer, me solía dar de merendar cuando venía del Patronato, mientras escuchaba a Aisa contar muchas de sus historias en el cuadrilátero; eran buena gente. Aunque eran otros tiempos, los recuerdos seguían allí y tampoco había cambiado tanto.

Cuando llegamos al Gran Hotel Puente Colgante, el mismo de toda la vida, toda la familia me estaba esperando instalada en la barra del bar con unas rabas, especialidad de la casa desde que tengo uso de razón, preparadas para ser degustadas.

Félix, muy discreto, antes de llegar me dijo:

–Estaré vigilante y cerca de vosotros, pero no me presentes ni me invites y todo eso. Yo no existo.

–De acuerdo, no diré nada. Mi idea es volver a media tarde, voy a ir al cine con Teresa a la Alhóndiga a las ocho y media.

–Cuando quieras, estaré pendiente y te seguiré.

–Volveremos en tren, es lo más cómodo.

–Como deseas, pero lo podemos coger aquí en Portu.

–Sí, mejor.

Los sobrinos se me abalanzaron, sobre todo los dos pequeños, Paula y Mikel, de seis y nueve años de edad, con quienes ejercía un papel casi de padre. Mi hermana se había divorciado hacía cuatro años y siempre estuve muy cerca de ellos; María y Martín, de once y doce años, se acercaron más tímidos con Amaia, que, a sus quince años, ya era otra cosa. Todo fue un poco barullo, informándome a la vez de sus notas, las vacaciones previstas y anunciándome, entre risas, que Amaia tenía novio. La aludida lo negó, pero sin mucho convencimiento, pareciéndonos a todos más una confirmación; según me contó luego su madre, era un chico del instituto, dos años mayor y parecía buen chaval.

Pude tomarme el vermut con unas gotas de ginebra y dar cuenta de las mejores rabas del

mundo. El bar estaba muy animado y saludé a varios conocidos del pueblo, todos disfrutando del fin de semana con sus familias.

Pasamos al comedor, y allí los nueve comensales pudimos estar y hablar con más tranquilidad. A mis hermanos no les pasó desapercibido Félix, quien, muy discreto, primero en la puerta y luego en una mesa del restaurante, no nos perdía de vista.

–¿Hay problemas? –me preguntó Pablo con cara de preocupación, María también la tenía.

–Es largo de contar y tampoco es importante. Pura precaución; mi acompañante es un amigo y me vigila por si acaso.

No les convencía, pero sabían que no les iba a contar más y cambiaron de tema.

Pablo trabajaba de informático en una empresa de servicios en Bilbao y María, por recomendación mía, se dedicaba íntegramente al cuidado de sus hijos; yo corría con todos los gastos. Trabajó de administrativa en una gestoría de Barakaldo y se quedó en paro poco antes del divorcio. Me hizo caso y desistió de buscar trabajo; era mejor así, sus tres niños eran todavía pequeños y no les iba a faltar de nada.

Enseguida presté más atención a mis sobrinos y Amaia acabó hablándome de Jaime. Se la veía contenta y la convencí para que lo trajera un día por casa; le gustó la idea, no la estaba tratando como a una niña y lo agradecía.

–Venís y luego podemos tomar algo en Bilbao, Teresa estará encantada.

–Se lo digo hoy mismo a Jaime. Lo convenceré, me hace mucho caso.

Yo me reí y ella también.

Félix salió varias veces fuera a fumar, pero desde una ventana seguía vigilando.

Amaia fue la primera en irse, había quedado con sus amigas y luego se encontraría con su novio y sus amigos; Paula y Martín tenían un cumpleaños y Pablo se los llevó poco después. El tiempo se nos pasó enseguida, mientras mis hermanos me ponían al día de sus respectivas vidas. María habló con nuestra madre y me pasó el teléfono para saludarla a ella y a mi padre; se encontraban a gusto, aunque con ganas de volver, sobre todo para vernos a todos, porque en Benidorm estaban muy bien.

De vez en cuando me venía a la cabeza el lío en el que estaba metido y el contraste con este encuentro familiar, tan tradicional; esto me gustaba, pero lo otro me atrapaba. Teresa sacó las entradas por internet y me llamó para quedar directamente en la puerta del cine. Cuando me despedí de todos no les comenté mis proyectos para el verano, quería evitar dejarles más preocupados, y sin más quedamos en vernos pronto.

Félix me esperaba fuera, y sin hablar nos dirigimos hacia la estación de tren. Allí, de forma discreta, le comenté que nos bajábamos en Amezola, e inclinando la cabeza me hizo un gesto de conformidad.

En el cine, por lo menos, tuve tranquilidad. La película era un musical americano de éxito y me permitió centrarme en mis cosas. No me iba demasiado, pero lo aguanté sin mayor problema. A Teresa le gustaba y de eso se trataba.

Salimos de la Alhóndiga y nos dirigimos hacia casa dando un paseo. La temperatura era excelente y Teresa estaba animada; las clientas de Logroño habían renovado todo el vestuario y eran tres. Un buen día, no podía quejarse. Enseguida me preguntó por la familia y le conté con detalle toda la jornada. Cuando le dije que Amaia tenía novio, le hizo gracia y se animó; Teresa se llevaba muy bien con la sobrina mayor.

El domingo fue un día tranquilo. No quería abusar de Félix, él también tenía familia, y decidí quedarme en casa. Se me hizo larga la jornada y los líos del último mes se me aparecían en mis pensamientos en intervalos cortos, sin poder quitármelos de la cabeza. Casi prefería volver a los

días laborables, como si para mí eso pudiera significar algún cambio significativo. Mis funciones mediadoras habían terminado y por lo menos formalmente era así; solo necesitaba esconderme bien y que me dejaran en paz.

Pero esto no podía ser tan fácil.

Estábamos viendo una serie de Netflix, no recuerdo el título, pero Teresa estaba muy enganchada y yo no le estaba prestando mucha atención, cuando en el móvil apareció un mensaje de Lucía: «Acabo de cerrar los apuntes, mañana me examino a las diez y espero no volver a hacerlo nunca más. Eduardo ha acabado la liga, han empatado en La Coruña y esperamos salir para Los Ángeles en unos días, todavía no sé cuándo. Igual no te veo, mantenme informada de todo y cuídate. Todo saldrá bien, muchos besos».

Le contesté: «No hay novedades, te tendré al tanto, pero ten cuidado y escóndete desde mañana mismo, cuando salgas del examen. Ah, y muy importante, estate en todo momento localizable. Más besos».

«¿Seguro que no hay novedades? Te noto pesimista».

«No las hay, pero ya sabes cómo pienso».

«Te haré caso, hablamos».

Era cierto.

Pero el cuerpo es inteligente.

Y las vibraciones no eran buenas.

45. MARTES 13 DE JUNIO TODO EMPIEZA A PRECIPITARSE

Todo podía precipitarse y los inspectores de la Ertzaintza lo sabían. Los vínculos entre Kalinka, Garrincha, Aitor y su grupo criminal no ofrecían dudas; la evolución del chantaje, con el crimen del chivato Rafael Satistegui, hombre de confianza de Aitor, encajaban como si fueran piezas de un puzle. Ahora se trataba de asestarles un golpe definitivo, detenerlos y ponerlos a disposición de la justicia; entre ellos reinaba la paz y era la hora de los negocios.

Ambas partes habían pactado y estaban montando una empresa delictiva; el fútbol y el deporte parecían aparcados. La Interpol empezaba a funcionar y estaba dispuesta a intervenir en Londres, aunque esperaban la autorización de un juez.

Tony Harold informó a Sara sobre el restablecimiento del orden en su departamento y lo creyó cuando comentó su especial interés en colaborar en este caso. El atestado elaborado por la Ertzaintza se había presentado en el juzgado de guardia, y estaban pendientes de la correspondiente resolución judicial para pinchar varios teléfonos, entre ellos los de Aitor, Garrincha, Lucía, Nicolai, Vladimir y Tania, estos dos últimos a través de la Interpol y de una comisión rogatoria a un juzgado de Londres.

La Policía Nacional de Madrid estaba encima de Nicolai y la intervención de su teléfono móvil les permitiría avanzar en el control de su estructura organizativa; no querían precipitarse para no llevarle al juez simples sospechas, pero tampoco querían eternizarse buscando hasta la última prueba.

Los Kepas siguieron centrándose en Aitor y uno de los días el dispositivo instalado en su automóvil los llevó hasta el Hotel Ercilla. Cuando a las siete de la tarde entraba en el garaje del hotel, ambos *ertzainas* estaban convencidos de que allí se estaba fraguando algo y pidieron refuerzos.

Unos minutos antes, Aitor había recogido, junto a la basílica de Begoña, a un viejo conocido de la policía vasca, Fernando Palomares, hombre muy ligado de siempre a Gorostiola padre; y a continuación, en el barrio de Deusto, a Ramirito Pulgar, con un historial muy parecido al de Palomares.

Aitor, Palomares y Ramirito se acercaron a la barra situada en los salones, donde los esperaban Nicolai y su acompañante. Los policías los vieron desde lejos y se quedaron en la zona de recepción, donde podían pasar más inadvertidos. Justo cuando llegaron sus dos compañeras, Ongi-Etorri y Lola, los de Aitor con Nicolai y otro con aspecto también de ruso subieron por unas escaleras cercanas a una zona donde el hotel tiene varias salas y despachos para reuniones. El cónclave tenía pinta de ser importante y Sara fue informada de inmediato. No había nadie de Kalinka, ni Garrincha o Lucía.

Aitor y Nicolai, tras los saludos realizados poco antes en la barra del bar, prefirieron no presentar

a los asistentes por sus nombres, y tomaron la iniciativa de la reunión.

Comenzó Aitor relatando el acuerdo alcanzado y detallando el porcentaje del cuarenta por ciento correspondiente a los amigos de Kalinka. Cuando dijo esto, tanto Nicolai como Sergei, nombre del otro ruso, hicieron un gesto de extrañeza, pero no comentaron nada. Continuó Aitor haciendo referencia a la transferencia del millón doscientas mil libras en la cuenta facilitada por Kalinka y esta vez Nicolai levantó el brazo como pidiendo la palabra.

–Un momento, ahora acabo –dijo Aitor, y continuó explicando los proyectos con nuevos proveedores, la expansión del negocio y otras cuestiones abordadas en el Hotel Eurobuilding.

Cuando tomó la palabra, Nicolai se limitó a decir:

–Kalinka en esto no pinta nada, mi colega Sergei y yo somos los únicos interlocutores y máximos responsables. En todo lo demás estoy de acuerdo con la exposición de Aitor.

Ya tenían la grabación y esta negociación la borrarían sin ninguna dificultad. Continuaron detallando su nivel de colaboración y articulando un sistema de cálculo de beneficios en base a las compras y a un margen previsible. Aitor se aseguró una reunión para la semana siguiente con los peruanos en Madrid, y entraron los rusos a relatar las rutas y puntos de venta previstos en su zona de actuación.

Nadie desveló sus efectivos y ambas partes confirmaron estar actuando como organizaciones autónomas, respetando los acuerdos alcanzados, en base a la buena fe y a los usos y costumbres de un honrado comerciante o un buen padre de familia, como recordó Ramirito Pulgar ante la extrañeza de los rusos, muy despistados con estos comentarios tan naïfs.

Todos se dieron la mano y Sergei, que no podía pasarse más de media hora sin beberse un vodka, propuso hacer un brindis. Como en la salita donde estaban solo había agua, bajaron al bar del hotel, en el que se habían encontrado un rato antes. Ninguno le dio mayor importancia y en una esquina de la barra, entre vodka, cerveza y ginebra se brindó por el buen fin de la alianza recién creada. Los *ertzainas*, sentados en unos sillones, no se lo podían creer. Lola se levantó con rapidez y, tapándose con uno de los Kepas, preparó un aparato para sacar vídeos escondido en una cartera abierta. La colocó encima de la mesa apuntando al grupo mafioso y un par de minutos, con sus correspondientes brindis, fueron inmortalizados, reconociéndose perfectamente a todos los presentes.

Tania y Vladimir estuvieron pendientes de la reunión desde las oficinas de Kalinka en Londres. Estaban contentos, el millón doscientas mil libras ya estaba abonado en cuenta. Nicolai llamó nada más acabar y le contó a Vladimir la reunión; todo había transcurrido según lo esperado. No comentó nada de las referencias a Kalinka ni de los brindis en el bar, porque eso no les iba a gustar nada.

–Nicolai viene mañana, está eufórico, todo ha salido muy bien. Esto marcha y, si Aitor juega limpio, Nicolai puede desarrollar un negocio potente; vale mucho y esto le encaja totalmente. Habrá dinero para todos, ya lo veréis –dijo Vladimir.

–Eso es cierto, si no nos topamos con la policía. En este tipo de negocios el mayor riesgo es acabar en la cárcel, y suele ocurrir –dijo Tania.

–Sabrán cuidarse. Tendrán bajas, pero no tienen por qué llegar a ellos. Tanto Aitor como Nicolai conocen perfectamente el negocio y, en todo caso, nosotros estamos fuera.

–De todas formas, mañana, cuando lo veas, recuérdale dos cosas: primero, la seguridad, y segundo, nosotros no existimos. La policía vasca les tiene muchas ganas a Aitor, a Garrincha, a todos...

–Está claro. Compartimentos estancos o murallas chinas, como decimos en el mundillo financiero.

–A veces, Vladimir, esto parece estar saliendo demasiado bien, como si todo fuera muy fácil; no sé.

–Tania, no lo olvides, estos mafiosos se cargaron al chivato y nos dan las sobras, queríamos mucho más. Ellos también están contentos –apuntó Vladimir.

–Sí, pero después la oferta no ha sido mala.

Tania siguió con sus pensamientos, sin compartírselos con Vladimir. Pronto debería tomar una decisión y no la tenía clara; nunca se había visto en esas, pero sus amigos de San Petersburgo estaban esperando noticias y, aunque no se lo habían dicho, querían vengar lo ocurrido. A ella le daba miedo y, aunque se fiaba de sus compatriotas, era consciente de adentrarse en un mundo peligroso. El suyo era el de la empresa y los negocios, no el del crimen.

El desamparo y la soledad la dejaban a la intemperie, y ella no estaba hecha para esas cosas.

Sara y Fabretti visionaron varias veces el vídeo; los mafiosos brindando con descaro y sin ningún recato. No se lo creían, era todo un despropósito, pero allí estaban todos como si se tratara de vender recambios de automóvil. El documento gráfico era espectacular, encajaban todas las piezas; ya no tenían dudas. El acuerdo entre ambos grupos había sustituido al chantaje. Cuando Garrincha y compañía limpiaron el forro al chivato Sastegui, tomaron la iniciativa y forzaron un acuerdo. Él y Lucía salieron de rositas sin pagar un duro y como compensación dieron entrada a los rusos de Kalinka en el negocio del capo Gorostiola, ahora comandado por el fiel Aitor. A partir de ese día, ya se olvidarían de todo, y ni Garrincha, ni Lucía, ni Tania, ni sus socios, volverían a cobrar protagonismo. Era la hora de los sicarios.

–Mañana tendremos las órdenes judiciales para intervenir los teléfonos y las cuentas bancarias. Han autorizado todo lo solicitado –dijo Fabretti–. El juez está esperando la concreción de los registros, pero no hay problema, está convencido y los dará todos.

–Solo faltaba –dijo Sara–. Sin precipitarnos daremos un golpe conjunto en Madrid y aquí.

Sara y Fabretti eran conscientes de que estaban muy cerca y, a la vez, muy lejos. Sobre Aitor tenían bastantes datos y la Policía Nacional los tendría pronto de Nicolai y su gente; una redada daría mucho de sí. Alguno cantaría y el vídeo del Hotel Ercilla, además de un relato minucioso de las reuniones, serviría para apuntalar una acusación por los delitos de tráfico de drogas, grupo criminal o, incluso, banda organizada. El blanqueo de capitales caería a continuación, por inercia de la propia investigación. Con eso las penas ascenderían a muchos años, con multas millonarias, además de la incautación de todos sus bienes.

Pero el problema era Garrincha, Lucía y Kalinka. Con estos no valía cualquier cosa, y no digamos para los delitos antiguos, como los crímenes de Otañes y otros.

–Miguel, cada vez lo tengo más claro, tenemos que jugárnosla con los de Kalinka. En principio son personas con un estatus social alto y reconocido. Sus negocios *a priori* son limpios, y verse arrastrados al fango del tráfico de drogas, organización criminal y blanqueo, además de muchos años de cárcel y dejarles en la ruina, sería la mayor de las deshonras y una desgracia absoluta.

Cuando Sara se paró, como queriendo coger fuerzas, Fabretti le dijo:

–Sigue, creo saber por dónde vas, ayer se te escapó y me gusta.

–Les plantearía un pacto transparente y limpio al que les será muy difícil oponerse. A través de la Interpol, pero con nosotros presentes y llevando la iniciativa, utilizaremos las detenciones de su gente en Madrid y del grupo de Bilbao para decirles y enseñarles un atestado nuestro y otro de la Policía Nacional, con todos los datos detallados minuciosamente, confirmados o no, existentes contra ellos. Tendremos alguna declaración inculpatoria, el vídeo del Ercilla y una explicación del acuerdo alcanzado, echándonos los faroles que fueran necesarios.

–¿Y la propuesta? –preguntó Fabretti ya nervioso.

–O colaboran lealmente contra Garrincha y Lucía, o se les detiene de inmediato. Lo hará la Interpol inglesa y nosotros, a través de un juez español, pediremos una euroorden de entrega, apoyada por la Interpol, para su traslado a España.

–Les colgaríamos el asesinato de Rafa Satistegui para acojonarlos. Les diremos que ha cantado la gente de Aitor. Tendrán dudas y puede ayudarnos –apuntó un Fabretti cada vez más animado.

–Bien pensado, Miguel, lo hablaremos con la Interpol y lo prepararemos con detalle. Es necesario tener a los tres socios de Kalinka totalmente desbordados, sin tiempo para reflexionar. La reunión debe ser informal y sin abogados.

–Una cosa, Sara, debemos saber bien qué vamos a pedirles sobre Garrincha y Lucía. Su declaración deberá ser precisa, concreta y suficiente.

–Desde luego, necesitamos todo. El acuerdo actual, los datos sobre el crimen de Satistegui, las finanzas de Gorostiola y lo más importante: todo lo referente a la matanza de Otañes.

–Con una declaración detallada, aunque falten pruebas, un juez iniciaría un procedimiento judicial.

–¿Colaborarán?

–Lo harán. Les ofreceremos y conseguiremos su inmunidad. Los ingleses no van a acusar y nosotros tampoco, ya veremos cómo se lo presentamos al juez. Podríamos plantear darles el estatus de testigos protegidos.

Sara y Fabretti estaban lanzados, esa podía ser una buena vía y lo sabían.

–Miguel, voy a llamar a Tony Herald para ir adelantándole todo. Incluso, si lo ve necesario, nos vamos a Londres y lo atamos todo allí.

–Se va a quedar acojonado. Cuando vea a Kalinka involucrada de lleno en el mundo del narcotráfico querrá ayudarnos.

–Tenemos mucho material y Tony Herald va a querer participar y estar en primera línea. Gran parte de la operación es suya y a los ingleses también les gusta ponerse medallas.

46. LANZADOS

Sara no tuvo dificultad en localizar a Tony Herald, quien cada vez se mostraba más colaborador. Se entendían, su predisposición crecía comprendiendo la importancia de la investigación y, además, quería subsanar con creces esa desgana de sus subordinados. Escuchó sin rechistar la marcha de los operativos ya iniciados; Sara le expuso todas las pruebas e indicios contra Kalinka, concretando hasta el último de los detalles de alguna importancia. Cuando ya estaba terminando, con pausa e intentando hacer más comprensible su mejorable inglés, empezó a contarle la propuesta, para acabar diciéndole:

–Como verás, se trata de pactar con Kalinka la entrega de Garrincha y de Lucía por todos sus crímenes actuales y pasados. Para ello deberán efectuar una declaración de forma legal, detallando toda la información de la que dispongan.

–¿Y la contrapartida? –preguntó Tony.

–No acusaríamos a nadie de Kalinka, aunque iríamos contra Nicolai y su grupo por tráfico de drogas. Entenderíamos, si se produce una colaboración efectiva, que Kalinka todavía no ha cometido ningún delito; vosotros deberíais también absteneros e, incluso, se les podría dar el estatus de testigos protegidos.

–Una cosa, Sara, ¿nuestras concesiones están condicionadas al resultado judicial, es decir, Garrincha y Lucía deben ser imputados por los delitos más graves, los asesinatos?

–No necesariamente. Si lo cuentan todo, y digo todo, sobre los crímenes de hace tres años y el último de Sastegui, será suficiente. Saben mucho; no podemos responsabilizarles a ellos del buen fin de la acusación.

–Estoy de acuerdo, así será más fácil. Una cosa, quiero vuestra presencia en Londres para tener una reunión con la dirección de Scotland Yard. La autorización depende de ellos y os querrán ver.

Sara contaba ya con ello y le contestó de inmediato:

–Ningún problema, cuanto antes mejor, mañana estaremos Miguel Fabretti y yo en Londres. Te confirmaré la hora.

–Hasta mañana, Sara, tengo muchas ganas de conocerte en persona.

–Lo mismo digo, Tony.

Cuando acabó la conversación, Sara mandó sacar dos billetes de avión para el día siguiente y reservar una habitación en un hotel céntrico. Llamó enseguida al director general de la Ertzaintza, a quien, sin detallar demasiado, le explicó el objetivo del viaje. Lo aprobó al instante y se quedó más que satisfecho al ver a sus subordinados codeándose con la Interpol y Scotland Yard.

Esto avanzaba.

Tenía buena pinta.

Y Sara estaba contenta.

Los pinchazos a los teléfonos estaban operativos en Bilbao y Madrid. En Londres estaba hecha la solicitud y solo faltaba la autorización de un juez local. Los bancos ya tenían la orden judicial para remitir los extractos de los dos últimos años de numerosas cuentas bancarias. Se constituyó un equipo de la policía vasca y otro de la nacional para seguir y analizar la información y documentación; estarían coordinados en tiempo real y funcionarían como si fueran un solo cuerpo policial.

El aparato de control instalado en los bajos del Audi Q5 de Aitor llevó a los Kepas otra vez a Madrid. Por el camino avisaron a los colegas de la capital y acabaron llegando a una terraza de la Casa de Campo, donde Aitor, Ramirito, Nicolai y Sergei estaban sentados en una mesa junto a varios sudamericanos.

Uno de ellos, Flavio Zavalita, era un peruano conocido de la Policía Nacional, un pez gordo en este tipo de negocios. Los nacionales le habían dado mucha importancia a este encuentro y coincidieron con la Ertzaintza en que probablemente se trataría de uno de los nuevos suministradores del grupo de Aitor. Pudieron filmar el encuentro y no les fue difícil identificar y ubicar en las siguientes horas a los otros dos peruanos; formaban parte, junto con Zavalita, de un cártel muy potente de Trujillo, la segunda ciudad en importancia de Perú después de Lima, su capital. La Policía Nacional se encargaría de tenerlos vigilados y pedirían de inmediato la intervención de sus teléfonos y de sus cuentas bancarias.

Cuando se lo comunicaron a Sara y Fabretti les supuso una nueva inyección de moral y los Kepas, sin ningún pudor, volvieron a ponerse una medalla por su buen hacer.

47. MIÉRCOLES 15 JUNIO

SARA Y FABRETTI EN LONDRES

Sara y Fabretti llegaron a Heathrow a media mañana y desde el aeropuerto se dirigieron directamente al hotel. Tenían la reunión a las cuatro de la tarde, lo que les permitió disfrutar un rato de la ciudad; desde el hotel accedieron a Oxford Street, bajaron hasta la confluencia con Regent Street y siguieron paseando hasta Picadilly. En plan turista se instalaron en la terraza de un restaurante hindú, a cuya cocina y sus sabores picantes era especialmente aficionada la inspectora.

Sara había estudiado un año entero en Londres al acabar la carrera de Económicas en Sarriko. Allí conoció a su futuro marido, también de Bilbao, al asistir ambos a la misma sinagoga. Aunque no tenían tiempo de hacer un *tour*, le explicó a Miguel las cosas y sitios más relevantes para interesarle lo suficiente por la ciudad. Ambos quedaron en regresar unos días en plan turista cuando acabaran ese caso. Decidieron venir con los hijos de ambos; nunca habían hecho un viaje todos juntos y les parecía una idea estupenda.

El tiempo de la comida se les pasó enseguida y con un café doble en el cuerpo se dirigieron a la sede de Scotland Yard en Whitehall, muy cerca del Támesis, la de sus orígenes de hacía doscientos años, tras abandonar la fea torre de pisos de Victoria Street.

Los ingleses quisieron dar mucha formalidad a la reunión, y tanto el inspector jefe de Scotland Yard como el de la Interpol y sus subordinados se presentaron con su nombre y cargo, entregándoles una tarjeta de visita a cada uno de ellos. Fabretti llevaba de casualidad unas tarjetas suyas y entre ellas alguna de Sara, sabiendo que la jefa casi nunca se acordaba de meterlas en su cartera. No pudieron corresponder a todos, pero sí a los jefes.

Mientras les servían el café o el té, el responsable de Scotland Yard comentó de forma distendida:

–Si no me confundo, sus apellidos no parecen vascos ni españoles.

–Cierto. El mío, Cohen, ya lo saben, es judío. Cuando estudié en Londres solía ir a la sinagoga de Tottenham.

Al escucharla, un miembro de la interpol sonrió y le dijo:

–Qué casualidad, yo también soy judío y voy a la misma sinagoga, entre Seven Sister y el estadio de fútbol.

–La misma –contestó Sara.

–Ahora la hemos renovado y ampliado, no la reconocería. Está mucho mejor, si quiere en otra ocasión me llama y la puedo acompañar, encontrará gente de aquella época.

El policía no llegaría a los veinticinco años y, por lo tanto, no podían haber coincidido pero, con tacto, añadió:

–En esta sinagoga llevo muy poco tiempo, soy de Liverpool... –Y dejó sin terminar la frase, mientras le sonreía a Sara, quien comentó:

–En otro viaje lo llamo, tengo muy buenos recuerdos de aquella época. ¿Usted se llama David?

–Así es.

–Tengo un hijo adolescente y se llama como usted.

Fabretti continuó y les comentó el origen italiano de su apellido.

–Mi familia era papista y huyó de Garibaldi cuando la unificación italiana. Muchas familias hicieron lo mismo y se instalaron en el norte de España, entre otras la mía.

Sonrieron casi todos los presentes, imaginando las hordas de Garibaldi persiguiendo a devotos católicos seguidores del papa; pero era cierto: los Orlando, Oliveri, Marino, Denticci o Spagnolo abundaban a lo largo de la costa vasca.

–Bueno, aunque nací en Bilbao y, como Sara, no me he movido de allí –añadió Miguel Fabretti.

La reunión fue bien. Todos sabían perfectamente para qué estaban allí y Sara fue relatando datos, informes y situaciones con precisión, convenciendo a todos los presentes de la solvencia de los cargos contra Kalinka y sus socios. No dejaban de sorprenderse, sobre todo al ser tan conocidos por su relación con el fútbol, con su equipo, el Est Ham, y con muchos jugadores conocidos de la Premier.

La rocambolesca historia del futbolista Eduardo Bastera con su novia Lucía Gorostiola, y el historial de esta y su padre, les dejó alucinados, así como el personaje de Garrincha y la matanza de Otañes para salvar a aquella.

Les contó el reciente asesinato de Rafael Satistegui, el chivato de Kalinka, por orden de Garrincha, y acabó centrándose en las operaciones iniciadas en Bilbao y Madrid. Aunque no conocían a Nicolai ni a Sergei, les encajó la información de Sara, y sobre todo las fotos con Vladimir al salir del Hotel Cuzco no les dejaban lugar a dudas. La filmación de los brindis en el Hotel Ercilla les dejó también muy impresionados. Tony Herald detalló alguna cuestión y confirmó el resto de la exposición.

A continuación, pasaron a tratar la propuesta de la Ertzaintza: la colaboración de Kalinka con objeto de poder imputar a Garrincha y Lucía a cambio de no presentar cargos contra ellos. Todo se solventó con rapidez y sin discusión, lo tenían hablado y estaban de acuerdo; la idea les gustaba y poder esclarecer tantos crímenes merecía la pena. Aunque no lo dijeron, en el fondo, dar una salida razonable a Tania y sus colegas no les disgustaba lo más mínimo; discutieron muchos detalles de la reunión prevista con Kalinka, sobre todo técnicos, pero también fue fácil ponerse de acuerdo.

La reunión con la propuesta no la querían hacer en dependencias policiales, aunque luego la declaración formal de Tania, Alex y Vladimir sí la harían allí. Les propondrían verse en las propias oficinas de Kalinka o en un lugar neutral, y estarían presentes la Interpol, Scotland Yard y la Ertzaintza. Se despidieron con la idea de hacer la reunión a lo largo de esa semana, dándole la máxima prioridad.

El día era muy largo y Sara y su novio pudieron disfrutar de un Londres animado, con mucha gente en la calle y también con unas medidas de seguridad impresionantes; los recientes atentados yihadistas estaban en la mente de todos y se notaba. Volaban temprano al día siguiente y no se demoraron demasiado. De todas formas, pudieron dar cuenta de una cena apetitosa, acompañada de mucha cerveza, en un *pub* recomendado por Tony. El inglés había sido especialmente amable y Sara le mandó un mensaje agradeciendo su recomendación; le contestó de inmediato, educadamente y con algo así como: «Solo faltaba, el placer ha sido mío».

A la misma hora de la reunión en Whitehall, Tania llamó a San Petersburgo cuando se encontraba muy cerca de sus oficinas de Canary Wharf, en su rincón preferido, viendo cómo el caudal del Támesis se dejaba notar por su fuerza. La llamada fue atendida al instante y nadie tuvo necesidad de identificarse. En su idioma materno, Tania fue muy escueta:

–Adelante con Garrincha.

–¿Y la chica?

–Lucía no; su novio no puede verse salpicado.

–Nunca sabrá lo agradecida que tiene que estar a su novio futbolista –dijo la voz rusa desde la antigua Leningrado.

–No sabes cuánto –contestó Tania.

Colgaron. Le había costado tomar esa decisión, pero era la correcta y lo sabía. En San Petersburgo nadie pensaba en otra cosa. La reputación seguía valorándose mucho.

48. JUEVES 15 DE JUNIO

LA POLICÍA EMPIEZA A RECOGER LOS FRUTOS

Sara y Fabretti coordinaban desde primera hora de la mañana todos los avances producidos en las investigaciones iniciadas tanto en Madrid como en Bilbao. Los equipos de escuchas de las intervenciones telefónicas tenían la orden de avisar de inmediato de cualquier dato, conversación o comentario de interés; ya tendrían tiempo luego de hacer las transcripciones con tranquilidad. Los bancos estaban mandando correctamente los extractos de las cuentas y los seguimientos personales se producían con normalidad. Las cosas se hacían bien y, como esperaban, enseguida empezaron a verse los resultados.

A raíz de los seguimientos y los pinchazos telefónicos a los peruanos, la Policía Nacional acababa de localizar una nave en un polígono industrial de Alcobendas. Tenía cerca de cien metros cuadrados y se encontraba bien escondida a los ojos de una vigilancia rutinaria; en la puerta aparecía un rótulo, «Almacén de madera y puertas prefabricadas», pero solo era una burda pantalla para esconder la cocaína almacenada por los peruanos de Trujillo. La Policía Nacional estaba convencida, tras interceptar una conversación entre Flavio Zavalita y Nicolai, de que en cualquier momento se podía producir la entrega de un importante cargamento.

La Ertzaintza localizó otra lonja en el Polígono Industrial *El Campillo* de Gallarta, donde había acudido en dos ocasiones Fernando Palomares, siendo recibido por otras personas en el interior. Las salidas y entradas con los automóviles eran constantes y permitían a la policía vasca ir identificando a más componentes de la banda. En la lonja aparecía un rótulo con un logotipo de «Pinturas El Campillo», el mismo que aparecía en una de sus furgonetas habituales. Varias conversaciones comprometidas permitieron vigilar las entregas de mercancía y no les sería difícil llegar a su origen.

Una cuenta corriente de Aitor les facilitó, a través de un seguimiento de los extractos, llegar hasta un banco de Andorra y estaban a la espera de comprobar un salto a las Islas del Gran Caimán. A Sara le pareció muy importante este descubrimiento y pensaban ya en dismantelar, a partir de las cuentas bancarias, la trama del blanqueo, además de intervenir importantes fondos.

La Policía Nacional avisó a Miguel Fabretti de que una furgoneta sospechosa acababa de salir de la nave de Alcobendas y se disponían a seguirla. La Kangoo llegó a Valdemoro y allí entró en el garaje de una urbanización privada. Sergei apareció al cabo de un rato y entró en el mismo garaje;

a juzgar por el personal apostado en los alrededores, la descarga parecía importante. La furgoneta, ya vacía, volvió de inmediato a su lugar de origen.

Al poco, otra furgoneta más grande, una Nissan, salió desde Alcobendas, y fue seguida por la Policía Nacional hasta las afueras de Madrid; allí, en la Nacional I, concluyeron que el destino más previsible era Bilbao, y la Ertzaintza pasó a esperarla en el peaje de Llodio. En el tiempo calculado, tres horas y media, apareció la Nissan con los peruanos a bordo; la siguieron hasta *El Campillo* en Gallarta, donde hizo su entrada en la lonja de *pinturas* ya controlada; la esperaban dos conocidos de la pasma, uno de ellos Ramirito Pulgar, que se encargaron de la descarga. Todo se hizo muy rápido y la furgoneta regresó por donde había venido.

49. LA POLICÍA CON KALINKA

La Interpol había conseguido una entrevista amistosa con los socios de Kalinka. Las referencias fueron muy genéricas: «Querían contrastar información» y preferían una reunión informal. No deseaban hacerlo en dependencias policiales, ni tampoco con abogados, funcionarios y las formalidades de una declaración. Si le parecía bien a Kalinka, la harían en sus oficinas, e iría el jefe Tony Herald con otros colegas.

Como Tania se sorprendió, porque no lo entendía muy bien, su interlocutor le dijo:

–Queremos proponerles algo; nos escuchan y luego ustedes deciden. Pero, créame, les va a interesar; no puedo adelantarle nada.

–¿Nos están acusando de algo? ¿Hay alguna investigación sobre Kalinka?

–Si los llamamos por teléfono y nos ofrecemos ir a sus oficinas sin presencia burocrática ni de abogados es porque queremos un trato amistoso –dijo el de la Interpol sin contestar a su pregunta.

Tania se asustó y de inmediato se dio cuenta de lo inusual de la proposición. No podía ser nada bueno, pero no tardó ni un segundo en decidir, por lo menos de momento, darle normalidad a la relación; luego, ya verían.

–Por supuesto, no tenemos ningún inconveniente en colaborar con ustedes, faltaría más. Simplemente la llamada me ha cogido por sorpresa, ya comprenderán.

–Perfectamente, lo extraño hubiera sido lo contrario.

–Vengan por aquí, ya saben dónde estamos.

Quedaron a las nueve de la mañana del día siguiente. Una hora antes, y en horario español, empezaría las redadas en Bilbao y Madrid; lo tenían calculado y para cuando llegara la información a Kalinka, estarían ya en pleno fregado, aumentando así la presión y la sensación de estar perdidos. Todo iba a ser muy teatral y las noticias de España, con el transporte de los cargamentos de cocaína y los almacenes localizados, además de precipitar la reunión con Kalinka, permitían sincronizarla con las redadas y los registros.

El resultado podía ser espectacular.

Sara y Fabretti volvieron a Londres a última hora de la tarde; apenas habían estado unas horas en Bilbao, pero las redadas y la reunión con Kalinka obligaron el adelanto del viaje. Tony Herald y

el responsable de Scotland Yard pasarían a las ocho de la mañana por el hotel a recogerles y de paso comentarían las últimas novedades.

Ambos estaban nerviosos, pero sobre todo Sara. Con su forma de ser se estresaba con facilidad y no lo pasaba bien. Fabretti era mucho más tranquilo y su carácter bonachón conseguía a veces equilibrar los nervios de su pareja. Sara lo agradecía y en esos momentos siempre se dejaba llevar por él. Cenaron en un restaurante también recomendado por Tony en el Soho y pudieron evadirse de sus pensamientos durante un buen rato. Antes de acostarse, y desde el hotel, hablaron con el mayor de los Kepas y con Ongi Etorri, responsables del operativo en Bilbao, y lo mismo hicieron con su enlace en Madrid. Todo estaba a punto y el ánimo era alto en ambos cuerpos policiales.

Viernes 16 de junio

Al día siguiente, desde la comisaría de Deusto, las dos brigadas al completo –con las únicas ausencias de Sara Cohen y Miguel Fabretti, de regreso a Londres–, preparaban una operación de gran envergadura. La redada comenzó a las siete de la mañana en los domicilios particulares y a las ocho en las lonjas, pabellones y garajes. No eran muy madrugadores y lo sabían. En sus domicilios hicieron pleno: Aitor, Ramirito Pulgar, Fernando Palomares y cuatro *soldados* más encargados de la lonja de *El Campillo* y el transporte; los sudamericanos de la Casa de Campo, con Zavalita al frente, y otros tres más del pabellón de Alcobendas; así como los rusos Nicolai, Sergei y otros dos compatriotas suyos del garaje de Valdemoro. Faltaban algunos, pero esperaban detenerlos a lo largo del día y en jornadas posteriores.

En Alcobendas, Valdemoro y *El Campillo* encontraron algo más de setecientos kilos de cocaína; en Gallarta, trescientos cincuenta, en Valdemoro doscientos y en Alcobendas quedaban ciento cincuenta sin repartir; era un éxito muy relevante.

En los registros encontraron también abundante documentación, instrumentos de pesaje, productos para cortar la droga y un número importante de armas cortas semiautomáticas. Entre la documentación, también extractos bancarios y referencias sobre empresas encargadas del blanqueo: una inmobiliaria y una agencia de viajes para el grupo de Aitor y dos empresas de importación y exportación, una de los peruanos y otra de los rusos; sobre Kalinka, en principio, no aparecía nada.

Los funcionarios de los juzgados fueron eficaces, era personal experimentado y agilizaron todos los trámites.

En la comisaría de Deusto estaban desbordados, pero se respiraba optimismo. Las tres organizaciones de narcotráfico estaban heridas de muerte y, con lo ya conseguido, las dismantelarían totalmente. Los cargos contra todos sus miembros no iban a ser difíciles de probar. En Londres, los inspectores eran informados en tiempo real, y aunque para el cuerpo esta operación era de las de prestigio, mediática y de gran reconocimiento, ellos preferían centrarse en su guerra particular contra Garrincha y Lucía.

En la capital inglesa es donde se jugaba su honor. La reputación estaba salvada, pero ya les sabía a muy poco.

Antes de empezar la reunión en Canary Wharf y mientras les servían unos cafés, un policía de Scotland Yard rastreó la habitación con un aparato inhibitor, evitando cualquier intento de oír y

grabar las conversaciones previstas para dentro de unos minutos. Lo hicieron como la cosa más normal del mundo, y aunque a la rusa no le gustó nada, se calló como si no tuviera miedo alguno a ocultar nada. Pero lo que de verdad dejó noqueada a Tania y a sus socios fue la presencia de la policía vasca; no pudo evitar soltar de forma agria:

–Estas cosas se avisan, mal empezamos.

Ningún policía contestó, como si no lo hubieran oído. Una vez sentados y hechas las presentaciones fue el mismo Harold quien, con su intervención, dio comienzo a la reunión. Además de recordar lo adelantado a Tania por teléfono, Sara Cohen tenía todo el apoyo y respaldo de la Interpol y Scotland Yard en el relato y en las propuestas que iba a hacer a continuación. Los tres de Kalinka empezaban a sospechar por dónde iban los tiros, pero seguían sorprendidos por todo y sin reflejos para responder. El resto del personal de la oficina no pudo dejar de extrañarse por la presencia de la policía en la sede y a un nivel tan importante.

Sara tomó la palabra y, sin miramientos, con una exposición bien construida, con argumentos sólidos y creíbles, fue desgranando un discurso coherente, repleto de datos contrastados e incorporando otros sin confirmar o imaginados como si fueran ciertos. El rostro de los tres rusos se asemejaba a la tristeza de un ave nocturna e iba empeorando según oían, una detrás de otra, todas las acusaciones. Mientras Sara hablaba, los teléfonos móviles de Tania, Vladimir y Alex empezaron a emitir pitidos, dando entrada a distintos mensajes, wasap e incluso llamadas; al principio con disimulo y luego sin ningún reparo, procedieron a leer los mismos.

Sara, aprovechando su información privilegiada, con parsimonia y con cierto regusto, empezó a contar, como continuación de su exposición, las redadas, registros y demás acciones llevadas a cabo por la policía en Bilbao y Madrid. Los rusos estaban confirmando el relato de Sara al ver en sus pantallas la detención de Nicolai, Sergei y probablemente muchos otros. Sara les informó también, además de las detenciones, de la relevancia de los alijos de droga y de la documentación encontrada. Tania y sus colegas empezaban a encontrarse totalmente perdidos y les costaba entender su presencia en esta reunión, por qué no estaban ya detenidos o, por lo menos, con sus abogados.

Tania, por intuición, en un momento de lucidez quiso romper la situación y saltó:

–Esto es una encerrona y además es ilegal. Se nos está acusando de delitos muy graves, buscan nuestra inculpación y estamos sin nuestros abogados; tenemos derecho a la defensa, todo esto es nulo y ustedes lo saben de sobra.

Tania pareció indignada en su alegato, sorprendiendo a todos los presentes. Tony Harold, pensando lo peor –ésta se levanta, da por terminada la reunión y llama a sus abogados–, tomó la palabra y dijo:

–Tania, por favor, escuchen antes de nada la propuesta que les va a hacer la inspectora Cohen. Les ha expuesto la situación, los problemas judiciales y policiales, pero si los hemos traído aquí sin detenerlos es para hacerles una propuesta importante. Escúchenla, lo piensan y nos contestan.

Todos se callaron, nadie replicó y Tony, con un gesto, le dio otra vez la palabra a Sara. La inspectora planteó la propuesta directamente y sin adornarla: querían a Garrincha y a Lucía; para ello deberían efectuar una declaración formal, contando con detalle todo lo que sabían y especialmente la información recibida de Rafael Satistegui. Además, debían aportar las pruebas y datos obrantes en su poder o en su conocimiento.

–Queremos poder inculpar a Garrincha y Lucía de los asesinatos de hace tres años en Otañes y otros lugares; también toda la información sobre la fortuna de Gorostiola padre, con sus cuentas en paraísos fiscales y demás –dijo–. Si lo hacen, ni nosotros, ni la Interpol, ni Scotland Yard presentaremos cargos contra ustedes. Tampoco lo hará ningún fiscal y le propondremos al juez, si

lo ve útil, otorgarles a ustedes el estatus de testigos protegidos.

–Y si nuestra declaración no es suficiente para condenarlos, ¿mantendrían la propuesta? – preguntó Tania.

–La mantendremos, esa eventualidad ya no será una cuestión suya sino de los tribunales españoles, entendiendo que ustedes jueguen limpio y nos lo cuenten todo; y es mucho, lo sabemos –contestó con rapidez Sara.

Tania asintió con un gesto, mostrando su derrota en la cara y pidió un rato a solas con sus socios para reflexionar sobre la propuesta. Se retiraron al despacho de Tania. En media hora estarían de vuelta.

El impacto de las palabras de la inspectora vasca fue tremendo. De la extrañeza al cabreo, para terminar hundidos. Estaban perdidos y lo sabían; todo fue muy rápido, pero la trampa organizada aparecía con toda claridad. Ya era tarde y habían caído como pichones.

Por el contrario, los policías, todos muy profesionales, no mostraron ninguna alegría ni satisfacción. Como si fuera un trámite doloroso pero necesario, estuvieron sobrios en todo momento.

50. FIRMAN UN ACUERDO

Cuando se quedaron solos, la desolación imperaba en su ánimo. A Tania, después de haber mantenido el tipo con la policía, le había dado un bajón y estaba callada, como ida. Vladimir empezó a leer los mensajes que recibía desde Madrid, donde le informaban de la detención de Nicolai y Sergei, el registro de sus casas y el garaje de Valdemoro, donde habían encontrado un importante cargamento de droga. Otro punto le informaba de las detenciones de los peruanos y del almacén de Alcobendas. A Tania le confirmaron también lo de Bilbao. El relato de Sara se iba abriendo paso en todos sus términos.

–Todavía no estamos perdidos. No podemos aceptar ninguna acusación –dijo Alex, el más entero–. Nosotros no conocemos de nada a Nicolai y Sergei.

–Tienen muchas pruebas, entre otras, ya habéis oído, una filmación de Vladimir con Nicolai saliendo del Hotel Cuzco en Madrid. Por ese lado nos destruyen y vamos directamente a la cárcel. Además, alguno cantará y no les será difícil probar cosas, por ejemplo la transferencia del millón doscientas mil libras a nuestro banco de las Islas del Canal –dijo Tania.

–¿Entonces? Te escuchamos –dijo Vladimir cuando vio que Tania recobraba el habla.

–Pactar nuestra inmunidad hoy mismo. Hemos perdido y no nos queda otra. En un documento, por escrito y firmado por todos los presentes. Son tres cuerpos de policía y son jefes, su valor es innegable. Lo principal ahora es no pisar la cárcel; más tarde, si se complican las cosas, siempre podemos largarnos.

–Yo estoy de acuerdo –dijo Vladimir–. No nos queda otra. Nos hunden y en prisión te pudres.

–¿Y qué les vamos a contar? –preguntó Alex.

–Todo; debe ser creíble y sin dar lugar a dudas. Sobre Lucía y Garrincha, la información recibida del chivato con todos los detalles. Los crímenes de Otañes, los anteriores, las cuentas de Gorostiola en paraísos fiscales...

»Les contaría también, aunque ya lo saben, el acuerdo del grupo de Aitor con Nicolai y Sergei, eso nos dará credibilidad. Les daremos los datos sobre el asesinato del chivato por gente de Garrincha. Es absurdo cargarnos a nosotros ese fiambre; toda la información sobre los crímenes antiguos de Garrincha y Lucía se la debemos a él.

Alex intervino dando su conformidad y, bajando la voz, preguntó:

–¿Tienes noticias de San Petersburgo?

Tania lo miró y bajando aún más la voz, mientras señalaba con el pulgar hacia el suelo, dijo:

–Una razón más para llegar a un acuerdo inmediato, no vaya a ser que luego no les interese.

Alex y Vladimir la entendieron perfectamente. Tania continuó y comentó la necesidad de firmar el acuerdo ya, recogiendo todos los compromisos alcanzados, y posponer la declaración hasta el día siguiente.

–No podemos arriesgarnos. Con la información que tengo, si detienen esta noche a Garrincha puede ser un desastre; sin embargo, mañana, para cuando acabemos, nos dará ya igual.

–¿Y Lucía?

–Continuará, pero en la cárcel y sin novio. Bastante tiene con no acompañar a Garrincha... Me

preocuparía por Eduardo, pero seguirá jugando al fútbol igual de bien sin su novia.

Ni Alex ni Vladimir comentaron nada.

Justo habían pasado treinta minutos cuando volvieron a entrar en la sala de reuniones. Ninguno de los policías tenía la menor duda: la propuesta se iba a aceptar, pero les gustó oírlo de boca de Tania. La jefa fue lacónica pero precisa, y manifestó que el acuerdo con la inmunidad querían tenerlo por escrito con la firma de todos los presentes. Al día siguiente harían una declaración jurada en calidad de testigos, tal como les habían planteado, y no quedarían defraudados. Sabían mucho y lo contarían.

El protocolo lo preparó la Interpol con la participación de la Ertzaintza y Scotland Yard, y fue lo suficientemente amplio y preciso para no dejar nada fuera. Tania y sus socios comprobaron las garantías del documento y cómo quedaban suficientemente protegidos. Les entraron ganas de vomitar cuando leyeron que «se mostraba el reconocimiento por su colaboración decisiva para la averiguación y resolución de los crímenes enumerados, felicitándoles por su actitud tan efectiva como cívica». Terminaba el documento indicando que ninguno de los tres cuerpos de policía tenía cargo alguno contra Tania, Alex y Vladimir, comprometiéndose a solicitar al juez su tratamiento como testigos protegidos, con las garantías inherentes a dicho estatus procesal.

Lo firmaron todos y quedaron para el día siguiente en la sede de Scotland Yard en Whitehall. Les propusieron a las nueve, pero Tania quería más tarde y propuso a las once, y al final quedaron a las diez. Sara consiguió un compromiso de tener para esa hora una traducción oficial al castellano del documento firmado y un compromiso de poder llevarse la declaración de los rusos también traducida.

51. SÁBADO 17 DE JUNIO ESTO VA EN SERIO

Habían detenido a Aitor y sus colegas; también me llegaron noticias preocupantes desde Madrid. No podía engañarme, era una acción conjunta de la policía dirigida contra los acuerdos con los rusos; las detenciones alcanzaban a todos los intervinientes. Aunque desconocía su alcance completo, no era una casualidad y yo me encontraba en medio del fregado.

Estábamos a mediados de junio y la temperatura era suave y apacible incluso a las siete de la mañana. Había dormido mal, me desperté varias veces, y una sensación de malestar me recorría todo el cuerpo. Conocía esos síntomas, pero no era fácil tranquilizar la mente y olvidar el cúmulo de presiones a las que estaba sometido. Pocas cosas tenía tan claras en ese momento como largarme a Francia y cortar con todo.

Hoy mismo lo pondría en marcha.

No quería perderme una tempranera y larga sesión de pesca. Le mandé un mensaje a Félix diciéndole que lo esperaba donde siempre. Me contestó al momento que estaba ya en camino, pero sin aguardar a su llegada me dirigí por el paseo hacia el final del barrio. No había nadie con la caña y aún no se veían paseantes ni deportistas, solo currantes saliendo con prisa de sus casas para trabajar. En mi cesta de pescar llevaba, debajo de una toalla, mi Beretta semiautomática;

desde hacía algunos días viajaba siempre conmigo. Pensé cuánto tardaría en sacarla si fuera necesario pero, aun con rapidez, sería abatido antes. Aproveché el momento, nadie me veía, la saqué de la cesta y me la sujeté en la cintura, tapándola con el chambergo que llevaba puesto.

Cuando me instalé en mi puesto y sujeté la caña a la barandilla, vi a lo lejos a Félix acercándose a buen ritmo. A unos veinte metros de donde yo estaba se paró y se quedó apoyado en la barandilla, fumando tranquilamente un pitillo recién encendido. El día era muy limpio y luminoso; desde mi sitio, el Nervión marcaba su perfil con nitidez y tanto la península de Zorrozurre como la propia Torre Iberdrola se distinguían en todos sus detalles.

Los vimos a la vez, porque nos miramos y con un gesto nos intercambiamos una señal del peligro que se cernía por el paseo, aún sin movimiento alguno de coches y personas.

Eran dos *armarios*, inconfundibles, andando con parsimonia hacia donde me encontraba. Su intención era hacerse pasar por unos paseantes, pero no podían engañar a nadie del oficio. Además de su altura, más de uno ochenta de estatura, y unas espaldas generosas, la envergadura y volumen, unido a su aspecto fiero y tosco, comunicaban sin quererlo un peligro inminente. Nadie en su sano juicio podía evitar observarlos con suficiente temor. Yo los miraba y debía de estar muy predispuesto, pero es que tenían una pinta de sicarios rusos... como recién salidos de una película de Andréi Tarkovski, de *Solaris*, por ejemplo.

Félix y yo hicimos como que no nos enterábamos y seguimos a lo nuestro. Detrás de nosotros, en una pequeña rotonda, había un automóvil parado que solo podía haber llegado por la calle San Nicolás bordeando el barrio, con un conductor dentro como único ocupante. No era difícil concluir cuál era su misión: garantizar la huida rápida y protegida de los *killers*. Aunque no se le veía bien, este parecía más civilizado y quizás por eso estaba en el coche.

Félix me dijo con la vista puesta en la ría, pero lo suficientemente alto para oírlo, «yo me encargo de los paseantes, ve tú a por el del automóvil». Esperó a tenerles cerca, a unos cincuenta metros, para tirar el pitillo y empezar a caminar con buen ritmo por el paseo. Los *killers* lo vieron venir pero solo se fijaban en mí, que seguía agarrado a la caña y mirando atentamente a la ría.

Todo se produjo muy rápido. En cuanto Félix estuvo a unos pocos metros de ellos, sacó su Glock y, con agilidad y precisión, estirando el brazo en posición de tiro olímpico, disparó cuatro tiros seguidos, dos a cada uno, acertando de pleno en ambos. No les dio tiempo a sacar sus armas y solo un gesto de estupor se dibujó en sus caras, mientras caían redondos al suelo. Los disparos se hicieron con silenciador y nadie abrió la boca; apenas hubo ruido o barullo. Félix lanzó su pistola a la ría y se agachó para llevarse los teléfonos móviles de los dos fiambres antes de perderse a paso veloz entre las callejuelas del barrio.

Mientras eran abatidos sus dos colegas, el del coche salió, pero antes, con rapidez, en dos segundos y unas pocas zancadas, me situé junto a la puerta del copiloto, descerrajándole dos tiros, también con silenciador; no tuvo tiempo de sacar la pistola o proteger su situación. Me acerqué a su cuerpo, me agaché y cogí su teléfono móvil; al instante, imitando a Félix, tiré mi pistola a la ría. Ligero, pero sin correr, recogí todo mi instrumental y me dirigí hacia casa, mientras llamaba a una ambulancia.

Cerca ya de donde vivía, un automóvil de la Ertzaintza camuflado se encontraba parado y me dirigí a los policías con toda normalidad. Los conocía de los seguimientos de los últimos días.

—No he querido acercarme, pero cuando me dirigía a mi puesto habitual para pescar he oído disparos y hay gente tirada en el suelo; acabo de llamar a una ambulancia.

Justo en ese momento recibían una llamada de la comisaría de Deusto informándoles del tiroteo y les confirmaban que una ambulancia del cercano Hospital de Basurto se encontraba en camino; la sirena ya se oía y se apreciaba que cada vez estaba más cerca. Los *ertzainas*,

sorprendidos, dudaban, como si les superara la situación, y me adelanté para facilitarles el trabajo.

–Saben dónde vivo, no saldré de casa. Si quieren verme, allí estaré. Comprendan que esta situación es muy peligrosa para mí.

–De acuerdo, pero no salga de su vivienda, nos pondremos en contacto con usted –dijo el más veterano.

Cuando abrí el portal, este me seguía mirando mientras se rascaba la barbilla y se tiraba de la oreja con ritmo; algo no le cuadraba en este asunto. La *ertzaina* miraba a su compañero sin atreverse a llamarlo tonto, pero tenía la impresión de haberla cagado.

52. GARRINCHA HABLA CON TANIA

Teresa me vio trastornado a pesar de mis intentos de disimular. Me abrazó mientras le contaba en dos palabras lo ocurrido, en una versión parecida a la ofrecida a los *ertzainas*. Pero al momento intuyó el peligro y no le fue difícil concluir que esos hombres abatidos a tiros iban a por mí, y se me pegó como una lapa sin dejar de temblar.

Cuando le conté lo hablado con la policía en el paseo se tranquilizó algo y me dejó poner en marcha todas las gestiones urgentes que tenía que realizar. Cogí el teléfono y empecé.

–Lucía, han venido a por mí. No lo han conseguido y no sé cómo, pero están muertos. He hablado con la Ertzaintzay no sabían nada.

Lucía, alucinada, entendía muy poco, aunque sabía que por teléfono solo podría oír generalidades no comprometidas. Pero sí se quedó con dos frases nítidas: iban a por Garrincha y estaban muertos; era suficiente y eso precipitaba todo. Además, la llamada de su novio había sido inquietante, pero antes de poder decirle nada, Garrincha continuó:

–Lárgate de inmediato, escóndete, pueden ir a por ti.

–Ya lo estoy, pero tomo nota. Una cosa, Tomás, puede ser importante, te iba a telefonar ahora. Me ha llamado Eduardo asustado. Ayer por la noche lo llamó su representante y le contó que la Interpol, Scotland Yard y la Ertzaintza habían estado por la tarde con los socios de Kalinka en sus oficinas de Londres.

–¿Y cómo lo supo su representante?

–Lo llamó un empleado de Kalinka, estaban todos muy asustados y acojonados. Parece que llegaron a un acuerdo, aceptando una oferta propuesta por la Ertzaintza, con la conformidad de todos los presentes. Hoy declararán en la sede de Scotland Yard.

No necesité oír más, me di cuenta perfectamente, y en segundos como si fuera una película, vi la jugada: tienen pillados a Kalinka y les ofrecían una salida si les entregaban a él y a Lucía. El acuerdo y la declaración de hoy en la policía de Londres no podían tener otro significado.

–Lucía, esto es la hostia, nos van a vender. Voy a ver si llego a tiempo y puedo hacer algo.

–Tomás, cuídate, y tenme al tanto. Estoy que no me tengo en pie –contestó Lucía, pero Garrincha ya había colgado.

El tiempo jugaba en mi contra y no podía perder ni un segundo. Eran poco más de las siete de la mañana en Londres y, sin pensarlo dos veces, llamé a Tania. Pareció como si estuviera

esperando mi llamada, porque al momento estaba al aparato.

–Te escucho, Garrincha. ¿Qué quieres?

Su tono de voz era enérgico, enfadado, pero no sabía cómo interpretarlo, quizás fuera puro teatro y estuviera asustada.

–Tania, tres matones tuyos han venido a por mí y, según parece, están ya fríos camino de la morgue.

–Garrincha, no te entiendo, no sé de qué me estás hablando.

–Escúchame, Tania. Sabemos perfectamente el acuerdo alcanzado ayer con todas las policías y que hoy vais a pasar por Scotland Yard para vendernos. Pero me vas a escuchar y te vas a enterar –lo dije gritando, como si la estuviera insultando–. Tenemos documentadas todas vuestras actuaciones, las reuniones y los acuerdos alcanzados. El encuentro en el Hotel Ercilla de Nicolai y Sergei con el grupo de Aitor está grabado y ahí se contaron, a propósito, todas vuestras propuestas al detalle y que el negocio en realidad era de Kalinka, y Nicolai y Sergei solo eran vuestros testaferros.

»Está en nuestro poder el número de vuestra cuenta en las Islas del Canal y la transferencia realizada. Un amigo mío tiene los tres móviles de los matones que me habéis enviado. Con la lectura de los mensajes y con las últimas llamadas estáis perdidos, me lo acaban de decir. Lucía y yo declararíamos en contra de vosotros aportando todo tipo de detalles y, por supuesto, también lo harán Aitor y su gente.

Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales se oyeron perfectamente los sonidos de una respiración profunda.

–¿Qué propones? –dijo con voz cavernaria.

–Muy sencillo: tú y tus socios os olvidáis de nosotros y nosotros nos olvidaremos de vosotros. Si decís algo, estáis perdidos, iremos todos juntitos a la cárcel aquí en España y, sinceramente, nosotros saldremos mejor parados –dijo Garrincha convencido–. Tania, escucha: si seguís adelante nuestra salvación pasa por hundiros a vosotros y lo vamos a hacer, que no os quepa ninguna duda.

Al otro lado del teléfono, el cerebro de Tania estaba procesando toda la información recibida de Garrincha, pero este no sabía que minutos antes habían informado a Tania de la muerte de sus tres sicarios.

Y ella solo pudo sacar una conclusión: Garrincha y su acólito se los habían cargado.

Otra vez le había ganado y su desmoralización crecía según pasaban los segundos. Estaba en un mar de dudas, y lo que a continuación le dijo Garrincha fue decisivo:

–Tania, te voy a hablar con la cabeza fría. No soy abogado penalista, pero algo sé, por experiencia propia y ajena. El montaje de las tres policías supone una coacción inadmisibile y vicia de nulidad todo lo acordado. Se han saltado todas las garantías y normas de un país civilizado. No estaban vuestros abogados, ni tan siquiera uno de oficio, que jamás hubiera aceptado esas condiciones.

»Créeme, todo ha sido un chantaje; cualquier letrado lo tiraría abajo. El problema, y te lo digo totalmente en serio, lo tienen ellos. Pueden expedientarles y echarles del cuerpo; pocos jueces serán comprensivos con ese tipo de artimañas. En cuanto vuestros abogados se lo expongan a las policías, lo van a entender perfectamente y se allanarán de inmediato.

Tania estaba callada, pero Garrincha tenía razón y ella lo sabía. El acuerdo se podía tirar atrás si querían; ellos todavía no habían cantado nada y en Inglaterra estas coacciones podían costarle el cargo a más de uno. Nunca había sido demasiado terca y cuando era necesario sabía decir basta o cambiar de posición; y lo solía hacer con rapidez. En los negocios se funcionaba así y la

mayoría de las veces el tiempo escaseaba como para pensarse demasiado las cosas.

–De acuerdo, Garrincha, ganas otra vez. Lo denunciaremos, fue una presión insoportable. Jugaremos fuerte y, si no nos dejan en paz, presentaremos una querrela contra todos los policías asistentes a la reunión, convocada con engaños y artimañas.

–Aceptarán, no se van a atrever. Llama de inmediato a vuestros abogados, no hay tiempo.

–Ahora mismo lo hago.

–Una cosa, Tania, no sé si he ganado o no, pero quiero decirte una cosa: como no te olvides de mí para siempre, estás muerta; y, créeme, no lo voy a repetir. Tus amigos del hampa pueden dedicarse a lo que quieran, pero ni Lucía ni yo existimos.

–Entendido, Garrincha. Piérdete, cabrón, y no se hable más.

Teresa escuchó toda la conversación y, cuando acabó, volvió a abrazarse a él, llorando esta vez de forma desconsolada.

–Mi amor, de esta vamos a salir y ya no volverá a ocurrir nada parecido –pude decirle solamente.

53. SARA Y FABRETTI NO SE FÍAN

Sara Cohen y Miguel Fabretti estaban todavía en la habitación del hotel cuando sonó el teléfono móvil de la inspectora.

Era Lerele y, nada más escuchar lo que le contaba, Sara palideció.

–Hay tres fiambres en Olabeaga, justo donde suele pescar Garrincha. Los tres son jóvenes, rusos, fuertes y con pinta de sicarios. Iban a cargarse a Garrincha, pero él y su guardaespaldas han sido más rápidos y más hábiles.

–¿Y Garrincha dónde está? –preguntó Sara.

–Ahora está en casa. Nos hemos cruzado cuando regresaba a su domicilio tan campante y nosotros acudíamos de vigilancia, todavía sin saber nada. Se ha parado y nos ha explicado que iba a pescar y, antes de llegar a su lugar habitual, ha oído un tiroteo, ha dado la vuelta y ha llamado a una ambulancia. Esto último nos consta; es cierto.

–Es un hijo de la gran puta.

–Los casquillos son de dos pistolas, una Glock y una Beretta; por ahora solo hay un testigo, aunque habrá más. Un vecino, al salir de casa para ir al trabajo, oyó unos disparos y vio a un hombre corriendo por una calle estrecha que bordea el interior el barrio. Debe de ser la calle San Nicolás, por donde circula el autobús de línea; se dirigiría al túnel de acceso al camino de la Ventosa para salir del barrio por San Mamés.

–¿Lo podría identificar?

–Difícilmente, lo vio de espaldas y por su estatura y complexión, bajo y ancho, no era Garrincha. Además, a él lo vimos con su caña y su cesta volviendo por el paseo de la ría hacia su casa. Solo podía ser el guardaespaldas. Este se cargó a los dos del paseo, mientras Garrincha liquidaba al del automóvil.

–Entonces Garrincha también iba armado.

–Está claro. Otro dato significativo: los tres rusos llevaban su documentación encima y los

tres llevaban armas cortas sin usar pero, curiosamente, no están los teléfonos móviles de ninguno de los tres.

–Es muy raro. Quizás los dejaron en el hotel o donde se alojaron. Es importante localizar el sitio donde han estado.

–En el maletero del coche había tres bolsas de viaje; estaban preparados para la huida.

–Debieron de ser Garrincha y su amigo quienes se los llevaron. Querrán saber o tener pruebas de quiénes hicieron el encargo, aunque yo tengo una candidata y precisamente la voy a ver enseguida; creo no equivocarme.

–¿Qué hacemos con Garrincha?

–Detenerlo, llevarlo a comisaría y registrar bien su piso.

–¿Cargos?

–Homicidio para empezar, luego tenemos mucho más. De esta no se escapa. En principio tenemos previsto coger un avión a las tres, hora de aquí, estaremos en la comisaría antes de las siete.

–¿Lo interrogamos o esperamos?

–Esperadnos, y no puede hablar con su abogado hasta que lleguemos.

–Entendido.

Cuando cerró el teléfono móvil, Sara se dejó caer en la cama y dijo:

–Miguel, ¿pero están todos locos? Garrincha manda cargarse a Satistegui. Tania manda cargarse a Garrincha y este, con un colega, se carga a los tres sicarios rusos. ¿Pero a dónde quieren llegar?

–Le puedo preguntar a Tania todo sonriente: ¿Cómo está Garrincha? ¿Ya has hablado con él?

–No estaría mal, recibiría un buen mensaje: la policía no es tonta. Aunque a veces pienso que sí lo somos. El combate es muy desigual; estamos muy limitados por tanta garantía. Así no hay quién pueda –concluyó Sara.

–Ya lo sabemos, pero es una batalla perdida; solo podemos ser legales, si no sería nuestra ruina.

–Ya lo sé, pero me da un coraje...

–Alégrate, me acaban de mandar un correo detallándome cómo va la redada y los registros. Tenemos pruebas más que de sobra para llevar al juez a todos, con todas las papeletas para una condena ejemplar. Por ahí no vamos a tener problemas.

–Eso está bien pero, por Yahvé y toda la Torá, solo pido que Tania y los suyos cumplan lo acordado ayer.

–¿Lo dudas?

–Sí, me parece todo muy lineal, muy fácil. No me extrañaría encontrarnos con alguna sorpresa, sobre todo tras el fracaso de lo de Garrincha. En cuanto Ongi Etorri me lo ha contado, he pensado: esto se hunde, no va a funcionar. Tania se va a acojonar.

–Enseguida lo vamos a saber.

54. EN SCOTLAND YARD

En la sede de Scotland Yard había nervios. Sara y Fabretti llegaron media hora antes para informar a sus colegas de los crímenes perpetrados en Bilbao y sus primeras conclusiones.

Cuando hicieron referencia a la autoría intelectual del atentado fallido, la sorpresa en Tony Herald y en el responsable de la policía londinense fue mayúscula; en unos rostros tan poco expresivos y tan correctos, la distorsión que se produjo en sus caras llamaba aún más la atención. Pero el impacto producido por la actuación de Tania quedó relegado ante una admiración no disimulada por Garrincha, capaz con un amigo de liquidar a tres mafiosos rusos, buenos profesionales, llegados a Bilbao con el único objetivo de limpiarle el forro.

Para animarlos, los inspectores vascos les contaron cómo marchaban las redadas de Madrid y Bilbao con el desmantelamiento de las tres organizaciones: los rusos, los peruanos y el grupo de Aitor. Aun así, las novedades de Tania y Garrincha les tenían abrumados; no pudieron ni tan siquiera prever alguna sorpresa, porque el tiempo se les echó encima.

Cuando los de Kalinka entraron en la sala preparada para atenderles, con dos abogados de uno de los mejores despachos de Londres, todos los presentes comprendieron que aquello iba a saltar por los aires. En unos segundos cada uno de ellos podía relatar, sin equivocarse, lo que iba a ocurrir a continuación. Nadie dijo nada, el silencio era sepulcral, y Tania y sus colegas parecían llevar una cremallera en la boca.

Fue el mayor de los dos, que parecía el jefe, quien tomando la palabra –sin presentarse y sin que nadie se la diera, al puro estilo de Saul Goodman, el de *Breaking Bad* y *Better Call Saul*– articuló un discurso grave, agresivo, sin dar lugar a matizaciones y ni tan siquiera a intervenir o discutirlo.

–He prohibido hablar a mis clientes. El protocolo firmado ayer es una vergüenza, está suscrito bajo una presión intolerable y es objeto de una coacción recogida directamente en nuestras normas penales. Estos hechos van a ser puestos en conocimiento de la fiscalía y del juez correspondiente.

»Implica un atentado insólito en nuestra democracia, como es el privar a unos ciudadanos británicos de la presencia de un abogado de su elección para manifestar, libre y debidamente asesorados, lo que entiendan conveniente.

Cuando Tony Harold quiso intervenir, el abogado continuó sin hacerle ni caso.

–Además, lo plantearemos en la Cámara de los Comunes, aquí al lado. El diputado por Chelsea de la circunscripción de Tania, y conocido de ella, estará encantado de defender su caso en el Parlamento; y, por supuesto, plantearemos así mismo una reclamación por daños y perjuicios.

Continuó citando preceptos legales y sentencias del Tribunal Supremo durante un buen rato, componiendo una intervención erudita y bien articulada, para terminar diciendo:

–Es una vergüenza que nuestra gloriosa Scotland Yard se haya enfangado al dictado de una policía extranjera, española para más señas.

El impacto fue brutal y quizás los menos afectados fueron los inspectores de la policía vasca, convencidos de que la perorata del abogado no dejaba de ser un mitin demagógico no muy difícil de desarmar.

Pero debían de estar equivocados, porque tanto Tony Herald como el inspector jefe de Scotland Yard empezaron a recular y las explicaciones cada vez eran menos convincentes. Sara quiso intervenir en dos ocasiones sin conseguirlo, mientras los abogados y la policía londinense seguían discutiendo sin descanso, aunque ahora el tono había cambiado y el deseo de ambas partes era resolver en beneficio propio el lío en el que estaban metidos.

Sara lo vio claro y Fabretti, aunque su nivel de inglés no le permitía seguir igual la endiablada discusión, tenía la misma impresión. A estas alturas, Tony Herald y el inspector jefe de Scotland

Yard querían salvar como fuera su culo y su poltrona, y a los abogados no les importaba nada dársele a cambio de olvidarse de todo. En un momento dado, cuando empezaba a reinar cierta lógica y tranquilidad, el abogado principal pidió solemnemente la palabra para hacer una propuesta:

–Rompemos el protocolo y elaboramos un acta suscrita por todos los presentes, indicando que por error se firmó un acuerdo carente de todo valor. El mismo, fruto de la improvisación, no se ajusta a la realidad, y finalizamos renunciando todas las partes a cualquier acción o reclamación judicial o extrajudicial, no teniendo por ningún concepto ni motivo, acción alguna para acusar ni para reclamarse nada.

»Y, lo más importante, nos olvidamos los unos de los otros, y como dice el chiste del dentista: «Doctor, le propongo que no nos hagamos daño».

Nadie rio la gracia, pero lo habían conseguido y su satisfacción era patente.

Los policías se retiraron a una sala contigua, pero ya toda la discusión consistió en firmar un documento razonable no comprometido, evitando poner al descubierto sus vergüenzas. Sara y Fabretti se vieron derrotados y solo se preocuparon de no empeorar su situación; revisarían bien el documento y, si no les perjudicaba, sería suficiente.

No hubo mayores problemas, el texto se consensuó y el protocolo anterior se rompió en mil pedazos, que fueron a parar a una trituradora de papel.

Tania, Alex y Vladimir, con cara de póker, evitaron mostrar cualquier signo de alegría y continuaron haciendo el teatro de ciudadanos engañados por la malvada policía. Solo los abogados no podían disimular su buen humor.

Cuando los inspectores de la policía vasca se fueron a despedir de sus colegas, el de Scotland Yard, a modo de excusa, les dijo:

–El Ministerio del Interior del Reino Unido no se puede permitir otro escándalo. Tan vapuleados como estamos por el terrorismo yihadista, un incidente como este, aunque sea de otra naturaleza, supondría un percance muy grave para las instituciones. Entiendo que, a ustedes, quizás no les sea fácil entendernos.

–*Spain is different!* –contestó con sorna Fabretti.

A Tony Herald se le notaba avergonzado y no quiso decir ninguna tontería, simplemente les deseó buen viaje.

55. PRINCIPIOS DEL MES DE JULIO

Nadie entendía por qué Sara Cohen y Miguel Fabretti estaban con la moral tan baja. Se les notaba en la cara, en los gestos e, incluso, en su propio discurso cuando resaltaban los logros alcanzados desmantelando varias organizaciones importantes de narcotráfico. Tuvieron numerosas felicitaciones efusivas y sinceras no solo de la dirección de la Ertzaintza y del consejero de Interior, sino también del propio *Lehendakari*, del ministro del Interior y de los responsables de la Policía Nacional y la Guardia Civil.

El desmantelamiento de las bandas de Aitor, del ruso Nicolai y del peruano Flavio Zavalita fue total y espectacular, tanto por el número de detenidos como por las incautaciones; fueron muchos cientos de kilos de cocaína y otras drogas, así como un buen número de armas cortas. También intervinieron documentación abundante y suficiente para desmantelar sociedades para el blanqueo y cuentas bancarias. No tenían ninguna duda, todos los que pintaban algo estaban en la cárcel y con pruebas suficientes para condenarlos.

Pero nadie hablaba de Garrincha, de Lucía, ni de Tania y Kalinka, parecía como si nunca hubieran existido.

Sara, cuando se acordaba de la imbécil de Tania intentando limpiarle el forro a Garrincha y estropeándoles toda la operación, se enervaba y acababa soltando improperios; y, encima de no cargárselo, eran sus esbirros los que acabaron muertos. Un disparate total.

Tony Herald llamó a Sara avergonzado. Fue sincero y no quiso excusarse; temieron seriamente por su trabajo, su carrera e, incluso, su libertad. Los abogados de Kalinka tenían mucho poder, también en el ámbito político, y podían hundirles. Eran unos tiburones y no se hubieran parado ante nada. Sara no quiso discutir y le agradeció su sinceridad, pero Tony quería darle una noticia que paliaba algo su fiasco.

Una inspección fiscal, rigurosa y profunda, había comenzado y se estaba llevando a cabo con respecto a la empresa Kalinka y a todos sus socios. Teóricamente era algo ajeno a la policía, pero la hacienda inglesa había contado con su ayuda. Lo lógico es que la inspección acabara presentando cargos por delitos graves, entre ellos el blanqueo de capitales.

–Ya lo sé, no es ningún consuelo, pero lo van a pasar mal y pueden acabar en la cárcel; además, van a presentar concurso de acreedores con liquidación de la sociedad en los próximos días.

–¿Y eso?

–Los problemas de liquidez son tremendos, deben amortizar créditos bancarios importantes y con los ingresos no les llega. Hacienda les ha pillado una cuenta en un banco de las Islas del Canal con una cantidad cercana al millón y medio de libras, la mayor parte recibida hace unos días desde otro paraíso fiscal y que, por supuesto, ha sido intervenida.

–Ya sé de dónde viene esa cantidad y está claro, sin los ingresos provenientes del grupo de Nicolai las cuentas no les salen –dijo Sara.

–Acabará con derivaciones penales, es lo más probable –contestó Tony.

–Eso me extraña más. Lo arreglarán, ya lo verás.

–Igual tienes razón. Sara, estaré siempre en deuda contigo, me has enseñado muchas cosas y en Londres tienes un buen amigo.

–Muchas gracias, Tony, aquí siempre te recibiremos bien.

Sara se había llevado un gran desengaño de una policía tan prestigiosa, pero no era cuestión de cargar la responsabilidad sobre el bueno de Tony Herald. Al final no dejaba de ser un pringado.

Los crímenes de Olabeaga seguían sin resolverse y la investigación estaba estancada. Los muertos habían sido identificados con rapidez; se trataba de tres rusos residentes en Marsella, sicarios ligados al hampa rusa residente en dicha ciudad. No tenían demasiado glamur y los ecos del crimen enseguida desaparecieron de los medios de comunicación. En el automóvil encontraron planos impresos del barrio de Olabeaga sacados de Google Maps y datos bastante precisos de Garrincha y sus costumbres: su domicilio, su hábito de pescar y el lugar donde solía echar la caña con las horas más frecuentes... También había varias fotografías recientes de él.

La Ertzaintza sabía perfectamente que habían sido Garrincha y su guardaespaldas quienes les limpiaron el forro en una acción muy arriesgada y profesional, pero carecían de una prueba mínimamente sólida para inculparles; incluso el acompañante de Garrincha estaba aún sin identificar.

El único testigo había cambiado de opinión y ahora no se acordaba; no vio nada, decía. Estaba claro que le habían dado un toque. Otros posibles testigos no aparecieron y tampoco fue una casualidad; alguien tuvo que ver a Garrincha con la caña, pero el silencio en el barrio era sepulcral, todos se conocían y nadie quería complicarse la vida.

Lo mismo pasaba con el crimen de Rafael Satistegui, seguía estancado, sin pistas, desvaneciéndose poco a poco.

–Miguel, estos se escapan siempre, igual que hace tres años. Algo nos falla; Garrincha no puede ser un genio.

–No es un genio, es un criminal inteligente y eso no es habitual. Por eso nos confunde tanto.

–Tienes razón. Casi siempre tienes razón. ¿Qué iba a hacer yo sin ti? –le preguntó Sara.

–Casi todo.

–Ñam, ñam... Cómo me gustas –contestó sonriente y dándose por aludida.

Lucía estaba tumbada muy cerca de la orilla y sostenía un mojito que un camarero se encargaba de reponer a un simple gesto suyo. Aunque sonara a tópico, la playa era paradisiaca y ambos novios conseguían incluso aburrirse, pero no les importaba.

Garrincha y Lucía se mandaban mensajes ingenuos que les servían para saber que todo iba bien. Cuando declaró en la Ertzaintza, como un bendito, le dijo: «Acabo de salir de la comisaría de Deusto, no he hecho nada y se han quedado convencidos; lo mejor es ir con la verdad por delante».

A Lucía le dio un ataque de risa, pero menos mal que Eduardo estaba dándose un baño. Eso la salvó de tener que dar explicaciones.

Justo detrás de la catedral del Buen Pastor se inauguraba Coco Palmer de San Sebastián, y un buen número de ciudadanos ilustres participaban en el evento. Teresa no solo era la propietaria del negocio, sino también la anfitriona, la animadora, y ejercía como una relaciones públicas profesional.

Yo estaba en una esquina observándola y procuraba que no se me viera demasiado. De vez en

cuando Teresa me miraba y, cuando confirmaba mi presencia, me sonreía.

Se la veía feliz.

Otra *guerra* de la que salíamos ilesos, por lo menos en apariencia. Pero, por dentro, las cicatrices se iban acumulando.

¿Sería esta la última?

Se lo había prometido a Teresa y quería cumplirlo.

Pero era tan difícil...

Quiero agradecer a Lector Cero y especialmente a Montse Martín, por su profesionalidad y dedicación. A la Editorial Erein, y sus responsables Olatz Soraluze, Iñaki Aldekoa y José Agustín Iturri por el trato recibido y la excelente edición de esta novela y a Cristina Fernández por su estupenda portada y diseño.

Y como siempre a mi mujer Garbiñe y mis hijos Ibón y Joana por su presencia y ayuda constante en la elaboración de esta novela.

NOTAS

- [1] Atrapado. Juan Infante. Erein, 2017.
- [2] Así se refería Federico García Lorca a la cárcel en uno de sus poemas. El camino de Jerez era el que conducía al penal del Puerto de Santamaría.
- [3] Personaje protagonista de Asesinato en Santurce. Juan Infante, Editorial Heria, 2005.